

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:

VAMPIRO

Carl Bowen

(Grupo: «Cazador». Sexteto: «Credos y Presas», vol.01)

Traducción: Manuel de los Reyes

PRÓLOGO

Timothy yacía muy quieto, intentando convertirse en un ovillo de cejas para abajo. Tiró de las sábanas hasta taparse la barbilla y los labios, a modo de mordaza improvisada. No quería que el hombre que había entrado en su cuarto se diera cuenta de que estaba despierto. Si permanecía inmóvil, si se hacía el muerto, aquel hombre creería que estaba dormido y se marcharía.

Le costaba contener las lágrimas. Quería llorar, pero hasta el mínimo movimiento le hacía sentirse como si fuera uno de los pequeños gálidos de plástico que empleaba su padre cuando salía a pescar. Cada vez que se movía, el hombre también. No sabía cuánto tiempo llevaba allí aquel hombre, ni lo mucho que se había acercado al borde de la cama, pero tenía la sensación de llevar horas despierto. Era tan tarde que los grillos habían dejado de cantar, aunque no tanto como para que hubiese dado comienzo el trino de los pájaros.

Empezó a sentir temblores en la espalda. El suelo crujió detrás de él. El hombre había dado un paso. Un gran paso. Su zapato tocaba la pata de la cama. Timothy se acurrucó convertido en un ovillo aún más prieto y consiguió ahogar un gemido a duras penas. Una lágrima cálida le corría por la nariz, mas no podía moverse ni para enjuagarla de un parpadeo.

Hacía dos semanas que había visto al hombre por primera vez. Había oído el crujido de las tablas del suelo de su habitación y se

había girado, somnoliento, para ver qué era lo que había provocado aquel ruido. Supuso que se trataría de su padre, que se asomaba tarde a echarle un vistazo. Solía fingir que dormía cuando su padre acudía a despedirse de él por las noches, pero le encantaba que el grandullón viniera a cerciorarse de que todo seguía en orden. Era como tener a un paladín o a un bombero montando guardia detrás de la puerta. Pero aquella noche no había visto a su padre, sino a un hombre alto y delgado vestido de negro y blanco de pie en medio de la habitación, con un brazo extendido en dirección a la cama. Se había incorporado de un respingo y se había acurrucado contra la pared de la cabecera de su lecho pero, antes de que pudiera llamar a su padre a gritos, el hombre delgado había desaparecido.

Una semana después, había vuelto a oír los ruidos. Se había girado muy despacio, procurando que pareciera que seguía dormido. Cuando por fin hubo conseguido obligarse a abrir los ojos, el mismo hombre delgado se encontraba de rodillas junto a su cama, con una mano encima de la almohada.

Llevaba el cabello castaño corto, apenas le rozaba las orejas, y su nariz alargada se desviaba hacia la izquierda en la punta. Sonreía, pero parecía algo decepcionado.

–Te has parado –había susurrado aquel hombre. Sonaba igual que el nuevo James Bond cinematográfico–. Supongo que vuelves a ganar.

Timothy permanecía sentado, paralizado, incapaz de respirar.

El hombre se puso de pie, recorriendo la funda de la almohada con sus esbeltos dedos. Aquel gesto resultaba atronador.

–Así pues, Timothy, hasta dentro de una semana. –Se dio la vuelta en dirección a la puerta, con la cabeza ladeada, y cubrió la parte del suelo que más crujía de una larga zancada.

Timothy se había apresurado a encogerse hasta formar un ovillo y no volvió a abrir los ojos hasta que su padre hubo ido a despertarlo para ir a la escuela. Había dormido muy poco durante toda la semana, acurrucado contra la pared que lindaba con el lateral de la cama, procurando obligarse a dormir al tiempo que se esforzaba por permanecer despierto. No le contó a su padre nada de lo que había visto. El hombretón era listo y duro de pelar (y tenía un montón de músculos, igual que sus viejos Action Bill), pero se limitaría a decirle que habría tenido alguna pesadilla o que se lo estaba inventando todo. Así eran los mayores. Aun cuando su padre se cerciorara todas las noches de que no había ningún problema, aunque entreabriera la

puerta con todo el sigilo del mundo y redujera el chirrido de la puerta al mínimo, Timothy siempre se hacía el dormido. Estaba ensayando para cuando apareciera de nuevo el hombre delgado. Intentaba engañar a su padre para así tener alguna oportunidad de engañar también al otro hombre.

Ahora que había vencido el plazo de una semana, las tablas del suelo volvían a crujir. El hombre delgado había regresado. Timothy se estremeció sin poder evitarlo. Tenía que ir al cuarto de baño. Quería llorar. Podía sentir algo, como una vaharada añeja que le subiera a la boca desde el fondo del estómago. Hacía el mismo sonido que emiten los perros o los conejos cuando están heridos y no podía evitarlo. Aumentaba de volumen, sin control. Escuchó el sordo chasquido de las articulaciones cuando el hombre delgado se arrodilló junto a la cama. Escuchó el frufrú de la funda de la almohada y supo que unos dedos pálidos acudían a su encuentro, deslizándose por su almohada. Aquel sonido de conejo seguía manando de su boca; sintió cómo se agolpaban las lágrimas encima de su nariz antes de que comenzaran a desprenderse, gota a gota.

–Dios, Tim, ¿qué ocurre? –dijo su padre al tiempo que abría la puerta de golpe al otro lado de la estancia. Timothy se sentó y el sonido desapareció. ¿Tanto ruido había hecho? ¿Lo había oído su padre todo el tiempo desde su cuarto?–. Tim, ¿estás bien? ¿Tim?

Su padre encendió la luz y el mundo se volvió de color rojo para Timothy al otro lado de sus párpados cerrados. Su padre estaba allí, por fin. Él se ocuparía del hombre delgado. Llamaría a la policía. Le pegaría una paliza. Le... ¿Por qué no hacía nada?

–Timothy, sé que estás despierto –dijo su padre, con el característico tono de voz cansino que anunciaba que se estaba enfadando–. Mírame y dime qué es lo que pasa. ¿Has tenido otra pesadilla?

Una pesadilla, pensó Timothy. Tenía que ser eso. La misma, a lo mejor, pero ahora su padre estaba allí para ayudarlo a recuperar el sueño. Tal vez incluso se animara a compartir su enorme cama de agua por esa noche. Relajó sus atenazados músculos nervudos y se dio la vuelta, muy despacio, para responder.

Cuando abrió los ojos, el hombre delgado seguía arrodillado delante de él, con un dedo largo y flacucho apoyado en los labios.

–¿Qué, Tim? –dijo su padre, que seguía de pie al otro lado del cuarto, en pijama–. No pasa nada, hijo. Ya estás despierto. –Dio otro paso hacia el interior de la habitación, sin prestar ninguna atención al

hombre delgado.

Timothy no podía respirar. El hombre delgado no se dio la vuelta ni dijo nada. Apoyó una mano fría y seca en la pierna de Timothy, por debajo de las sábanas, y mantuvo aquel dedo delante de sus pálidos labios grises, advirtiéndolo a Timothy para que permaneciera callado. La pierna de Timothy se encogió al contacto con el hombre. Su padre dio otro paso. Era tan alto que aquellas tres zancadas habían bastado para colocarlo justo al lado del hombre delgado, junto a la cama. Nadie intercambió miradas con nadie.

–Papá --exhaló Timothy, apenas capaz de proferir sonido alguno--. Papá, alguien... mi pierna...

Cada palabra requería una bocanada para ella sola. Timothy creyó que iba a asfixiarse intentando hablar. Peor aún, el hombre delgado había comenzado a fruncir el ceño, gesto que le había cuajado el rostro de surcos oscuros. Timothy había empezado a moverse. Estaba haciendo ruido. Al parecer, el hombre delgado sólo se movía cuando lo hacía Timothy. Por eso le había dicho que había ganado la vez anterior. El hombre delgado entrecerró los ojos y las líneas de su frente se volvieron tan profundas y oscuras que parecían dibujadas.

–Tim, ¿qué pasa? --dijo su padre, al tiempo que se arrodillaba junto al hombre delgado--. Me lo puedes contar. En serio. Sé que antes era tu madre la que hacía este tipo de cosas, pero quiero que seas capaz de hablar conmigo también. Sobre todo ahora que nos hemos...

El hombre delgado miró de soslayo hacia su derecha y comenzó a volver la cabeza en dirección al padre de Timothy. Ahora era su padre el que se movía y hacía ruido.

–Papá, quédate quieto --dijo Timothy de repente, sobresaltando al grandullón--. No digas nada más. --Las lágrimas no dejaban de fluir.

–¿Qué? --El padre de Timothy se echó para atrás como si su hijo hubiera intentado morderle--. ¿Porqué no puedo...?

–Por favor --insistió Timothy, desesperado--. No digas nada más, papá. Por favor.

–Tim, ya sé que te cuesta --dijo su padre, con expresión perpleja y dolido a un tiempo--, pero puedes hablar conmigo. Sólo intento ayudarte.

El hombre delgado volvió a mirar a Timothy de reojo durante un segundo, antes de apoyar su mano libre (la que tenía levantada a la altura de la boca) en la pierna del padre de Timothy. El grandullón dio

un respingo, pronunció una de esas palabras y se quedó medio tendido en el suelo.

–¿Quién demonios es usted? –exclamó, tras incorporarse de nuevo–. ¿Cómo ha conseguido entrar en la habitación de mi hijo?

–Chis –siseó el hombre delgado, aún con el ceño fruncido, sin soltar a Timothy–. *Levántate y cállate.*

El padre de Timothy parpadeó con fuerza, como si estuviese a punto de dormirse de nuevo, antes de levantarse. Conservaba la expresión atónita y algo compungida, mas la ira ya había desaparecido.

–*Su hijo ya no le quiere* –dijo el hombre delgado, incorporándose a su vez. Apoyó una mano en el hombro del padre de Timothy y lo giró hacia la puerta, de regreso al pasillo. Ambos comenzaron a caminar hacia la salida–. *Ha sido un padre deplorable, y peor marido. ¿Por qué si no cree que le abandonó su mujer?*

–Papá –llamó Timothy, tan estupefacto que ni siquiera se daba cuenta de que estaba hablando en voz alta–. ¡Papá!

Su padre se volvió hacia la cama por un breve instante, pero el hombre delgado continuaba empujándolo. Cuando ambos hubieron llegado al vestíbulo, el hombre delgado tiró de la puerta tras ellos. Antes de que hubiese terminado de cerrarse, Timothy oyó que el hombre delgado decía:

–*¿Cómo puede soportar lo que le ha hecho a su familia? ¿Cómo puede vivir así, señor Barnes?*

Timothy permanecía tumbado en el sitio, conmocionado (o víctima de una conmoción), sintiendo cómo regresaba el calor al lugar donde el hombre delgado le había tocado la pierna. ¿Dónde estaba su padre? ¿Qué iba a hacerle el hombre delgado? ¿Por qué no se oía nada? Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió de nuevo y Timothy se sentó erguido en la cama.

–¿Papá?

–Si tú quieres –repuso la voz de James Bond–. Pero no esta noche. Vístete y reúneme conmigo abajo.

La mandíbula de Timothy se atascó en los goznes que la articulaban, junto a las orejas. Tenía que vomitar.

–¿Dónde está mi padre? –susurró.

–Haz lo que te he dicho –insistió el hombre delgado–. Date prisa.

Timothy no quería obedecer, sino ir corriendo al cuarto de su padre, pero incluso esa diminuta parte desafiante de él estaba aterrorizada. No quería ni imaginarse lo que vería si entraba en esos

momentos en la habitación de su padre. En vez de eso, prefirió ponerse la ropa que pensaba llevar al colegio al día siguiente y atarse los zapatos. Fue testigo de cómo actuaba su cuerpo, aun a sabiendas de que no quería hacerlo, pero sin poder evitarlo. La fuerza de la costumbre le impulsó a coger su mochila Outdoorsman, negra y verde, antes de salir al pasillo a hurtadillas. El hombre delgado le hizo señas desde el fondo, junto a la puerta de la cocina. El dormitorio de su padre se encontraba en el extremo opuesto, justo al lado de donde estaba él ahora. La puerta estaba cerrada pero, aun así, pudo escuchar el ruido. Arañazos, en su mayoría, como si su padre estuviera garabateando una carta muy extensa.

–Ven aquí, Timothy –dijo el hombre delgado–. No pienso repetírtelo.

Como si el desconocido estuviera tirando de la alfombra del recibidor, Timothy comenzó a alejarse de la puerta de su padre.

* * *

Kyle Williams se recostó contra la verja metálica y apoyó todo el peso en ella, como si se tratara de una vieja hamaca, mientras esperaba a que Laura y Jason acudieran a su encuentro. Tenía algo que contarles y quería presentarles a alguien. Eso era lo que deseaba Lionel, y Lionel siempre conseguía lo que se proponía. Mientras se relajaba y deseaba que pudieran verse las estrellas tras el denso manto de nubes, Kyle permaneció allí apoyado, fingiendo que toda aquella pantomima era obra suya. Se dijo a sí mismo que era él el que empuñaba las riendas. Se relajó contra la herrumbrosa verja destartalada, con la mirada fija en el espacio que separaba los achaparrados edificios de la fábrica, y se preguntó cuándo había tenido las riendas por última vez.

Un golpe seco en el estómago le sacó de su ensimismamiento y se irguió, arrancándole un quejido a la valla. Jason Parks, su antiguo compinche del instituto y un gilipollas de primera categoría, se apartó de él con un paso de baile y fingió buscar refugio tras Laura, su hermana pequeña.

–¿Echando una cabezadita? –preguntó Jason, por encima del hombro de la muchacha.

–Capullo.

–¿Cómo te va, Kyle? –se interesó Laura, al tiempo que le propinaba un doloroso codazo en las costillas a su hermano–. Ya hace

tiempo que no te vemos por la tienda. ¿Has cambiado de curro o qué?

Kyle no respondió de inmediato. Laura era dos años menor que él, tenía las mejillas algo regordetas, pero le sobraban curvas donde tenía que haberlas. No se parecía en nada a las chicas que frecuentaba Lionel todo el tiempo.

–P-pues –consiguió balbucir al fin–, sí, algo así.

–Claro, el bueno de Kegels está por encima del pequeño, honrado y trabajador empresario –dijo Jason, conectando un puñetazo con el hombro de Kyle. Kyle no se inmutó, sino que repuso:

–¿Honrado y trabajador? –Con la espalda recta, volvió a apoyarse en la verja–. No sé qué decirte. No conozco a nadie así.

–Oye –espetó Jason, fingiéndose dolido–, que yo me gano mis buenos cinco con veinticinco la hora, date cuenta.

–Y yo me chupo todo lo que sea cargar cajas –intervino Laura. También ella se apoyó en la valla, lo que dejó a Kyle entre Jason y ella.

–Menuda hermana me ha tocado, hay que fastidiarse. –Jason elevó la mirada al cielo y extendió los brazos.

Laura puso los ojos en blanco. Kyle le sostuvo la mirada por un momento cuando volvió a posarlos en él. Las pupilas de la muchacha se dilataron un tanto, como si no supiera qué esperar, si un beso o una mala noticia.

Tampoco Kyle lo sabía. Así, cruzándose las miradas, lo mejor era dar rienda suelta a su imaginación. No tenían por qué ser malas noticias. Si los había citado en ese lugar era tan sólo porque...

–Bueno, ¿a qué viene tanto misterio? –quiso saber Jason. Le clavó el pulgar a Kyle en medio de la espalda–. ¿Para qué querías que pilláramos un autobús y nos cruzáramos la ciudad a toda prisa "nada más salir del curro"?

Laura dio un respingo y miró a su hermano. El momento que habían compartido Kyle y ella se hizo añicos como el cristal. Lo cierto era que incluso había comenzado a acercarse a ella, dispuesto a besarla. A juzgar por la tirantez que denotaba la voz de Jason, era posible que se hubiera percatado. Kyle volvió a apoyar toda la espalda en la verja, que se combó bajo su peso. Los botones de su chaqueta tintinearón y repicaron con estruendo contra los herrumbrosos eslabones.

–Quiero que conozcáis a alguien. –Clavó la mirada en el trozo de cielo que dejaban vislumbrar los dos edificios al otro lado de la calle–. A alguien que quiere conoceros. –Miró a Laura de hito en hito–. Le he

hablado mucho acerca de vosotros dos.

–¿Es que ahora te ha dado por la alcahuetería? –Jason hizo una mueca–. Sé ligar sin ayuda, Kegels.

–No fardes tanto –repuso Laura, con voz queda. A la tenue luz de la farola, Kyle observó cómo el aire frío aumentaba el rubor de sus mejillas.

–¿Cómo dices?

–No tengo intención de buscarte una cita, tarugo. Lo que quiero, chavales, es que conozcáis al tío para el que trabajo ahora. Me da que os va a caer bien. Además, le he hablado muy bien de vosotros. De los dos. ¿Ya os lo había dicho?

–Sí. –Jason se pasó una mano por la cabeza rapada para espantar el frío–. Bueno, ¿y qué pasa con este tío? Ni que fuera un camello o algo de eso.

–Perdona, me he perdido –le interrumpió Kyle. Nadie hablaba así de Lionel.

–Pues hombre, no quieres decirnos dónde trabajas, desapareces tres noches a la semana, no te había visto tan tenso en mi vida y llevas puesta una chupa nueva que no tiene pinta de ser barata

–enumeró Jason, ayudándose con los dedos de una mano–. ¿Te has puesto a vender crack, Kegels? Porque, si es así, más te vale volver a la tienda. El mercado está mucho mejor en aquel barrio.

La mirada de Laura intentó ocultar una expresión de ligera decepción. Kyle se plantó delante de Jason.

–No ando metido en nada de drogas, gilipollas. Y me repatea que me llames Kegels.

Jason, pese a ser más alto y llevar muchos años tomándole el pelo a su amigo, retrocedió un paso antes de recuperar su acostumbrada indolencia.

–Oye, quieto, chavalote –dijo, componiendo una sonrisa que no resultaba tan socarrona como debería–. Te estaba chinchando un poco, eso es todo.

Muy despacio, Kyle se relajó y se apartó.

–Así que, ¿a qué se dedica este tipo? –preguntó Laura, rompiendo la tensión que se había apoderado de la atmósfera–. ¿Cómo se llama?

–Se llama Lionel –dijo Kyle. Se colocó delante de Laura y Jason–. A decir verdad, se dedica a grabar. Música y tal. Se pasea por los clubes de los Grandes Lagos, a la caza de bandas locales. Si encuentra alguna que valga la pena, les ofrece firmar con una

discográfica neoyorquina. Me ha contado que piensa irse a Detroit una temporada para ver qué hay por allí. Es un tío genial.

–Qué quieres que te diga –apostilló Jason–. Por muy genial que sea uno, hace falta andar sobrado de generosidad para escuchar a algunas de las bandas de por aquí. Sobre todo en Nueva York. Saginaw, Michigan no es como decir Seattle. Coño, pero si hasta de Athens salen mejores grupos.

–Kid Rock es de Michigan –dijo Laura–. Y me parece que KISS también.

–Justo.

–¿KISS? –se extrañó Jason–. No lo sabía.

–Por eso Lionel trabaja para una casa discográfica y tú metes frutos secos en bolsas en la tienda.

–Así es, querido –dijo una voz alta y clara justo detrás de Kyle. Los tres se dieron la vuelta. La tensión abandonó los hombros de Kyle al instante. Había llegado Lionel.

–Muchachos –dijo Kyle, tendiendo una mano en dirección al recién llegado, como si del presentador de un concurso de televisión se tratara–, os presento a Lionel Braughton. Trabaja con...

–Encantado –dijo Lionel, pasando junto a Kyle y extendiendo una mano hacia Laura, con languidez–. Tú debes de ser Laura Parks.

–Depositó un beso en la mano que le ofreció la joven y la miró a los ojos.

Laura se quedó helada. Nunca había visto a un hombre tan atractivo. Su mata de cabello era espesa, pero no demasiado larga, y ondeaba impulsada por la suave brisa sin llegar a enmarañarse, pero sin resultar tampoco irritante por imaculada. Su tez era perfecta y en sus oscuros ojos azules resplandecía la chispa de un regocijo secreto. Incluso su beso parecía vigoroso a través del fino tejido de sus guantes.

–La hermana de Jason –dijo Kyle–. Éste es Jason.

Lionel miró a Kyle por encima del hombro, esbozando una fina sonrisa ante su reacción. Tendió una mano pálida en dirección a Jason.

–Encantado de conocerte, Jason. –Lionel apretó con firmeza la mano de Jason. Con sus pantalones de vestir, sus zapatos caros, su sobretodo de lana confeccionado a medida y su bufanda de seda, Lionel contrastaba con el alto y desgarbado Jason, que siempre parecía que se comprara la ropa con una temporada de retraso.

–Lo mismo digo. –Jason permaneció con el brazo estirado por

completo y un pie rezagado, como si intentara mantener a Lionel a tanta distancia como le resultara posible. Kyle recordó haberse sentido igual cuando conoció a aquel hombre. No se acordaba de cuál había sido la sensación exacta, sino que la intuía de un modo difuso.

—¿Os ha explicado Kyle el plan para esta noche? —preguntó Lionel, al tiempo que se giraba para mirar a Laura a los ojos. La respiración de la joven se aceleró un poco. Kyle sintió el mismo nudo en el estómago que llevaba oprimiéndole toda la noche. Se había temido que Lionel prefiriera a Laura en vez de a Jason.

—Pues no, nada de eso —dijo Jason. Dio un paso en dirección a Kyle, de modo que ambos se quedaron mirando la espalda de Lionel. Se irguió un tanto, con la confianza que le proporcionaba estar más cerca de su amigo que del desconocido—. Lo único que nos ha dicho Kyle es que querías conocernos.

Lionel se giró a medias al oír aquello, sin dejar de encarar la mayor parte del cuerpo hacia Laura.

—A uno de vosotros, nada más. ¿Por qué no te vas a casa, Jason? Kyle, tu hermana y yo nos vamos a dar una vuelta por los locales de música de por aquí. Apuesto a que tú te aburrirías como una ostra. Además, mi compañía sólo puede cubrir los gastos de otras dos personas.

—La verdad es que sí que iba a aburrirme —dijo Jason, con voz pastosa—. Encima, tendría que pagar los gastos de mi bolsillo.

—Yo podría colarte —dijo Kyle, asiendo con fuerza el brazo de Jason por encima del codo. Jason compuso un gesto de dolor y miró a su amigo—. En algunos sitios, por lo menos.

Lionel tosió con discreción y la mirada de Kyle voló hacia él. La tenue línea que separaba las cejas del hombre había comenzado a tensarse un tanto, lo que indicaba que Lionel no aprobaba aquello. Kyle soltó el brazo de Jason.

—Corre y coge un autobús, Jason —ronroneó Lionel—. Yo me encargo de que Kyle y tu hermana estén de vuelta a una hora razonable, como que me llamo Lionel Braughton.

—Claro —dijo Jason. Hundió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros—. Nos vemos más tarde, chicos.

—Hasta luego, Jason —se despidió Laura, en voz baja, detrás de Lionel.

A Kyle le resultaba tan evidente cada vez que Lionel manipulaba a la gente que le extrañaba que las personas en cuestión no se dieran cuenta. ¿Es que no tenían ojos para ver? Quiso agarrar a Jason del

cuello de su cazadora y decirle "¿En serio vas a dejar sola a tu hermana con un desconocido?", pero no podía. Lionel no iba a aprobar que lo hiciera. Había aprendido que una cosa era no estar de acuerdo con Lionel y otra muy distinta evidenciarlo delante de gente que Lionel acabara de conocer.

–Vale, cuidaos, chavales –repitió Jason mientras se alejaba–. Cuidad de Laura. No quiero bollos ni arañazos, y llenadle el depósito antes de devolverla.

–Qué chistoso –dijo Laura, con aire ausente. No había apartado los ojos de Lionel desde que éste hiciera su aparición.

En cuestión de algunos pasos, Jason se perdió de vista al doblar una esquina. Lionel le ofreció el codo a Laura, que le rodeó el brazo y se acercó a él más de lo que a Kyle le parecía conveniente.

–Sígueme, Kyle –dijo Lionel–. Ten los ojos bien abiertos.

Kyle obedeció solícito y partió tras Lionel y Laura en la dirección contraria a la que había seguido Jason. Laura se había colgado del brazo de Lionel igual que una fulana calenturienta de película. Hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta. ¿Por qué había tenido Lionel que elegirla a ella? Laura era más corpulenta que las chicas que solían atraerle. En realidad, era como si sólo le gustaran las más raquílicas. Jason estaba más delgado que Laura y, además, era un capullo. ¿Por qué no le había elegido a él? No hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo mucho que le atraía Laura y lo mal que le caía Jason; era como si Lionel lo estuviera haciendo a propósito.

–...nada más doblar esta esquina y luego hay que cruzar este paso –le iba diciendo Lionel a Laura en la cabeza de la comitiva. Se detuvo ante la boca de un estrecho callejón y se volvió hacia Kyle–. ¿No es por aquí?

Kyle parpadeó. Casi se le olvida su parte... la rutina que Lionel y él habían repetido hasta la saciedad.

–Me parece que es por *aquí* –respondió inexpresivo, indicando un poco más adelante en la misma acera. El callejón hedía a basura y desperdicios, pero estaba libre de indigentes.

–Hmm... –dijo Lionel. Parecía confuso de veras, como siempre–. Yo creo que no. ¿Laura?

–Me da igual –respondió la muchacha, sumida en la contemplación de los ojos de Lionel.

«Es todavía más tonta que su hermano», pensó Kyle.

–De acuerdo –dijo Lionel. Le guiñó un ojo a Laura con aire de complicidad–. Vamos a probar por aquí. Si te empeñas, puedes seguir

y dar la vuelta al edificio, Kyle.

–Es por aquí, en serio –dijo Kyle, consiguiendo apenas dotar de credibilidad a sus palabras. Se alejó y esperó hasta que el sonido de las pisadas de Lionel y Laura le hubieron indicado que se habían adentrado en el callejón. Cuando se hubieron perdido de vista, regresó a la esquina y se apoyó en la pared, intentando aparentar indiferencia. Miró a uno y a otro lado de la acera a ambos lados de la calle, pero nadie paseaba de noche por aquella parte de la ciudad. Lionel podía ocuparse de sus asuntos sin temor a interrupciones. Kyle abrió bien los ojos.

No mucho después, escuchó las pisadas de Lionel acercándose al lateral del callejón y un sonido parecido al que harían dos personas al chocar con la pared. Aguardó a oír el grito de asombro (solía escucharse alguno llegados a ese punto, aunque fuera breve), pero Laura no gritó. A decir verdad, lo que oyó sonaba más bien como una risita contenida. Dos, la de Lionel y la de Laura. Parecía que estuvieran pasándose de miedo ahí dentro. Eso sí que era una novedad. Un beso, un mordisquito en la oreja, una caricia en el cuello...

Kyle meneó la cabeza y apretó los puños. Se trataba de Laura. La conocía desde el instituto. No era de las que besaban al primer tío que les presentaban. Claro que ese tío era Lionel y ambos estaban más interesados en el otro que en Kyle. Escuchaba el martilleo de la sangre en los oídos; los puños se apretaron aún más dentro de sus bolsillos. Podría aparecer alguien en ese preciso momento, y no sabía si daría la señal de aviso convenida o no.

Al sonido siguiente, Kyle estuvo a punto de darse la vuelta, pese a que Lionel le había advertido que no lo hiciera a menos que fuese importante de veras. Era como si Laura estuviera gimiendo, y no precisamente de miedo; ya había oído a otras emitir ese sonido y no se parecía a aquel. Parecía que se lo estuviera pasando en grande. Tampoco se trataba de un largo gemido sostenido, sino que era algo rítmico... animal. ¿Qué demonios estaba haciendo Lionel ahí dentro? Se suponía que ni siquiera era capaz de hacer eso. Kyle se acercó aún más a la entrada del callejón.

Los sonidos del interior aumentaron en volumen e intensidad. Kyle rasgó la tela de uno de los bolsillos de su chaqueta. Lionel no podía hacerle eso; le había contado lo que sentía por Laura. Lionel se portaba bien con él y le trataba mejor que ninguna otra persona pero, ¿cómo podía hacer lo que parecía que estaba haciendo? Esto no

había ocurrido nunca con ninguna de las otras. Cogía lo que necesitaba y las dejaba en paz. Pero si Laura hasta era virgen... aunque ya había cumplido los dieciocho, eso sí. Y se acababan de conocer. Lionel no podía hacer esto. No con una persona hacia la que Kyle albergara tales sentimientos.

Sin darse cuenta, estrelló el puño contra los ladrillos a su espalda y cerró los ojos con fuerza. No era justo.

El callejón enmudeció ante el estruendo. Una espesa cascada de polvo y escayola se desprendió del cráter poco profundo que había excavado su mano en la pared. Kyle se frotó los dedos magullados y miró en rededor para ver si alguien había escuchado el ruido. Cuando hubo completado el reconocimiento, descubrió que Lionel se encontraba junto a él. Ni siquiera le había oído acercarse.

—¿Cuál es el problema? —inquirió el hombre, con voz queda. Su mirada saltó de una sombra a una ventana ciega, pasando por un portal ensombrecido—. ¿Has oído algo?

Lionel tenía los ojos muy abiertos y la boca apenas entreabierta. Las ventanas de su nariz aletearon. Su tez parecía más arrebolada que de costumbre. Ofrecía el aspecto de un hombre excitado que debería estar respirando exageradamente, salvo que ningún penacho blanco de vaho flotaba en el aire frío. Transcurrido un momento, también su excitación remitió. Tan sólo el rubor se mantuvo.

—No he oído nada —dijo Kyle, intentando encogerse y desaparecer dentro del abrigo que le había comprado Lionel. No se podía creer que hubiera interrumpido a Lionel—. Lo siento. Es...

Lionel lo fulminó con la mirada por un segundo, con las pupilas convertidas en dos puntos láser, antes de soltar una carcajada. El inesperado cambio despistó a Kyle, que paseó la mirada por los alrededores, nervioso. Tampoco nadie se alertó por aquel sonido.

—Estas cosas pasan, muchacho —dijo el hombre mientras, con una uña manicurada, enjugaba una mota que comenzaba a secarse sobre sus labios—. *Una vez*, pero no dos. ¿Entendido?

—Sí señor —se apresuró a asentir Kyle.

—Bien. Ahora, entra ahí y cuida de tu chica —dijo Lionel, señalando el callejón con la cabeza. Un húmedo alborozo había asomado a sus gélidos ojos—. Todavía debe de estar a punto.

—¿Qué?

—Para la lección de esta noche. —Lionel realizó un gesto exento de ceremonia—. El perro grande come primero. El perro chico se queda con las sobras. Ésa es la lección.

–¿Qué qui...? –tartamudeó Kyle–. Que yo.. No pue...

–Como yo no, muchacho –dijo Lionel, poniendo los ojos en blanco, impaciente–. Tus apetitos y los míos son distintos. Yo ya me he saciado, ahora te toca a ti. –De un brusco empuellón, empujó a Kyle al interior del callejón.

Sin mediar palabra, Kyle recorrió los últimos pasos y encontró a Laura sentada, con la pared apoyada en una de las paredes del callejón. Esbozó una sonrisa perezosa al oír las pisadas, pero no abrió los ojos. Tenía el cabello rubio enmarañado y algunos botones de su blusa se veían abiertos bajo la chaqueta pero, por lo demás, parecía ilesa. Kyle se acuclilló a su lado y, sujetándole la barbilla, le ladeó el rostro hacia la izquierda; Lionel sentía predilección por la cara derecha del cuello. Sin embargo, aparte de algunas manchas oscuras, no vio ninguna marca. Tan sólo la suave curva de su cuello. Kyle se acercó un poco más, convenciéndose a sí mismo de que sólo quería echar un vistazo más de cerca. Al no descubrir ninguna señal, miró de soslayo en dirección a la entrada del callejón. Lionel se encontraba de pie junto a la esquina, por lo que sólo el filo de su abrigo resultaba visible desde aquel ángulo. Laura era toda para Kyle.

Sin dejar de lanzar nerviosas miradas en rededor, le levantó el faldón de la camisa y abrió los botones restantes con dedos hábiles. Laura se revolvió un poco, rozándose contra su trémulo dedo. No podía creerse que estuviera haciendo aquello, pero tampoco podía creerse que no se le hubiera ocurrido antes. Trabajar al servicio de Lionel le había vuelto mucho más fuerte, del mismo modo que había aumentado la potencia de sus emociones. En especial hacia Laura. La muchacha se comportaba como si sintiera lo mismo por él en todo momento.

Exceptuando esa noche, cuando había conocido a Lionel, desde luego.

–Laura, despierta –dijo, al tiempo que la ayudaba a recostarse sobre un lecho de periódicos abandonados. Le rodeó la cabeza con los brazos y le acunó las muñecas con una mano–. Laura.

La joven se agitó otro tanto y entreabrió los ojos con un parpadeo. Intentó enfocar la mirada y le dedicó una sonrisa soñolienta.

–¿Lionel? –musitó, sin aliento–. Ha sido estupendo. ¿Qué me has hecho?

Kyle sintió cómo se tensaba su mandíbula, endureciéndose su contorno. Apretó las muñecas de Laura. Allí estaba él, procurando ser amable y demostrarle que no pensaba abusar de ella como había

hecho Lionel, ¿y ella tenía el descaro de decir que le había *gustado*?
¿Disfrutaba cuando se aprovechaban de ella?

–Au, Lionel –gimió Laura, con algo más de coherencia–. Mis manos.

Kyle apretó su presa un poco más y plantó el rostro frente al de Laura.

–Me da igual –dijo, entre dientes. Hilachos de vaho blanco azotaron el rostro de la muchacha, igual que el vapor de una caldera–. No soy Lionel.

Laura abrió los ojos de par en par por un momento y Kyle presionó los labios contra los de ella para ahogar cualquier posible sonido. Cuando la muchacha intentó moverse, le obligó a separar las piernas con las rodillas y comenzó a emplear la mano que le quedaba libre.

En algún lugar a su espalda oyó pasos y una risa queda que recorrían el callejón hacia él. Era la voz de Lionel, por lo que no cejó en su empeño. Lionel iba a ser testigo, para variar. El perro grande ya había comido; era el turno del perro chico. Francamente, a Kyle le importaba bien poco, siempre y cuando no intentaran detenerle.

Lionel no tenía intención de hacerlo.

* * *

El padre George Stinson apartó la celosía de madera del confesionario y observó la silueta que se proyectaba sobre la fina rejilla. No tenía por costumbre escuchar confesiones a horas tan intempestivas, pero se había visto impelido por una llamada telefónica que le rogaba asistencia en tono perentorio.

–Perdóneme, padre –comenzó la persona que ocupaba la cabina adyacente, tras un primer momento de vacilación–, porque he pecado.

El oír la voz en persona no ayudó al padre Stinson a reconocerla, pero sí pudo emplazar el acento con más facilidad. Poseía las características nasales y fricativas propias de un oriundo de Boston. El hombre sonaba casi como uno de los Kennedy.

–¿Cuánto hace que no te confiesas? –preguntó, al tiempo que procuraba disimular un largo bostezo.

–Hará unas dos semanas. Vine aquí para confesar el mismo pecado, padre.

–¿Eres uno de mis feligreses? –inquirió Stinson, sin molestarse en ocultar su suspicacia. Sabía que aquel hombre no era uno de los

Kennedy, pero sí que se acordaría de alguien que se pareciera tanto a ellos al hablar.

–Se supone que no debe formular preguntas, padre –repuso el hombre, educadamente.

El padre Stinson se frotó los ojos.

–Discúlpame, hijo. He olvidado mis modales por culpa de la hora. No me suena tu voz.

–No pasa nada, padre –dijo la voz, con un dejo de ironía. Se acercó a la pantalla, perfilando aún más su silueta–. Siempre le ocurre lo mismo.

Tras una pausa, Stinson optó por hacer oídos sordos a aquella declaración.

–¿Qué quieres contarme, hijo?

–He venido porque ha vuelto a suceder y usted es el único que me hace sentir mejor.

–Continúa.

Ambos hombres guardaron silencio por un instante.

»¿Qué es lo que ha vuelto a suceder? –insistió Stinson, con un soplo.

–No se... –comenzó el hombre, enfadado–. No, claro que no. Le ruego que me disculpe de nuevo. Soy un estúpido.

–No eres ningún estúpido, hijo. Con calma. Comienza desde el principio. Tómame todo el tiempo que quieras.

El hombre al otro lado del confesionario apoyó una mano en la pantalla y reposó la cabeza sobre ella, combando la fina rejilla hacia el sacerdote.

–Volví a perder el control, padre –suspiró, contrariado–. No puede evitarlo.

–¿Qué es lo que no has podido evitar? –preguntó Stinson, inclinándose hacia delante–. ¿Qué has hecho?

–Recuerde que esto no puede salir de aquí –dijo el hombre. Seguía apoyado en la rejilla.

–El acto de confesión es sagrado, hijo –le tranquilizó Stinson–. Ni siquiera los tribunales pueden dictaminar lo contrario. Continúa.

El hombre soltó un bufido desdeñoso ante la mención del sistema legal, pero eso no impidió que pareciera aliviado.

–Se supone que nos debe resultar tan sencillo, padre –dijo, instantes después–. Pero es que no lo consigo.

–Sí...

–Se supone que les tiene que gustar lo que les hacemos, ¿no?

El padre Stinson sabía adónde quería ir a parar el hombre, pero quería oírsele decir de viva voz. Eso facilitaría la confesión.

–¿Qué quieres decir? –preguntó, inclinándose aún más–. ¿A qué te refieres?

–Ya lo sabe, padre –replicó el hombre, irritado–. Bueno, a lo mejor no, pero tampoco hace falta que se lo explique para que se haga una idea.

El hombre apoyó la espalda contra la pared de la cabina, apartando su silueta de la celosía.

–Cuéntamelo todo, hijo –apremió Stinson.

–Sí, bueno. –El hombre volvió a exhalar un suspiro–. Perdona. Verá, en cualquier caso, sin tener en cuenta lo que acabo de decirle, a la gente no le gusta que yo...

–¿Que tú qué, hijo?

–Que yo haga lo que tengo que hacer –dijo el hombre, con vacilación–. Ya sabe.

–Creo que te comprendo. –Stinson había acercado el rostro a escasos centímetros de la pantalla.

–Vale. Bueno, no sé si es que hago algo mal o qué, porque la gente no soporta que lo haga.

–¿A qué te refieres? –quiso saber Stinson. Su voz le sonó un pelín ávida, por lo que se santiguó y prometió rezar un par de rápidos Ave Marías cuando se hubiera marchado su visitante.

–Patalean –dijo el hombre, con voz trémula–. No hay uno solo que se esté quieto. Ni siquiera cierran los ojos. Los hay que incluso gritan e intentan apartarme a empujones. Uno llegó a meterme el dedo en el ojo una vez. Tardé una semana en volver a ver con normalidad.

–Entiendo. –Stinson comenzaba a sentirse incómodo, pero le costaba interrumpir la confesión por las buenas.

–Los demás dicen que es tan fácil, padre, pero no lo es. Dicen que a la gente le gusta. Los suyos se quedan muy quietos, incluso llegan a abrazarlos con fuerza. He visto cómo ocurría en alguna ocasión y no es que hagan nada que no haga yo. ¿Por qué a mí me cuesta tanto?

–¿Dices que ha vuelto a suceder? –preguntó el padre Stinson, al ver que la pausa del hombre se alargaba. Fue lo único que se le ocurrió.

–Sí –dijo el hombre, recuperando el aliento–. Volví a intentarlo anoche. Hacía tanto tiempo desde la última vez que ya no me podía aguantar. Parecía que fuera a volverme loco. Cada vez dejo que pase

más tiempo, pero empeora cuanto más larga es la espera.

–Entiendo. Sabes que yo te comprendo.

–Usted qué cojones va a comprender, padre... –espetó el hombre. Maldijo de nuevo, esta vez para sí, antes de añadir:– Disculpe. No quería...

–Continúa, hijo. No pasa nada.

–Bueno, vale, anoche ocurrió de nuevo, como le iba diciendo. Estaba dando un paseo, intentando despejarme la cabeza, cuando vi a esa puta enfrente de la librería que hay cerca de mi casa. Vivo en Lansing. No sé por qué, pero aquello está lleno de prostitutas. En el centro, por lo menos. No me lo explico. Será que allí no abundan las distracciones.

–Será, hijo. –Stinson no pudo evitar el preguntarse por qué habría conducido aquel hombre tantos kilómetros hasta Iron Rapids si había cometido su pecado en otra ciudad.

–El caso es que la vi y me puse a caminar hacia ella antes de darme cuenta de lo que pasaba. Me planté delante de ella y hundí la nariz en los rizos que le cubrían el cuello. La olisqueé como un perro, no vea cómo iba yo.

–¿Te habías drogado?

–No, hombre, cómo iba de *salido*. Me moría de hambre, ya sabe. Ya ni me acordaba de cuándo era la última vez que había pisado la calle. Me parece que debía de hacer un par de semanas, pero no me haga caso. Más de una, sin duda.

–Ya veo. ¿Qué ocurrió entonces? –Stinson se percató, abochornado, de que había comenzado a respirar más deprisa. Añadió unos cuantos Padre Nuestros a los Ave Marías que ya le esperaban.

–Bueno, pues le puse la mano en el hombro y se dio la vuelta como una peonza porque le di un buen susto. Pensé que iba a soltarme un sopapo, o a rociarme con espray o algo de eso. Tuve suerte de que estuviera oscuro y no pudo ver la expresión de mi cara.

–Yo diría que alguien que...

–Así que, sin soltarla en ningún momento, le di un nombre falso y le pedí que me acompañara. Me dijo que sí sin rechistar, claro, todas las rameras son iguales pero, bueno, el caso es que no sé ni cómo conseguí hilvanar dos frases coherentes seguidas. El dolor era insoportable. Me limité a sacar un fajo de billetes de la cartera y a ponérselos en la mano, ni los contó, antes de entrar con ella en el callejón para meternos en un portal algo recogido.

–Ya veo –dijo Stinson. Su respiración se había acelerado conforme aumentaba la cadencia de las palabras del penitente, pero ninguno de los dos se percató—. ¿Qué pasó luego, Elliot?

–Lo mismo de siempre, padre –respondió el orador, al tiempo que descargaba un manotazo sobre el interior del cubículo—. Quise sujetarla, pero no había manera. Para empezar, intentó apartarme la boca con la barbilla y luego se puso a retorcer el cuello para que no pudiera meterle mano. Al final empleó las manos para empujarme. Llevaba puesta una chaqueta roja de plástico, así que se la agarré y la aplasté contra la pared del hueco en que nos habíamos metido. Incluso intentó clavarme uno de sus tacones de aguja en el dorso de la rodilla, pero se le rompió el otro tacón y acabamos en el suelo, con medio cuerpo fuera del portal. Aterricé encima de ella. Después de eso, se quedó allí tendida por un segundo, con los ojos como platos.

Se produjo una larga pausa, interrumpida al cabo por el padre Stinson.

–¿Y luego?

–Luego –continuó el hombre, restablecido el fuelle–, la agarré del abrigo y volví a meterla en el portal a oscuras, eso lo primero. En ese momento, empezó a soltar grititos igual que un murciélago, con la respiración entrecortada. La piel se le estaba poniendo de color gris. Me parece que debía de haberse golpeado con el filo de un escalón al caerse. Tenía las rodillas de mantequilla, no había forma de que se tuviera en pie. Se había hecho algo en la espalda.

Stinson sabía adónde iba a desembocar aquello, pero el hombre tenía que decirlo con sus propias palabras. De lo contrario, no sería una confesión válida.

–Así que, ¿tú que hiciste?

–¿Qué iba a hacer? –espetó el hombre–. Hacía una semana... o dos. Ya no podía contenerme. Me hacía falta *en ese preciso momento*. La apoye contra la pared y lo hice allí mismo. Ni siquiera entonces dejó de debatirse la muy puta. Intentó golpearme. Me arrancó un mechón. No paraba de lamentarse y quejarse como si la estuvieran matando. Como no se callaba, le encajé la pelvis entre las piernas con tanta fuerza que volvió a estrellarse contra el cemento. Después de eso, se desmayó.

–Y tú...

–Yo seguí, si es eso lo que le interesa, padre. –El hombre parecía encontrar graciosa esa parte–. No pensaba detenerme hasta haber terminado y haberme saciado.

–¿Qué le ocurrió a la chica? –preguntó Stinson. Reparó en el temblor de su mano y asió con fuerza el rosario.

–La dejé –contestó el hombre, cuya voz se había tornado quebradiza de repente–. La dejé allí, en el portal, con el dinero todavía en la mano. Tenía los ojos abiertos, pero en blanco. Seguía balbuciendo, pero no me quedé a escuchar lo que decía. –La excitación había comenzado a desvanecerse; el hombre apoyó la mano en la rejilla–. Me largué y me escondí. Luego, esta noche, le llamé a usted. Tenía que hablar con usted, padre. Usted es el único que me ayuda a sobrellevar esto.

Stinson pasó por alto esto último.

–¿Qué era exactamente lo que querías contarme, hijo?

–Cuando estaba allí plantado, antes de marcharme, me di cuenta de una cosa. –La voz del hombre sonaba ahora encrudecida, desprovista de toda emoción–. Me di cuenta de que estaba culpando a la chica de mis errores. Igual que culpo a los demás por decirme lo fácil que se supone que es. Por mentirme.

–¿Qué más, hijo?

–Bueno, sobre todo es que me daban... me dan... envidia. A ellos les resulta tan sencillo, pero yo no consigo dar una a derechas. Nunca he podido. Lo peor de todo es que tengo la impresión de que no es culpa mía, sino de los demás. –El hombre guardó silencio durante largo rato–. Es como si me costara pensar siquiera que tal vez pudiera tener algún problema. Tiene que ser culpa de cualquier otro. No puede tener nada que ver conmigo.

–Continúa.

–Disculpe, padre –dijo el hombre, al cabo–. A veces cuesta admitir que se peca de orgullo, por evidente que resulte. Pero es que me pone furioso y cuando me ciega la ira me cuesta pensar. Como para confesarme en condiciones.

–¿Orgullo?

La mano volvió a apartarse de la rejilla.

–Claro. Eso es lo que confieso siempre que vengo aquí. Eso y la envidia.

Stinson movió los labios, sin encontrar las palabras.

»¿Por qué se cree que he venido? ¿Por el conversador tan cojonudo que está usted hecho?

–Tranquilízate, hijo –dijo el padre Stinson, amedrentado–. Sigamos hablando.

–¿Que sigamos hablando? –repitió el hombre, con un tono de voz

que consiguió que el padre Stinson se encogiera involuntariamente--.
¿Qué más tenemos que decirnos? ¿Qué coño quiere que le diga?
¡Ahora es cuando usted me absuelve, joder!

--No comprendo tu ira, hijo --dijo Stinson, replegándose contra la pared del fondo de la cabina. La voz del hombre ya no sonaba tan educada ni tan bostoniana. El padre oyó un tono inconfundiblemente más profundo y feroz sobrepuesto al sonido original.

--Ha dicho mi puto nombre --dijo el hombre, irguiéndose dentro de la cabina y apoyándose en la pared adyacente--. Creía que había conseguido que se olvidara, pero me ha llamado por mi puto nombre. ¿Va a decirme que no se acuerda del resto? ¿¡Pero si el resto es lo que tiene más chicha, acuérdeselo!? Yo sé que le encanta la chicha.

Stinson intentó alejarse aún más de la voz encolerizada, pero le había llamado la atención una parte del discurso del demente. Le había llamado Elliot. ¿De qué conocía ese nombre? Era la primera vez que oía esa voz (y que escuchaba una historia igual). El nombre le había venido a los labios, sin más.

--¿Es eso lo que va a decirme? --aulló la voz. El hombre golpeó la pared adyacente con ambas manos, dos veces, con la fuerza suficiente como para estremecer todo el confesionario--. ¡Responda!

--Cre-creía que habías venido para confesar tu trastorno sexual --tartamudeó Stinson--. Tu comportamiento perturbado...

--¿¡Mi *qué*!?

Stinson se quedó paralizado. El hombre de la cabina volvió a golpear la pared. La rejilla se soltó de su marco y se desprendió hasta la mitad antes de engancharse en una esquina. Por un segundo, Stinson creyó que el hombre iba a arrancar el resto de la celosía para intentar agarrarlo a través de la ventana. Se quedó mirando la abertura triangular practicada en la ventana, transfigurado igual que un pájaro delante de una serpiente. Ni siquiera logró levantar las manos para intentar cerrar la endeble cancela de madera.

El hombre del confesionario realizó un movimiento brusco y Stinson pudo ver sus ojos con absoluta claridad por encima de la rejilla descolocada. Eran de color verde oscuro, veteados de rojo y abiertos de par en par, revelando la blancura de la esclerótica. Los ojos sobresalían, ardían con una intensidad que Stinson no había visto ni experimentado en su vida, pero exhibían una cierta incongruencia que le intrigaba. El sacerdote tardó un momento en darse cuenta de que aquellos ojos no subían ni bajaban en absoluto. Las personas alteradas de ese modo solían respirar más deprisa o jadear, lo que

obligaba a sus ojos a mecerse por el vaivén. Los ojos de aquel hombre no se movían.

–Mire, padre –dijo el hombre, retirando la rejilla de su asidero–. Lo siento. Ahora, escúcheme.

El rostro del hombre era pequeño y barbilampiño, aunque atractivo. Llevaba el pelo recogido en una coleta, por lo que despuntaban sus orejas. Tenía los labios delgados. Su nariz, mediana, era recta. Eran los ojos. Aquellos ojos que no se alteraban, ni siquiera cuando su voz se hubo tranquilizado.

–Escuche con atención, padre Stinson –dijo el hombre, adentrándose en la cabina, con él–. No diga nada. Ha sido culpa mía por venir de nuevo tan pronto después de la primera vez. Eso se lo ha recordado todo. No debería hacerle estas cosas. Olvídelo y ya está, ¿de acuerdo? Olvide que le he llamado. Olvide que he venido.

–No puedo hacer eso, hijo –objetó Stinson, acurrucado todavía. Le costó pronunciar la última palabra–. N-necesitas ayuda. Puedo hablar con algunos consejeros, psicólogos. Yo me ocuparé de...

–*Le he dicho que lo olvide, padre* –insistió el hombre, asomándose aún más al interior de la cabina. Su cabeza oscilaba a un palmo del rostro de Stinson. Sus ojos seguían refulgiendo con un verde oscuro, pero las coléricas líneas rojas comenzaban a desaparecer–. Qué idiota he sido. Usted no puede ayudarme. Además, no es asunto suyo. Lo que tiene que hacer ahora es volver a la cama y olvidarse de que esto ha ocurrido, empezando por la llamada de esta noche. ¿Lo entiende?

–Sí –dijo Stinson. Se desplomó contra el costado de la cabina como un saco vacío. Los párpados le pesaban demasiado. Comenzó a cerrar los ojos mientras el hombre se apartaba e intentaba arreglar la celosía.

PRIMERA PARTE: **COMIENZA LA ACCIÓN**

Michael Luther se encontraba plácidamente sentado en el Elíseo del príncipe Marion Adrock en Iron Rapids, Michigan, observando al resto de sus congéneres allí congregados. Algunos se atenían a la periferia y permanecían junto a la pared exterior, de modo que pudieran ver a todos los ocupantes de la sala circular. Había quienes ocultaban su paranoia con más aplomo y se reclinaban en cualquiera de los numerosos sofás o montones de cojines. Los que estaban sentados atisbaban en rededor tan sólo de hito en hito. No obstante, Michael se percató de que nadie elegía aquellos asientos que quedaran a la espalda de quienes ya se habían acomodado. Aquello le habría hecho gracia si no fuera porque la mera idea despertaba en él un impulso irresistible de mirar por encima del hombro a su vez. Había escogido el asiento que estaba orientado hacia la puerta exterior y algo atemorizado y primitivo en su interior plañía para que se asegurara de que no había nadie que le estuviera vigilando. Michael se obligó a inhalar y expirar una profunda bocanada vacía, en un intento por ordenar las ideas.

En lugar de girarse, mantuvo la vista fija en la puerta de bronce y caoba que tenía delante. El acceso ahondaba en el edificio y sería ése el portal que transpondría el príncipe Adrock en persona. Sin duda, los ojos del príncipe repararían en todos y cada uno de los Vástagos reunidos en la estancia, pero vería a Michael antes que a ningún otro. Esbozó una tenue sonrisa para sus adentros y continuó observando su entorno, ignorando a conciencia la puerta exterior que quedaba a su espalda.

Eran pocos los Vástagos que habían entablado conversación; quienes así lo habían hecho procuraban que sus palabras resultaran inocuas. La excepción más destacable la constituía una mujer de joven apariencia llamada Clare, que se había sentado junto a uno de los tres incensarios de porcelana negra que dominaban la decoración de la sala. En aquellos momentos, Clare se encontraba sola, hablando en voz alta con nadie en particular. A cada frase que concluía, se inclinaba sobre el brasero e inhalaba con fuerza. Michael observó su

comportamiento infantil y prestó atención a medias a su discurso.

–Esto es madera de sándalo, Jeremey –dijo la mujer, que sonaba exultante y compungida a intervalos–. Masculino. Lo otro es jazmín, y lila el tercero. Esencia de lila. Seguro que éste te gusta más. El sándalo puede resultar de lo más relajante.

Michael continuó escuchando a la mujer, a la espera de presenciar la reacción de cualquiera de los demás Vástagos ante su extravagancia. La mayoría intentaba ignorarla, despreciativos, pero hubo uno o dos que alternaron su curiosidad entre ella y los elaborados incensarios.

–Preferiría que no hiciera eso –masculló uno de los Vástagos más jóvenes desde su asiento, junto a la pared. Michael no logró recordar su nombre, pero el rostro le sonaba de sobra. Hacía tiempo que la pupa de aquella mariposa social se había secado y apergaminado, adhiriéndose a su cráneo igual que la piel de una víctima por desnutrición. Conforme hablaba, se pasaba la mano por la escabrosa cabeza afeitada y Michael pudo ver que el anillo y el sonrosado dígito se habían fusionado para componer un abultado nudo. Michael no sentía ninguna curiosidad en particular por conocer el nombre de aquella repulsiva criatura–. Como si no tuviéramos bastante con su incesante palabrería.

La distracción que pudiera suponer Clare incordiaba a Michael mucho menos que la afrenta de tener que contemplar el semblante de aquel patán, pero se abstuvo de expresar su opinión en voz alta. Lo que menos falta le hacía era enzarzarse en una discusión con aquel feo y grosero ser. Aquello sería como anunciarles a todos que ese impertinente no estaba por debajo de él, como era el caso. Optó por continuar escuchando a Clare.

–Cuídate, Jeremey. Cuídate y vuelve antes de que se acabe el sándalo. Me parece que te va a gustar.

Una punzada de simpatía borró la expresión sardónica de Michael, que se encontró mirando fijamente a Clare. El padrino de la mujer, Jeremey, había desaparecido hacía más de un mes junto al resto de su séquito y, desde hacía dos semanas, se había perdido toda comunicación con el grupo. La comitiva se había infiltrado en el Detroit ocupado por el Sabbat para acumular información acerca de las fuerzas allí desplegadas. Nadie esperaba que regresaran todos los integrantes. Los cuatro vampiros se habían ido a la ciudad con un escolta más veterano que poseía una gran experiencia a la hora de operar sin despertar sospechas en territorio hostil, pero incluso él

había expresado sus reservas al respecto de poder desempeñar su tarea sin que los detectaran. La ansiedad que sentía Clare acerca del regreso sano y salvo de su padrino estaba, a todas luces, justificada.

Michael conocía bien esa sensación; su propio chiquillo había acompañado al grupo. Clare había hablado con él al respecto tras la marcha de la comitiva y él la había encontrado inteligente, comprensiva y considerada. Se había propuesto reanudar la conversación en un futuro, pero no se le había vuelto a presentar la oportunidad.

Según se rumoreaba, no obstante, ahora el príncipe tenía noticias acerca de los progresos del grupo. Por eso había convocado a los habitantes de su dominio en Iron Rapids, para difundir dichas noticias. Era de lamentar que ninguno de los asistentes hubiera decidido especular al respecto, puesto que Michael no podía aventurar cuáles eran las probabilidades de que el rumor fuera cierto. Mientras no oyera a nadie formular alguna hipótesis acerca de la comitiva, tampoco él podría especular acerca de la seguridad de su chiquillo. No le cabía duda de que había descartado el buen juicio por completo al permitir que Darien partiera junto a Jeremey Talbot. Darien le había rogado a Michael que le permitiera ir, argumentando que hasta que no se hiciera valer como individuo jamás sería nada más que el chiquillo del chiquillo del senescal del príncipe. Michael, que nunca había sabido negarle nada a su retoño, había terminado por claudicar, confiando en que los demás integrantes de la partida velaran por su seguridad.

Empero, a medida que transcurría el tiempo sin recibir noticias, Michael se había obligado cada vez con más ahínco a no pensar en Darien. Concentraba toda su energía y su atención en la joyería que regentaba para su propio si re, produciendo baratijas en serie en un esfuerzo por distraerse. Cuando eso demostró no ser suficiente, se dedicó a merodear por las calles de su territorio de caza en la ciudad vecina de Pontiac, sondeando las casas de empeño y las joyerías de segunda mano en busca de piezas que creara hacía tiempo. Esa actividad tenía el doble propósito de demostrar a Michael que la popularidad de su obra no era perenne, al tiempo que le distraía de la preocupación que sentía por Darien.

Sin embargo, incluso sus largos paseos en solitario ocupaban tan sólo las primeras horas de la noche, tras las que se quedaba solo. Había dedicado el resto de su tiempo a acontecimientos sociales como el de esta velada. Por desgracia, sus cuitas le perseguían incluso en tales ocasiones, lo que convertía sus frecuentes visitas al Elíseo en

meros ejercicios de futilidad. Cuando no estaba ocupándose de desempeñar algún encargo para su sire o de sobrellevar anodinas conversaciones con las arpías asistentes se encontraba sentado a solas, observando con indiferencia las auras que rodeaban a quienes asistían al Elíseo y preguntándose si el regreso de Darien se produciría pronto.

Tras una hora de silenciosa espera, Michael empezó a tomar nota de quiénes no habían llegado aún esa noche. El príncipe Adrock seguía ausente, desde luego, al igual que su senescal, Calvin Bainbridge. También se echaba en falta al chiquillo de Adrock, David Ellsworth, aunque éste nunca acudía al Elíseo entre semana si le reclamaban sus ocupaciones. Podía decirse que Ellsworth regentaba las industrias automovilísticas tanto de Iron Rapids como de Flint, y los entresijos de su negocio solían mantenerlo apartado de la dinámica social de la corte de Adrock. El joven nieto de Adrock, Elliot, se había sumado a la partida de Jeremey.

Como era de prever, la única residente sin clan de la zona, Lisa Noble, no había sido invitada. Francamente, Michael no se explicaba por qué Adrock toleraba siquiera la presencia de esa mujer en su ciudad, ni en cualquier otra parte de su dominio. En cualquier caso, ninguno de los no asistentes desempeñaba papel vital alguno dentro del gobierno de Michigan, como tampoco era tanta la importancia de ninguno de ellos como para que su ausencia pudiera considerarse un insulto. Las arpías del príncipe, Villanova, Byrd y Samuelson, tomarían nota de quienes no estuvieran presentes y se encargarían de comunicárselo a Adrock.

Al cabo de otro cuarto de hora, la puerta interior del recibidor del Elíseo se abrió al fin para permitir la entrada del senescal del príncipe. Bainbridge, el sire de Michael, apareció inmaculadamente vestido con un moderno traje de negocios gris oscuro y unas gafas de lente plana con moldura de plata. Entró con ostentación, recorriendo la congregación con una mirada que tendría que haber resultado acogedora, pero que a Michael se le antojó sencillamente calculadora. Sus ojos se fijaron primero en Michael, que enarcó una ceja en cauto ademán de curiosidad. Un centelleo de aburrido desinterés tiñó los cambiantes colores del aura que rodeaba a Bainbridge antes de que terminara de examinar la estancia. Michael recuperó su expresión neutral, reprimiendo su enojo ante el desprecio de los ojos de Bainbridge.

—Vástagos de Michigan aquí reunidos —comenzó Bainbridge—, en

ausencia de nuestro príncipe, hablaré en su nombre. Lamenta que sus responsabilidades le retengan y le impidan dirigirse a vosotros para haceros partícipes de tan funestas noticias.

La mirada de Michael voló hacia Villanova, que murmuró un discreto "hm". Byrd y Samuelson, sentados con afectada indiferencia en los vértices opuestos de un triángulo irregular, observaron la sala de soslayo con ojo crítico. Algunos de los Vástagos más jóvenes que se encontraban junto a la puerta trasera recibieron el anuncio de Bainbridge con murmuraciones, espoleados por la intencionada pantomima de sorprendido interés representada por Villanova. Las otras dos arpías tomaron nota de quiénes habían mordido el anzuelo y de sus palabras, antes de volver a concentrarse por completo en Bainbridge. Michael no pudo leer nada en sus auras con una apresurada inspección, más que suficiencia y suspicacia. Examinar más detenidamente el aura de alguien requería un mayor esfuerzo e implicaba un mayor riesgo de ser descubierto, y no le interesaba que las arpías ahondaran en los motivos que le impulsaban a miraras de ese modo.

—Como ya sabéis —continuó Bainbridge, haciendo caso omiso de las arpías—, nuestros valientes primos de la Estirpe residentes en los estados costeros orientales de este país han sufrido los estragos de las incursiones de nuestra secta rival. Hemos entrado en guerra una vez más.

Michael no puso los ojos en blanco ni tamborileó con los dedos, como hicieran varios de los Vástagos reunidos en la sala. Calvin tenía la costumbre de andarse por las ramas cuando había que informar de algo importante. Michael quería saber algo acerca de Darien; le daba igual lo que ocurriera en la costa. Sin embargo, sabía que si evidenciaba su acuciante ansiedad, Bainbridge jamás le perdonaría el insulto.

—En nuestro esfuerzo por impedir la invasión de nuestro refugio y sacar partido de la situación por el bien de nuestra propia secta, Jeremy Talbot se ofreció voluntario para conducir a su séquito al Detroit ocupado hace más de dos meses. Bajo la supervisión del príncipe Adrock, los tres Vástagos de su grupo y el chiquillo de mi propio chiquillo entraron en la ciudad con la esperanza de encontrar la mejor manera de actuar contra nuestros rivales. A principios de esta semana, camaradas, aquellos Vástagos regresaron junto con su guía, Christopher Flynn. Si bien las noticias que portan no son las mejores que cabría esperar, han logrado escapar a salvo con información

preciada en los peligrosos tiempos que corren. Pronto, el príncipe Adrock organizará una gran avanzadilla en Detroit que dejará a esa ciudad a nuestra disposición, como debería haber ocurrido tiempo ha. El grupo de Jeremy Talbot ha conseguido que esa posibilidad esté un paso más cerca de convertirse en realidad.

Michael lo dudaba. Los enloquecidos y obscenos monstruos de la secta del Sabbat ocupaban Detroit desde antes de que Michael hubiera sido Abrazado. Los numerosos intentos por establecer un centro de apoyo en Detroit habían cosechado un éxito moderado en el pasado, a pesar de que eran vampiros de la propia secta de Michael los que ocupaban la mayor parte del resto de Michigan. Esa "gran avanzadilla" iría a añadirse con toda probabilidad a la larga lista de incursiones sin sentido que ya se habían estrellado contra las defensas del Sabbat. El único motivo por el que Michael sentía algún interés en esta ocasión estribaba en el hecho de que su propio chiquillo estuviera involucrado.

—Y me complace anunciar que el grupo de nuestro amigo Talbot se encuentra aquí esta noche, camaradas Vástagos —concluyó Bainbridge—. Démosles la bienvenida al hogar.

Nadie aplaudió ni se escuchó ruido alguno, ni siquiera cuando hubo concluido aquel primer instante de sorpresa, sino que todos los asistentes se pusieron de pie y avanzaron para componer un irregular semicírculo alrededor de Bainbridge. Aquella recepción silenciosa era una tradición que imperaba en Michigan desde las primeras noches de Iron Rapids, cuando se aplicaban mucho más estrictamente las reglas del secretismo. Luther apenas pudo distinguir el sonido de las pisadas de los demás sobre la alfombra. Michael, en calidad de uno de los Vástagos más antiguos allí presentes, se situó a la cabeza del grupo, junto a Bainbridge y Laurence Maxwell, el alguacil de los Vástagos en la ciudad.

A una señal, los ocupantes de la sala contigua comenzaron a desfilar al interior de la estancia circular, en fila de a uno. Jeremy fue el primero en entrar, vestido con una sencilla camisa blanca, abotonada hasta el cuello, aunque sin corbata, y pantalones negros. Se apartó el pelo castaño, muy corto, de la frente con un zangoloteo de cabeza y se colocó delante de Bainbridge. Ambos Vástagos apoyaron una mano en el pecho del otro, como si buscaran los latidos del corazón. Tras mantener la postura por un momento, Bainbridge le dio la bienvenida con un cabeceo y se hizo a un lado. Jeremy saludó a los Vástagos más próximos del mismo modo, uno por uno. Algunos

eludieron su contacto sin molestarse en disimular; hubo quienes le dedicaron apenas un vistazo antes de concentrar la mirada en la puerta. Cuando Jeremey se hubo acercado a Michael, éste le tendió la mano como tenía por costumbre. Jeremey le correspondió, pero no sin antes vacilar por un instante.

–Hola, Michael –saludó el inglés, en un tono por debajo del susurro, lo que atrajo la atención de las arpías de inmediato. Del resto de la multitud, pocos eran los que habrían oído siquiera el sonido.

Michael asintió con gesto ausente. Habría jurado que la mano de Jeremey había temblado un tanto antes de tocarle el pecho, aunque otro Vástago menos perceptivo podría haberlo pasado por alto. El sincopado acento de Jeremey no revelaba ninguna posible pista de cuáles podían ser sus sentimientos, no obstante, y su aura seguía siendo el acostumbrado remolino ilegible de siempre. Sorprendido ante la familiaridad de Jeremey y extrañado por su extraña conducta, Michael formó con los labios las palabras:

–Bienvenido a casa, Jeremey.

Antes de que aquel momento pudiera prolongarse, Jeremey reanudó la ronda de saludos. No se detuvo en la fila de los de la misma edad de Michael, como habría hecho éste, sino que saludó a todos los asistentes. La última a la que se acercó fue Clare, que le miró al rostro, solemne y reservado, antes de rodearlo con sus brazos. Fueron varios los testigos que dieron un respingo por culpa de su inesperado movimiento, pero Jeremey mantuvo la compostura. La condujo hasta uno de los sofás próximos al incensario de madera de sándalo y la ayudó a sentarse. Él permaneció de pie, con una mano apoyada en el hombro de la mujer.

Christopher Flynne fue el siguiente en entrar en la sala. Se dirigió directamente a Bainbridge, como si sólo existieran ellos dos. Flynne había llegado a Michigan en respuesta a la llamada que había lanzado Adrock. Por consiguiente, había guiado al grupo de Jeremey Talbot al interior de Detroit. Los rumores se habían propagado deprisa y con virulencia desde que apareciera Flynne por primera vez en el dominio de Adrock, como atestiguaban ahora los gestos inquietos de varios Vástagos y las miradas que intercambiaban entre sí.

Flynne y Bainbridge repitieron el silencioso saludo y Michael estudió al primero. Flynne casi igualaba en edad, tanto real como aparente, al sire de Michael, según se rumoreaba, y parecía sentirse como en casa siendo el centro de atención. Le sacaba media cabeza a Bainbridge y su tupida mata de pelo rubio estaba tan cuidada que bien

pudiera haberse tratado de una peluca. Tenía las espaldas anchas, las caderas delgadas y su constitución se asemejaba a la de un atleta profesional. La única incongruencia que estropeaba su aspecto era el parche azul oscuro que le cubría el ojo izquierdo. El trozo de tela hacía juego con el resto de su atuendo, pero arruinaba la simetría de su semblante.

–Bienvenido de nuevo a nuestra ciudad, hermano --dibujó Bainbridge con los labios, saludando a Flynnne con un movimiento de cabeza--. El príncipe Adrock te invita a quedarte hasta que te reclame el deber.

–Así lo haré --respondió Flynnne, también en silencio. Michael vio calma y reserva en su aura.

Terminadas las formalidades, Flynnne saludó a las arpías y a Maxwell para, a continuación, acercarse a Michael y mirarlo desde su superior altura. Una parte de la mente de Michael se replegó, huyó, gritándole a la mitad racional que se alejara de aquel Vástago de mayor tamaño. En vez de eso, Michael posó la mano en el torso de Flynnne y le dio la bienvenida con un asentimiento de cabeza. Flynnne le correspondió, si bien algo envarado, antes de ir a situarse junto a Jeremey. Como chiquillo de Calvin Bainbridge, Michael era en teoría el Vástago "importante" más joven de aquel dominio. Nadie más ostentaba ninguna autoridad real, por lo que nadie estaba obligado a prestarles ninguna atención. Flynnne actuó en consecuencia.

Lionel Braughton, el miembro más reciente del grupo de Jeremey, fue el siguiente en entrar en la sala. Dedicó una sonrisa encantadora a todos los presentes. Era una expresión que empleaba como si de una linterna se tratara, bañando con su haz a quien estuviera más cerca. Michael observó complacido que Lionel, pese a estar asociado con la escoria más inmundada de la ciudad, había escogido para la ocasión un traje más caro, más moderno y mejor confeccionado que el del propio Bainbridge. A decir verdad, ofrecía mejor aspecto incluso que Marcus Villanova, lo que desencadenó un consternado intercambio de miradas en el seno del trío de arpías. Parecía que estuvieran a punto de decirse algo, incluso durante el saludo, cuando ese tipo de cosas estaba vetado.

Lionel se acercó a Bainbridge en un alarde de gracilidad y esperó a que le diera la bienvenida. Bainbridge enarcó una ceja en su dirección, pero le saludó con la misma flema que había mostrado ante los dos recién llegados anteriores. A continuación, Lionel echó un rápido vistazo en rededor y fue de Byrd a Villanova, pasando por

Samuelson, en preciso orden. Villanova y Samuelson le dedicaron tan sólo la atención que exigían sus posiciones y se apartaron de él con educada premura. Marie Byrd se entretuvo un instante de más, antes de retroceder a su vez. Lionel pasó a saludar al alguacil de la ciudad, su sire. Ambos Vástagos intercambiaron una vertiginosa sucesión de señales con las manos antes de concentrarse en la bienvenida tradicional. Sin haber pronunciado una sola palabra en voz alta, los dos sonrieron y se separaron. Lionel saludó a Michael con cortesía protocolaria, pero la vacilación y la cautela teñían su aura. Sin embargo, se alejó en dirección a una manada de alborotadores en la periferia de la muchedumbre antes de que Michael tuviera ocasión de ver nada más. Los miembros de ese grupo habían estado repartidos a lo largo de la pared antes de la llegada de Bainbridge y, ahora que Lionel se había reunido con ellos, se apartaron un par de pasos del resto del gentío. Todos ellos comenzaron a intercambiar gestos a gran velocidad, ajenos al resto de la ceremonia.

Michael, extrañado por el curioso comportamiento tanto de Jeremey como de Lionel, estuvo a punto de perderse por completo la aparición de Elliot Damascus. El hombre avanzó a largas zancadas hacia Bainbridge, cerrando la pesada puerta tras él. Examinó a los Vástagos allí reunidos como si éstos hubieran acudido para verle sólo a él y los saludó a todos con la mano. Su expresión era la viva imagen del héroe exultante que regresa al hogar.

Michael, pese a fingir que prestaba atención a la ceremonia, no pudo por menos que observar de soslayo a Byrd, Samuelson y Villanova. Las tres arpías procuraban no mirarse entre sí, por temor a revelar a los demás el desagrado que les producía ver a Elliot Damascus en acción. En vez de eso se dedicaban a estudiar a los demás Vástagos congregados, en busca de cualquier rumor condenatorio que pudiera revelar alguno de ellos a través de su reacción ante la presencia del nieto del príncipe.

Si las arpías habían encontrado tal información, Michael no se apercibió. Sus ojos seguían saltando de Elliot a la puerta de bronce y caoba que se había cerrado. Reparó distraído en que Elliot dejaba al trío de arpías fuera de su silencioso saludo, pero tenía la cabeza en otra parte. Cuando el joven Vástago se hubo apartado de Bainbridge para dirigirse al alguacil, y de éste a él, apenas logró obligarse a mostrar la debida mezcla de deferencia y condescendencia por medio del lenguaje corporal. Aunque Elliot le superaba en altura, Michael no estaba dispuesto a consentir que le sacara de quicio alguien cuya

inexperiencia resultaba tan evidente. Lo cierto es que Michael hubo de emplear a fondo su fuerza de voluntad para no apartar la mano de Elliot de un papirotazo cuando ejerció sobre su pecho una presión que rayaba en la vulgaridad. Aquella parte instintiva y omnipresente de su consciencia le rogó que se alejara de aquella hoguera ambulante de energía y vana indiscreción, pero las costumbres sociales dictaban que se mantuviera y mostrara jovial. Exigían que tratara a Elliot con el respeto que merecería el mismísimo príncipe Adrock. De lo contrario, el parte del desliz llegaría a oídos del príncipe.

Michael ni siquiera podía quebrantar la norma del decoro del saludo mudo para preguntar por qué no había entrado Darien en la sala con los demás. No podía emprender acción alguna para confirmar la sospecha que alimentaba desde el comienzo de la velada. El grupo de Jeremey había regresado, pero Darien, su chiquillo, ya no les acompañaba. Los dictados de su sociedad estipulaban que Michael no podía reaccionar. A fin de cuentas, aquella era la celebración de un regreso triunfal.

Observó a Elliot paseándose entre los presentes, tocando torsos, repartiendo apretones en hombros y asintiendo, y el risueño mentecato consiguió revolverle el estómago. Lo único que podría empeorar las cosas habría sido tener que escuchar la presumida voz nasal de Elliot durante el recibimiento. Eran muchos los Vástagos que afirmaban que la vivaz personalidad de Elliot les parecía refrescante y revitalizadora, pero Michael la encontraba irritante. Empero, tenía que fingirse pendiente de cada gesto de aquel cretino mientras parecía que nadie iba a darle explicaciones de lo que había ocurrido con su chiquillo.

En la retaguardia de la muchedumbre, Elliot repartió los últimos saludos y comenzó a murmurar con los Vástagos reunidos a su alrededor. El largo silencio se rompió al fin y todos se enfrascaron en conversaciones con sus vecinos. Casi de inmediato, se recompusieron las camarillas y los corrillos, incapaces de soportar por más tiempo aquella proximidad homogénea. Los colores de las auras a su alrededor se tiñeron, casi de común acuerdo, de alivio. Los Vástagos parecían alegrarse de que el grupo hubiera conseguido salir de Detroit sano y salvo. O eso, o se alegraban de no tener que permanecer tan próximos entre sí por más tiempo.

Conforme el nivel de ruido se elevaba y se diluía la turba, Michael se encontró a solas y en silencio, contemplando la puerta de bronce y caoba. Vio el mismo denominador común en los semblantes de

quienes le rodeaban: esquivaba. Hubo algunos que miraron la puerta con expectación a su vez, pero nadie más la traspuso. Cuando Michael se dio cuenta de que alternaban las miradas entre la entrada y él, bajaron los ojos en muda rehusa. Parecía que ese rechazo fuera la única costumbre funeraria entre los Vástagos de Michigan. Tal vez si hicieran la vista gorda ante los hechos, parecían pensar, éstos no se convertirían en verdad con carácter oficial.

Michael, de pie, con los ojos clavados en la puerta, deseó que fuera ése el caso.

_____ 2 _____

Michael, perdido con una expresión vacua impresa en el semblante, miró a cada uno de los integrantes del grupo de Jeremey con la esperanza de encontrar una respuesta a la pregunta que no se atrevía a formular. Elliot le dedicó un arrogante saludo con la mano antes de encaminarse al extremo más alejado de la sala. Lionel le daba la espalda, pero Michael sabía que se encontraba enfrascado en lo que parecía un acalorado intercambio de signos con su sire. Chris Flynn asintió en su dirección, le ofreció una lacónica sonrisa y se dispuso a marcharse. De los cuatro que acababan de volver de Detroit, sólo Jeremey le devolvió la mirada.

Lo cierto es que ambos continuaron observándose, inexpresivos, durante largo rato. Michael estaba solo, Jeremey conversaba con Clare, y ninguno de los dos perdía de vista al otro. Tras varios momentos transcurridos de esta guisa, Michael se decidió a hablar con Jeremey. Si no había nadie que estuviera dispuesto a reconocer en público que le había ocurrido algo a Darien, al menos Michael podría obtener una confirmación por boca de Jeremey. Más tarde le preguntaría a Calvin por qué le había ocultado la información.

—Pareces perdido —dijo Marcus Villanova, la arpía más veterana del Elíseo, entrometiéndose en el camino de Michael antes de que éste pudiera dar un solo paso—. ¿Qué te preocupa, chiquillo del senescal del príncipe?

Michael hizo ademán de querer esquivar al socialita Vástago, pero se encontró flanqueado por los chiquillos de Villanova, Byrd y Samuelson. Una parte de él le gritó que escapara antes de verse

acorralado, pero hizo oídos sordos y mantuvo su posición. Ignorar a una arpía ya era malo de por sí; dar de lado a tres que, a todas luces, querían hablar con él equivalía a solicitar un estigma social, chiquillo del senescal o no.

–Me esperaba algo un poco distinto –dijo, observándolos a todos sin delatar su recelo.

–Sin duda –respondió Marie Byrd, a su izquierda. Jugeteaba distraída con uno de los rizos de su melena, inmaculadamente teñida de rubia; se inclinó hacia delante al hablar. Cualquiera otro se habría dejado seducir por sus ademanes y no habría podido apartar la vista de la hermosa criatura que era. A Michael, la conducta de Byrd no le parecía más que una herramienta de encandilamiento, aunque sabía reconocer lo útil que debía de resultarle al tratar con alguien más susceptible. Al menos, se dijo que lo sabía.

–Tienes pinta de no saber a qué atenerte –dijo la mujer, con un mohín.

–Supongo...

–Yo esperaba ver al príncipe Adrock en persona –interrumpió Villanova, con la mirada perdida en la distancia, como tenía por costumbre cuando se dirigía a alguien que no fuera otra arpía–. Resulta decepcionante, en serio, sobre todo si tenemos en cuenta que iba a reaparecer su propio nieto. ¿Será que no quería verlo, tú crees?

–Lo dudo –respondió Michael, enervado por la interrupción de Villanova–. El grupo de Talbot debe de haber regresado hace varias noches y sin duda acudieron ante el príncipe Adrock directamente. Al fin y al cabo, ésas eran sus órdenes, si no me equivoco.

–Nosotros preferimos decir que "tales eran los términos del acuerdo al que habían llegado con el príncipe" –corrigió Byrd.

–Cierto –convino Michael, con forzada cortesía–. Pero eso significa que es probable que nuestro príncipe y el chiquillo de su chiquillo ya se hayan reunido. El resto del tiempo transcurrido desde su llegada habría estado mejor empleado si hubieran dado parte de sus acciones y se hubieran recuperado de los rigores del viaje.

Sin dar muestras de ello, Michael se amonestó por conducirse de ese modo. Había algo en verse rodeado por aquel trío que le impulsaba a hablar sin cesar. Sabía que, de seguir así, terminaría desbarrando. Se debatía entre la responsabilidad de retratar a la jerarquía reinante del modo más halagüeño posible y su deseo de dar por concluida aquella conversación y desembarazarse de las arpías.

–Eso dicta el buen juicio –repuso Samuelson, con una fina

sonrisa. Su rostro, maquillado en exceso, no sólo parecía irremediablemente pasado de moda, sino que se convertía en una satírica caricatura de sí mismo cuando esbozaba aquel gesto--.

¿También tú has acordado la ausencia de tu chiquillo, Michael? Nos hemos fijado en que no se encuentra aquí.

Michael parpadeó y guardó silencio durante algunos segundos más de lo recomendable en aquella compañía.

--No tenía conocimiento de que hubiera regresado.

--Así pues, ¿no has hablado con ninguno de los miembros del grupo? --inquirió Byrd. Su artificial sonrisa parecía destinada a remedar coquetería y timidez a partes iguales--. Qué raro que nadie te haya dicho que tu chiquillo ha vuelto sano y salvo.

--Sí que es raro --apostilló Villanova, con la mirada fija en algún punto por encima del hombro de Michael--. ¿Por qué no iba a contártelo nadie? ¿Será que no ha regresado, tal vez?

Michael se quedó helado, con la mirada desenfocada. El trío había alimentado sus esperanzas de que Darien estuviera a salvo en alguna parte.

Ahora, aquella distante y aislada parte de su cerebro había comenzado a entonar una canción muy diferente de su inicial clamor paranoico. Una canción de furia y pesar. Nadie había osado nunca levantar la mano contra una de las arpías en el dominio del príncipe Adrock pero, que Michael supiera, tampoco éstas se habían mostrado tan intencionadamente crueles con nadie en el pasado. ¿Acaso no se daban cuenta de que su chiquillo había desaparecido? ¿No comprendían lo que significaba eso?

--La cuestión parece crucial, según se rumorea --dijo Villanova, avanzando un paso en dirección a Michael--. Me pregunto de quién habrá sido la decisión de ocultarte esa información.

--Ninguno de los otros sabía que habían regresado --dijo Michael, procurando mantener el control. Tuvo que esforzarse por no convertir las manos en puños, pese al calor que le abrasaba todos los músculos. Le dolió la mandíbula mientras recubría sus siguientes palabras de un tono civilizado--. Al parecer, ésta iba a ser una reunión social. Las malas noticias habrían malogrado el efecto deseado.

--Para los demás, tal vez --dijo Byrd, estrechando el semicírculo de cuerpos al inclinarse hacia delante en ademán conspirador--. Pero sin duda *tú* te merecías saber si tu propio chiquillo había vuelto o no.

Michael miró directamente a la mujer, más baja que él, que se apartó con expresión risueña. Michael pensó que lo cierto era que

parecía enardecida.

—Sin duda —concurrió Villanova, sonriendo a nadie en particular—. También yo me pregunto quién habrá decidido que no tenías por qué saberlo.

Incontenibles, los ojos de Michael buscaron y encontraron a Calvin Bainbridge, que había detenido a Christopher Flynne delante de la puerta exterior de la sala. Bainbridge no reparó en que su chiquillo le observaba, pero las tres arpías pudieron darse cuenta de quién era el blanco de la contemplación de Michael. Tras un intercambio de miradas, retrocedieron un paso, volviendo a dejar a Michael en medio de un espacio vacío.

—Queremos expresarte nuestro pésame por la pérdida que has sufrido —dijo Byrd, alzando la barbilla y arqueando apenas la espalda, como si su vestido de noche se hubiera reducido una talla. Su esbelta figura adoptó una calculadora cualidad de sensualidad felina, pero su rostro quedaba cubierto por una máscara de sardónica crueldad.

Antes de que Michael pudiera responder, el trío se dispersó en direcciones distintas, con la seguridad de haber obtenido de Michael lo que fuera que habían estado buscando. Michael se quedó solo, mirando al frente, permitiendo que se extinguiera el enfado y el bochorno que le producía el haberse dejado manipular por las arpías. Sabía que ocuparse de Villanova, Byrd y Samuelson escapaba a sus posibilidades, pero eso no le facilitaba el trato con ellos.

Cuando hubo vuelto a fijarse por fin en Talbot, descubrió que Jeremey y Clare ya habían entablado conversación con Elliot. Éste no parecía sentirse cómodo en presencia del reputado demente y Michael le descubrió lanzando atemorizadas miradas de soslayo también a Clare. Los tres parecían incómodos y miraban alrededor sin cesar, por lo que Michael tuvo la impresión de que estaban discutiendo acerca de algo al tiempo que intentaban que nadie se diera cuenta. No podía oír su conversación, pero supo que se le había escapado la oportunidad de hablar con Jeremey.

Volvió a reparar en su sire, Calvin. El cabello plateado del vetusto Vástago casaba con los sutiles tonos grises de su traje, resaltando el asombroso azul de sus ojos. Bainbridge reforzó el efecto guardando sus gafas con montura de plata en un bolsillo mientras conversaba con Christopher Flynne. A pesar de que Flynne sacaba una cabeza de altura a Bainbridge, éste parecía sentirse rebosante de confianza.

Michael pensó que actuar como mano derecha del príncipe Adrock le había brindado a Bainbridge la oportunidad de dar rienda

suelta a su suficiencia y su sentido de la autoridad. Cuando había que dirigirse a la población de Vástagos de la zona, era Bainbridge el que hacía los honores en la mitad de las ocasiones. Cuando había que tomar alguna decisión importante sobre la marcha por el bien de la Estirpe, la responsabilidad también solía recaer sobre Bainbridge. El edificio en el que celebraban sus reuniones los Vástagos era propiedad de Bainbridge que, desde los despachos de oficinas que ocupaban las plantas superiores, dirigía un consorcio responsable del desarrollo urbanístico que había mantenido a flote la economía local de Iron Rapids. Los ingresos que generaba la influencia de Calvin rivalizaban con los del chiquillo del príncipe, Ellsworth. Parecía que Calvin se volcara más en Iron Rapids que en su propio territorio de caza en Grand Rapids, en la otra punta del estado. Lo cierto era que Bainbridge parecía ser el encargado de los asuntos nocturnos del dominio en todo salvo el nombre.

Michael no era tan iluso como para asumir que fuese ése el caso, desde luego. Se había entrevistado con el príncipe Adrock en más de una ocasión. Comparado con Adrock, Bainbridge no era más un pavo real pagado de sí mismo. Si bien Calvin ejercía una gran influencia en los asuntos mortales de Michigan, manteniendo solvente la economía de Iron Rapids a la sombra de Detroit, era Marion Adrock y nadie más que él quien presidía los asuntos de la comunidad de la Estirpe. Castigaba a los infractores de la ley de los Vástagos, otorgaba el derecho de crear neonatos y era el único con autoridad para destruir a otro vampiro en su dominio. Michael no tenía noticias de que Adrock hubiera ejercido ese último aspecto de su potestad, pero la amenaza era tangible. De no haber sido por Calvin, Michael habría sucumbido ante ella.

Empero, pese a su falta de autoridad directa sobre los Vástagos, Bainbridge gozaba de la confianza de Adrock, lo que acrecentaba todavía más su influencia. Lo cierto era que la posición de respeto y responsabilidad que ocupaba Michael se derivaba del hecho de que fuera el chiquillo de Calvin. Casi todos los Vástagos de Michigan asumían que su voluntad reflejaba la del senescal, lo que representaba, de forma indirecta, la voluntad del príncipe. En consecuencia, los enemigos de Michael eran los enemigos de Calvin y el príncipe Adrock. Esa posición le había garantizado a Michael más libertad de acción para poner a pruebas los límites de las convenciones de la Estirpe de la que llegarían a gozar otros jamás. También posibilitaba que pudiera ocuparse de sus asuntos en la

ciudad sin interferencias por parte de quienes estuvieran por debajo de él en edad y cargo. Siempre y cuando se encargara de llevar a cabo alguna que otra obligación social, podría vivir con relativa despreocupación.

El único obstáculo en su camino hacia el éxito había surgido cuando creó a Darien. Los vampiros de la Camarilla no tenían permiso para engendrar a otros vampiros sin la autorización expresa de un príncipe, pero eso era exactamente lo que había hecho Michael. En un arrebatado apasionado, había convertido a Darien en vampiro tras haber encontrado en él algo que merecía la pena conservar. El castigo por haberse permitido una licencia de ese tipo sin la autoridad de Adrock, no obstante, era la muerte, y Michael se había presentado tembloroso y aterrorizado ante Calvin, rogándole su ayuda. Calvin, a sabiendas de que, si llegaba a oídos públicos que el propio chiquillo del senescal había infringido las leyes de la sociedad vampírica, los demás Vástagos perderían el respeto que sentían por Calvin y la autoridad de Adrock, había accedido a ayudarlo. Había encubierto la existencia de Darien hasta que hubo obtenido el permiso necesario del príncipe Adrock para que Michael creara un chiquillo, librando así a Michael del castigo que se merecía.

Había sido el propio Calvin el que había castigado sin cesar a Michael a partir de aquel instante. Los extravagantes favores que le había concedido hasta ese momento fueron desapareciendo, uno por uno. El dinero, la ropa, el lujoso apartamento que le proporcionara Calvin, todo se desvaneció. Al final, Calvin redujo a Michael a vivir en el sótano de la tienda de reparación y venta de joyas que poseía en Pontiac, Michigan. Si bien la habilidad artesanal de Michael (motivo por el que Calvin había decidido Abrazarlo) generaba buenos ingresos y mantenía el negocio en marcha, el estilo de vida que le obligaba a llevar Calvin era inferior al que había llegado a acostumbrarse.

Los únicos resultados positivos de aquella situación eran que Darien y él habían sido felices viviendo y cazando en el mismo territorio, así como el hecho de que Calvin también se hubiera interesado por Darien. Mientras le volvía la espalda a Michael, le ofrecía a Darien oportunidades laborales y le ayudaba a expandir la cadena de casas de empeño que había regentado antes de la aparición de Michael. Calvin incluso había contribuido a la ascensión de Darien dentro de la sociedad mortal, aumentando su influencia en el seno de la Estirpe. Lo cierto era que el que Darien acompañara al grupo de Jeremey Talbot a Detroit había sido tan idea de Calvin como

del propio Darien.

–Claro, ése es el problema, ¿a que sí? –murmuró Michael, casi sin darse cuenta. Aquel movimiento había sido una estratagema para cimentar la imagen pública de Darien entre los Vástagos pero, al parecer, había terminado con su muerte. Ahora, a pesar del giro de los acontecimientos, Calvin insistía en proclamar que la operación había sido un éxito, sin admitir siquiera la pérdida que había sufrido Michael.

Hizo acopio de valor y se acercó al lugar donde Calvin departía con Christopher Flynne, guardando una respetuosa distancia a un lado. No se inmiscuyó en la conversación, pero se aseguró de acercarse lo suficiente como para escuchar lo que decían. También se mantuvo lo bastante cerca como para que Bainbridge tuviera que esforzarse por ignorar su presencia, lo que alimentaría aún más los cotilleos de las arpías.

Fue Flynne, no obstante, el que metió a Michael en la conversación. Tras zanjar con una hábil maniobra el tema que había estado tratando con Bainbridge, giró un hombro en dirección a Michael y relajó un tanto su pose. Michael se dio cuenta de que se había acercado a Flynne por su lado ciego y esperó que el hombretón no se hubiera sentido amenazado ni ofendido.

–Bienvenido, Michael –saludó Flynne, con un educado asentimiento–. Lamento que no tuviéramos ocasión de hablar antes de partir hacia Detroit.

–Estoy seguro de que tendrías muchas historias que contarme –respondió Michael, manteniendo una expresión positiva visible en el rostro, en lugar de la acusatoria que le tenía reservada a su sire–. Calvin me ha dicho que has tenido una emocionante carrera comandando esfuerzos contra nuestra secta rival.

Flynne sonrió y arqueó la ceja que llevaba al descubierto.

–Calvin sabe más cosas de las que le permite admitir la cortesía, estoy seguro. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Michael miró a Bainbridge de soslayo, intentando remontar la corriente de los formalismos sociales. Deseó que Flynne se apresurara a marcharse.

–Es cierto –reconoció Calvin–. Nuestros respectivos padres ejercieron una gran influencia a la hora de establecer esta área como centro industrial del continente.

Michael fingió escuchar embelesado, pero ya había oído a Calvin recitar la historia de su "familia" en innumerables ocasiones. Por orden de Calvin, se había aprendido su linaje dentro de la Estirpe hasta sus

obviamente apócrifas raíces. La genealogía era importante para algunos, insistía Calvin, así que Michael la había estudiado. Sin embargo, eso no le exentaba de la necesidad de prestar atención a Calvin cada vez que comenzaba a hablar acerca de lo mismo. Incluso antes de su infracción y castigo, Michael había sido sometido a tediosas disertaciones pormenorizadas sobre todo lo que había hecho el sire de Calvin por esa región antes de regresar a Europa. Afortunadamente, Calvin no se explayó en esta ocasión.

–Así que eres oriundo de esta zona –le dijo Michael a Flynnne, antes de que pudiera prolongarse un incómodo silencio. El Vástago rubio ya no parecía dispuesto a marcharse, por algún motivo–. No lo habría adivinado a juzgar por tu acento.

Lo cierto era que Flynnne no tenía ningún acento.

–No soy de aquí, para nada –corrigió Flynnne–, pero los años lejos del hogar tienden a borrar el acento de uno, da igual dónde se originara.

–Me lo imagino –convino Michael, solemne. ¿A qué se debía aquella tardanza?

–Tengo entendido que posees una lucrativa franquicia en Pontiac. Michael –comentó Flynnne, al cabo–. ¿Sigues produciendo piezas? Me encantaría ver alguna muestra del trabajo que llamó la atención de alguien tan selecto como Calvin.

Por cierto, había sido el trabajo como orfebre de Michael lo que le había granjeado la atención de Calvin hacía ya tantos años, pero le incomodaba oír con qué indiferencia lo mencionaba Flynnne. Durante años, había tenido la impresión de que no era de buen gusto discutir los motivos que impulsaban a uno a Abrazar a su chiquillo. Al parecer, no era ése el caso entre Calvin y Flynnne, pero Michael comenzaba a preguntarse cuál era el motivo exacto de que el visitante estuviera prestándole tanta atención. Y por qué Calvin no había mencionado nunca a este Vástago, con el que resultaba evidente que tenía tantas cosas en común. Y por qué no se marchaba Flynnne para que Michael pudiera hablar con Calvin acerca de Darien.

–De vez en cuando –respondió, ausente–. De un tiempo a esta parte, no encuentro la inspiración. Desde que se fue Darien a Detroit. Creo que voy a desistir por una temporada después de esta noche.

Las suaves y complacientes líneas del rostro de Flynnne se endurecieron hasta componer una máscara. Calvin se envaró a su vez. Michael se mordió el interior del labio.

–Comprendo lo que puede llegar a distraer una preocupación

--dijo Flynnne, aparentando jovialidad y franqueza en todo salvo en el tono de su voz. Su aura revelaba un fuerte enfado e insulto.

--Desde luego --convino Calvin, fulminando a Michael con una soslayada expresión desaprobadora--. Aunque tampoco es que no estuvieras distraído ya antes de la marcha de Darien, ¿no es así, Michael? La calidad de tu obra ha sufrido un significativo descenso desde que lo introdujiste en nuestra familia. Si bien tu trabajo ya era escaso antes, poseía una elevada calidad. Tras la llegada de Darien, te volviste mucho más descuidado. Me atrevería a decir que el único motivo por el que se seguía vendiendo era debido a la habilidad de Darien para encontrar compradores y mecenas que supieran apreciar tu particular... estilo.

Michael no dijo nada. Sentía que el suelo giraba bajo sus pies.

--A mí lo que me distrae --continuó Calvin--, es la preocupación por saber si tu obra se tornará infrecuente y conservará su decepcionante nivel de mediocridad ahora que se vende tanto, o si te esforzarás por devolverle a tu trabajo la calidad de la que te recuerdo capaz. Es tan poco lo que haces por el dominio que sería una pena que los exigüos servicios que proporcionas se redujeran a la nada.

Michael miró a Flynnne en busca de apoyo, aunque no sabía a ciencia cierta qué podía esperar. Al fin y al cabo, Calvin estaba diciendo todo aquello en un intento por compensar el soterrado insulto que había dirigido antes Michael contra Flynnne.

--Puede que tras el anuncio final de la velada --dijo Flynnne, sin ninguna expresión-- tú y yo podamos tratar este asunto en privado, Michael. Podríamos hablar acerca de la inspiración y de las maneras de conservarla incólume frente al paso del tiempo. Creo que alguien de mi edad puede hablar con propiedad acerca de este tema. ¿Qué te parece si nos vemos en tu taller cuando haya terminado todo esto?

Michael asintió, entumecido. No había sido su intención implicar a Flynnne en esto, pero nadie podía rechazar una invitación de uno de sus mayores, aunque éste se hubiera invitado en calidad de huésped a tu propia casa. Volvió a mirar a Calvin, que sonreía de nuevo.

--A mí también me gustaría hablar contigo, Michael --dijo, bajando la voz--. Reúnete conmigo en mi despacho al término de la reunión. Tengo que discutir contigo un asunto que no le incumbe a nadie más. Ni siquiera a invitados de excepción como el señor Flynnne.

--Como deseas. --Después de lo que acababa de hacer, a Michael ya no le apetecía hablar con Calvin. El fuego acusador se había apagado en su interior y no preveía más que complicaciones y

humillaciones para su futuro inmediato.

–Hablaremos después de esa reunión –dijo Flynnne, al tiempo que retrocedía e inclinaba la cabeza a modo de despedida–. Te estaré esperando.

Michael pensó en disculparse por su implícito desliz, pero cambió de idea. Lo mejor que podía esperar ahora era que Flynnne creyera que la acusación velada había sido involuntaria. Cualquier excusa que alegara en su descargo desmentiría esa impresión. Prefirió mantener la boca cerrada.

Flynnne volvió a inclinar la cabeza en dirección a Bainbridge y rodeó a los dos Vástagos camino de la salida. Cuando se hubo marchado, el silencio se cernió sobre Michael y Calvin.

–Después de la reunión, Michael –dijo Calvin, al fin–. Te irás el último y luego acudirás a mi despacho para comentar lo acaecido esta noche. ¿Ha quedado claro?

–Sí, Calvin –respondió Michael, con voz meliflua. No tendría que haber permitido que su enfado se apoderara de él. Esa misma falta de autocontrol había sido motivo de rencillas entre Calvin y él en el pasado; cualquiera diría que ya tendría que haberse aprendido la lección. Sin embargo, Darien había desaparecido.

–Ahora tengo que anunciar algo en interés de nuestra comunidad –dijo Calvin, que aún conservaba una sonrisa complacida–. Ve y ocupa tu sitio.

–Sí, Calvin.

Calvin anduvo de nuevo el camino por el que había entrado antes, atrayendo la atención de los Vástagos que se habían quedado tras el saludo mudo. Michael se alejó de la puerta y se dejó caer sobre el sofá. Ya podía sentir los ojos de las arpías puestos en él. Habían sido testigos de toda la escena, estaba seguro, como también lo estaba de que había reforzado la impresión que les merecía, la de ser poco mejor que un neonato malhumorado. Procuró evitar el contacto visual con ellos, aunque no pudiera ocultarse. Byrd comenzó a abrirse paso entre corrillos de jóvenes Vástagos impúdicos y tomó asiento donde podía disfrutar de una línea de visión diáfana con él. Michael miró en dirección a ella, apagado, antes de devolver su atención a Calvin, con la esperanza de ofrecer el aspecto del chiquillo paciente e interesado que se suponía que era. Era lo único que podía hacer, aunque no fuera así como se sentía.

–Estimados invitados de la Estirpe, permitid que solicite vuestra atención una vez más –dijo Calvin, cuando se hubo cerciorado de que era el blanco de todas las miradas. Jeremey, Elliot y Lionel se habían arracimado no muy lejos de él. Clare estaba sentada a solas, procurando no llamar la atención–. Gracias a todos por seguir aquí.

Michael recorrió la estancia con los ojos reparando en todos los Vástagos allí reunidos, al igual que las arpías, tomando nota mental de quién se había ausentado ya. Sin contar a Christopher Flynne, todos los que se habían marchado eran vampiros relativamente jóvenes, ajenos a la etiqueta de reuniones sociales de aquella envergadura. La mayoría de ellos carecían de ciudades particulares en las que cazar y establecer un refugio. Fluctuaban entre los numerosos núcleos de población de Michigan que eran demasiado pequeños como para abastecer a un único Vástago. Aparte de la repulsa que sufrirían en la siguiente asamblea y el estigma social que adjudicaban las arpías a los inexpertos, Michael envidiaba a los que ya se habían retirado.

–Señor Talbot –continuó Calvin, tendiendo una mano hacia Jeremey–, su grupo ha realizado un servicio para el príncipe Adrock, para este dominio y para toda nuestra secta. Sin la información sobre nuestros enconados enemigos que habéis recabado en Detroit, nuestra actuación contra ellos sin duda se resentiría. Celebramos esta reunión no sólo para festejar vuestro regreso, sino también para agasajaros por vuestro logro. El príncipe Adrock me ha autorizado a transmitir su más sincera gratitud y concederos ciertos privilegios como muestra de su satisfacción.

A pesar de su ansiedad, Michael tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco en señal de hastío. Hablar frente a una audiencia era algo que apelaba a la faceta más melodramática de Calvin. Con todo, los demás Vástagos observaban embelesados. Michael no creía que él pudiera soportar tanta atención. Claro que él tampoco estaría dispuesto a dirigirse a la población vampírica de Michigan hablando como la caricatura de un profesor de Harvard, lo que decía algo en su favor.

–Jeremey Talbot, ¿qué quieres a cambio del servicio realizado a este dominio y al príncipe Adrock? –preguntó Calvin.

Jeremey salió al frente, mirando a Calvin a los ojos. Se detuvo en posición de firmes, con las manos enlazadas a la espalda, los pies

algo separados y la barbilla levantada. Clare, según observó Michael, se acomodó de modo que pudiera descansar una pierna sobre uno de los brazos del sofá.

–Quiero expandir mis territorios de caza y solicito el permiso del príncipe para crear un ghoul –dijo Jeremey, con la mirada al frente.

A Michael no le sorprendió la petición, por modesta que pudiera parecer. Desde que Jeremey adoptara a Clare, hacía más de una década, habían compartido la totalidad del territorio de caza de Jeremey en Ann Arbor hasta el sur de Iron Rapids. Aquel reparto resultaba arriesgado, puesto que duplicaba las probabilidades de que algún mortal descubriera sin querer al cazador en acción, pero Jeremey había mantenido su intimidad y la de Clare sin demasiados percances. La solicitud de creación de un sirviente mortal era inusual, pero sólo porque pocos Vástagos se molestaban en pedir permiso. Se consideraba apropiado comunicar al menos al senescal que habías empleado a un mortal a tu servicio, pero ya casi nadie se preocupaba de solicitar autorización.

–La expansión está concedida –dijo Calvin–, al igual que el permiso para crear un nuevo sirviente. Preséntamelo a medianoche dentro de una semana a partir de esta noche para su registro. El príncipe Adrock otorga estos privilegios de buena gana. Es lo menos que te mereces.

Michael entrecerró los ojos. El único terreno de caza que limitaba con el actual territorio de Jeremey y Clare era el que compartía él con Darien, que se extendía entre las ciudades de Pontiac y Jackson. Aunque se le había ofrecido su propio territorio tras su Abrazo, Darien y Michael habían compartido de buena gana sus terrenos compartidos. Ahora, si Jeremey pensaba expandir su territorio, lo haría en la única dirección lógica. Michael se alegró de que ni las arpías ni Calvin estuvieran mirándolo en ese momento.

–Gracias, señor –dijo Jeremey. Retrocedió para reunirse con su grupo.

–Elliot Damascus –llamó Calvin–, chiquillo de David Ellsworth, chiquillo a su vez del príncipe Adrock, ¿qué quieres a cambio del servicio prestado a este dominio y al príncipe Adrock?

Elliot dio dos grandilocuentes pasos al frente y se encaró en dirección a los Vástagos expectantes. Sus ojos se posaron en Calvin y sonrió como si los dos fueran viejos amigos. Calvin le devolvió la expresión con admirable aplomo. Sólo Michael y Villanova tenían la capacidad de leer el desprecio y el desdén que iluminaban el aura de

Calvin.

–No pido demasiado, señor Bainbridge –dijo Elliot–. Tan sólo algo que ayudará a la comunidad y repercutirá en beneficio de este dominio.

–¿Y qué es lo que quieres a tal fin? –preguntó Calvin. Mientras presenciaba la charada de Elliot, Michael se entretuvo imaginando que Calvin se marchaba en dirección a su despacho sin completar el resto de la ceremonia de premios. Claro que su enfado terminaría por afectar a la entrevista que había concertado con él para más tarde, por lo que la fantasía dejó de resultarle entretenida.

–Permiso para asumir el control de algunas firmas comerciales en la ciudad –comenzó Elliot–. También me haría falta que se revisaran y se cambiaran algunas de las leyes de demarcación que afectan a mi territorio en Lansing. También me haría falta que se redujera la actividad policial en los distritos residenciales que limitan con mis almacenes en los muelles del río. También...

Mientras Elliot continuaba, Michael observó a Calvin. Éste ya sabía lo que iba a pedir Elliot (estas solicitudes y negociaciones se habrían convenido con antelación), pero el esfuerzo que debía realizar para parecer interesado y atento tenía que ser enorme. El hecho de que Elliot pudiera solicitar tal libertad en una ciudad que no era específicamente su territorio evidenciaba la posición de la que gozaba como nieto más joven del príncipe, pero no por ello parecían menos excesivas sus exigencias. Por si fuera poco, era como si nada de lo que quisiera estuviera destinado a obtener mejoría alguna, como no fuera el aumento del número de propiedades de Elliot Damascus en la zona. Elliot supervisaba el transporte y la distribución de las exportaciones automovilísticas de Iron Rapids, Lansing y Flint, y había trabajado mucho para asegurarse de que los coches fabricados en esas ciudades tuvieran un mercado. Ciertamente era que el hecho de que la forma de hacer negocios de Elliot no fuese del todo legítima desde un punto de vista mortal redundaba en una mayor efectividad de sus esfuerzos. Su despiadada manera de hacer las cosas había animado a Ellsworth a incluirle en la sociedad de la Estirpe de Michigan, según se rumoreaba, pero también llenaba sus arcas de un modo que no favorecía en nada al dominio. Si se tenía en cuenta la posición que le concedían al joven Vástago el sire y el abuelo de Elliot, a Michael le parecía que éste no tenía derecho a pedir nada más.

–Deseo concedido, Elliot –dijo Calvin, cuando el joven Vástago hubo terminado con su lista de peticiones–. El príncipe Adrock otorga

estos privilegios de buena gana. Es lo menos que te mereces.

Dicho fuese en su honor, sólo el aura de Calvin revelaba lo que se merecía Elliot en su opinión. Michael reparó en que también Villanova se había fijado en lo que ocultaba Calvin.

Elliot volvió a sonreír y retomó su lugar. Su pálido semblante resplandecía de orgullo y ofrecía la mirada ausente de quien ve ante sí un futuro halagüeño. A su lado, Lionel Braughton se arregló los pliegues del traje por instinto y meneó la cabeza para convertir su tupida mata de pelo castaño en la maraña perfectamente inmaculada que era siempre.

–Lionel Braughton --dijo Calvin, con una sonrisa de aspecto más genuino impresa en el rostro—. ¿Qué quieres a cambio del servicio prestado a este dominio y al príncipe Adrock?

Lionel salió al frente con agilidad para detenerse a una respetuosa distancia, como si se guiara por una marca en el suelo. Ladeó el cuerpo lo suficiente para que pareciera que seguía dirigiéndose directamente a Calvin mientras proyectaba su voz de barítono por toda la estancia. Lionel había sido un músico célebre en la zona antes de su Abrazo. Había adquirido tal fama y había cosechado tantos contactos dentro de la comunidad artística *underground* que Laurence Maxwell había pensado en él como un valor seguro. Maxwell lo había convertido en vampiro y lo había "sustituido", a fin de disponer de un par de ojos y oídos en una cultura con la que él jamás habría querido tener nada que ver. Tras presentar a su chiquillo como a un músico "con talento", Maxwell había comenzado a formar a Lionel para que fuera su sustituto en el cargo de alguacil de la Estirpe. La teoría que explicaba por qué había hecho tal cosa era que Maxwell iba a formar parte de la avanzadilla de Adrock en Detroit, según había podido oír Michael. Según Darien, Lionel también lo creía así y no veía el momento de asumir el puesto de Maxwell. Michael se preguntó si la solicitud de Lionel tendría algo que ver con todo aquello.

–Solicito el derecho a engendrar prole, señor --dijo Lionel, con toda naturalidad.

Aquella declaración precedió a un silencio generalizado, seguido de una ronda de murmullos que irradiaban de Villanova, Samuelson y Byrd. Michael se quedó helado en su asiento. Sin duda, Lionel ya había pedido permiso al príncipe Adrock, por lo que la respuesta de Calvin era de prever pero, ¿por qué solicitarlo la misma noche en que todo el mundo había descubierto la desaparición de Darien? ¿Por qué permitiría Calvin una petición de este tipo cuando aún no había

mencionado siquiera la muerte de un miembro de su sociedad? ¿Se trataba aquello de un insulto premeditado a la memoria de Darien? Michael ni siquiera sabía que Lionel hubiera estado buscando un chiquillo.

–¿Has comentado tu deseo en privado al príncipe Adrock?

--preguntó Calvin, a medida que el murmullo comenzaba a remitir.

–Sí, señor.

–¿Has discutido el asunto con tu potencial progenie?

–No, señor.

Era costumbre en el dominio de Adrock que se mantuviera en secreto el deseo de engendrar progenie con la víctima en potencia hasta que se dispusiera del permiso necesario para hacerlo. Incluso Michael había respetado esa norma, aunque fuera por defecto.

–¿Estás preparado para afrontar las consecuencias de las acciones de este posible chiquillo hasta que se le juzgue merecedor de su independencia?

–Sí, señor --respondió Lionel, solemne.

–En tal caso, deseo concedido --dijo Calvin--. Se te otorga el derecho a engendrar progenie en el dominio del príncipe Adrock. El príncipe Adrock te confiere el permiso, como es su derecho, en pago por tus servicios.

Se reavivaron las murmuraciones y Michael permaneció en silencio. Podía sentir cómo la mitad de las miradas de la sala apuntaban hacia él y creyó oír su nombre susurrado en más de una ocasión. No se atrevió a mirar a Villanova. Byrd ni Samuelson. No se atrevió a mirar a Calvin. Las musitaciones se amontonaban a su alrededor, sonando como una sinfonía de cristales rotos y rechinar de dientes en sus oídos, preternaturalmente agudizados. Si pudiera obligarse a cerrar los ojos, sabía que vería rostros flotando ante él, cuchicheando acerca de él e intentando aparentar indiferencia. Les vería señalando con el dedo, les oiría formular preguntas para las que no tenía respuestas. La crueldad, la curiosidad y la preocupación se arremolinarían a partes iguales en las caras que vería y sabía que no podría soportarlo. Perdería el control si tuviera que enfrentarse a una visión así, ya fuera real o imaginaria.

–Gracias, señor --dijo Lionel, antes de volver a ocupar su puesto entre los demás. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Michael, se detuvo como si intentara comunicarle algo. Distráido por los últimos murmullos de los alcahuetes y el súbito impulso de abrirse paso a través de la multitud para desaparecer tras la puerta exterior, Michael

no supo descifrar el qué. Su dolor le impedía leer los colores del aura de Lionel.

–Camaradas Vástagos –dijo Calvin, con una sonrisa distante, paseando la mirada de uno a otro lado de la muchedumbre y posándola en Michael en más de una ocasión–. Tales son las recompensas que conlleva servir al príncipe, al dominio y a la secta. Ahora obsequio a vuestros hermanos de servicio, que han vuelto a reunirse con nosotros esta noche en buena salud y camaradería. Que su ejemplo nos guíe a través de todas las noches de nuestras vidas. La reunión ha terminado. En el nombre del príncipe Adrock, buenas noches a todos.

Sin más ceremonias, Calvin se dirigió a la puerta interior del Elíseo. Se detuvo por un instante para hablar con el alguacil Maxwell, antes de encaminarse hacia su despacho en el interior del edificio.

En cuanto la pesada puerta de bronce y caoba se hubo cerrado tras él, las conversaciones brotaron por toda la estancia. En esa ocasión, Michael estuvo seguro de haber escuchado su nombre y el de Lionel mencionados en susurros. También reparó en que eran varios los Vástagos que se acercaban para saludar al grupo que había recibido los honores. La escena reflejaba la que había tenido lugar cuando el grupo se hubo ofrecido voluntario para ir a Detroit, con la excepción de que Darien no estaba ahora junto a los otros tres. Michael recogió las manos sobre su regazo y se quedó mirando la puerta por la que había desaparecido Calvin. Intentó sin éxito ignorar los sonidos que lo acosaban desde todas direcciones. Sí que logró, no obstante, reducir su campo de visión a un borroso túnel entre la puerta y él. En cuanto todo el mundo se hubiera marchado, seguiría a Calvin. En cuanto la plebe hubiera terminado de rendir pleitesía a los agasajados héroes, buscaría a su sire. Los pensamientos de esa índole giraban en su interior como un torbellino que amenazaba con devorar el resto del mundo.

Había conseguido aislarse de su entorno con tanta efectividad, de hecho, que se dejó acorralar. Las siluetas se movían dentro de su campo de visión, tapando la puerta y estrechando un peligroso cerco a su alrededor. El temor al confinamiento y la furia territorial salieron a la superficie, pero Michael logró reprimir sus sentimientos antes de que se hicieran evidentes en algo más que su expresión. Parpadeó una vez para despejar la vista y se encontró con el grupo de Jeremey desplegado delante de él. Por un instante, vio a Darien detrás de Jeremey, hasta que se dio cuenta de que tan sólo se trataba de Clare.

El hedor a madera de sándalo se desprendía de ella en oleadas; apenas podía disimular su distante buen humor. Al otro lado de Jeremey, Elliot miraba en todas direcciones menos en la de Michael. Lionel inclinó la cabeza una vez, casi como hiciera Flynnne, y mantuvo la mirada fija en el suelo.

–Michael –dijo Jeremey, avanzando un paso más. Si Michael se pusiera de pie, Talbot y él estarían nariz con nariz–. Tenemos que respetar las formalidades.

Michael enarcó una ceja y se mordió la lengua para no soltar la sardónica respuesta que evidenciaba su rostro. Calvin ya había dejado pasar la oportunidad de respetar las formalidades. Calvin tendría que haber esperado antes de dispensarles sus respectivas recompensas a estos tres vampiros. Antes de concederle a Lionel el derecho de progeñe, Calvin debería haberse asegurado de que Darien regresaba a casa. Ya que no era necesario respetar esas formalidades, ¿qué importaba una más?

–Ahora no –dijo, con voz queda.

–Pronto –dijo Lionel, en el mismo tono.

Michael entornó los ojos lentamente en dirección al futuro y orgulloso padre.

–He dicho que ahora no.

Lionel lo dejó estar, con un leve tinte avergonzado ribeteando su aura. Agachó la cabeza. Elliot, no obstante, cobraba ánimo por momentos. Su aura indicaba que se sentía contrariado por el hecho de que Michael quisiera estar solo, para sorpresa de éste.

–Venga, no te hagas de rogar. –Elliot intentó forzar un tono de jovial camaradería. Al parecer, la forma que tenía de bromear con sus camaradas consistía en darles órdenes–. Tenemos que hablar, así que a ver si lo hacemos cuanto antes, ¿eh?

Michael profirió un sonido desdeñoso que nadie podría haber confundido con una carcajada y respondió sin mirar a Elliot.

–Hablaré con vosotros cuando me haya ocupado de mis responsabilidades, chiquillo del chiquillo del príncipe.

–Así ha de ser –dijo Jeremey, que retrocedió un paso y dio media vuelta–. Cuando estés preparado.

Se fue, y el resto del grupo siguió sus pasos. Clare se entretuvo otro momento y se despidió de él con la mano. Su aura era tan ilegible como la de Jeremey, pero su rostro mostraba simpatía y conmisericordia. De todos los rostros que se habían cubierto con la misma máscara esa noche, el suyo era el único que parecía sincero.

Por lo menos, Michael no podía guiarse más que por más pistas que las que evidenciaba su cara. Si la realidad era otra, no podía saberlo. Con una sonrisa luctuosa, Clare se alejó y siguió a Jeremey.

A su espalda, Michael oyó la partida del grupo, que fue la señal para que una substancial porción de la congregación aún presente se marchara a su vez. Escuchó cómo se iban las arpías, una por una, ahuyentando a los escasos rezagados sin razón aparente. Byrd fue la última en salir. Se paseó por la periferia de la visión de Michael, estirando las piernas a cada paso y manteniendo el rostro vuelto lejos de él, en una pantomima de sumisión.

—¿Tú no te vas, Michael? —susurró.

Michael hizo oídos sordos. Apretó las manos recogidas en dos puños fríos y delicados.

—No es bueno que pases solo tantas noches —dijo la mujer, mientras se alejaba. Michael podía escuchar la risa bajo la superficie de su provocativa voz—. Deberías buscarte un compañero.

Por su propio bien y por el de ella, Michael permaneció sentado hasta que Byrd se hubo marchado. Los bordes de su campo de visión se tiñeron de rojo y comenzaron a desmoronarse, pero apretó los puños aún con más fuerza hasta que le dolieron las articulaciones. Incluso tras la partida de Byrd permaneció inmóvil, por temor a perderse. Tras incontables e interminables minutos, Michael consiguió ponerse de pie y dar un primer paso hacia la puerta interior del Elíseo.

—Negocios, intuyo —dijo una voz, desde la puerta opuesta. Michael se giró en redondo para ver al alguacil de los Vástagos de la ciudad apoyado en el quicio, con aparente naturalidad—. ¿Te espera el señor Bainbridge esta noche, Michael? No tienes pinta de ir a hacer una visita de cortesía.

—Me pidió que fuera a verle cuando se hubieran marchado los demás —dijo Michael. Su tono pisaba la línea donde se superponían la justificación, la beligerancia y la despreocupación. Aunque no tenía por qué darle ninguna explicación a Maxwell, la experiencia, la edad y la posición del veterano Vástago exigían algo más que una despedida tajante. Al fin y al cabo, aquel hombre sólo estaba medio paso por detrás de Calvin en la escala de mandos de la Estirpe. Sin embargo, era el sire de Lionel, lo que le restaba respeto a los ojos de Michael.

—Ya veo. —Las manos de Maxwell se movieron en conjunción con sus palabras. Michael reconoció los gestos entrenados propios del lenguaje de signos, pero no supo descifrar las señales—. El motivo por el que desee verte no es de mi incumbencia.

Michael no le dio las gracias por su comprensión. Se dio la vuelta, dispuesto a irse.

–Pero, permíteme preguntarte una cosa.

Michael dio un respingo, pero se giró. Maxwell continuaba apoyado en la puerta, con los velludos brazos y las fuertes manos moviéndose con fluidez, complementando sus palabras.

–Pregunta.

–Nunca habías conocido a un vampiro que hubiera sufrido la Muerte Definitiva, ¿no es cierto? –preguntó, con una expresión inescrutable impresa en el rostro. Tampoco su aura delataba nada–. Hasta esta noche.

Michael no entendía adónde quería ir a parar el alguacil con aquella serie de preguntas, y tampoco le importaba. Se giró de nuevo hacia la puerta interior del Elíseo y comenzó a caminar.

–Lo entiendo, Michael –dijo Maxwell, lacónico–. Se supone que somos inmortales. Cuando muere uno de nosotros, es como una conmoción para el resto...

Michael no esperó a oír el final de la frase. Cerró la puerta de bronce y caoba a su paso. Antes de ir en busca de Calvin, se recostó con fuerza en la puerta y apoyó la cabeza entre ambas manos. Maxwell estaba en lo cierto. Nunca había visto cómo moría un vampiro. Había pensado en la posibilidad, pero no de un modo tangible ni real. Incluso aterrorizado como estaba tras la creación de Darien, había confiado en que Calvin se ocuparía de poner todas las cosas en orden. Ni siquiera había vuelto a sufrir daño alguno desde su Abrazo. Se suponía que los vampiros no morían. Se suponía que la inmortalidad debía significar algo. Se suponía que Darien tenía que estar allí.

Aquella idea desprovino de emoción a Michael, que permaneció allí apoyado, inmóvil. Calvin le aguardaba, pero le daba igual. Por primera vez en décadas, lo único que quería era estar solo.

_____ 4 _____

Cuando Michael entró en el despacho de Calvin, éste se encontraba sentado tras su impresionante mesa de pizarra gris y negra, mirándolo fijamente. Michael esperaba pillar a Calvin distraído

en otros menesteres, pero no había tenido suerte. Lo más probable era que Calvin hubiera oído sus pasos repicando sobre el frío pasillo de baldosas y se hubiera anticipado a su llegada, pero le enervaba pensar que su sire había permanecido allí sentado pacientemente, a la espera, desde que abandonara la reunión que había tenido lugar varias plantas más abajo. Lo peor era que Calvin no había encendido la lámpara de su escritorio ni las luces del techo. Parecía que estuviera trabajando alumbrado por el tenue fulgor amarillento de las farolas que entraba por la ventana que enmarcaba su mesa. La ventana dominaba Iron Rapids como si del parapeto de un déspota se tratase.

–Siéntate, Michael –dijo Calvin, sin más preámbulo. Afianzó los dedos sobre el escritorio y permaneció sentado, con la espalda recta.

Michael hizo caso de la sugerencia y cogió una silla de la mesa de ordenador de Calvin, en una esquina de la habitación. Se apercibió de que la puerta que comunicaba con la oficina contigua estaba abierta una rendija. Puede que Calvin hubiera estado trabajando en ella. La pantalla del ordenador contribuía a distraerle dibujando formas geométricas aleatorias cuando no se utilizaba la máquina; Michael tuvo que contenerse para no ensimismarse con el fascinante despliegue automático. Colocó la silla justo enfrente de la mesa de Calvin. La tornapunta hidráulica del pie de la silla reaccionó demasiado tarde cuando se sentó, por lo que se encontró mirando a su sire desde abajo, pese a la leve ventaja que le sacaba cuando ambos se encontraban de pie. Se preguntó si Calvin habría amañado la altura de la silla a propósito.

–Es evidente que te gustaría conocer la respuesta a algunas preguntas, Michael –comenzó Calvin, sin moverse ni una pulgada y sin que su expresión revelara nada–. Puedes formularlas ahora.

Michael vio la rígida expectación y la abrasadora decepción que impregnaban el aura de Calvin, lo que le indicó que no era ése el momento de interesarse por Darien.

–Fue usted el que me pidió que subiera a su despacho, señor. Preferiría que fuera usted el que comenzara con lo que quiera decirme.

–Te he pedido que expreses tus preguntas, Michael. –Calvin se inclinó hacia delante. El timbre de su voz bajó una escala–. Esta noche me has puesto en evidencia delante de un importante invitado. Intentaste ridiculizarme obligándome a permitir que hablaras así. ¿Y ahora te burlas de mí?

Michael parpadeó, estupefacto. Tenía que dejar de intentar anticipar las argucias dialécticas de Calvin y concentrarse. Ya había caído antes en esa trampa.

–No, señor –dijo, con voz queda, manteniendo la vista clavada en la mesa de pizarra. A excepción de un teléfono, una lámpara y un rodillo secante de color gris, la superficie se veía vacía. Le recordó vagamente a una lujosa mesa de billar. Calvin se la había hecho traer desde la fábrica que poseía en Grand Rapids.

–Más te vale. Ahora, pregunta.

Michael se quedó mirando, sin saber por dónde empezar.

–¿Señor?

Calvin entrecerró los ojos.

–Esta noche nos has abochornado por culpa de tu ignorancia, Michael. Abriste la boca sin nada que respaldara tus acusaciones e insultaste a un invitado de honor del príncipe Adrock, además de a mí. Ahora, pregunta de una vez y satisface tu ignorancia.

Michael parpadeó con prudencia e intentó pensar en una pregunta inteligente. Se había esperado un rapapolvo. Había esperado que Calvin le echara en cara su comportamiento. El que Calvin le pidiera que le hiciera preguntas impulsaba a Michael a creer que tendría que pedirle las respuestas para cogerle por sorpresa. ¿A qué estaba jugando Calvin? ¿Estaría dispuesto a contarle por qué se había reservado la información referente a la muerte de Darien?

–¿Por qué no se me ha informado sobre lo de Darien?

–comenzó, tentativo.

–Mal, Michael –espetó Calvin–. Pregunta incorrecta.

–¿Qué... le ha ocurrido a Darien? –preguntó Michael, cada vez más nervioso.

–No. –El semblante de Calvin permanecía sereno, aburrido, pero su voz delataba el enfado que sentía por dentro. Enfado que comenzaba a aflorar también a su aura–. Vuelve a intentarlo. Concéntrate y piensa en qué te equivocas.

Michael hizo una pausa, intentando no demorarse. Si Calvin planeaba darle una lección sobre la ignorancia, no conseguía captar la ironía.

–¿Quién puede decirme qué le ha ocurrido a Darien?

Calvin descargó ambas palmas sobre la mesa de pizarra. La ferocidad y la rapidez del movimiento sobresaltaron a Michael. El anillo de plata que portaba su sire en la mano derecha restalló como un disparo en la enmudecida oficina.

–¡No!

Michael se encogió, seguro por un fugaz momento de que Calvin pensaba saltar por encima del escritorio si volvía a decir algo equivocado. Nunca había creído a su sire capaz de algo semejante, pero el espectáculo de su cólera le impedía tener eso en cuenta.

–¿Qué debería preguntar? –inquirió Michael, con voz muy queda, sin mirar a Calvin a los ojos. Se produjo un largo silencio. Cuando por fin hubo reunido el coraje necesario para levantar la vista, Calvin se había repantigado en su asiento, con los dedos entrelazados ante el rostro.

–Ya sabes lo que deberías preguntar, Michael –respondió Calvin, que había dejado de mirarle. Se acarició el labio inferior con ambos índices–. Contéstame a esto: ¿a quién deberías preguntárselo?

–A ti –aventuró Michael, dubitativo.

–¿Y a quién más?

Por fin, Michael creyó ver adónde quería ir a parar su sire.

–A Christopher Flynne –dijo, con algo más de seguridad. La ira comenzaba a remitir en el aura de Calvin, que bajó los dedos, manteniendo aún unidas las yemas.

–Eso es. Y, ¿qué es lo que me tienes que preguntar a mí?

El primer impulso de Michael fue el de volver a mencionar a Darien, pero se contuvo. Cualquier esperanza que hubiera podido albergar acerca de que Calvin se mostraría franco con él murió sin ser pronunciada en el fondo de su garganta.

–A ti te preguntaría –comenzó– si me perdonas por haberte puesto en ridículo en el Elíseo.

Una de las cejas de Calvin se arqueó como los músculos de una pantera dispuesta a saltar sobre su presa.

–¿Hice el ridículo en el Elíseo?

–No, señor –se retractó–. Me gustaría saber si me perdona por haberme puesto en ridículo a mí mismo en un momento y de tal modo que repercutiera en usted.

–Que podría haber repercutido –corrigió Calvin. Michael repitió la frase, añadiendo las palabras de su sire–. Y, ¿qué es lo que querías preguntarle al señor Flynne, Michael?

–Le preguntaría si también él me perdona.

–¿Por qué?

–Por haber sugerido que...

–¿Por qué? –interrumpió Calvin.

Michael volvió a concentrarse y comenzó de nuevo. No le

quedaba otra opción.

–Le preguntaría al señor Flynne si estaría dispuesto a perdonarme por haber dejado entrever que le culpaba de...

–Para.

Michael obedeció.

–¿Qué le preguntarías?

–Le preguntaría al señor Flynne –comenzó Michael de nuevo–, si me perdona por haber sugerido algo que hubiera podido ofenderle.

–Por haber sugerido algo impropio.

Michael volvió a formular la frase, añadiendo las palabras de su sire.

–Y por haberte puesto en ridículo de tal modo que podría haber repercutido en mí en el Elíseo –concluyó Calvin. Michael recitó por última vez la humillante confesión al completo. Cada una de las palabras laceraba su fría carne con una rabia a duras penas contenida. Tanto el desliz como la implicación habían sido el resultado de la sorpresa que le había producido el enterarse de que Darien no había regresado de Detroit. Si Calvin le hubiera informado con antelación, el desliz no habría llegado a producirse. Sin embargo, señalar ese hecho no le reportaría más que otra regañina. No había manera de adivinar lo que pretendía sacar Calvin de él por culpa del daño que ya había hecho; no tenía sentido tentar a la suerte.

»¿Hay algo más que quieras preguntar, Michael? –dijo Calvin, levantándose tras su mesa. Se dio la vuelta para ver Iron Rapids al otro lado de la ventana. El río Iron, como se llamaba el exagerado afluente del río Grand, discurría a lo lejos, separando el distrito residencial obrero de la ciudad del polígono industrial. Se retorcía y contoneaba igual que una serpiente gris que estuviera enferma, mezclando su contaminado perfume con la fragancia generalizada a industrialización. Michael se alegró de que el edificio Gideon, en el que se encontraba, estuviera tan lejos de esa parte de la ciudad–. Puedes retirarte.

Michael se puso de pie, pero se quedó en el sitio. Podía oír el tenue sonido del tráfico.

–Siempre y cuando ya no tengas más preguntas. ¿En qué más puedo ayudarte?

–En nada, Calvin.

Calvin se dio la vuelta.

–¿No tienes más preguntas, Michael? –Las luces de sodio de la ciudad chocaban con sus propios reflejos en las nubes que cubrían la

ciudad, coloreando el pálido semblante de Calvin con un enfermizo tono rosado.

–La única pregunta que me queda es si tengo permiso para ir a hablar con Christopher Flynnne –dijo Michael, rozando la exageración en su humildad–. Tengo que pedirle una cosa. –La malicia de la sonrisa de Calvin y su aura le dijeron a Michael que su sire se habría dado por satisfecho con un espectáculo menos obvio.

–Entonces, ve. –Calvin volvió a ofrecerle la espalda a Michael–. Ya le has hecho esperar bastante.

–Sí, señor. –Michael empujó la silla con ruedas hasta la mesa del ordenador. Ignoró los dibujos de la pantalla. Ignoró la puerta entreabierta del otro despacho.

–Y, Michael...

Michael se detuvo a medio camino cuando se disponía a salir de la oficina, pero no se giró. Ambos Vástagos permanecieron en silencio por un momento, dándose la espalda.

–¿Señor?

–Ya hablaremos acerca de Darien. Tenemos que ocuparnos de la distribución de sus bienes y terrenos de caza, tú y yo. Lo haremos en cuanto tengas un rato libre.

Michael asintió con sequedad, a sabiendas de que Calvin vería el gesto en el débil reflejo de la ventana. "En cuanto tengas un rato libre", en boca de Calvin, en realidad quería decir "cuanto antes". Lo peor era que la satisfacción económica que pensaba exigirle Calvin a raíz del desliz de esa noche probablemente saldría a la luz la próxima vez que hablaran.

–¿Mañana por la noche? –preguntó, con voz queda.

–Dentro de dos noches –dijo Calvin, magnánimo–. A primera hora.

–Sí, señor. –Michael mantuvo los ojos clavados en la puerta–. Gracias.

–Buenas noches, Michael.

Michael volvió a asentir. Cuando pareció que no iba a reanudarse la conversación, salió de la oficina y se apresuró a llegar hasta el ascensor al final del recibidor. Los ecos de sus pisadas sobre el embaldosado le persiguieron, urgiéndole a abandonar aquel edificio y dirigirse a su hogar. Camino de una cita con un vampiro ofendido al menos del mismo rango que Calvin, pero al que Michael no debía la misma deferencia.

Las puertas del ascensor se abrieron de inmediato y Michael descendió hasta el vestíbulo del edificio ocupando el centro del compartimento. Las paredes se cernían sobre él y el zumbido de los mecanismos sobre su cabeza cuchicheaba y especulaba acerca de su estado de ánimo. Miró al techo y los murmullos cesaron al momento, ocultándole sus secretos. Un tintineo indicó la apertura de las puertas y Michael salió del ascensor.

Cruzó el vestíbulo donde había pasado la mayor parte de la velada y salió por la puerta trasera. Antes de que ésta se hubiera cerrado y asegurado tras él, Michael encontró a Clare de pie en el exterior, esperándole.

—¿Qué quieres? —gruñó. Sin la atenta mirada de las arpías espiando sus actos, no se sentía obligado a desempeñar el papel cívico y social que eligiera Calvin para él hacía ya tantos años.

—Charlar —dijo Clare—. Lionel se ha ido a buscar a su nuevo chiquillo y Jeremey y Elliot están hablando de sus negocios. Ahora mismo, eres la única persona interesante de los alrededores.

—No me apetece charlar. —Michael permaneció inmóvil. A tenor de las circunstancias, lo cierto era que le traía sin cuidado el interés de Clare—. Tengo que asistir a una reunión.

—Esa reunión no es importante para ti —repuso Clare. Bajó la mirada hacia el vestido de andar por casa color pastel que llevaba, pero se resistió a dejar vía libre a Michael—. No tanto como lo era Darien.

—Clare...

—También era importante para Jeremey. Trabajó mucho con él antes de que se marcharan. Jeremey nunca lo admitiría, pero está triste.

Michael no sabía cómo responder a aquello sin proferir alaridos, por lo que se abstuvo de abrir la boca.

—Y ahora Elliot va a entristecerle aún más —continuó Clare, como si estuviera hablando para sí—. No se llevan bien.

Michael ya lo sabía, como conocía cualquier rumor que se aireara en el Elíseo. La arrogante personalidad de Elliot había chocado de frente con el estoicismo de Jeremey en más de una ocasión, según decían las malas lenguas, las mismas que afirmaban que Elliot había

conseguido entrar a formar parte del grupo de Jeremey y acompañarles a Detroit tan sólo como favor personal al príncipe y a David Ellsworth. Darien le había confesado a Michael que los demás toleraban a Elliot tan sólo por miedo a las represalias.

En esos momentos, no obstante, a Michael le interesaba bien poco esa dinámica social en concreto y así se lo comunicó a Clare.

–Ya te interesará –dijo la mujer, mirando a Michael a los ojos.

–¿Por qué? –escupió Michael. Si iba a tener que soportar aquello por mucho más tiempo, empujaría a Clare y pasaría por encima de ella. Ni siquiera entendía cómo se había dejado entretener hasta ese punto.

–Porque Jeremey se convertirá en tu aliado. Sobre todo contra un enemigo común.

–No me preocupa Elliot Damascus –dijo Michael. Tampoco es que fuera mentira del todo. Elliot, aparte de ser un neonato petulante y presuntuoso con más posición social de la que se merecía, no era un ser intrínsecamente censurable. Algunos Vástagos murmuraban que era algo impetuoso cuando se alimentaba, pero al príncipe no le parecía que eso supusiera una amenaza a la Mascarada ni que hiciera merecedor de castigo al chiquillo de su chiquillo. Dentro de otras cinco o seis décadas, Elliot quizá llegara a resultar tolerable. Darien había llegado a entenderse con el Ventrue, por lo que éste no podía estar exento de cualidades redentoras. Ni siquiera el hecho de que Elliot hubiera dedicado al crimen casi toda su vida como mortal conseguía arrojar una sombra demasiado oscura sobre él—. Me importa un bledo.

–Ya te importará –insistió Clare—. Habla con Jeremey y te darás cuenta.

Michael no tenía intención de hacer tal cosa. Los problemas que pudiera tener Jeremey con el chiquillo del chiquillo del príncipe le traían sin cuidado, tanto como el propio chiquillo en cuestión.

–Apártate, Clare –dijo, empujándola a un lado por fin—. No vuelvas a hablar conmigo. Déjame en paz.

–Ya lo verás –añadió la mujer, mientras se apartaba—. Pregúntale acerca de Darien. Tenéis cosas en común.

Michael continuó caminando sin mirar atrás. Cosas en común, y un cuerno, pensó.

Calvin Bainbridge observó pensativo cómo cruzaba la calle su chiquillo, sin duda camino de la estación de autobuses, a dos manzanas de distancia. Se cruzó de brazos y meneó la cabeza ligeramente. Tomó nota mental de que tenía que alquilar un chófer para Michael para esas noches en que se reunía la Estirpe de Iron Rapids. Era evidente que Michael sabría defenderse de cualquier infeliz criminal que le echara el ojo como posible víctima, pero no era la seguridad de su chiquillo lo que le preocupaba. Había que guardar las apariencias ante los demás Vástagos. Un hombre con chófer infundía respeto, daba una imagen de importancia, aun cuando las apariencias encubrieron la verdadera importancia de ese hombre. Disponer de un vehículo y de alguien que lo condujera tal vez convenciera a Michael de que no había perdido toda la estima de su sire. Más importante aún, le mostraría al joven Vástago que servir a Calvin Bainbridge reportaba recompensas tangibles. La mera existencia de Michael daría fe de ello a los ojos del resto de la Estirpe de Michigan, aunque no sirviera para nada más.

La atmósfera varió notablemente cuando se abrió la puerta del despacho contiguo. Bainbridge comprobó la identidad del visitante en el reflejo de la ventana que tenía ante él. El alto y anguloso Vástago que había estado aguardando al otro lado del umbral entró en la oficina.

—¿Has estado escuchando? —preguntó Bainbridge, sin girarse.

—Así es.

—Y, ¿qué impresión te ha dado? —Bainbridge se dio media vuelta para apoyar una mano en el borde de la mesa—. ¿Actuará según mis planes?

—Nunca se sabe con nuestra especie —dijo Marcus Villanova, ocupando con elegancia la silla que soltara Michael hacía apenas unos instantes. Cruzó un tobillo sobre la rodilla contraria y asió los brazos de la silla con ambas manos. Sus ojos se centraron en la escultura de cristal que se levantaba en la otra esquina de la estancia, junto a la puerta—. Y menos con Michael. Para ser tan joven, le da demasiadas vueltas a las cosas.

—¿Qué impresión te ha dado, Marcus?

—Insisto, nunca se sabe —repitió Villanova, observando por la ventana el evanescente perfil de los edificios que bordeaban el estrecho río Iron—. Desde mi posición, apenas pude entrever a Michael.

Bainbridge optó por otorgar a esa frase su sentido literal.

–¿Qué has notado?

–Pude sentir un sentido del yo muy pronunciado --comenzó Villanova--. En todo momento, mientras hablaba contigo, parecía que lo único que le preocupaba era lo que diría él, lo que él pensaba y de qué modo le afectarían tus actos. No le interesaba lo que pensaras tú, sino lo que parecía que querías oír, como si pudiera obtener alguna ventaja diciéndolo.

–Ya veo --dijo Bainbridge, lacónico--. Sigue.

–También evidenciaba una preocupación inconfundible. Las implicaciones de lo acontecido esta noche empiezan a roerle por dentro. Esa impresión se acrecentó cuando le pediste que volviera a reunirse contigo cuanto antes.

Bainbridge había podido percatarse de eso él solo.

–¿Qué hay de Darien? ¿Qué viste cuándo surgió el nombre de su chiquillo?

–Cólera --dijo Villanova, cambiando lánguidamente su atención al pie de la mesa de Bainbridge--. Resentimiento. Sí, también vi tristeza, pero no era tan fuerte como las otras dos sensaciones. No sabría decir si proyectaba esos sentimientos hacia la situación en sí o hacia algún aspecto concreto de la misma. Como Jeremy Talbot, por poner un ejemplo.

–No sería una posibilidad halagüeña.

–La verdad es que no --convino Villanova, con una sonrisa distraída--. En cualquier caso, se fragua una posibilidad todavía más nefasta. Con independencia del blanco de sus iras, Michael te considera responsable de la muerte de su chiquillo.

–A juzgar por los resultados de mi experimento --dijo Bainbridge--, culpa a Flynnne.

Villanova no respondió, pero su indiferente mirada lo decía todo.

–Flynnne es la vía de escape más obvia para la impotencia y la frustración de Michael --insistió Bainbridge, rompiendo el disconforme silencio--. Cuando murió Darien, Flynnne estaba con él. Tiene experiencia en situaciones peligrosas. Había aceptado la responsabilidad del grupo de Talbot antes de que los cinco se fueran a Detroit. Se suponía que los Vástagos de este dominio iban a culpar a Flynnne si ocurría algo como lo que ha sucedido. Ése fue el motivo por el que convencí a Adrock de que se pusiera en contacto con él en lugar de permitir que el grupo partiera por su cuenta. Si Flynnne "permitía" que ocurriera algo así, pondría en duda el criterio de Adrock.

Ya lo hemos discutido.

–En efecto –convino Villanova, jugueteando con la solapa de su chaqueta con un largo dedo blanco–. Y es mi intención ocuparme de que se planten las semillas de esas dudas en cuanto salga de aquí. Sin embargo, Calvin, cuando mis chiquillos y yo nos acercamos a Michael esta noche, dio a entender que es a ti a quien culpa de su muerte. Cuanto menos, te considera responsable del modo en que se ha comportado esta noche.

Bainbridge frunció el ceño.

–Ya hemos discutido las implicaciones de mi decisión de guardar absoluto secreto cuando partió el grupo de Talbot.

–Lo recuerdo, pero eso no cambia la realidad. Tú eres la figura autoritaria ante la que Michael está obligado a responder habitualmente. Respeta tus dotes de mando. Espera que tengas el control de cualquier situación en la que estés implicado. Si dicha situación resulta ser un fiasco, te echará a ti la culpa de ello.

–Hasta tú te darás cuenta de lo disparatada que es esa mentalidad.

–Ah, te aseguro que su culpa y sus expectativas son puramente subconscientes. –Villanova empezó a girar la silla a uno y otro lado con la punta del zapato. Bainbridge podía oír el chirrido del eje desde el otro lado de la sala–. Si se le pregunta, Michael podría admitir incluso que le fastidia el control que ejerces sobre su vida.

La arpía comenzaba a llegar al meollo del asunto por el que Bainbridge había solicitado su consejo.

–Si le fastidia... –comenzó.

–Le fastidia, pero depende de él –concluyó Villanova, solicitando silencio con un gesto distraído–. Tu autoridad definió su mundo cuando lo Abrazaste. Te estableciste en el nuevo concepto del mundo de Michael como la autoridad a la que podía apelar en busca de respuestas y resultados. Es una conducta habitual entre la progenie de los vampiros de nuestra generación. Marie sostiene la teoría de que es algo parecido a la "impresión" que reciben las aves al romper el cascarón. Tengo que pedirle que ahondemos en el tema.

–Si se resiste a mi autoridad a un nivel subconsciente –inquirió Bainbridge, ansioso por expresar a la arpía, ahora que había comenzado a darle lo que quería–, ¿qué hará cuando sea absoluta?

–Si es que llega a serlo. Siempre que puedas mantener el interés de Adrock por Detroit durante el tiempo suficiente.

–¿Qué hará Michael entonces? –estalló Bainbridge, enervado.

Estaba a punto de alcanzar su objetivo de aspirar al dominio de Adrock. Al incentivar una ofensiva constante contra el Sabbat en Detroit, Bainbridge había distraído al príncipe Adrock durante el tiempo suficiente como para socavar los cimientos del antiguo Ventrue desde dentro. Mientras Adrock y su chiquillo concentraban sus esfuerzos en la expansión de los terrenos de Iron Rapids, Flint y Lansing en dirección a Detroit, apoderándose de los territorios del Sabbat, Bainbridge había hecho lo propio en el resto del estado y también en el interior de esas ciudades. Por cada victoria que obtenían Adrock y Ellsworth sobre el Sabbat, Bainbridge daba un paso para convertir en suyos los nuevos terrenos. El hecho de que Adrock confiara a Bainbridge el gobierno de dichos terrenos facilitaba su labor. Cuando Adrock llevara acabo su siguiente "gran avanzadilla" hacia Detroit, Bainbridge pensaba arrebatarse Iron Rapids bajo sus mismas narices. Aunque Iron Rapids no fuese ningún trofeo en comparación con la propia Detroit, era un lugar seguro y le proporcionaría el apoyo necesario mientras Adrock estrellaba sus mermados recursos contra las defensas del Sabbat. Desde el antiguo trono de Adrock, Bainbridge ampliaría su influencia al resto del dominio de Michigan, como llevaba haciendo Adrock tanto tiempo.

—No hay forma de saber cómo reaccionaría Michael en tales circunstancias —respondió Villanova—. En principio, se sentirá inclinado a resistirse a tus esfuerzos, pero su actual estado de ánimo resta objetividad a este análisis. Evidencia un alto índice de susceptibilidad a la sugestión y la persuasión. Ésa podría ser la puerta que diera a los resultados que buscas.

Bainbridge sonrió al oír eso. Esa observación era lo que había conseguido que se fijara en Michael desde un principio. Mucho más, sin duda, que la mediocre habilidad artesanal de su chiquillo. Michael sabía ser útil cuando se le dirigía en la dirección adecuada.

—¿Así que se le *puede* convencer para que comulgue con mis objetivos?

—En principio, sí —advirtió Villanova—. No obstante, podrías tardar más en ganarte su confianza de lo que tardaste en conseguir la de Jeremy Talbot. No sé si el calendario que te has fijado permite el tipo de persuasión en profundidad que eso requeriría. Sobre todo teniendo en cuenta la complicación que ha supuesto la muerte del chiquillo de Michael.

—No tengo tiempo —convino Bainbridge, con las comisuras curvadas en una sonrisa aviesa—. Preferiría haber tenido tiempo de

instigar otra excursión a Detroit antes de proceder.

–La muerte siempre supone un grave contratiempo –dijo Villanova, mirando sin ver los gráficos automáticos que aparecían en el ordenador de Bainbridge.

–Así pues, opinas que no podemos convencer en breve a Michael para que se avenga a mis objetivos.

–Lamentablemente, ése parece ser el caso.

–¿Qué hacer en una situación como la mía? ¿Puedo esperar que se quede sentado de brazos cruzados, ya que no cuento con su apoyo directo? ¿Desaparecerá su resentimiento o se acrecentará cuando mi autoridad sobre este dominio se torne absoluta?

–No saquemos conclusiones precipitadas –dijo Villanova, con una sonrisa sardónica, mirando por la ventana al despacho adyacente–. Todavía no lo has conseguido. Preocúpate primero de que Michael no se oponga a ti directamente mientras intentas alcanzar tus metas. Si es que empiezas a intentarlo en un futuro próximo, claro está.

–¿Se opondrá? –preguntó Bainbridge, ignorando con tacto la patente falta de fe de Villanova.

–No, que yo sepa –repuso la arpía, con una discreta sonrisa resabiada–. Sin duda no a corto plazo. Si no me equivoco, ni siquiera le has comentado cuáles son tus planes, ¿no es así?

–Así es. Pero sé que a Darien le interesaba verme al mando. Conocía las diferencias entre Michael y yo con respecto a él aunque, a pesar de todo, tal vez le mencionara ese interés.

–Si Darien le contó algo a Michael y tú has desencadenado la rebeldía latente en la personalidad de éste, ¿qué le impide irse de la lengua?

Bainbridge consideró aquella posibilidad en silencio por un instante. Era una buena observación, pero todavía no había empujado a Michael a rebelarse abiertamente. Es más, Michael carecía de la autoridad necesaria para descargar cualquier tipo de "justicia" sobre él, igual que carecía de posición para apelar a quien pudiera ostentar dicha autoridad. Además, Bainbridge sabía que esos Vástagos a los que podría acudir su chiquillo, en caso de que decidiera saltarse todas las convenciones sociales de la Estirpe, o bien comulgaban con sus ideas, o bien no sentían ninguna simpatía especial por Michael.

Talbot y Villanova compartían sus ideales. Michael no sería recibido por Adrock si no acudía del brazo de alguien de alcornia. Maxwell podría hacer llegar el asunto a oídos de Adrock, pero no ocultaba el desagrado que le inspiraba Michael. Si Michael acudía al

alguacil para relatarle sus acusaciones, Maxwell no le creería. No obstante, por si el alguacil iniciaba una investigación, Bainbridge disponía de coartadas de sobra para eludir toda sospecha. Llegados a ese punto, la cuestión se reduciría a la palabra de Bainbridge contra la de Michael, con Villanova de su parte. Bainbridge no tenía nada que temer de la resistencia de su chiquillo que no hubiera sopesado y descartado ya en numerosas ocasiones.

–Eso no me preocupa.

Villanova miró a Bainbridge más directamente de lo que solía mirar a cualquier otro Vástago que no fuera una de sus compañeras arpías. Sus ojos, fríos y distantes, se posaron en la corbata de Bainbridge, cerca de su cuello.

–Si Michael no sabe nada acerca de tus planes, ¿cuándo piensas decírselo?

–Todavía no –se apresuró a responder Bainbridge–. A lo mejor nunca. Puede que deba enterarse a la vez que los demás.

–A la vez que Marion Adrock –observó Villanova, al tiempo que se ponía de pie con agilidad.

–Sí.

–Para no correr riesgos –dijo la arpía–, será mejor que descubras cuánto sabe Michael antes de decidir qué hacer con él.

–Le he pedido a Jeremey que hable con él. Tal vez consiga sonsacar a Michael mejor que yo.

–Razonable –dijo Villanova, abriendo la puerta–. Mis chiquillos y yo estamos a tu disposición.

–Buenas noches, Marcus.

La puerta se cerró, dejando a Bainbridge verdaderamente a solas por vez primera esa noche. Se apartó de la mesa de pizarra gris y se dirigió a su despacho privado. Tenía que hacer partícipe a Talbot de sus preocupaciones en relación con Michael. También le hacía falta saber si el inglés había conseguido algún progreso en su mutuo objetivo de destronar a Elliot Damascus de su posición de poder en los muelles de Michigan.

echado a la cara? --dijo el chulesco joven tras el mostrador de la casa de empeños. Se acercó al borde del mostrador, abrió la portezuela de madera surcada de arañazos y la dejó levantada.

--Disculpe, ¿ha dicho "chuminada"? --preguntó Michael, fulminando al dependiente con una mirada indignada.

--Hombre, claro. --El joven se acercó a Michael, con toda la naturalidad del mundo--. Déjeme ver esa fruslería.

Michael, fascinado por la audacia del dependiente, obedeció. La "fruslería" era un broche de oro con granates incrustados que configuraban las letras E y T. Ocupaba menos de una cuarta parte de la palma de la mano de Michael, pero la filigrana de oro y las numerosas piedras le conferían un peso considerable para un objeto de su tamaño. Michael lo depositó en la mano del prestamista, que soltó un silbido por lo bajo y meneó la cabeza.

--Pues sí, no sé en qué estaría pensando cuando decidí acoger a este huerfanito --dijo, dedicándole a Michael una sonrisa conspiradora--. No podría venderlo ni en un millón de años.

Michael no se movió, a despecho de sentirse incomodado por la proximidad del prendero.

--¿Por qué no?

A pesar de que Michael había adoptado un tono de voz que pretendía comunicar su inmenso enojo, el hombre pareció no darse por aludido. Sostuvo en alto el broche para mostrárselo a su cliente y fue señalando distintas partes del mismo mientras hablaba, como si Michael no conociera la pieza más que de sobra.

--Bueno, para empezar, las iniciales saltan a la vista. Los granates, en sí, ni tan mal. Ahora bien, granates que dibujan las iniciales de al menos un centenar de personas de esta ciudad, nanay. De esas cien personas, a lo sumo una entrará algún día en la tienda en busca de joyas. A lo mejor.

--Ya veo --dijo Michael, asimilando el torrente de palabras. Su expresión permanecía impasible, aunque cada una de las frases contribuía a empeorar su mal humor.

--Segundo, mire con qué detalle se ha trabajado el oro --continuó el prestamista--. No está mal... diantre, está más currado que el reborde de un billete de a dólar, para qué engañarnos... pero resulta un pelín exagerado. Excesivo, ya me entiende. No me diga que no se imagina lo puñetero que tiene que resultar mantener esto limpio y lustroso como no se disponga de uno de esos tanques de agua vibratorios que utilizan los joyeros. A ver qué abuela tiene uno de esos

para limpiar sus joyas.

Michael parpadeó adrede, decidido a no abrirla boca. Se preguntó cuán profunda pensaba cavar su propia fosa aquel hombre. El prendero se apoyó en la esquina, sosteniendo el broche en medio de ambos, sin prestar atención a su interlocutor. Parecía que le gustara oírse a sí mismo.

–Y mire la grapa del alfiler aquí detrás --continuó, dándole la vuelta al broche para enseñarle a Michael la montura dorada--. No conozco el género que tengo aquí tan bien como, no sé, como las pesas que guardo en la trastienda pero, qué quiere que le diga, a mí esto me parece un mal apaño. El broche éste no se tiene plano contra una superficie a no ser que lo claves en espumillón. Según tengo entendido, los broches quedan de lo más cutre si no lucen planos sobre la tela que se quiera adornar. Sobre todo si la persona que lo esté mirando es más alta que uno.

Michael arqueó una ceja, pero guardó silencio.

–Oiga, tendrá que disculparme --dijo el dependiente, transcurrido un momento, como si acabara de darse cuenta de dónde se encontraba--. Últimamente no se deja caer ningún cliente por aquí pasadas las siete. Menudo es este barrio. Me disponía a cerrar cuando entró usted. Me llamo Darien Salway. Me encargo de la tienda entre semana ya media jornada los sábados. ¿Quiere que le muestre alguna cosa?

–Me interesa su sección de joyería --respondió Michael, observando el prendedor que sostenía Darien en la mano, así como las diversas piezas de pacotilla que ocupaban el expositor depositado sobre la vitrina. Ni siquiera habían guardado el broche en el estuche con las demás--. Soy coleccionista.

–Hm --musitó Darien, sin reparar apenas en el comentario. Su apuesto rostro redondeado se ensombreció antes de recomponer una expresión más jovial. Se pasó una mano por el rubio cabello y soltó el broche, que fue a parar al interior del expositor con un tintineo--. Para serle sincero, las piezas de aquí encima no valen ni para chatarra. Ni los atracadores las quieren. Las que están debajo del cristal son las más caras. Estos expositores se los vendo a los aprendices de orfebre. Practican remodelándolas o las funden para quedarse con la materia prima. Podría conseguir una bonita alianza de este amiguito y usar los granates para hacerse un collar. U otro broche más decente. Si arranca las piedras, tal vez incluso pudiera vendérselas a una joyería, si le apetece.

--Supongo que sería posible --dijo Michael. Una parte de él encontraba atractivo el encanto de ese tal Darien Salway. Aunque sólo fuera del mismo modo que un buho encontraría atractivas las bufonadas de un ratón.

--¿Es usted joyero, señor? --continuó el humano. Regresó al interior del mostrador y se situó delante de Michael--. Tiene manos para serlo y el modo en que guiñó el ojo derecho mientras estudiaba el broche hace un segundo me dice que está acostumbrado a trabajar con un monóculo.

--Es usted muy observador, señor Salway --concedió Michael. Se acercó al mostrador y apoyó las manos en la superficie, flanqueando el expositor. La mano izquierda se iluminó desde abajo debido a las sutiles luces dispuestas a los lados de la vitrina.

Darien sonrió, orgulloso.

--Tengo buen ojo para adivinar a qué se dedica la gente que pasa por aquí. Tenemos un montón de clientes, por las razones más variopintas, y se aprende a apreciar los detalles. A veces resulta de lo más útil. Y bien, ¿le interesa el broche de "ET"?

La expresión de Michael se suavizó para esbozar una mueca sardónica.

--No sabía qué era lo que estaba buscando --dijo, con voz queda--, pero creo que ya lo he encontrado.

--Guau. Mire, ésa sí que es toda una frase para romper el hielo --dijo el prestamista, al tiempo que sacaba un bloc de espiral de debajo del mostrador. Sonreía igual que un buscador de oro que acabara de encontrar una veta por casualidad--. ¿Le importa que la apunte? --Garabateó las palabras sin esperar una respuesta para, a continuación, esbozar una sonrisilla y encogerse de hombros--. Escritor. --Al parecer, para él aquella palabra lo explicaba todo--. Seguro que ya se había dado cuenta.

--¿Es usted artista, señor Salway?

--Hombre --Darien volvió a colocar el broche encima del mostrador, donde lo pusiera antes Michael para examinarlo--. Nadie lo diría, ¿eh? Para qué engañarnos, todavía no he publicado nada. Antes vivía en Detroit, pero el coste de la vida se puso por las nubes, y más para el sueldo de un escritor en paro.

--Así que ahora trabaja en una casa de empeños --observó Michael, con petulancia.

--De momento. Colaboro en unas cuantas por toda la ciudad. El propietario del local trabaja en Iron Rapids, a las afueras de Pontiac, y

no suele acercarse a Jackson. Lo mejor es que se llega a conocerá un montón de gente interesante, con todo tipo de historias que contar. Eso y que meto muchas horas. Podría decirse que la tienda es mía, porque el propietario nunca se pasa ni parece que muestre demasiado interés.

Michael sabía quién era el verdadero propietario de la tienda, pero prefirió callárselo. Los asuntos de Calvin sólo le concernían a él.

–Oiga, como se quede ahí escuchando, podría pasarme toda la noche dándole a la lengua –dijo Darien, sonriendo. Apartó la vista, cohibido–. A ver quién me aguanta. ¿Qué le parece si volvemos al broche y le ponemos un precio? Es la parte más desagradable, ya lo sé, pero se nota que los dos somos hombres ocupados. Le dejo que se lo lleve a casa al precio del gramo de oro en el mercado a día de hoy, más otros veinticinco dólares a cuenta de los granates y la mano de obra. No voy a decirle que sea una ganga, pero me parece más que justo para ambos. Sobre todo si piensa fundirlo y sacarle partido.

–¿Se da cuenta de que ese precio ni siquiera se aproxima al valor real de esta pieza?

Darien zangoloteó la cabeza, contrito.

–¿En un monte de piedad de esta parte de la ciudad? Amigo, en serio, hago el canelo al no fundirlo yo mismo y sacar tajada de él. Mírelo. –Dio un golpecito al broche con una uña, ladeándolo sobre su incómoda grapa.

–Esta pieza es original. Única. Es la única realizada por este artesano de toda su colección, por lo que veo.

–Supongo que ése es el problema –dijo Darien, que no parecía afectado en absoluto por la sombría expresión de Michael ni por el tono de su voz–. Salta a la vista que el joyero se lo pensó dos veces después de haber creado esto. No hizo más. O eso, o el molde se arrepintió tanto que se rompió solo.

Michael flexionó los dedos contra las superficies de cristal y madera.

–Verá, como iba a decirle antes –prosiguió Darien–, el único motivo por el que acepté quedarme con esta pieza fue que me gustó la historia que la acompañaba. –Se tomó el silencio de Michael como una invitación a continuar–. Al parecer, perteneció a una tal Elisabeth Thurston antes de la Depresión. Fue pasando de madre en madre de la familia hasta ir a parar a manos de la tataranieta de la señora Thurston, hará unos diez años. El caso es que robaron en su casa mientras se encontraba de vacaciones y ella había guardado este

broche en su joyero. Los ladrones se lo llevaron todo, incluso las fundas de satén de las almohadas, según cuenta la dama, pero esto lo dejaron a plena vista. Al parecer, lo sacaron del joyero con el resto de los objetos de valor, pero se les quedó allí. No tenía con qué ir tirando hasta que el seguro se hiciera cargo de todo, así que vino aquí diciendo que si ni siquiera unos criminales desesperados querían esta cosa, ella tampoco. Al diablo la tradición y al diablo la dote, no quería seguir viendo esta bagatela ni un día más. No quiera saber lo que le di por él, pero le dejé bien claro que estaba comprándole la historia más que el broche en sí. Así las cosas, me parece que lo que le pido es más que razonable.

--No es suficiente --dijo Michael, cuya frustración y orgullo herido comenzaban a vislumbrarse. Por muy entretenida que fuese la conversación, aquello era intolerable.

En esa ocasión, le tocó al prendero parpadear y guardar silencio.

--En fin --consiguió balbucir, al cabo--, créame si le digo que no esperaba que nadie pudiera decirme algo así hablando de esta cosa, señor...

--Luther --finalizó Michael, apoyándose sobre las manos para inclinarse y mirar a Darien a los ojos--. Michael Luther.

--Vaya, menuda coincidencia. Porque, verá, si mira aquí detrás, en el broche, pone...

--"Michael Luther: 1928" --dijo Michael, sin mirar--. Sé lo que pone.

--Dijo usted que era coleccionista --musitó Darien--. Este tipo, ¿antepasado suyo o algo?

Michael se acercó tanto a Darien que podría haberle dado un beso si hubiera querido.

--No --respondió, en voz baja--. Sé lo que pone porque lo grabé yo mismo. Y, sabe, toda mi obra vale algo más que el precio de mercado de la materia prima más veinticinco dólares, señor Salway.

Dicho sea en su honor, el prestamista apenas parpadeó. Michael admiraba aquello. El hombre carecía de tacto, pero sabía mantener la calma.

--Así que --comenzó, con cara de póquer--, ¿se puede saber en qué estaba pensando cuando hizo esto? --Al momento, mostró una amplia sonrisa, cuajada de dientes matizados de ocre por culpa del tabaco o del café--. No, en serio --añadió, acto seguido--. ¿O sea, que es pariente de...?

Le tocaba sonreír a Michael, que le ofreció al prendero el

espectáculo de toda su dentadura. Aquello dejó sin palabras al testarudo joven.

Michael salvó el mostrador de una grácil voltereta, empleando la segunda mitad del arco para arrastrar al suelo al dependiente, fuera de la vista del escaparate de la tienda. Atrapado de improviso por la embriagadora marea del ataque, ni siquiera se preocupó de colgar el cartel de "cerrado" en la puerta.

Esa escena se repitió una y otra vez en la cabeza de Michael conforme el autobús atravesaba errático Iron Rapids en dirección a la joyería que regentaba en Pontiac. Aquella indiscreción, recordó, a punto había estado de poner en peligro el cauto velo de secretismo tras el que operaban él y el resto de su especie. Se suponía que uno no debía alimentarse en condiciones que dieran lugar a imprevistos, y menos cuando fuese probable que pudieran descubrirle a uno con las manos en la masa. También estaba vetado en el dominio de Adrock matar a un mortal al alimentarse, pero Michael recordó que no había podido controlarse. Aunque no se había sentido especialmente hambriento, disfrutó saciándose. En su mente, también había reafirmado su supremacía sobre el humano medio. En particular sobre aquellos humanos groseros y porfiados que no sabían cuándo debían cerrar la boca.

Empero, pese a las infracciones relativamente veniales que había cometido en contra de las leyes de su sociedad, lo que hizo a continuación le impresionó.

Se sentó bruscamente, trazando un delgado arco en el aire con las últimas gotas de sangre extraídas del cuello del prestamista. La sangre que chorreaba del labio inferior de Michael bañaba el rostro del dependiente. La restregó por toda la cara del cadáver, como si de carmín se tratara. ¿Qué le ocurría? Se sentía embriagado, casi intoxicado. No se había sentido así en todas las décadas que habían transcurrido desde su Abrazo. Nunca se había cobrado a un mortal con aquel abandono.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Michael al cuerpo inerte. Poseer a ese hombre le había excitado. Derribarlo le había hecho sentir más vivo. Más poderoso. Hasta ese momento, sólo se había alimentado de quienes le indicaba Calvin. Esas operaciones habían sido siempre estériles, un medio orientado hacia un fin. Las víctimas solían ser mujeres casadas que creían haberse embarcado en una

aventura extraconyugal con un artista, pero aquello era completamente distinto. En aquellos escasos momentos, no había existido nadie en el mundo salvo Michael y Darien. Por una sola vez, alimentarse había sido una experiencia sublime. Algo hermoso en lugar de monstruoso.

Michael había estado recorriendo las casas de empeños de su territorio de caza en busca de restos de serie de su trabajo de antaño, con la esperanza de avivar la llama de su exhausta inspiración. En cambio, aquel hombre le había mostrado algo inimaginable. Aquel hombre, que le había insultado e incluso enardecido al dirigirse a él sin ningún temor, como a un igual. Aquel hombre, que observaba a las personas y absorbía sus historias como pasatiempo, le había otorgado un don que ninguno de los de su especie había sugerido siquiera que fuese posible.

Y Michael lo había asesinado.

Sin pensar siquiera en lo que hacía, Michael se encontró abriéndose la cara interna de la muñeca con uno de sus colmillos como estiletes. Levantó el frío cuerpo de Darien como si se tratara del de un bebé y apretó la herida contra sus pálidos labios. Se suponía que había que solicitar el permiso del príncipe Adrock antes de hacer algo así, pero no le quedaba elección. Si esperaba, se desvanecería la chispa del interior de aquel hombre que había conmovido a Michael. Por tanto, se retorció y se frotó el brazo, obligando a la sangre a regresar al cuerpo del prestamista. Tras un largo y agónico momento, Darien se convulsionó y asió la muñeca de Michael con ambas manos. Michael le dejó beber sólo un poco, hasta limitarse a sostenerle mientras comenzaban a apoderarse de él los primeros cambios. Permanecieron tendidos el uno en brazos del otro durante horas.

—¿Señor Salway? —preguntó una voz al otro lado del mostrador, tiempo después. Sobresaltado, y súbitamente avergonzado, Michael se puso en pie de un salto, dejando a Darien retorciéndose en el suelo. Se encontró de frente con una mujer de mediana edad que se arrebujó en su chaqueta y retrocedió un paso—. Me preguntaba, ¿sigue abierta la tienda? ¿Dónde está el señor Salway?

Michael abrió la tarima del mostrador, a su izquierda, y salió para encararse con la mujer. No había entrado nadie más en la tienda y parecía que no había nadie más esperando afuera. Aquella ciudadana preocupada se había detenido para comprobar si le había ocurrido algo a Darien. Conmover, a su humana manera.

La mujer retrocedió al acercarse Michael cuando reparó en la

sangre que le ensuciaba los labios. Michael se frotó la boca con gesto ausente y asió a la mujer de la muñeca. Intentó zafarse, iluminados los ojos por el pánico, pero Michael la inmovilizó. De un tirón, la tumbó encima del mostrador. Incapaz de gritar, la mujer comenzó a propinar espasmódicas patadas a la parte delantera de la barra.

–El señor Salway se encuentra perfectamente –dijo Michael.

La mujer consiguió exhalar un jadeo, pero no pudo moverse. Michael le agarró la nuca y se estiró con cuidado para ayudar a Darien a ponerse en pie. Darien parpadeó y frunció los labios igual que un animal al que hubieran sacado a rastras de su madriguera, lo que, a fin de cuentas, no era una descripción del todo inapropiada. A una orden de Michael, el nuevo vampiro jaló a la mujer de los cabellos, obligándola a alzar el rostro, sin contemplaciones. La mujer inhaló al fin una honda bocanada con la intención de proferir un alarido, pero Darien cerró los dientes sin miramientos a ambos lados de su tráquea. Su sangre le bañó el rostro y el grito nació muerto. Michael la soltó. Cuando Darien empezó a sorber y a chupar la desgarrada garganta de la desventurada, Michael se acercó corriendo a la entrada del local y cerró la puerta. Dio la vuelta al cartel para que se leyera "cerrado" desde fuera y bajó las persianas. La verja de seguridad de hierro seguía subida en el exterior, pero Michael dejó ese detalle para más tarde. Cuando se hubo convencido de que no volverían a sufrir interrupciones, volvió a fijarse en Darien.

Ser testigo de la primera cena de su chiquillo llenó a Michael del mismo gozo que había sentido instantes atrás. Darien cerró los ojos y permitió que la sangre le corriera por el rostro en torrentes. Se irguió cuan alto era, con la espalda arqueada de abandono, y tiró a la mujer del mostrador de un empujón. Sus extremidades se estremecieron, lasas, y Darien se abrazó a ella con fuerza para sostenerla. Al ver cómo disfrutaba Darien con la sangre de la mujer, Michael no pudo controlarse. Asió una de las muñecas de la mujer y hundió los dientes en ella, para beber con la misma fruición que exhibiera Darien. Nunca se había sentido igual de vivo.

Michael aún podía paladear la sangre de la mujer cuando rememoraba aquella noche. La degustaba cada vez que creaba una nueva joya. Cada vez que Darien y él discutían, la saboreaba. La noche en que Darien se había ofrecido voluntario para acompañar al grupo de Jeremey Talbot a Detroit, aquel sabor le había abrasado la garganta. Esa noche, el fuego se había extinguido. Esa noche, sus

labios se habían quedado fríos, como si la sangre de aquella primera y sublime experiencia se hubiera tornado barro u orín.

Se apeó del autobús en la parada acostumbrada, sumido todavía en sus pensamientos. Se sintió a la deriva por segunda vez esa noche. Christopher Flynne le aguardaba. Calvin esperaba que se reuniera con aquel Vástago y se disculpara por lo que había dicho en el Elíseo. En la sociedad de la Estirpe, se consideraba importante mostrar respeto a los mayores. Uno no descargaba sus culpas sobre sus mayores y menos en el Elíseo, en presencia de su sire. Menos aún cuando ese sire era, no sólo el guardián de dicho Elíseo, sino además la mano derecha del príncipe. Michael tenía el deber de realizar el debido acto de contrición.

Sin embargo, en esos precisos instantes no se sentía de humor para tal cosa. Si Flynne quería esperar, que esperara; Michael no pensaba ir a casa. Optó por dar media vuelta, buscar una cabina telefónica y llamar a un taxi que le conduciría a Jackson. Sabía de un apartamento próximo al río Grand que estaba bien de precio, aunque no tanto como para tener que convivir con los obreros inmigrantes ni con los traficantes. La parte de la ciudad a la que se dirigía Michael, que había sido bautizada con el sobrenombre de *la Charca* por algún motivo desconocido, delimitada la frontera al norte de los terrenos de caza de Darien. Sabía que su chiquillo había ocupado un apartamento en aquella área y ése era su destino. Sabía que era bastante probable que perdiera ese territorio cuando Calvin reorganizara sus posesiones, pero todavía no se los habían arrebatado. Iba a dormir en el apartamento de Darien y esperaba despertar de aquella pesadilla a la noche siguiente.

8

Kyle estaba sentado, inmóvil, observando a Lionel como si éste hubiera perdido el juicio. El sonido de la música que se filtraba hasta su reclusa habitación desde el otro lado de la puerta cerrada con llave adoptó un carácter discordante y enervante del que no se podía culpar a la banda que actuaba en el escenario del club. Se había convertido en una especie de endecha alienígena a oídos de Kyle. Tal vez fuera él el que se había vuelto loco.

Lionel haraganeaba en el sofá, enfrente de Kyle. Estiró el brazo

izquierdo a lo largo del respaldo. Sus ojos brillaban de alborozo y anticipación. Parecía excitado de veras y completamente serio. Se limitaba a permanecer allí sentado, a la espera.

–¿Tengo que decidirlo ahora? –tartamudeó Kyle. Había albergado siempre la esperanza de que Lionel le ofreciera alguna noche convertirlo en vampiro, pero la idea había sido siempre una fantasía, una especulación, nada más.

–Lo preferiría, hijo –respondió Lionel. Todavía no se había cortado el pelo esa noche. Enroscó un largo rizo alrededor de su anular, a la altura del hombro—. Has tenido tiempo de sobra para pensártelo. Te he estado preparando desde que comenzaste a trabajar para mí.

Kyle se incorporó y el movimiento desprendió una vaharada a colillas añejas y alcohol derramado del tapizado de la silla. Esa habitación servía de escenario para las fiestas de las bandas que actuaban en el club, pero era uno de los cuartos que escogía Lionel para alimentarse cuando decidía hacerlo de puertas para adentro. Kyle había montado guardia a la entrada de aquella estancia en más ocasiones de las que podía recordar, pero nunca antes había estado allí a solas con Lionel.

–Es que, parece un poco precipitado –dijo, calculando la distancia que mediaba entre la puerta y él—. Sólo hace tres años que nos conocemos.

–Tres años, veinte o cien, qué más da. Es nuestra oportunidad. Hay un hueco para ti en el dominio y, si tú no lo quieres, vendrá otro y se quedará con él.

–No creo que pueda. He visto lo que tienes que hacer. No creo que yo pueda.

–Bobadas. Te conozco, Kyle. Si tienes que hacer algo, lo haces, está en tu naturaleza. Me lo demostraste antes de que me fuera a Detroit. ¿Cómo se llamaba aquella chica? ¿Laura?

Kyle cesó en su vagabundeo y cerró los ojos con fuerza. Recordaba aquella noche con nitidez fotográfica. Había visto el rostro de Laura noche tras noche en sus pesadillas desde aquel momento. La faceta racional de su cerebro le decía que no era él cuando hizo lo que había hecho. Le decía que la sangre con que Lionel recompensaba sus servicios tenía la culpa del modo en que había hecho daño a Laura. La sangre le confería fuerza y velocidad, le decía su lado racional, pero también le volvía loco. Lionel le había prometido que la sangre le volvería fuerte, pero no le había advertido de todo lo

demás que iba a hacerle.

–Creo que ya ha salido del hospital –comentó Lionel, como quien no quiere la cosa–. ¿Es cierto eso? ¿Has vuelto a verla?

Las mejillas de Kyle se convirtieron en dos rosas de ira en flor, el aliento se tornó sibilante entre sus dientes.

–Ni se te ocurra mentarla –rugió.

Los ojos de Lionel reflejaron la diversión que experimentaba.

–Tranquilo, Kyle.

–Ya viste lo que hice –dijo Kyle, escupiendo las palabras–.

Sabías lo que sentía por ella y me dejaste hacerle aquello. ¿Cómo pudiste permitirlo?

Era absurdo culpar a Lionel de lo ocurrido, Kyle lo sabía, pero le resultaba más fácil que culparse a sí mismo. Al fin de cuentas, ¿y si la sangre no le había enloquecido?

–Tenía que cerciorarme de que eras capaz –dijo Lionel–. Si eres capaz de violar a alguien, conceder el Beso te resultará fácil. Y, si puedes hacerle eso a alguien que te importa tanto, podrás alimentarte de cualquier humano anónimo sin ningún problema. A la larga, me refiero. –Cambió de postura en el sofá y estiró sus largas piernas–. Era la prueba que necesitaba.

Kyle giró en redondo hacia Lionel y llegó a dar dos pasos furiosos hacia él.

–¡A la mierda tú y tus pruebas! ¿Por qué me hablas de ese modo? ¡Laura terminó en el hospital por tu culpa, Lionel! La conozco desde que teníamos cinco años y la he llevado al hospital. ¿Y tú te limitas a quedarte ahí sentado y a decirme que he aprobado el examen?

–Me imagino que ahora no resulta tan reconfortante como llegará a serlo –dijo Lionel, encogiéndose de hombros–. Hace falta práctica. Yo aún sigo acostumbrándome.

–¡No quiero acostumbrarme a esto! –chilló Kyle–. ¡Me da asco lo que hice! He vomitado cada noche desde ese momento, hasta que ya no podía ni moverme. Mis padres creían que había contraído la malaria.

La sonrisa de Lionel se ensanchó.

»Cuando te marchaste, pensé en suicidarme –continuó Kyle, reanudando su deambular–. Lo intenté. Me subí al tejado de mi edificio y me quedé allí, *intentando* saltar. ¿Sabes por qué no pude? ¡Por tu culpa! ¡Porque no quería defraudarte! No puedo ni ir al retrete sin preguntarme si tú lo aprobarías. Sabía que te enfadarías si

regresabas y encontrabas mi cadáver. ¡Maldita sea, Lionel, ni siquiera me caes bien!

Cuando Kyle hubo terminado, Lionel soltó la risa. El profundo sonido inundó la habitación. El vampiro se puso de pie y sacudió su larga melena negra sobre los hombros, sin dejar de reír.

–Por eso te elegí a ti, niño –dijo, sonriendo todavía–. Tienes el mismo coraje que yo a tu edad.

–Vete a tomar por el culo. –Kyle se dio la vuelta. ¿Por qué era como si sus emociones se hubieran desbocado? Había pasado de estar asustado a estar furioso en un suspiro. Ahora sentía que estaba a punto de desgañitarse–. Lo digo en serio. Creo que eres un hijo de puta.

–Ya se te pasará. –Lionel se acercó a Kyle y apoyó una mano en su hombro–. A lo mejor incluso se te pasa esta noche.

Kyle quiso apartar la mano de Lionel. Tal vez Lionel pudiera sobrevivir arrebatándole a la gente lo que quería sin que le importara un bledo, pero él sabía que no podría. A pesar de lo que le había hecho a Laura, no era esa clase de monstruo. El hecho de que Lionel viera a ese monstruo en su interior le sacaba de sus casillas. Lo único que le extrañaba era que no se hubiera cabreado antes. Se preguntó por qué no le había dicho mucho antes a Lionel lo que pensaba. Al principio, aquel hombre le había atemorizado, pero eso había cambiado, aunque fuera tan sólo hacía escasos meses. La sangre de Lionel *debía* de haberle vuelto loco.

–Déjame en...

Cuando la mano de Kyle golpeó la muñeca de Lionel para deshacer su presa, no ocurrió nada. Tocó a Lionel y se detuvo. Lo mismo podría haber intentado apartar la mano de una estatua. Miró a Lionel y vio en su rostro una expresión a la que nunca antes se había enfrentado directamente. Lo que había confundido con regocijo no era sino el rostro del hambre. Lionel quería sangre y el hombro de Kyle era presa de un cepo inamovible.

–No te preocupes –dijo Lionel, agarrando a Kyle del mentón y obligándole a girar la barbilla hacia la izquierda. Los grandes dientes del hombre se alargaron, añadiendo un matiz bisbiseante a sus palabras–. Te va a gustar.

Incapaz de moverse, incapaz de gritar pidiendo ayuda, Kyle cerró los ojos e intentó prepararse. Una parte de él pensaba en lo que había dicho Lionel y sabía que era cierto. Probablemente iba a gustarle. Había visto a Lionel morder a mucha gente; parecía que disfrutaban

con ello. Pero las palabras de Lionel y su aquiescencia apelaban a algo más y Kyle lo sabía. La parte de él que había gozado hiriendo a Laura sería más fuerte cuando aquello hubiera terminado. Sería aún más fuerte de lo que era él en esos momentos. Su cuerpo convertiría la sangre que bebiera en la misma substancia que corría por las venas de Lionel. Con el tiempo, comprendió Kyle, aquello llegaría a gustarle de veras.

Esa parte le atemorizaba.

___ INTERLUDIO ___

De todas las cosas que Timothy había pensado que echaría de menos si le privaban de ellas, la oportunidad de darse un baño ocupaba el último lugar en la lista. Ya casi ni se acordaba de lo que se sentía al sumergirse en agua caliente. Detestaba frotar, aclarar y secar, aborrecía tener que ponerse un albornoz y todo eso, pero el hecho en sí de yacer inmerso en agua caliente no estaba tan mal. Si su padre le dejara quedarse en el agua el tiempo suficiente, terminaría por salir limpio de la bañera sin necesidad de hacer nada más. Lo que no le gustaba era que le dijeran lo que tenía que hacer.

Ya no estaba limpio. Hacía un mes que no se bañaba. Tal vez más. Ni siquiera disponía de cuarto de baño, tan sólo de una pestilente esquina al otro lado del cuarto. Cuánto tiempo hacía, parecía que le hubieran cosido los labios. Antes le gustaba pasar mucho tiempo sin abrir la boca, hasta que los labios se le quedaban pegados y tenía que separarlos muy despacio, como si fuese una momia recién salida del sarcófago. Su padre no le veía la gracia.

También hacía más de un mes que no veía a su padre. Al principio se preguntaba por qué su padre no echaba la puerta abajo y le sacaba de aquel sitio. Los primeros días se quedaba allí sentado, con la mirada fija en el haz de luz solar que entraba por la única ventana de la habitación e iluminaba el suelo, imaginándose que era la enorme linterna negra de su padre, que acudía en su busca. Permanecía todo el día bañado por la luz, moviéndose despacio por el suelo, y esperaba que viniera su padre y lo llevara de vuelta a casa. Había habido incluso una semana en que Timothy había odiado a su

padre por no venir, pero se le había pasado. Una vez había visto una película en la tele en que secuestraban a una chica y su padre había tardado más de un año en encontrarla. Sólo había transcurrido un mes en su caso.

Sin embargo, por la noche, le tocaba hacer de padre. Al principio había hecho de niño, cuando el escuálido inglés rondaba por allí. El inglés y la mujer pálida, Clare, se pasaban toda la noche hablando con él, intentando animarle a jugar, pero a él no le apetecía. Había llorado mucho las primeras noches. Había llegado a llorar de tal modo que, una noche, la mujer pálida se había desabotonado la camisa y había intentado abrazarle contra su pecho, diciéndole que todo iría bien en cuanto comiese algo y consiguiera dormir un poco. No dejaba de decir que ella le daría de comer.

Timothy nunca había visto los senos de una mujer, como no fuera en la tele. Los sábados por la mañana solía entrar a hurtadillas en la sala de estar y buscaba el canal 90 antes de que empezaran los dibujos animados. Se suponía que Timothy no podía ver las cosas que ponían en el canal 90 a primera hora de la mañana. Dejaba el sonido apagado, pero había visto cosas de lo más extraño.

Clare no se parecía a las mujeres del canal 90. Estaba delgada, pálida y fría. Timothy recordaba que la mano del inglés también había estado fría. Hacía casi un mes que no veía al inglés. Clare se dejaba caer una noche sí y otra no, pero el inglés nunca se asomaba por allí.

Supo cuándo se había marchado el inglés. Una noche, Clare había entrado sola en su cuarto. Llevaba encima un largo vestido azul salpicado de diminutos lunares blancos y sostenía su mochila Outdoorsman de color verde en una mano.

–Buenas noches, tesoro –había dicho, al tiempo que dejaba la mochila junto a la puerta–. ¿Cómo te ha ido el día?

Timothy no había respondido. Pensó en inventarse algo acerca del colegio para que Clare no se enfadara, pero no se le ocurrió nada. No recordaba con nitidez cómo era el colegio. Pensar en ello le daba ganas de llorar, pero se contuvo. Sabía que, si empezaba a llorar, Clare intentaría darle de comer de nuevo. Intentaría darle el pecho igual que a un bebé, como hiciera una vez.

–El tráfico está imposible –había continuado Clare, sin esperar siquiera a que él intentara engañarla–. Y mi jefe, qué marrano. Hoy le he pillado mirándome por debajo del vestido. ¿Tú te crees?, qué cara.

Timothy se había limitado a quedarse quieto. Clare se había acercado a su cama y se había sentado. Se quitó los zapatos de

sendos puntapiés y se desperezó.

–Venga, tesoro, siéntate –había dicho, dando unas palmaditas sobre el colchón. Timothy había obedecido, muy despacio. Se sentó al borde, a varios centímetros de los dedos de la mujer–. Ay, ese Calvin, menudo incordio –había suspirado Clare–. Tampoco puedo decirle, "oye, ¿qué estás mirando, guarro?", ¿no? A ver, me pondría de patitas en la calle.

Timothy recordaba cómo había permanecido allí sentado, mirando su mochila, la ventana, y su mochila de nuevo. El estómago llevaba todo el día gruñéndole. Hacía dos que no probaba bocado.

–¿Qué debería hacer, tesoro? –había preguntado Clare–. No puedo contárselo a ninguno de mis compañeros de trabajo, eso está claro. Todos piensan que Calvin es lo mejor que le ha pasado a la empresa desde que nos convertimos en sociedad anónima, ¿Quién iba a creermelo?

El estómago de Timothy escogió ese momento para protestar de nuevo, lo bastante alto como para que lo oyera Clare.

–Uy, perdona, cielo –había dicho la mujer, con voz extraña–. ¿Tienes hambre?

Timothy deseó no haber asentido con la cabeza.

Clare permaneció sentado por unos instantes y algunos mechones de su desgredada melena castaña le cayeron sobre un ojo. Los apartó muy despacio y se puso de pie. Se plantó delante de Timothy y se agachó frente a él.

–No estabas escuchando, ¿a que no? –había preguntado. Parecía sorprendida y furiosa–. No hacías más que pensar en tu maldito estómago. ¿Por qué no me prestas un poquito de atención?

Parecía que esperara una respuesta, así que Timothy había dicho:

–Sí que escuchaba.

–¡Mentira! Tienes hambre. Ya sé cómo te pones cuando tienes el estómago vacío. Te quedas ahí sentado, moviendo la cabeza, esperando a que me calle. Toda la cena igual, tú sentado y yo raja que te raja, ¡y sólo piensas en que cierre la boca y en llevarme arriba para joderme!

Timothy todavía no sabía lo que significaba aquella palabra, pero sonaba sucia cuando Clare la gritaba de aquel modo.

–Yo no...

–Maldita sea, Timothy, no me lles la contraria –había espetado Clare. Comenzó a pasearse arriba y abajo, sin rumbo–. ¡No me

cuentas más que mentiras! Ya estoy harta. No pienso tolerarlas por más tiempo. Tú me engañas, yo te creo y vuelves a intentar llevarme a la cama. No sé por qué dejo que me hagas esto.

Timothy recordaba vagamente que, llegados a ese punto, había negado con la cabeza.

–¡No, quieto! –había gritado Clare. Cada vez que vociferaba movía los brazos como si intentara apresar todo el aire de la habitación con las manos–. ¡No lo hagas!

–¿Qué ocurre? –había preguntado Timothy, con un hilo de voz. Se le había escapado. Lo había dicho del mismo modo en hablaba en sueños, cuando quería gritar y sólo conseguía proferir un gritito.

Clare se había detenido en seco y le miraba directamente a los ojos. Le había parecido que intentara devorarlo con la mirada, que intentara sacarle los ojos con los suyos.

–Eso es lo que me pregunto yo a veces, Timothy –había musitado Clare. Parecía entristecida. Como alguien que ha perdido algo–. ¿Qué nos ha ocurrido?

Timothy había guardado silencio. De lo contrario, podría haber empezado a llorar de nuevo. No sabía qué podría ocurrir si rompía a llorar delante de Clare en ese momento.

–No puedo soportarlo más –había susurrado Clare–. Tengo que salir de aquí. Tengo que pensar.

Al cabo de un minuto eterno, había vuelto a acercarse a la puerta y la había abierto. Se quedó plantada en el umbral y se giró.

–Voy a ver a un abogado, Timothy. Lo nuestro ya ha durado demasiado. Lo siento.

Dicho lo cual, se fue, dejando la mochila en el suelo. Había cerrado la puerta con llave y había cruzado el recibidor a largas zancadas. Timothy se había acercado a gatas a la mochila tras dejar que transcurriera una hora, y la abrió. Le asustaba que Clare pudiera regresar a por ella, pero parecía que no tenía intención de volver. En el interior de la mochila había encontrado manzanas, plátanos y una naranja. Clare le había traído comida.

Ninguna de las noches posteriores a aquella había sido igual de mala, pero el inglés no había regresado. Cada vez que venía alguien a comprobar su estado, era Clare, y nunca aparecía de buen humor. Se dirigía a Timothy como si él fuese un padre y ella su esposa. Hablaba con él de los momentos que pasaban juntos, aunque no pasaran ninguno, e incluso mencionaba el sexo y lo mucho que quería tener un hijo. Timothy nunca replicaba. A la larga, Clare terminaba por

enfurecerse y empezaba a desgañitarse y a acusarle de ser una persona horrible. En cierta ocasión, había llegado a golpearle. No con demasiada fuerza, pero le había escocido el pecho allí donde impactara ella. Se había caído y había empezado a llorar, hecho un ovillo. Le daba igual que Clare lo viera. No había podido evitarlo.

Por fortuna, Clare tampoco había intentado consolarle. En vez de eso, había emitido un sonido parecido a un ronquido y había dejado de gritar. No había vuelto a decir nada, salvo que pensaba hablar con su madre. A la noche siguiente, se había dejado ver lo justo para decirle que se iba a un hotel. Dos noches más tarde, había asomado la cabeza para comunicarle que se iba a vivir con alguien llamado Jeremey. Todas las noches le llevaba un plato de comida, aunque ni siquiera parecía que recordara haberlo hecho.

Timothy detestaba esas noches aún más que aquellas en que Clare le trataba como si fuera un bebé. Cuando hablaba con él, le hacía preguntas que él era demasiado joven para contestar, antes de echarle en cara lo inmaduro que era y subirse por las paredes. Sólo ese tal Jeremey parecía apaciguarla, por lo que contaba ella. Había comenzado a acudir varias noches seguidas para echarle en cara lo buena persona que era Jeremey comparado con él y que pensaba irse a vivir con él. Timothy no sabía quién era Jeremey pero, tras una semana de oír hablar de él, había empezado a desear que regresara el inglés. Aunque no le dejaran marcharse, al menos Clare se mostraba amable con él cuando estaba allí el inglés. No le trataba como al adulto que no era. No le hablaba como había hecho su madre con su padre antes de irse de casa.

La cerradura de la puerta emitió un chasquido y Timothy levantó la cabeza de repente. Se encontraba en un rincón, con la barbilla apoyada en las rodillas. Allí era donde se sentaba cuando desaparecía el rayo de sol. No se movió cuando giró el pomo, y permaneció igual de quieto cuando la puerta empezó a abrirse lentamente. No tenía forma de prepararse para lo próximo que le hiciera o dijese Clare.

—¿Timothy? —llamó Clare. Entró en la habitación, vestida con unos vaqueros y una camisa blanca que le quedaba holgada. Encendió la luz y abrió la puerta de par en par.

Timothy parpadeó debido a la virulencia de los cien vatios y se acurrucó con más fuerza. Percibía algo extraño en la voz de la mujer.

—¿Timothy? —repitió Clare. Sonaba alegre y distendida. A punto estuvo de no reconocerla—. Ah, mira dónde te habías metido. En pie, tesoro. Adivina quién ha venido a verte.

Timothy bajó las rodillas, pero no se incorporó.

–No pasa nada, mi vida. Vamos. Jeremey está aquí.

No había terminado de anunciar aquello cuando el inglés pasó junto a ella. Llevaba puestos unos pantalones negros y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Arrugó la nariz y miró de soslayo en dirección a la esquina que hacía las veces de aseo para Timothy. Con una mueca de disgusto, observó a Timothy y le tendió una mano pálida y delgada. Timothy la aceptó y se puso de pie, temblando.

–¿Cuánto hace que no comes algo? –quiso saber el inglés. Jeremey.

Timothy no conseguía apartar la mirada de sus ojos. Tampoco lograba recordar la respuesta a su pregunta.

–Bastante, me la juego –dijo Jeremey. Se volvió hacia Clare–. Ve abajo y prepárale un bocadillo al muchacho. ¿Cómo te gustan, Timothy?

Timothy se le quedó mirando. Comenzaban a escocerle los ojos. Sentía que el labio inferior se movía igual que una lombriz en su cara.

–¿Te gusta el queso fundido? –le preguntó Clare, acucillándose para poder mirarle a los ojos, al lado de Jeremey–. Queso fundido y sopa de tomate, ¿eh? ¿Qué me dices a eso?

–Responde, Timothy –le pidió Jeremey. Su voz, conciliadora y educada, era como agua caliente sobre la piel.

–Sí, señora –bisbisó.

–Vamos, Clare. Córtalo en trozos iguales. En diagonal.

Clare se incorporó de un salto y salió de la habitación, exultante. Parecía que pudiera empezar a dar brincos en cualquier momento.

Jeremey cerró la puerta detrás de ella y se puso delante de Timothy. Apoyó una mano en su hombro. Timothy se sentía como si estuviera levitando y sólo la mano de Jeremey le mantuviera en contacto con el suelo. Jeremey le miró de arriba abajo y se agachó para olisquearle. Arrugó un poco la nariz.

–Necesitas darte un baño –dijo, estoico.

Timothy no pudo contenerse por más tiempo. Se desplomó contra Jeremey y le dio un abrazo. Las lágrimas corrían por sus mejillas y se oyó sollozar, atragantado, contra el pecho del hombre delgado. Jeremey apoyó las manos en la espalda de Timothy, en un torpe abrazo. Le dio unas palmaditas en la cabeza y en el hombro.

–¿Qué ocurre, hijo?

–Quiero que venga mi padre.

* * *

Christopher Flynnne estaba sentado, observando el espejo del cuarto de baño, contando despacio hasta cien. Al llegar a veinticinco, abrió el ojo izquierdo tirando de las pestañas y tensando los párpados alrededor del reluciente orbe. Al llegar a cuarenta y cinco, abrió el grifo del lavabo de porcelana negra. El vapor flotó hasta su rostro y lo inhaló con cadencia ritual, sin dejar de contar. Al llegar a sesenta, se recogió la tupida melena rubia en una coleta y la sostuvo con la mano izquierda. Al llegar a setenta y cinco, abrió la navaja automática con un gesto entrenado de su muñeca derecha. La bien engrasada hoja Boker se extendió igual que la garra salida de la zarpa de un felino. Chris cerró el ojo derecho y siguió, sin dejar de reciclar el cálido vapor a través de sus pulmones, dormidos tiempo ha. Al llegar a ochenta, se inclinó sobre el lavabo, murmurando:

–Por Darien, por Sean, por todos los que se han quedado por el camino.

El mantra continuó hasta que hubo llegado a cien en su cabeza, momento en el que se clavó la navaja en el ojo izquierdo, apretando hacia abajo, retando al metal a ceder y romperse.

Una llamarada al rojo blanco estalló en su cabeza y hubo de esforzarse por mantener la cabeza inclinada sobre el lavabo. Por encima del chapoteo del agua caliente oyó cómo se estrellaban los humores de su cavidad ocular sobre el torrente que se los llevaría lejos. Despacio, con precisión, dio un cuarto de vuelta hacia la izquierda con el cuchillo y lo extrajo. Dentro de su cabeza, oyó cómo se liberaba el ojo, desprendiéndose igual que un aborto practicado en un callejón. Apretó los dientes y saboreó su propia sangre, que le bajaba por la nariz hasta la comisura del labio. La navaja repicó contra la loza y él hizo cuenco con las manos bajo el chorro abrasador. Escupiendo sangre, se salpicó el rostro con agua un par de veces. Sus nervios gritaron, desgarrándole y apaciguándole a un tiempo. Echó la cabeza hacia atrás para sofocar un grito. Daba igual cuántas veces lo hiciera, nunca le resultaba más fácil.

Los abultados y nudosos nudillos de Flynnne sobresalieron como las raíces de un árbol cuando se aferró al borde del lavabo. Se contuvo hasta que el dolor se volvió insoportable.

El agua caliente arrastró los últimos restos de sangre hasta sus hombros y buscó una toalla blanca en el anaquel que había encima del sanitario.

Tendría que tirar la toalla cuando hubiera terminado de usarla, pero a nadie le importaba que se perdiera una toalla de hotel, ni siquiera en un sitio tan elegante como el que le había buscado Calvin Bainbridge. Sostuvo la toalla debajo del agua escaldante para, a continuación, enjugar la peor parte del estropicio de su rostro. Tras dejarla dentro del lavabo para que se empapara, abrió el ojo derecho. Pasó la mano por el espejo para despejar la pátina de condensación y se miró. Su cabello pendía lacio igual que un halo desinflado, pero no se había ensuciado de sangre. A despecho de las persistentes punzadas, se permitió esbozar media sonrisa ante su trabajo. Daría el pego una noche más.

Al pensar en aquello, su sonrisa se marchitó. Lo hacía todas las noches, no para vanagloriarse de su obra, sino para cumplir con su responsabilidad.

—Por Darien —susurró—, por Sean, y por todos los que se han quedado por el camino.

SEGUNDA PARTE: ***NUDO***

Michael no supo qué pensar cuando el sedán color azul marino hubo aparcado ante la puerta de la antigua vivienda de Darien. Su primera reacción fue suponer que Christopher Flynne se había pasado para recogerle ahora que había vuelto a casa, por lo que se quedó al otro lado de la puerta, atisbando por la mirilla. Flynne igualaba a Calvin en edad y generación y se había forjado una reputación filtrando tanto mensajes como mensajeros a través de las filas del Sabbat a lo largo de las cinco últimas décadas. Se rumoreaba que Flynne había llegado

a asesinar a dos vampiros en el transcurso de su trabajo. Asumiendo que eso fuera cierto, a Michael no le entusiasmaba la perspectiva de reunirse con él. Su trepidación se multiplicó cuando se detuvo a considerar el hecho de que no sólo había insultado a Flynne en el Elíseo, sino que además había pospuesto adrede su reunión con él aquella noche y la siguiente.

Por suerte, el hombre que salió del vehículo no era más que uno de los muchos empleados al servicio de Calvin Bainbridge. Michael ya conocía de vista a ese hombre, que conducía varios de los coches que constituían la flota de su sire. El chófer, alto y musculoso, se apresuró a cubrir la distancia que separaba la puerta del conductor del umbral de la puerta del taller de Michael. Se quitó la gorra y realizó una solícita reverencia. Michael arqueó una ceja. Aquel era el chófer que Calvin reservaba para pasear a las visitas y a los fichajes estrella de la liga social que se celebraba en la ciudad.

–Señor –dijo el hombretón, galante–. Esta noche tiene una cita con maese Bainbridge en Iron Rapids.

Bien lo sabía Michael. Se disponía a encaminarse hacia la estación de autobuses cuando había aparecido el coche. Calvin tenía el don de ordenarle que hiciera algo justo cuando estaba a punto de hacerlo por su cuenta.

–¿Y te ha enviado a recogerme? –preguntó Michael, al tiempo que se enfundaba la chaqueta de su traje. Tiró de las solapas para protegerse del frío aire otoñal y las cubrió con la melena negra que le caía sobre los hombros. Nunca estaba de más ponerse de punta en blanco para hablar con Calvin acerca de bienes y propiedades. Sobre todo cuando uno tenía la intención de conservar alguna de las dos cosas–. Qué atento.

–Sí, señor –contestó raudo el sirviente, pasando grácilmente por alto el apenas velado sarcasmo–. Maese Bainbridge me ha asignado a su servicio a partir de ahora.

–¿En serio? –Michael salió y cerró la puerta con llave a su espalda. Ésa sí que era toda una novedad. Desde el Abrazo de Darien, Calvin no se había dignado siquiera ofrecerle un chófer, mucho menos uno que ya viniera con coche incluido. Había tenido que conformarse con caminar cuando precisaba ir a algún sitio. Cada vez que necesitaba un vehículo, Darien se había ocupado de conducir de buena gana. Por lo demás, Michael confiaba siempre en taxis y autobuses–. En tal caso, en marcha.

–Sí, señor.

El sirviente estuvo a lo suyo durante todo el trayecto, sin dar conversación a Michael hasta llegar a Iron Rapids. Por lo menos, Calvin lo había adiestrado bien. Su presencia, no obstante, daba que pensar a Michael. ¿A qué se debía esa repentina generosidad? Era evidente que Calvin intentaba decirle algo pero, ¿el qué? No acostumbraba a realizar ostentaciones de ningún tipo sin un buen motivo. ¿Intentaría reemplazar a Darien por etapas? ¿Pretendía ejercer una mayor influencia sobre las actividades nocturnas de Michael? ¿A qué jugaba?

Y, ¿cómo había sabido Calvin que debía enviar al chófer a ese lugar y no a la joyería que poseía Michael en Pontiac?

Antes de que hubiera podido dilucidar respuesta alguna, no obstante, se acabó el paseo. Ordenó al sirviente que le esperara frente a la escalera de entrada, sin saber si el chófer obedecería. El hombre se limitó a asentir y a apagar el motor del coche. Se quedó sentado, en silencio, con los ojos fijos en la carretera.

—¿No tienes un libro o algo?

—Estaré bien, señor.

Sin mediar más palabra, Michael se dio la vuelta y subió las escaleras del edificio Gideon. Calvin aguardaba en su interior y a Michael no le haría ningún bien frustrar las expectativas de un antiguo Vástago por segunda vez en el plazo de una semana. Si lo hiciera, equivaldría a decir adiós para siempre a la sociedad de la Estirpe de Michigan. Incluso contempló esa idea en el ascensor y tuvo que resistirse al impulso de apretar el botón del segundo piso y salir de allí antes de haber llegado a la última planta. La mera alternativa era, a todas luces, risible; ¿adónde podría ir?; pero era una fantasía que le resultaba tentadora. En cualquier caso, esperó un momento después de que se abrieran las puertas antes de pisar el frío recibidor de baldosas. Al otro lado del mismo, el despacho de Calvin se veía abierto.

En el interior, Calvin se encontraba sentado ante una enorme montaña de papeles desparramados sobre su mesa. Ya había colocado la silla de la mesa del ordenador delante de su escritorio; la luz resultaba cegadora en el ascético cuarto. Aparte de las dos mesas y la escultura geométrica que su sire había encargado colocar sobre un pedestal en la esquina más alejada de la estancia, el despacho estaba vacío. Michael sabía por experiencia propia que la oficina adyacente de su sire se encontraba atestada, pero la primera impresión que le asaltaba siempre al entrar en esa sala era la de que

pedía a gritos más detalles. Recordaba que Calvin incluso guardaba en la otra habitación un estuche de exposición con los que él consideraba los mejores ejemplos del trabajo de joyería de Michael. Teniendo en cuenta que ésa era la oficina donde Calvin llevaba a cabo la mayor parte de su trabajo cuando estaba a solas, Michael se tomaba la presencia del expositor como un cumplido tácito.

–Siéntate, Michael –dijo Calvin, mirándolo de hito en hito por encima de los papeles. Escribió una última nota y enlazó los dedos sobre el fajo de documentos.

Michael ocupó la silla enfrente de su sire, tras moverla para situarla justo delante de él al tiempo que ajustaba la altura del asiento. Dobló una pierna y se sentó de modo que sus ojos estuvieran a la misma altura que los de Calvin. Reparó en que el papel que ocupaba a Calvin no era el anteproyecto de un edificio, como había asumido en un principio, sino un mapa de Michigan. Calvin había delimitado tres secciones del ala sureste con los colores amarillo, rojo y azul. Aunque lo viera del revés y estuviera medio tapado por las manos de su sire, Michael sabía que las dos secciones contiguas más al sur, la azul y la roja, incluían las ciudades de Pontiac, Jackson y Ann Harbor, donde tenían sus terrenos de caza Jeremy y él. La sección amarilla indicaba la tierra de nadie que separaba la sección del estado de Michael y el territorio de Elliot en Lansing. Hacía veinticinco años que Michael viera ese mapa por última vez, cuando Calvin había expandido su territorio hacia Jackson para acomodar a Darien. La tierra de nadie había ocupado muchos menos espacio, al igual que el territorio de Jeremy. Michael estimó que su territorio ocupaba ahora casi tanto como la propia tierra de nadie, y que el terreno de Jeremy comprendía al menos siete bloques más hacia el interior de las barriadas del sur de Jackson. Aquella área valía poco más que una vivienda social, sin duda, pero era *su* territorio. Era el lugar que prefería Darien para alimentarse.

–Enseguida pasaremos a comentar las alteraciones que he efectuado –dijo Calvin, aplastando las manos sobre el mapa que tenía ante sí–. Antes quería hablar de lo que ha ocurrido entre Christopher Flynne y tú.

Michael parpadeó una vez y mantuvo una expresión neutral.

–Sí, Calvin.

–Me ha contado –comenzó su sire– que te has hecho el remolón.

Por decirlo de algún modo, pensó Michael. Se alegró de no poder palidecer aún más bajo la agresiva iluminación.

–Me decepciona que no hicieras todo lo posible por acudir a la cita cuanto antes.

Michael abrió la boca para decir algo. No sabía muy bien qué, pero esperaba que le viniera la inspiración.

»No digas nada, Michael. –Calvin se retrepó en su silla–. Christopher me ha contado lo suficiente. Me ha relatado tus palabras.

Michael no pudo evitar el arquear una ceja al oír aquello. El aura de Calvin no delataba ira alguna.

–Has salido bien parado, Michael, pero no permitas que se te suba el orgullo a la cabeza. Según Christopher, no le diste la impresión de que yo te hubiera obligado a hablar con él.

Michael, sin bajar la guardia del todo, repuso:

–No me sentía obligado.

–Naturalmente, debió de resultar evidente que yo te había instruido acerca de lo que tenías que decir, pero Christopher eligió sus palabras con mucho tacto.

–No lo dudo –murmuró Michael. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?–. Muy amable por su parte.

–A veces me preocupas, Michael –dijo Calvin, sin venir a cuento–. Y a veces consigues que me sienta orgulloso.

Michael no supo qué responder.

»Le he asegurado a Christopher que tu irrespetuoso comportamiento no volverá a repetirse mientras dure su estancia. Ocúpate de que así sea.

–Sí, Calvin –dijo Michael, inclinando la cabeza para ocultar su sorpresa. Si Calvin hubiera poseído su capacidad de percepción sobrenatural, sin duda habría visto la confusión y el alivio que se arremolinaban alrededor de Michael como aureolas vivientes. Por suerte para él, sólo había otro Vástago con esa facultad en el dominio de Adrock, y no se encontraba presente.

–Y, ¿hasta cuándo piensa permanecer el señor Flynne en Michigan? –preguntó Michael, procurando cambiar de tema sin que pareciera evidente.

Calvin arqueó una ceja y Michael se dio cuenta por vez primera de lo mucho que debía parecerse él a su sire cuando hacía ese gesto.

–Se quedará hasta que decida marcharse –respondió Calvin, con voz glacial–, o hasta que el deber le obligue a regresar al frente, en la costa. Hasta entonces, tiene su descanso aquí bien merecido.

–Sí, Calvin. –Se preguntó si tal vez Flynne formaría parte de la avanzadilla que pensaba comandar Adrock sobre Detroit. No parecía

probable, si se suponía que había venido a descansar.

Durante el breve e incómodo silencio que se produjo, Michael reflexionó acerca del modo en que diferían las conversaciones que mantenía con Calvin de aquellas en las que solía enfrascarse con Darien. Su chiquillo, lejos de padecer remordimientos u horror alguno a raíz de su condición tras el Abrazo, había sabido exprimir al máximo su nuevo estado. Había adoptado a Michael como modelo a seguir y lo había acribillado a preguntas. Cada vez que Michael le había preguntado algo a Calvin durante sus décadas como neonato dentro de la sociedad de la Estirpe, las respuestas de su sire habían sido, o bien bruscas, o bien inexistentes.

—Dicho lo cual —comenzó Calvin, descubriendo el mapa que tenía delante—, podemos empezar. Como recordarás, el territorio combinado que compartíais Darien y tú ocupaba el área entre tu taller al este de Pontiac y las fábricas de la margen occidental del río Grand, en Jackson. Cuando Abrazaste a Darien, tuve que extender dicho territorio a partir del que te fue asignado en un principio sólo en Pontiac.

Michael detestaba el modo en que Calvin aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para atribuirse el bienestar de Darien, pero ya hacía mucho que había aprendido a evitar la tentación de llamarle la atención al respecto. Calvin había ocultado la existencia de Darien al príncipe Adrock, se había sacrificado para conseguirle a Michael el derecho de progenie, había presentado a Darien en la sociedad de la Estirpe, allanando posibles obstáculos y sofocando la chispa de la murmuración antes de que pudiera prender, incluso había llegado a poner a Darien al frente de una cadena de concesionarios de antigüedades que poseía en secreto y que se extendía por toda Michigan. Calvin había hecho todo eso y más, y le gustaba asegurarse de que Michael lo recordara.

—No obstante, ahora que Darien ha desaparecido, ya no tienes necesidad de un territorio tan vasto.

Pronunció aquellas palabras impávido, sin apenas mirar a su chiquillo. Michael se estremeció.

—Así las cosas, he escindido esta zona de tu territorio en Jackson y se la he cedido a Jeremey Talbot y a Clare. Dado que lleva tanto tiempo manteniendo a Clare en el reducido espacio del que dispone en Ann Harbor, me ha parecido lo más razonable. Además, he recortado esta sección de tu territorio, en previsión. —Señaló la frontera del territorio de Michael con la tierra de nadie—. Si, es un

suponer, el señor Ellsworth decidiera ampliar el territorio de Elliot entre Lansing y Flint, dicho territorio cubriría también esta zona.

Michael levantó la vista del mapa, con una expresión de pasmo plasmada en la cara.

–¿Calvin?

Los ojos de Calvin se apartaron del mapa muy despacio, hasta coronar la cima de la montura de plata de sus gafas.

–¿Sí?

–Explícame de nuevo por qué te parece necesario expandir el territorio de Jeremey.

Calvin se tomó su tiempo para reflexionar y adoptó una expresión de fastidio. La impaciencia comenzaba a jaspear su aura.

–Jeremey Talbot se ofreció voluntario para arrostrar un gran peligro y ha obtenido información de vital importancia para llevar a buen puerto la campaña del príncipe Adrock para apoderarse de Detroit en el nombre de nuestra secta.

–Comprendo que se merezca una recompensa –comenzó Michael, revolviéndose en la silla. Le sacaba de quicio que Calvin se dirigiera a él como si fuese un crío. Le enfurecía que Calvin pensara que tal vez él no comprendiera lo que ocurría a su alrededor. Sobre todo cuando era Calvin el que no había entendido la pregunta–, pero, ¿por qué recompensarle con más territorio?

–Es lo que ha pedido –respondió Calvin. Volvió a reposar las manos.

–Pero, ¿era necesario? –insistió Michael–. No creo que la información que haya podido conseguir sea tan importante como para...

–¿Como para qué, Michael? –le interrumpió Calvin. Michael había estado a punto de decir «*como para que Darien tuviera que morir por ella*».

–Como para que Jeremey se merezca más territorio por haberla conseguido –se corrigió Michael, con escasa convicción–. ¿O sí? ¿De qué se trata?

–Eso no es de tu incumbencia, Michael. Esa información nos concierne tan sólo al príncipe Adrock y a mí. Él y yo estamos encargados de planificar la incursión en Detroit.

–Eso lo entiendo, Calvin –concedió Michael, desesperado–, pero no me parece que Jeremey necesite más territorio, la verdad. Clare y él han sabido apañárselas, ¿no es así?

–A mí me parece evidente que Jeremey necesita más espacio en

el que alimentarse, Michael. Él y esa mujer que apadrina han estado compartiendo el espacio de uno solo desde que la creara.

–Bueno, a eso me refiero. –Michael se inclinó en la silla para apoyar las manos sobre la mesa de Calvin–. A Jeremey y a Clare no les ha faltado de nada en todo este tiempo. Francamente, no me parece buena idea concederle territorio propio a Clare y dejarla sola.

–No voy a darle un territorio a Clare, Michael –dijo Calvin, enderezando la espalda–. Voy a expandir el territorio de Jeremey.

–Pero, ¿por qué ahora, después de tanto tiempo? Jeremey ya ha establecido su rutina. ¿No le molestará el tener que reorganizarlo todo? Ya sabes lo maniático que es con sus costumbres.

–Tampoco el horario ni la rutina de Jeremey importan en este caso. Michael. –Calvin alzó un tanto la voz. Asimismo, se inclinó sobre la mesa, manteniendo los ojos a mayor altura que su chiquillo–. Como recordarás, le ofrecía a Darien disponer de sus propios terrenos de caza en cuanto lo creaste. Expandí tu coto hasta comprender un área casi tan grande como la del mismísimo chiquillo del príncipe. Ahora han cambiado las tornas y son Jeremey Talbot y su protegida los que se merecen más espacio. Soy yo el que ostenta la autoridad para efectuar este tipo de arreglos, y eso he hecho.

Así que era eso. Michael se dejó caer con fuerza en la silla, rompiendo el contacto visual con Calvin.

–Este asunto no da lugar a discusión, Michael –añadió Calvin, tras una breve pausa. Michael atisbó un fugaz destello embustero en aquella afirmación, lo que indicaba que podría haber negociado la devolución de la parte de su territorio que había pasado a ensanchar la tierra de nadie. Sus indiscretas preguntas sin duda le habían privado ya de dicha oportunidad–. Y te agradecería que cuidaras tus modales aunque estemos a solas. Estás siendo muy poco razonable.

–Lo siento, Calvin. –Se disculpó Michael, alegrándose de nuevo de que Calvin no poseyera su talento perceptivo. Quiso añadir algo, pero lo único que consiguió balbucir fue:– Mis más humildes disculpas.

–Es comprensible que te sientas confuso y afligido, Michael –dijo Calvin, con aires de superioridad–. Has sufrido una grave pérdida.

–Por el tono impersonal que empleaba, Michael no supo si Calvin estaba refiriéndose a Darien o a sus terrenos de caza–. Sin embargo, no eres el único que tiene preocupaciones. Nunca te ha entrado en la cabeza el hecho de que la sociedad de los Vástagos de esta región no esté ahí para complacerte. Darien se ha ido, Michael, y debemos

adaptamos para rellenar ese hueco en nuestro ecosistema si no queremos romper el equilibrio que tanto luchamos por mantener. Jeremey lo comprende, por eso ha aceptado hacerse responsable de ese territorio.

Michael guardó silencio. ¿Que Jeremey había aceptado hacerse responsable? ¿Se lo habría *ofrecido* Calvin, en vez de pedirlo Jeremey?

–Lo que debe preocuparnos ahora –continuó Calvin, antes de que Michael pudiera recuperarse– es qué hacer con los bienes de Darien. ¿Te había comentado él el estado de sus finanzas?

La duda ofendía a Michael, pero no lo dejó transpirar. Como si Darien le hubiese ocultado nunca nada.

–Me habló de las tiendas que regentaba para ti –dijo, con voz ausente–. El negocio de antigüedades, la cadena de joyerías, la consultoría del museo, la operación ilegal de compra de objetos robados que habían llevado a cabo Elliot y él en la frontera de la región que has delimitado de amarillo en el mapa...

–Vale –interrumpió Calvin, deteniendo la enumeración con un gesto–. Como ya sabrás, Darien participó en estas empresas a cambio de las oportunidades que yo le ofrecía.

Michael sabía de sobra que Calvin había presentado a Darien a una gran cantidad de sus contactos en la industria editorial, para agradecerle que aplicara su sorprendente perspicacia para los negocios a su servicio. Esos contactos le habían permitido a Darien cumplir el sueño de escritor que alimentara durante tantos años. Eran esas mismas operaciones empresariales las que habían abierto a Darien las puertas de una gran cantidad de joyeros por todo el país, lo que le había permitido a Michael disponer de un público más mayoritario del que hubiera tenido jamás.

Era la primera vez que se paraba a pensar en ello. Calvin le había enseñado las normas y las trampas de la sociedad de la Estirpe, aunque fuera empujándolo a la mayoría de ellas. Calvin se había ocupado de sus finanzas y había encontrado compradores para su obra, de uno u otro modo. Calvin le había buscado comida cuando no le apetecía salir de caza. Había arreglado sus destrozos. Les había protegido a Darien y a él cuando más lo necesitaban. Desde que se convirtiera en vampiro, Calvin había cuidado de él. Como había cuidado de Darien cuando no lo hacía Michael.

–Así las cosas –continuó Calvin–, muchas de sus posesiones ya están a mi nombre. Al menos, la ley las transfiere a criados que

trabajan para mí.

–¿Qué significa eso? –preguntó Michael, aunque ya se había forjado una idea.

–Eso significa, Michael, que ahora soy yo el propietario de lo que antes era de Darien.

Y mío, pensó Michael.

–Por tanto, voy a suspender las operaciones que dependían más directamente de la influencia de Darien hasta haberme ocupado de los detalles que transferirán esos recursos al control compartido de todo nuestro clan.

Michael dejó transcurrir varios segundos antes de responder.

–¿Vas a convertir los bienes de Darien en bienes del clan?

–preguntó, procurando conservar la calma. Por derecho, esas posesiones debían ser suyas y de nadie más. Era el sire de Darien. Había creado a Darien. Había sido el mejor amigo de Darien. Aunque tampoco es que pudiera rebatir la decisión de Calvin. Los abogados de Calvin estaban versados en los entresijos del papeleo de los mortales y Michael ni siquiera comprendía la bizantina estructura del sistema legal en sí. Más aún, Calvin ocupaba un escalafón más alto en los círculos de la Estirpe que cualquier otro vampiro de la zona, a excepción del príncipe Adrock. Michael no podía discutir el caso con nadie que estuviera investido de la autoridad necesaria para abolir la decisión de Calvin, aun cuando su caso no pudiera ser más evidente. ¿Quién era él para imaginar tal cosa?

–Sí, Michael. Supongo que te acordarás de los códigos de acceso a las cuentas del clan y los protocolos que exige su utilización.

Michael asintió. El clan no les incluía sólo a Calvin y a él, sino también a Villanova, Samuelson y Byrd. ¿Por qué tenía que compartir con ninguno de ellos lo que tanto esfuerzo le había costado a Darien mantener en tan excelentes condiciones fiscales?

–¿Te parece bien, Michael?

–Lo acepto, Calvin. –Sabía que no le quedaba otra opción–. Pero no lo comprendo.

Calvin permaneció sentado en silencio por un momento, pero se dignó explicar sus razones.

–Según la ley, Michael –comenzó–, estas posesiones me pertenecen sólo a mí. No obstante, en lugar de acapararlo todo, voy a ponerlas a disposición de todos los miembros de nuestra numerosa familia. Incluso Christopher Flynn disfrutará de acceso restringido mientras dure su estancia en la ciudad.

Michael no sabía que Flynne perteneciera al clan. Su trabajo no era el que cabría atribuir a un miembro del llamado Clan de la Rosa.

–Al hacerlo, brindo a todos la oportunidad de participar en el esfuerzo por mantener el bienestar económico del estado, en lugar de arrogarme toda la responsabilidad y dar la impresión de ser un tirano o un mártir engreído.

A Michael se le antojó que aquel discurso enumeraba las metas a conseguir en la carrera personal de Calvin pero, siendo tan viejo y taimado como era su sire, no debían de faltarle motivos para hablar de ese modo.

–Bien –dijo Calvin, enrollando el mapa–, si no se te ofrece nada más, Michael, me gustaría pedirte que hicieras algo esta noche.

–¿Puedo preguntar una cosa?

Calvin se quedó mirando fijamente a Michael por un momento, transmitiéndole que, fuese cual fuese la respuesta, con ella superaba el colmo de su paciencia.

–Sí.

–¿Por qué no me dijiste que Darien había muerto? –Mientras formulaba la pregunta, concentró toda su percepción sobrenatural en el semblante de Calvin. Desconocedor de la agudeza de aquella percepción, el antiguo vampiro no se esforzó por ocultar la oleada de colores y emociones que suscitó la pregunta. Calvin había dedicado la mayor parte de su tiempo posterior al Abrazo a acumular bienes y riquezas, en lugar de a desarrollar las habilidades sobrenaturales que tanto aprovechaban otros de su especie.

–No sabía cómo iba a afectarte, Michael. No sabía cómo ibas a reaccionar.

Michael digirió las respuestas implícitas que acompañaron a aquellas palabras y decidió que Calvin decía la verdad. Empero, conociendo a Calvin como lo conocía, sabía que aquella no era la respuesta completa, ni con mucho. Que su sire se preocupaba por sus sentimientos era tan cierto como que mañana acudiría al parque Windsor a tomar el sol.

–Ya veo –musitó. Fin de la discusión. Calvin no pensaba decir ni una palabra más a ese respecto–. ¿Qué querías pedirme?

Calvin sujetó el mapa con dos bandas elásticas de la misma factura y color e introdujo el rollo en un compacto tubo de cartón que había permanecido todo el tiempo en el suelo, junto a su mesa. Colocó una tapa de plástico en la boca del cilindro y le entregó el paquete a Michael.

–Jeremey Talbot te está esperando en Ann Harbor. Quiero que le des este mapa y le expliques cuáles son los límites de su nuevo territorio. Quiero que le cuentes que tú y yo hemos discutido tales límites y que tú, amablemente, te has avenido a los cambios efectuados.

–Sí, Calvin –dijo Michael, sombrío. Ni siquiera le quedaban energías para enfadarse. Su cólera se había atenuado a lo largo de las dos noches transcurridas desde que se enterara de la muerte de Darien. Ya sólo le quedaba la amargura del resentimiento.

–Quiero que te muestres tan respetuoso con Jeremey como en tu encuentro con Christopher Flynn, Michael –añadió Calvin.

Michael se imaginó obedeciendo al pie de la letra, pero mantuvo oculta la sonrisa que le provocó aquel pensamiento.

–Y no te olvides de asistir a la reunión que organiza el príncipe Adrock dentro de cuatro noches. Ambos esperamos tu presencia para la confirmación de la progenie de Lionel Braughton.

Michael se había olvidado por completo del papel que le habían asignado en las reuniones oficiales de su especie. Desde que descubriera el alcance de la percepción sobrenatural de Michael, Calvin le había instalado en la corte. Emplear su visión sobrenatural cuando se lo pidiera era el único deber de Michael para con el príncipe, pero la mera idea de utilizarla en provecho de Lionel le revolvía el estómago. Lionel y él siempre se habían tolerado sin ningún problema, pero sabía que esos tiempos eran cosa del pasado.

–He informado a tu chófer de cuáles son tus compromisos más urgentes –concluyó Calvin–. Creo que te espera afuera.

Michael asintió y se puso de pie. Sostuvo el tubo de cartón junto al costado y realizó una envarada reverencia.

–Y, Michael –añadió Calvin cuando su chiquillo se disponía a marcharse–. No hagas esperar al señor Talbot. Su posición se ha quintuplicado desde que regresó de Detroit.

–Sí, Calvin. –Oír su propio nombre pronunciado por los labios de Calvin había empezado a antojársele similar al estruendo de un martillo contra el yunque. Tenía que salir de aquel despacho–. Me dirijo allí de inmediato.

–Hazlo. Buenas noches, Michael.

Michael no respondió. Abrió la puerta y salió huyendo.

Villanova surgió del despacho contiguo un instante después, jugueteando con una bagatela dorada que Michael había forjado hacía no más de cinco años. Obviamente, Marcus la había cogido del estuche expositor privado de Bainbridge. Condujo la silla con ruedas que estaba delante del escritorio de Calvin hasta su posición habitual junto a la mesa del ordenador y se sentó. La baratija centelló entre sus largos dedos. Bainbridge observó que se trataba de un estilizado colgante en forma de ankh, inscrito en un fino ribete de esquirlas diamantinas. Podría cortar el vidrio si su propietario se empeñara. Por lo que a Bainbridge concernía, esa utilidad superaba su valor sentimental.

—¿Alguna observación? —preguntó Bainbridge. Tomó nota mental de realizar un inventario de los expositores que guardaba en su oficina cuando se marchara Villanova.

—Esto te lo dio Darien —dijo Marcus, con la mirada fija en el ankh—. Hubiera pensado que era obra de Michael.

—Lo es —dijo Bainbridge, sin alzar la vista—. Lo forjó tras los Juegos Olímpicos de Atlanta.

—Pero puedo sentir que esta pieza posee una vinculación mucho más fuerte con Darien. ¿Cómo la consiguió?

—Apareció en una de las joyerías que regentaba Darien en mi nombre —dijo Bainbridge, con indiferencia—. El vendedor intentaba deshacerse de ella. Al parecer, iban a fundirla en la trastienda del establecimiento en vez de venderla tal cual.

—¿Y Darien te la trajo? —inquirió Villanova, sin que sus ojos se apartaran en ningún momento del complemento—. ¿Qué hay del resto de las piezas que componen tu colección?

—Lo mismo. —Bainbridge alzó la vista al fin. Incluso a esa distancia, podía apreciar la cualidad vidriosa de los ojos de Villanova.

—¿Todas te las regaló Darien?

—Sí.

—Sorprendente. —Villanova giró la pieza en su mano una y otra vez—. ¿Te contó por qué?

—Dijo que lo hacía para que no cayeran en manos de los prenderos. —Bainbridge comenzaba a sentirse violento—. Me explicó que sabía que Michael visitaba a veces las casas de empeños para ver qué llevaba la gente. Supongo que Michael se tomaba esa actividad como una especie de retrógrado estudio de mercado.

–Un buen ejemplo de lo que no se debe hacer –murmuró Marcus, con una sonrisa–. Pero, ¿por qué te las traía a ti?

–Darien pensaba que Michael se sentiría más apoyado por mí si yo exhibía su obra en mi despacho privado. Creía que tal vez eso le ayudara a comulgar con nuestros objetivos. –Se encogió de hombros–. ¿Te parece que nuestra táctica ha resultado efectiva?

Villanova introdujo la punta del meñique en el aro del ankh y lo sostuvo en alto, sin dejar de mirarlo.

–Lo que me parece es que hará falta mucho más que un estuche lleno de joyas de pacotilla para convencer a Michael de que se avenga contigo, llegados a este punto.

–Con *nosotros* –corrigió Bainbridge–. El golpe no es sólo idea mía.

Villanova se encogió de hombros.

–Conforme. La cuestión es que, a estas alturas, reclutar a Michael probablemente sea una causa perdida. Creo que te miente acerca de lo que transpiró entre él y nuestro correo interestatal.

Bainbridge caviló en silencio acerca de aquello. Villanova cambió de tema.

–¿Ha hecho algún progreso Jeremey con los Milliner?

–Parece que sí. Antes de irse a Detroit, estableció contacto con alguien de esa familia, una mujer de nombre Lia. Fijó una fecha de reunión. Talbot cree que la señora Milliner podría estar dispuesta a unirse a nosotros y poner en un aprieto el negocio transportista de Elliot.

–¿Y si la descubren? –preguntó Villanova–. ¿Ya estás listo para responder ante el príncipe Adrock si éste descubre su intervención antes de que lleves a cabo tu golpe?

–Eso da igual –le tranquilizó Bainbridge–. Aun en el peor de los casos, Milliner va por libre. No debería suponerle ningún problema el convencer a Adrock de que la idea de usurpar la posición de Elliot dentro de nuestra sociedad fue sólo suya. En caso de que esa opción resultara inviable, puede conseguir que parezca que Jeremey actuó por cuenta propia al invitarla a venir aquí. Las contingencias están cubiertas en ambos casos.

Villanova ladeó la cabeza en ademán de sorpresa, pero continuó mirando el ankh que sostenía en la mano.

–¿Delatarías a Talbot?

–Si fuese necesario, sí.

–¿Y a mí, Calvin? ¿Habéis "*cubierto esa contingencia*" Jeremey y

tú?

–No creo que haga falta tomar medidas tan drásticas.

–Bainbridge se quitó las gafas y miró directamente a los ojos a Villanova, aun cuando éste no le devolviera la mirada—. Si se produjera el peor de los casos, me limitaría a relatarle a Marion Adrock la verdad acerca de tu implicación en todo esto.

–¿Con la esperanza de qué? ¿De recibir clemencia?

–Lo dudo –bufó Bainbridge.

–¿Qué, entonces?

–Satisfacción.

Villanova esbozó una sonrisa distante.

–Esperemos que eso no sea necesario.

_____ 11 _____

A Timothy le gustaba mucho más su nueva habitación que la antigua. Ésta disponía de su propio cuarto de baño, de un ventilador en el techo y de un aseo más grande que el cuarto de baño del recibidor de la casa de su padre. Estaba seguro de que esta habitación era más grande que el dormitorio de su padre. En esta habitación podía ajustar la velocidad del ventilador para conseguir la temperatura adecuada. Podía colgar como él quería la ropa que le traían Jeremy y Clare. Podía ducharse todas las noches cuando se despertaba. Todo funcionaba como a él le gustaba, lo cual era lo mejor que podía esperar en esos días.

Le había resultado extraño despertarse cada vez más tarde desde que se lo llevara Jeremy, pero había terminado por acostumbrarse. Ahora se despertaba justo una hora antes que Jeremy y Clare y disponía de toda la habitación para él solo. Podía darse un baño o una ducha, ponerse ropa limpia, meter la sucia en una bolsa de plástico y mandarla a la lavandería por el hueco practicado en la pared del fondo de su inmenso aseo. Cuando se ponía el sol, Jeremy y Clare venían a visitarle y todos ellos disfrutaban de un opíparo desayuno-cena donde podía comer huevos revueltos con jamón, mientras que ellos preferían tomar sopa de tomate y bebían vino tinto. Luego Jeremy dejaba a Clare a solas con él durante horas para que jugaran o charlaran como si él fuese su hijo. A su regreso, le contaba historias. Los cuentos eran tan sencillos que Timothy podía adivinar el final casi

desde el principio, pero le gustaba el modo en que los narraba Jeremey. Los cuentos le ayudaban a tranquilizarse. Le ayudaban a acostumbrarse a vivir con Jeremey y Clare. Le ayudaban a olvidarse de su padre, del colegio y de todo lo que había conocido *antes*.

Terminadas las historias, Timothy disponía de un par de horas para él solo, para pasearse por la casa o leer en su cuarto antes de que viniera Clare a encerrarle. Aquello duraba ya una semana aproximada y a Timothy le resultaba sencillo amoldarse a la rutina. Ya ni siquiera se asustaba cuando Jeremey lo dejaba a solas con Clare. Vale, Clare le trataba como si fuera hijo suyo, lo que no dejaba de ser algo extraño, pero no se comportaba como si estuviera loca del todo. Se acostumbraba a las nuevas circunstancias con una facilidad cada vez mayor ahora que Jeremey se había convertido en una figura constante en su vida. Ya ni siquiera pensaba en su secuestro. Le habían adoptado. Jeremey le había prometido que, llegado el momento, tal vez incluso salieran afuera a pasear. A Timothy no le parecía que salir a la calle de noche fuese una buena idea, pero le encantaría poder abandonar la casa durante un rato.

Permaneció sentado, pensando en lo agradable que sería, hasta que vino Clare a llamarlo. Abrió la puerta de su cuarto y asomó la cabeza. Lo encontró sentado al borde de su cama, recién hecha, ajustándose su corbata de quita y pon y comprobando que los almidonados picos del cuello de su camisa estuvieran bien rectos. A Jeremey le gustaba que tuvieran "forma de barco". Miró a Clare, esperando que ella dijera "despierta, guapetón", como tenía por costumbre.

En vez de eso, Clare entró y cerró la puerta tras ella.

—Timothy —dijo, mirando en rededor, nerviosa. Tenía las mejillas enrojecidas y el pelo algo despeinado, como si hubiera subido corriendo las escaleras desde el lugar en que dormían Jeremey y ella—. Qué bien, ya estás despierto.

—Sí, señora —dijo Timothy, en voz baja. A Clare le gustaba que se mostrara respetuoso con ella y él confiaba en que así evitaría que hiciera algo raro.

—Jeremey está ocupado esta noche, Timothy. —La mujer cruzó la estancia hasta colocarse delante de él—. Tiene una reunión con un hombre que ha venido de Pontiac. No volverá a casa hasta muy tarde. Ya sabes lo que quiere decir eso.

Lo cierto era que Timothy no tenía ni idea. Se apartó de ella con los ojos muy abiertos, como los de un conejo. Desde hacía un mes,

cuando Clare no le hablaba como hiciera su madre con su padre antes de irse de casa, le hablaba así. Esa voz le producía un incómodo cosquilleo en la boca del estómago. Escucharla conseguía que su rostro enrojeciera como si tuviera fiebre.

–Jeremey se preparó temprano para su reunión, así que he venido en coche –dijo Clare, al tiempo que se desabrochaba el primer botón de la blusa. Timothy no había escuchado el sonido de ningún motor en el exterior, lo que tampoco era que significara nada porque Clare dormía en la planta de abajo, con Jeremey. ¿Dónde estaba Jeremey? ¿Le habría hecho algo Clare? No se comportaría de ese modo a menos que él se hubiese marchado. ¿Adónde había ido?

–¿No va a preparar Jeremey la cena? –preguntó Timothy. Sentía el estómago vacío, como si sus paredes pudieran desmoronarse en su interior.

–Esta noche no. –Clare le guiñó el ojo y le dedicó una sonrisa que le puso la piel de gallina–. Te tengo todo para mí. No se enterará nunca, a menos que te presentes cuando esté él en casa. –Al decir aquello soltó una risita y se cubrió la sonrisa con una mano. Timothy creyó que iba a vomitar. ¿Cómo habían llegado a aquello? ¿Qué estaba ocurriendo?–. Va, ayúdame con la blusa, Timothy. Tengo ganas de marcha y no me apetece perder el tiempo. Nunca se sabe cuándo podría sorprendernos Jeremey.

Se inclinó sobre él. Lo tendió de espaldas sobre la cama.

_____ 12 _____

Michael decidió que el hogar de Jeremey Talbot no hacía gala de un tamaño extraordinario para tratarse de una casa, pero sí que evidenciaba solvencia económica para tratarse de una de las casas de aquella zona de Ann Harbor, Michigan. Así las cosas, las zonas residenciales que rodeaban el hogar de Jeremey no ofrecían la calidad que se había esperado Michael. Talbot, al contrario que muchos de los ambiciosos Vástagos de Michigan, no disponía de un segundo refugio en Iron Rapids. Por la razón que fuese, parecía que no le entusiasmaba la idea de salir de sus terrenos de caza para nada, salvo para asistir al Elíseo previa convocatoria.

Michael supuso que la renuencia de Jeremey a prodigarse en sociedad era uno de los motivos por los que la Estirpe de Michigan lo

tildaba de demente, pero no podía decirse que él tuviera nada en contra del deseo de Talbot de ocuparse de sus propios asuntos.

Tampoco tenía ningún sentido para él el temor que profesaban los demás Vástagos a Jeremey y a los demás miembros de su clan. Calvin había intentado explicarle en cierta ocasión cómo todos y cada uno de los miembros del clan de Talbot habían recibido la maldición de la locura en los anocheceres de la Estirpe sobre la Tierra, pero Michael no era de los que establecía generalizaciones basadas en rumores. Sí que generalizaba según la posición social o el aspecto físico, lo admitía, pero no había visto nada que le indicara que Jeremey estaba loco, por lo que se aferraba testarudamente a la impresión de que afirmar tal cosa era pura exageración. Ciertamente, casi todo lo que sabía de Jeremey lo había oído por boca de Darien, pero Michael confiaba en la palabra de su chiquillo tanto como en sus propias observaciones. Jeremey le había dado a Darien la impresión de ser alguien meditativo, razonable, refinado y dotado para el liderazgo, así que Michael guardaba esa impresión de él. Había sido en esos terrenos de caza donde Darien había escogido ofrecerse voluntario para acompañar al grupo de Jeremey a Detroit, y había sido en esos terrenos de caza donde Michael había tenido a Jeremey en gran estima.

Ahora, al menos, la estima que hubiera podido sentir Michael se tambaleaba. Como líder del grupo, Jeremey era el principal responsable de la muerte de Darien. Michael todavía estaba por decidir qué impresión le merecía ese dato. Las ideas que había preconcebido acerca de las aptitudes de líder de Talbot habían comenzado a desmoronarse de dos noches a esta parte y aún estaba por determinar qué sentimientos imperaban. Así y todo, seguía mostrándose reticente a generalizar. Había acudido al refugio de Jeremey esa noche tanto para obtener una impresión del hombre como para participarle la información que le había encargado Calvin.

La aparición de la casa, al fin, corroboró la opinión de Darien. Se alzaba tres pisos por encima del pie de la colina a lo largo de la que se reclinaba el desigual pavimento de la calle. El resto de las viviendas que flanqueaban la avenida imitaban el diseño de ésta, pero no su apostura. Se distribuían muy cerca las unas de las otras, con jardines más pequeños y, en estos, menos árboles plantados. Sólo dos crecían en el jardín delantero de la casa de Jeremey, pero la parte de atrás se asemejaba a un bosque. Llamaba la atención que el parterre no estuviera alfombrado de hojas. Desafiando al comienzo del otoño,

Jeremey había rastrillado todo el jardín y había cortado el césped hasta conferirle el aspecto de un prístino manto. La valla de dos metros de alto que cercaba los confines laterales y trasero de su propiedad contribuía a mantener las hojas de los pocos árboles de sus vecinos en sus respectivos terrenos.

–Señor –dijo el chófer, desde el interior del coche aparcado en la curva. Michael giró en redondo. Se había olvidado por completo de la presencia del vehículo–. Su paquete, señor.

El sirviente le entregó el tubo de cartón a través de la ventanilla.

–Gracias... ¿Cómo te llamas? No te lo he preguntado antes.

–Richard, señor.

Michael encajó el tubo bajo un brazo.

–Bueno, pues gracias, Richard. Mira, me gustaría verte aquí cuando salga, pero me parece que en este barrio no se puede aparcar en la vía pública.

Michael paseó la mirada por toda la calle y comprobó que, en efecto, no se veía ningún vehículo. Tampoco parecía que hubiera nadie aparcado en las transversales. Los coches de los residentes se guarecían en sus garajes de los rigores del invierno. Como nota curiosa, hasta el último de los buzones que se alineaban en la acera era del mismo modelo y color. Los cubos de basura al borde de cada patio, cerrados, también eran del mismo color. Incluso las diseminadas farolas refulgían exactamente con el mismo colore intensidad. Michael evitaba visitar los suburbios; le atacaban los nervios aquellas residencias tan feas que parecían salidas del mismo molde.

–Daré una vuelta, señor –dijo Richard, con la mirada fija en el parabrisas–. Dejaré el teléfono del coche encendido por si necesita una recogida de emergencia.

–¿Recogida de emergencia? –Michael no pudo evitar preguntarlo con una sonrisa–. Qué melodramático. ¿Es que trabajabas en un servicio de taxi exprés antes de entrar al servicio de Calvin?

–Conducía ambulancias, señor –respondió Richard–. Y ahora estoy a *su* servicio.

Michael se enderezó.

–Limítate a estar aquí cuando salga.

Richard asintió una vez y se alejó despacio de la acera para dar la vuelta al barrio. Michael esperó que nadie lo viera y alertara a la policía pensando que estaba estudiando las viviendas para un posible robo. Enderezar ese entuerto podía costarle más tiempo del que le apetecía pasar lejos de su territorio.

Tras haber agotado todas las excusas para seguir postergando aquella reunión, Michael se dirigió a la puerta principal del hogar de Jeremey. Como le advirtiera Darien tantas veces en el pasado, llamó con los nudillos tres veces en rápida sucesión, luego una vez más y, a continuación, otras tres. Ese código tan simple le decía a la servidumbre que atendía la puerta que el visitante pertenecía a la sociedad de Jeremey y que, por tanto, merecía ser tratado con sumo respeto. Michael opinaba que cualquier sirviente bien educado trataría a todas las visitas con la debida cortesía, pero no había venido para criticar el modo en que dirimía Jeremey los asuntos en su propia casa.

Tras una breve pausa, la puerta se abrió muy despacio. Una joven caucásica de lozano aspecto le dio la bienvenida y le indicó que pasara adentro.

–Bienvenido, señor Luther –saludó la mujer, que presentaba un marcado acento británico. Michael desconocía las particularidades de cada uno de los acentos británicos, pero la voz de aquella sirvienta sonaba impertinentemente regia, como si su familia llevara generaciones al servicio de la realeza–. Me llamo Susan Rainsford. Me ocupo de la casa del señor Talbot durante sus horas de asueto.

–Me imagino que tendrá que tomar el té sola –comentó Michael, sin denotar expresión alguna.

–Qué gracia –repuso Rainsford, dedicándole a Michael una sonrisa desprovista de humor–. Creo recordar que su chiquillo, el señor Salway, se mostró igual de ingenioso durante su última visita.

Aquella observación frustró el intento de Michael por mostrarse jovial, por lo que se sumió en el mutismo mientras Rainsford le conducía por el largo recibidor hasta la sala de estar. Se diría que la ghoull había mencionado a Darien a propósito, tan sólo para sacarle de quicio. Sin embargo, Rainsford desistió de ahondar en el tema y, tras realizar una reverencia, dejó a Michael a solas en la estancia y cerró la puerta al salir.

Michael se sentó en una mullida silla frente a la puerta y miró en rededor. La alfombra de la sala era de color marrón oscuro y casaba a la perfección con la moldura que ribeteaba el suelo. Las paredes estaban revestidas de tablas, pintadas y lijadas en tantas ocasiones que ya no se podía apreciarla textura del grano. Las dos paredes que no presentaban vías de entrada alojaban anaqueles repletos de libros; Michael tomó nota de una amplia gama de obras ordenadas por géneros, autores y, por último, alfabéticamente según el título. Un candelabro eléctrico de bronce iluminaba la habitación, así como una

lámpara del mismo material a juego en cada una de las esquinas. Controlaban las cuatro lámparas sendos reguladores individuales, cuya función más evidente era la de permitir que los lectores sitos en distintas partes de la estancia pudieran ajustar el nivel de luz en sus rincones según juzgaran necesario. Todas las luces se habían afinado al mismo nivel recientemente, de modo que el salón se encontraba sumido en una tenuidad considerable, si bien no se proyectaba sombra alguna por ninguna parte más que a los pies de cada una de las mesillas de madera y de las ocho sillas repartidas por la superficie. Al fijarse en estas últimas, Michael reparó en que cada una de ellas tenía a su gemela enfrente, que estaban repartidas en grupos de cuatro alrededor de mesillas idénticas y que todas ellas hacían juego, no sólo la una con la otra, sino también con las paredes, la alfombra, las estanterías y las lámparas.

La habitación exudaba una sensación de acogedora familiaridad que Michael encontró grata y tonificante. La única concesión a la frivolidad que se permitía la decoración consistía en el hecho de que las mesillas estuvieran dispuestas en paralelo entre sí y con las paredes en el centro aproximado del salón. Aquella disposición parcelaba el inmenso espacio, confiriéndole un mayor parecido con la sala de conferencias de un hotel o con una biblioteca pública que con una sala de estar de andar por casa. En conjunto, no obstante, lo que había podido ver tanto fuera como dentro de la vivienda le daba a Michael la impresión de encontrarse más en el lugar de retiro de un maestro de escuela que en la morada de un orate. Al ver cómo eludía la gente la mera mención de Jeremey y Clare, cualquiera creería que ambos vampiros empleaban tripas de niño y corderos degollados a modo de elementos decorativos.

Diez minutos tras la llegada de Michael, Jeremey entró en la sala con dos vasos de güisqui achatados color esmeralda y una botella sin etiqueta, del mismo color verde oscuro. Sin decir palabra, ocupó la silla que estaba delante de Michael y posó la botella y los vasos en la mesilla. A la tenue luz, incluso el cristal entonaba con el resto de la decoración. Jeremey constituía el único contraste, vestido con una almidonada camisa blanca abotonada hasta el cuello y en los puños, y rigurosos pantalones y zapatos de color negro. Michael recordó los comentarios de Darien, quien le dijera que aquel hombre parecía un actor inglés de cine o televisión y tuvo que admitir que el símil no andaba desencaminado.

–Bienvenido a mi hogar --dijo Jeremey, al cabo--. Espero que no

te haya costado encontrar la casa.

–En absoluto –repuso Michael. Se repantigó, con aire resuelto–. Mi chófer conoce la zona.

–¿Estrenas chófer? –preguntó Jeremey, inmóvil en su asiento–. ¿Regalo de tu sire?

Michael sintió cómo su expresión de tranquilidad se convertía en una careta. Asintió con la cabeza.

–Qué detalle de su parte. ¿Un trago?

Michael miró la botella de soslayo y asintió de nuevo. Reparó en que la botella no mostraba perlas de condensación y que una espesa película de líquido se adhería al interior de las paredes cuando Jeremey la agitó. Conforme su anfitrión vertía la misma cantidad en ambos recipientes. Michael tuvo ocasión de oler la calidez del contenido de la botella. Era reciente. El hambre le entornó los ojos y observó fascinado cada uno de los movimientos de las manos de Jeremey, precisos y calculados.

–Una sartén –dijo Jeremey. Le ofreció un vaso a Michael y se procuró el otro. Michael frunció el ceño–. La he calentado en una sartén en la cocina eléctrica antes de rellenar la botella. No tengo microondas.

Michael sintió la calidez del líquido a través de la fresca pared del vaso y olisqueó de nuevo. A esa distancia, la fragancia cosquilleó en el cielo de su paladar, por encima de los caninos. Probó un sorbo y éste se convirtió en un ávido trago. Jeremey, se dio cuenta, se regaló a su vez con una profunda libación. Michael hubo de obligarse a posar el vaso en el brazo de su silla. El sabor no le excitaba del mismo modo que la fuerte pulsación arterial de la sangre fresca, pero no por ello resultaba menos embriagador. Lo que le faltaba a la sangre de su vaso era el matiz emocional que le conferiría un humano aterrizado o extasiado, y que Darien estuviera allí para compartir el néctar.

–¿Es para mí? –preguntó Jeremey, indicando con la cabeza el tubo de cartón que descansaba junto a la silla de Michael–. Calvin mencionó algo acerca de una entrega.

–Sí. –Michael cogió el tubo y, a regañadientes, dejó el vaso sobre la mesilla. Al parecer, los dos intentos de Jeremey por entablar una conversación insustancial era todo lo que iba a obtener–. El mapa de nuestros nuevos territorios.

Michael acercó el tubo a la mano que le tendía Jeremey. El inglés lo abrió, desenrolló el mapa, lo enrolló del revés para alisar el papel y lo extendió sobre la mesa.

--Explícamelo. --Sus ojos se pasearon por el mapa de izquierda a derecha, como si estuviera leyendo todos los nombres de las calles y cada una de las coordenadas de la cuadrícula.

--Tu antiguo territorio --comenzó Michael, trazando una sección del mapa que se extendía desde el emplazamiento de esa casa-- comprendía esta área hasta este límite. En compensación por tus logros en Detroit, Calvin ha llevado la frontera hasta aquí. --Apoyó el dedo en la línea que separaba el territorio de Jeremey del suyo--. Este era antes el territorio de Darien. Tenía que ocuparse de las tiendas que hay en estas calles de aquí. Su antigua casa de empeños se encuentra justo aquí, en el límite que mediaba entre su territorio y el mío. Acostumbraba a pasarse de vez en cuando después de haber empezado a trabajar para Calvin, nada más que para no perder el contacto con su antiguo barrio. Calvin le había dado el control de algunos de los establecimientos más prestigiosos de la otra parte de Iron Rapids y Grand Rapids, pero a Darien le seguía gustando dejarse caer por Jackson. Ni siquiera creo que Calvin estuviera al corriente de eso. --Michael levantó la vista del mapa para descubrir a Jeremey observándole igual que un cuervo curioso.

--Estaba pensando en lo que ocurrió en el Elíseo hace dos noches --dijo el inglés--. Cruzamos la mirada cuando Marcus y sus chiquillos te tenían rodeado.

Michael se apartó un tanto y se aferró a su vaso, a la defensiva.

»Por eso pasa lo que pasa --continuó Jeremey--. Por eso les dijiste más de lo que pretendías y por eso lo estás volviendo a hacer.

Michael frunció el ceño.

--¿Qué "pasa"?

--Esto --dijo Jeremey, aleteando con una mano como si quisiera indicar el torrente de palabras que acababa de verter Michael--. No me preguntes cómo pero, cuando me concentro en alguien, puedo saber qué sienten. En ocasiones, no obstante, es la otra persona la que atisba lo que siento yo y, por eso, tengo que pedirte perdón. En estos momentos sentía curiosidad acerca de Darien, lo admito. Aprecio que hayas satisfecho mi curiosidad, pero me ha parecido apropiado explicarte el motivo de que lo hayas hecho. Además, se diría que tú también te morías de ganas por hablar de él.

Michael estuvo a punto de que se le cayera el vaso encima del mapa. Escuchó casi de forma pasiva las palabras que habían salido de su boca. ¿En qué estaba pensando? Lo cierto era que no había ido hasta allí para desnudar su alma.

–No te alarmes, Michael. Puedo controlarlo si me esfuerzo. ¿Te sentirías más cómodo así?

–Sí. Por favor. –Había vuelto a hacerlo. Calvin le había repetido hasta la saciedad que confiarle a otro Vástago lo que estabas pensando era una mala idea y, sin embargo, acababa de hacerlo dos veces.

Jeremey frunció el ceño por un momento, poniendo de relieve las líneas de su rostro. Parecía que estuviera concentrándose. Cuando lo hizo, Michael sintió que un fino velo en el que no había reparado antes se desprendía de sus pensamientos. Su mente se despejó por momentos hasta que supo que podía controlar su lengua. No obstante, una brumosa miasma flotaba aún alrededor de sus centros emocionales, lo que inspiró la repentina necesidad perentoria de salir de allí cuanto antes.

–Mis disculpas, de nuevo –repitió Jeremey, tras un breve silencio. Su semblante conservaba su afabilidad acostumbrada, rota tan sólo por dos sutiles líneas verticales entre las cejas–. Si te sirve de algo, puedes hacerme una pregunta personal y me comprometo a darte una respuesta sincera.

Docenas de preguntas se formaron y se desvanecieron al mismo tiempo en la mente de Michael. Varias de ellas removieron la nebulosa sombra que había proyectado sobre sus pensamientos la presencia de Jeremey. Eran demasiado numerosos aquellos interrogantes que le habrían hecho parecer débil, no obstante, por lo que eligió una inocua para demostrarse a sí mismo que hablaba por volición propia.

–¿Piensas compartir tu nuevo territorio con la persona que está a tu cuidado?

Aquella pregunta pareció desconcertar a Jeremey por un instante.

–Te refieres a Clare. Ella no está a mi cuidado, Michael. La promuevo porque la considero mi igual. Admito que me siento responsable en parte por ella, pero sólo porque he decidido patrocinarla. Si hasta podría tener mi edad.

–¿No lo sabes? –preguntó Michael, estupefacto. Otro de los consejos que le diera Calvin era que nunca se debía mantener cerca de uno a un vampiro cuyas habilidades te resultaran desconocidas. La idea de que Jeremey obviara esa máxima le fascinaba.

–Por desgracia, no. Ella y yo compartimos generación y ambos pertenecemos al clan Malkavian, pero desconozco las circunstancias de su creación. Ni siquiera ella se acuerda. La hipnosis y el trance inducido por drogas diluidas en sangre no consiguen rescatar esos

recuerdos enterrados en su mente. Su existencia comienza en algún momento tras el último amanecer del que fue testigo.

–¿Cómo la encontraste? –quiso saber Michael. Las preguntas borraron de su mente por un momento a Darien, Calvin, Christopher Flynn y los menguantes límites territoriales. Esperaba que las respuestas que obtuviera pudieran proporcionarle una pista acerca de la clase de hombre que era Jeremey Talbot.

–Nos encontramos el uno al otro. Descubrimos que nos habíamos estado buscando sin querer, como les ocurre a muchos de nuestra especie. Salí de la ciudad con el coche y la descubrí encaminándose a mi encuentro. La traje aquí para que pudiéramos analizar nuestra iluminación juntos, en lugar seguro.

Michael sabía que Jeremey creía de veras en lo que estaba diciendo, puesto que eran las mismas palabras que había pronunciado el inglés cuando presentó a Clare en el Elíseo. Decidió no ahondar en el tema de su "iluminación".

–Pero, respondiendo a tu pregunta, sí. Planeo compartir mi territorio con Clare. Lo único que tengo que hacer es inculcarle el alcance de los nuevos límites aquí detallados. No obstante, ella viene y va a su antojo. No precisa mi permiso ni lo solicita. Como he dicho antes, considero que es mi igual.

El único motivo que había impulsado a Michael a preguntar era que, hasta ese momento, pensaba que Clare era la chiquilla de Jeremey o, en cualquier caso, responsabilidad suya. Nunca se había metido en problemas ni había puesto en peligro la Mascarada, pero Michael siempre había achacado su buen comportamiento al férreo control de Talbot.

–Del mismo modo en que tenía a Darien por un igual --añadió Jeremey--. ¿Te llegó a comentar que él y yo habíamos colaborado en numerosos proyectos tanto aquí como en Iron Rapids?

–Te mencionaba alguna que otra vez. Te admiraba.

–Y yo a él. Darien se esforzaba mucho para alguien de su edad. Era un individuo muy centrado.

–Él y yo no hablábamos de su trabajo --admitió Michael--. Ojalá me hubiese interesado más por sacar ese tema a colación.

–Era ambicioso, Darien, sí que lo era --continuó Jeremey--. Calvin, él y yo habíamos urdido un plan para absorber los concesionarios automovilísticos de Iron Rapids y los distribuidos a lo largo de las interestatales que se abastecen de las fábricas de Iron Rapids. Darien se ocupó en persona de gran parte de las

negociaciones. Sabía cómo ser persuasivo.

Michael desconocía si Jeremey estaba satisfaciendo su curiosidad acerca del trabajo que había desempeñado Darien en la ciudad o si se habría olvidado incluso de que tenía un invitado. En cualquier caso, las palabras de su anfitrión le dieron que pensar. Por lo que él sabía, el príncipe Adrock y David Ellsworth eran los Vástagos encargados de distribuir los coches que salían de las fábricas de Michigan fuera de Detroit. Jeremey estaba dándole a entender que Darien, Calvin y él habían intentado establecerse a su vez en el mismo circuito.

–¿Cómo acabó?

–No tuvimos ocasión de comprobarlo --dijo Jeremey, tras su vaso--. Las circunstancias nos impidieron proseguir las negociaciones.

–¿Qué hay de Calvin? ¿Continuó él las negociaciones? ¿Mientras tú estabas en Detroit, tal vez?

–Tal vez --contestó Jeremey, precavido. La inescrutable fantasmagoría de su aura se alteró ligeramente cuando habló--. No se me había ocurrido preguntarlo.

–¿Es ése el origen de tus diferencias con Elliot Damascus?

Los ojos de Jeremey se nublaron cuando Michael preguntó aquello. Bajó el vaso.

–¿Qué te hace pensar que Elliot y yo tenemos diferencias?

Michael pensó en contarle lo que le había dicho Clare, pero vaciló. Por algún motivo, le pareció que traicionaba la confianza de la mujer.

–Os vi hablar en el Elíseo. Me pareció percibir cierta tirantez entre vosotros, y eso después de lo que has debido pasar en Detroit.

–Ah, ya --musitó Jeremey--. Sí, disentíamos. Lo que viste fue la extensión de un percance anterior que yo ya creía zanjado. Supongo que no era ése el caso. Pero, respondiendo a tu pregunta, no. Los conflictos entre Elliot y yo obedecen a motivos de naturaleza más personal. De un tiempo a esta parte, los acontecimientos se han precipitado.

Antes de que Michael pudiera formular una pregunta coherente que le permitiera dilucidar lo que había querido decir Jeremey con eso, el inglés cambió de tercio.

–Estaba preguntándome --dijo, acrecentando las arrugas de su ceño--. Compartías tu territorio de caza con Darien, ¿verdad?

–En efecto --respondió Michael, con cautela.

–Pero, tu sire no compartía su territorio de Grand Rapids contigo, ¿me equivoco?

A Michael no le gustaba el cariz que habían adoptado de repente

aquellas preguntas. Habría preferido retomar el tema de la renovada tensión entre Elliot y Jeremey. La causa debía de haberse producido mientras el grupo se encontraba en Detroit pero, ¿cuál sería? Ahora que Jeremey había cambiado de tema, no parecía probable que se lo contara.

—No --contestó Michael. Su mente era un hervidero de pensamientos—. Calvin me dio mi propio territorio tras mi Abrazo. Era un poco pequeño, dijo, pero estaba cerca de Iron Rapids y del Elíseo.

—¿Te sorprendería saber, Michael, que Calvin solía compartir su territorio con Darien?

Michael hubo de recordarse que debía sujetar el vaso que tenía en la mano. La sangre que contenía se había enfriado hacía rato.

—No lo sabía.

—Pues es cierto. ¿Nunca te preguntaste por qué se preocupaba Calvin tanto por Darien mientras se aseguraba de que tú estuvieras estancado entre Pontiac y Jackson?

A Michael le costaba creer que Jeremey estuviera hablando de aquel modo.

—¿Qué quieres de mí, Jeremey? --preguntó. Las sospechas enturbiaban su mente igual que el cieno removido de un estanque—. ¿Qué esperas conseguir de mí?

—Franqueza --dijo Jeremey, aparentemente ajeno a la turbación de Michael. Lo cierto era que parecía que estuviera hablando de él con otra persona, a juzgar por la simpatía que mostraba—. Me interesa lo que pienses de tu sire y tu chiquillo. Hay muchas cosas en juego y tu forma de reaccionar podría inclinar la balanza. Al menos, tal y como yo lo veo. Considéralo como el deseo de una mente iluminada por observar hasta el último detalle de lo que le afecta.

Michael posó el vaso sobre la mesilla y se incorporó. Ya había tenido bastante. Si Clare había esperado que Jeremey le revelara algo a Michael, se había equivocado. Lo único que le había revelado el inglés era el verdadero motivo por el que la gente se sentía siempre incómoda en su compañía.

—Quédate, Michael --dijo Jeremey, levantándose a su vez—. Acabamos de empezar a conocernos. Me había forjado una impresión de ti a partir de las descripciones de Darien y Calvin, pero la verdad aún aguarda a ser revelada por completo. Cuéntame más cosas.

Michael rodeó la mesilla con todo el aplomo que pudo reunir mientras la suspicacia aullaba en su cabeza. Al mismo tiempo, una curiosidad abrasadora e insaciable le impelía a interrogar a Jeremey y

descubrir también cuál era la verdad acerca de ese hombre. Esa curiosidad no le pertenecía, pero se fundía con sus deseos como si se hubiera originado en su interior. Parte de la mente de Jeremey intentaba adherirse a la suya y auscultaba su consciencia igual que el sucio dedo de un sifilítico. Violaba la consciencia de Michael, arrinconando otras preocupaciones. Caminar requería toda su concentración.

–Tengo que ir a casa –dijo, paladeando cada una de las palabras conforme salían de su boca en interminable procesión–. Tengo que irme. –Se había propuesto pronunciar una excusa, pero había sonado más parecido a un ruego desesperado.

–En tal caso. –Jeremey acudió a abrir la puerta de la sala de estar–. No voy a retenerte contra tu voluntad.

Michael sintió un incongruente aguijonazo de decepción por el hecho de que Talbot le permitiera irse con tanta facilidad, pero siguió avanzando. Cuanto más se movía, menor era la virulencia de los pensamientos de Jeremey que serpenteaban entre los suyos.

–¿Quieres que la sirvienta te indique el camino? –preguntó Jeremey, haciéndose a un lado para franquear la salida de Michael.

–Conozco el camino –rechazó Michael, a punto de entrar en el recibidor de un salto. El pasadizo forrado de libros se estiró hasta el infinito antes de recuperar sus dimensiones normales.

–Como deseas. Buenas noches.

Michael no respondió. Se encaminó hacia la puerta en cuanto le fue posible hacerlo sin incurrir en el delito del indecoro. Cuando se hubo encontrado inmerso en el fresco aire nocturno, las sospechas, la curiosidad y la decepción que habían sentido se desvanecieron como si jamás las hubiera sentido. La pegajosa telaraña que cubría sus emociones también desapareció, aunque aquella parte del cerebro de Michael parecía ofrecer la consistencia de la carne viva bajo una costra. Jeremey había estado influyendo en él en todo momento, tanto si el inglés había sido consciente como si no. Michael comprendió por qué la gente se violentaba al conversar con Jeremey. Uno no tenía manera de saber si sus reacciones y sensaciones eran de verdad suyas o si eran las que imponía Talbot. Peor aún, Jeremey podía proyectar sus propias emociones sobre cualquiera que fuese su interlocutor. Sin embargo, si había sido ése el caso esa noche, ¿qué sospecha o curiosidad podía albergar Jeremey acerca de lo que concernía a los pensamientos más íntimos de Michael?

Su coche no tardó ni un minuto en acercarse y estacionar en la

orilla de la acera de Jeremey. Sin decir palabra, Michael se introdujo en el vehículo y le pidió al chófer que lo llevara a casa.

_____ 13 _____

Clare se detuvo al fin y se sentó donde había estado arrodillada, al borde de la cama de Timothy. Depositó un beso sobre el pálido y trémulo muslo del niño y se incorporó. Mientras Timothy permanecía tumbado inmóvil, con los ojos fijos abiertos de par en par, mordiéndose con fuerza el labio inferior, Clare se acercó a la ventana y se asomó. Se quedó allí mientras se abrochaba la blusa. En la calle, el coche de Michael ponía rumbo hacia su territorio, al norte de Ann Harbor. Clare meneó la cabeza.

–Me parece que no lo entiende –dijo Clare, a nadie en particular–. Jeremey no se lo ha contado.

Se giró y miró a Timothy. El muchacho yacía tendido de espaldas, aferrado a las sábanas, con las rodillas dobladas contra el borde de la cama. Su pecho subía y bajaba sincopadamente. Clare se acercó a él y le volvió a poner los calzoncillos. Le subió la cremallera del pantalón y le ayudó a sentarse con la espalda recta. Cuando lo hubo incorporado, un reguero de sangre se derramó desde el labio del muchacho, donde éste se había clavado los dientes. Sus ojos continuaban vidriosos, clavados al frente. Clare atrapó con un dedo el final del hilo rojo y se llevó el frío manchurrón a la lengua.

–Vamos, Timothy –dijo, poniendo de pie al niño–. Papá ha vuelto. Vamos a darle el primer abrazo del día.

Timothy la siguió, pero Clare tuvo que tirar de él a cada paso. Algo le ocurría. Había vuelto a meterse en su cabeza, como hiciera la última vez que habían discutido ella y su último marido. El crío no había reaccionado bien ante aquello. Había creído que venir a vivir con Jeremey mejoraría las cosas para Timothy, pero había ocurrido algo. Puede que Jeremey no le dedicara al niño el tiempo suficiente.

–Venga, guapetón –dijo Clare, obligándose a poner una nota de jovialidad en la voz a pesar de que no obtuvo respuesta de Timothy–. Vamos a hacer algo con Jeremey. Ya nos preocuparemos más tarde del señor Luther.

El padre George Stinson apartó la celosía de madera del confesionario y observó la silueta que se proyectaba sobre la fina rejilla. No tenía por costumbre escuchar confesiones a horas tan intempestivas, pero se había visto impelido por una llamada telefónica que le rogaba asistencia en tono perentorio.

–Perdóneme, padre –comenzó la persona que ocupaba la cabina adyacente, tras un primer momento de vacilación–, porque he pecado.

El oír la voz en persona no ayudó al padre Stinson a reconocerla, pero sí pudo emplazar el acento con más facilidad. Poseía las características nasales y fricativas propias de un oriundo de Boston. El hombre sonaba casi como uno de los Kennedy.

–¿Cuánto hace que no te confiesas? –preguntó, al tiempo que procuraba disimular un largo bostezo.

–Poco más de un mes. Quizá más. Empiezo a perder el cómputo de los días.

–¿Qué deseas confesar?

–El problema es que no sé si lo que quiero contarle es exactamente un pecado. No sé si habré hecho a los demás lo que querría que me hicieran a mí pero, en fin, en la Biblia no pone que eso sea un mandamiento, ¿no?

Stinson asimiló la pregunta, y respondió:

–La palabra de Cristo cumple la función de servirnos de ejemplo, hijo. Al esforzarnos por vivir como vivió él, nos acercamos a Dios. Pero la palabra de Cristo no es un mandamiento de por sí, no.

–Eso pensaba yo –dijo el desconocido, no tanto aliviado como pagado de sí mismo–. Sí, ya me lo figuraba. Gracias.

Stinson escuchó el crujido de los zapatos del hombre al otro lado del confesionario, como si se dispusiera a marcharse.

–Espera –llamó.

–¿Sí, padre?

Stinson oyó, ya que no podía verlo, el rictus del desconocido.

–Hijo, es evidente que me has llamado porque hay algo que te inquieta –comenzó Stinson. No sabía por qué, pero sentía cierta afinidad por aquel confeso anónimo. Quería que aquel hombre se sintiera mejor acerca de lo que fuese que lo había llevado hasta allí a tan altas horas de la noche–. Aunque no se trate de un pecado al pie de la letra, tal vez tu alma se sienta aliviada si me lo cuentas.

–Nunca se da por vencido, ¿verdad, padre?

El padre Stinson decidió pasar por alto aquella críptica aseveración. Resultaría inconveniente presionar al hombre en ese momento tan delicado.

Tras una larga pausa, el confeso habló de nuevo.

–Demonios, si tendrá razón. No se puede dejar algo así pendiente toda la vida, ¿verdad?

–No, hijo –respondió Stinson–. No se puede. ¿Qué quieres decirme?

–Creo que me siento mal. –El hombre volvió a sentarse–. Pero no porque haya hecho nada. Creo que me siento mal porque *no* me siento mal acerca de algo que sí que hice. ¿Sabe lo que le quiero decir?

–No estoy seguro, hijo. ¿Qué has hecho?

–No corra, padre. Ya llegaremos. Deje que lo haga a mi manera.

A tenor del arrogante y engreído tono de voz del desconocido, Stinson supuso que debía de ser muy joven. No obstante, la acústica del interior del pequeño cubículo de madera le confería a la voz una llaneza atemporal que el párroco encontraba desconcertante.

–Pasó lo siguiente. Yo iba a hacer un trabajo con unos cuantos socios, hará cosa de dos semanas.

–¿Qué tipo de trabajo?

–Eso da igual.

–Entiendo –dijo Stinson, con segundas.

–Ya, bueno, el caso es que la cosa se echó a perder cuando ya casi lo habíamos conseguido y se nos fue todo a la mierda. Perdóneme la boca que tengo. Pero, vaya, que sí que se jodió todo y mis socios y yo nos las prometíamos moradas. El tío que estaba a cargo del cotarro tenía rotas las dos piernas y no le quedaban fuerzas para seguir adelante. Mi otro socio también había resultado herido y nadie pensaba que pudiera salir de aquella. Tenía las tripas por fuera y me parece que también le habían roto la espalda. Parecía que le hubiera atropellado un camión. Intentábamos volver a casa y el pobre chaval no paraba de llorar y lamentarse llamando a su papá.

Stinson se inclinó hacia delante, fascinado. Casi todas las confesiones de sus feligreses eran tan... *anodinas*. No es que su carácter mundano les restara importancia, claro que no.

»Visto lo visto, decidí que ya era hora de salir de allí cagando leches y cancelar todo el asunto. Los nuestros estaban esperando a que volviéramos a casa y los otros estaban esperando a pillarnos

antes de que pudiéramos darnos el piro y, déjeme que le diga, padre, que si nos hubieran cogido, aquel chaval nos habría dado envidia. Estábamos bien jodidos. El chaval conocía la zona y las carreteras secundarias y el tío de las piernas rotas conocía a los hijos de puta que estaban intentando machacarnos. Cualquiera de ellos podría haber ayudado al resto a salir de allí, pero ninguno de ellos estaba en condiciones de ir a ninguna parte.

—¿Qué ocurrió?

—En fin, otro socio mío decidió hacerse el héroe. Se la traen floja los mamones que están a punto de echársenos encima. Mete al de las piernas dentro del coche y luego intenta cargar también con el chaval.

—Caray.

—No vea —dijo el hombre. Cada una de sus palabras ganaba en intensidad—. La cosa más estúpida que haya oído en su vida, ¿a que sí? Total, que le digo al tío que más le vale entrar en el coche de una puñetera vez si no quiere que nos cojan a todos. Yo no pensaba permitir algo así, ni de coña. Bueno, pues va el muy hijoputa y me casca una en la cara, así que yo se la devolví. Yo estaba al mando y él tenía que hacer lo que yo dijera, no había vuelta de hoja. Le dije que soltara al chaval y que ya nos llevaríamos al de las piernas con nosotros. El de las piernas era mucho más viejo y tenía mucha más experiencia, así que sabría cómo colarnos en medio de los cabrones que querían pillarnos. Además, todos sabíamos que el chaval no salía de aquella. Ni siquiera podía tener la boca cerrada. Que no salía de allí, estaba claro. Conseguiría que aquellos bastardos sanguinarios se nos hubieran echado encima antes de salir de los límites de la ciudad, no le digo ya antes de que nos hubiéramos puesto a salvo.

—Así que le pediste a tu socio que dejara a tu... socio más joven para que lo capturasen.

—Capturar, qué dice. Para que lo mataran. Si es que no la había diñado ya para cuando dieran con él. El caso es que no se libraba.

—Y, si te he entendido bien, no te sientes culpable por haber tomado aquella decisión —dijo Stinson, fascinado. Era la primera vez que confesaba a un auténtico criminal. Había hablado con charlatanes trajeados y algún que otro adúltero, pero nunca se había enfrentado a algo así—. ¿Estoy en lo cierto?

—Ha dado en el clavo. Hice lo que debía. A ver, si a mí me hicieran eso me entrarían ganas de partirle la cara a cualquiera, pero no tenía elección. No es que me atuviera a ninguna regla de oro ni nada por el estilo, eso no. Lo que pasa es que no me siento mal por

ello...

–Pero una parte de ti cree que deberías –dijo Stinson, terminando la frase.

–Una parte pequeñita. –El hombre apoyó la espalda en la celosía–. ¿Es que eso tiene algo de malo? No sabía si era pecado o no. O sea, vale, sí, es una putada que mataran a Darien, pero los demás salimos bien librados. Hasta el de las piernas anda ya retozando por ahí de nuevo.

Esa última frase le dio algo que pensar a Stinson. ¿No había dicho el hombre que aquello había ocurrido hacía tan sólo dos semanas?

–Bueno, ¿voy a ir al infierno por eso, o qué? –preguntó el desconocido, interrumpiendo el contemplativo silencio de Stinson–. Vale, que lo más probable es que acabe allí de todos modos, pero me gustaría saber cuál es la factura que me van a pasar cuando llegue.

–El tomar decisiones de las que dependan vidas no es algo que entre en la categoría de bueno o malo –dijo el sacerdote, hablando sin pensar. Le preocupaba haberse quedado tan absorto con el relato del desconocido que no le viniera a la mente de inmediato el versículo apropiado–. Tu amigo murió para que el resto de vosotros pudierais vivir.

–Así que él irá a parar al cielo. ¿Y yo qué? A mí me parece que hice lo adecuado. Es lo que tenía que pasar, ¿no?

–Lo que debes hacer ahora, hijo mío, es analizar los motivos por los que pusiste a tus amigos y a ti mismo en una situación tan peligrosa. Si la causa por la que murió tu amigo, Darien, fue justa y noble, podrías consolarte con esa certeza. De lo contrario, tu ausencia de remordimientos tal vez indique que es cierto que tienes un problema.

–Por lo general me resulta de más ayuda, padre –dijo el hombre, tras sopesar las palabras del párroco–. Suele ofrecerme al menos una respuesta. Estos meses de atrás sí que ha sabido dar en el clavo.

–Perdona, hijo. –El padre Stinson se sentía confuso. ¿Por qué se comportaba aquel criminal como si le conociera?–. Tal vez si supiera más detalles de lo que ocurrió aquella noche. Por ejemplo, esas personas de las que pretendíais escapar, ¿eran policías u otra banda criminal?

La respuesta fue un largo silencio, durante el cual George Stinson permaneció sentado, mordisqueándose el labio con nerviosismo. ¿Habría hablado más de la cuenta? ¿Habría traicionado la confianza

que había depositado en él ese desconocido? Cuando volvió a escuchar la voz, no obstante, la intensidad la había abandonado por completo. En su lugar, el párroco oyó la engreída risión que ya le resultaba familiar.

—¿Acaso pretende sonsacarme, padre? —preguntó el confeso, señalando la frase con una risa truncada—. ¿Planea conseguir pruebas contra mí? ¿Lleva encima un micrófono?

—¡Por supuesto que no! —protestó Stinson, sentándose erecto en su taburete—. Si le contara a alguien lo que tú me has dicho, no sólo te estaría traicionando a ti, sino a los mismísimos principios de mi fe. El sacramento de la confesión es inviolable. Ni siquiera la orden de un tribunal podría anteponerse a él.

—Oiga, ya vale. Creo recordar que ya lo mencionó en cierta ocasión. Agárrese, padre. Ha dicho casi todo lo que esperaba que dijera esta noche. Ya va siendo hora de que le diga yo algo a la cara.

* * *

Clare levantó la mirada de su manido y estropeado rosario cuando se abrió la puerta del confesionario. Un momento más tarde, Elliot Damascus abandonaba el receptáculo sosteniendo a un debilitado y tambaleante George Stinson. Elliot miró en rededor con una especie de aburrido enojo en su delgado rostro y empezó a arrastrar a Stinson hacia una sala apartada del santuario.

La presencia de Elliot no sorprendía del todo a Clare. Le había visto venir a confesarse en varias ocasiones, aunque él nunca hubiese reparado en ella. Elliot entraba, se confesaba y luego sacaba al sacerdote al callejón durante un rato. A veces, Clare escuchaba las confesiones; en ocasiones, escuchaba lo que ocurría a continuación en el dormitorio del sacerdote. A juzgar por lo que había oído, podía asegurar que Elliot no era todo lo buen católico que a él le gustaría. Por suerte, tampoco el padre Stinson era todo lo buen sacerdote que cabría esperar. Ambos se compenetraban.

Ella nunca hablaba con el sacerdote. Tiempo atrás se había considerado una buena católica, pero ya hacía mucho que había renunciado a la fe. La iglesia seguía proporcionándole santuario, pero de una manera más interesada. Aquí era donde solía venir a refugiarse de su marido y su insoportable chiquillo cuando ya no podía soportarlo más. Cuando la abrumaba la presión que suponía llevar toda la casa ella sola. Clare acudía aquí, se sentaba en su banco de

siempre y contaba las cuentas de su rosario hasta que se tranquilizaba. Ya había dejado de sentir interés por la parafernalia de la Iglesia, pero su rutina seguía serenándola, a su manera. Cuando llegaba Elliot, ella se limitaba a agachar la cabeza y a no llamar la atención. De todos modos, no le gustaba hablar con nadie que acabara de confesarse. La confesión tenía la facultad de convencer a la gente de que ya eran mejores personas, aunque estuvieran dispuestas a cometer el mismo pecado que acababan de confesar en cuanto salieran de nuevo a la calle. O peor aún, había gente que no comprendía por qué lo que había confesado estaba mal y se limitaba a acudir a la iglesia por costumbre. Ése, había decidido Clare, era el problema de Elliot. Todo lo que le había oído decir en el confesionario era propio, o bien de un hipócrita, o bien de alguien que estaba completamente confundido.

No, no era todo lo buen católico que a él le gustaría.

* * *

El padre George Stinson se sentó y paseó la mirada por su dormitorio, confuso. Habría jurado que había escuchado el timbre del teléfono. Se había despertado al oír el sonido, pero el teléfono ya no estaba sonando. O eran imaginaciones suyas, o quienquiera que estuviese al otro lado había decidido volver a intentarlo a una hora más razonable. Se dio la vuelta y se dispuso a recuperar el sueño mientras, con gesto ausente, se frotaba el cuello para aliviar el tortícolis que le aquejaba de un tiempo a esa parte.

_____ 15 _____

Una semana después de haber descubierto la muerte de su chiquillo, Michael regresó a Iron Rapids para asistir a la presentación de la nueva progenie de Lionel Braughton. El príncipe Adrock y Calvin ya habían examinado el pasado del humano y habían adoptado una serie de medidas para apartarlo de esa vida, pero todavía faltaba exhibir en público al muchacho. Esa ceremonia era la primera ocasión que tendría el nuevo chiquillo de ver a un Vástago que no fuera Lionel, y Michael desempeñaba un papel específico en el protocolo. Tan sólo tenía una responsabilidad para con la sociedad de la Estirpe y no le

quedaba más remedio que asistir a esas ceremonias cuando apelaban a su deber. Sin embargo, esa noche nada le habría apetecido más que encerrarse en el apartamento que se había apropiado en Jackson. Lo que menos falta le hacía en esos momentos era ver al chiquillo engendrado por la muerte de Darien.

Los escasos Vástagos que ya habían llegado se encontraban sentados a distinta distancia de los tres incensarios del centro de la sala, guardándose discretamente los unos de los otros. Jeremey Talbot ocupaba la silla en la que se había sentado Michael la última vez, frente a la puerta de entrada del edificio. Clare había preferido no acompañarle, lo que no tenía nada de inusitado. Después de lo que le había dicho la mujer tras la última reunión y de lo que había ocurrido en la casa de Talbot, tampoco era que a Michael le apeteciera verla. Parecía que, de un tiempo a esa parte, estuviera decidida a simpatizar con él en su inquina contra Elliot Damascus. Michael no se sentía con fuerzas para soportarla en esos momentos.

Marcus Villanova estaba sentado delante de Michael, siguiendo con la vista las evoluciones de Marie Byrd a lo largo y ancho de la estancia. La seductora arpía alternaba entre los dispersos visitantes, manteniendo con ellos charlas banales en una voz demasiado baja como para que Michael pudiera oír nada. La única compañía que se abstuvo de frecuentar Byrd fue la de Lisa Noble, la representante de los vampiros sin clan en la corte. Byrd se paseó adrede por delante de la rechoncha pelirroja con la nariz un tanto alzada hacia el techo.

Cuando Byrd hubo pasado de largo, las miradas de Michael y Noble se cruzaron. La Caitiff hizo un mohín y señaló a la arpía con la cabeza para, acto seguido, encogerse de hombros. «*Menuda payasa*», decía su mirada. Dedicó a Michael una afable sonrisa.

Michael miró a Noble como supuso que un gato aburrido podría observar a un ratón con ganas de fraternizar. Arqueó una ceja muy despacio y se la quedó mirando, sin sonreír ni fruncir el ceño. Sólo mirando. La Caitiff bajó la vista y se revolvió incómoda en la silla. Al menos, la desfachatez de la mujer tenía sus límites.

Al pasear la mirada por el resto de la concurrencia, Michael vio a Laurence Maxwell sentado junto a uno de sus compañeros de clan, el cual Michael supuso que podría ser Thomas. O Thompson. La gorra y los hombros del joven patán estaban empapados por culpa de la lluvia que había comenzado a caer poco antes del crepúsculo y su calado chubasquero descansaba hecha un ovillo junto a la silla en que había elegido desplomarse. Llevaba encima una camisa vaquera con las

palabras "Robert's Garage" cosidas en el bolsillo y sus pantalones, también vaqueros, exhibían vistosos manchurroneos en ambos muslos, allí donde el otrora mecánico de coches había restregado sus sucias manos. Los demás componentes del clan de Maxwell ocupaban sus asientos detrás del dúo, ofreciendo un aspecto igualmente indigno, conversando y comunicándose por medio de signos.

Michael los observó con poco más respeto que a Noble. Casi todos ellos eran tarambanas nómadas a los que ninguna ciudad les parecía lo bastante grande como para asentarse en ella. Vestían como tales. Aunque Noble era también una vagabunda, al menos había tenido la decencia de procurarse una camisa borgoña de segunda y un traje de chaqueta. Claro que, los zascandiles Brujah podrían trazar su linaje hasta el mítico "primer vampiro" si se lo propusieran, mientras que era probable que Lisa no consiguiera retroceder más que un par de generaciones en su genealogía antes de perder el diluido rastro. Cuanto más pensaba Michael en la Caitiff, más se preguntaba quién la habría invitado al Elíseo esa noche.

Lo que más le interesaba, no obstante, era la lista de ausentes, entre los que se contaban David Ellsworth, Clare, Lewis Samuelson, el Nosferatu que sólo tenía cuatro dedos, Theodore (el monstruo más antiguo de ese horripilante y asqueroso clan) y Elliot Damascus. Calvin y el príncipe Adrock ya se encontraban en algún lugar del edificio, era probable que Ellsworth tuviera asuntos más importantes de los que ocuparse en Flint, podía concebirse que también Samuelson estuviera atareado y, ¿a quién le importaba en qué pozo infecto se escondieran los Nosferatu? Pero la ausencia de Elliot era toda una sorpresa. A despecho de su vanidad y altanería, solía tener el detalle de mostrarse en público en circunstancias tan señaladas. Quizá los rumores que apuntaban a la tirantez existente entre Elliot y los demás miembros de su grupo no anduvieran tan desencaminados, después de todo. En cualquier caso, lo cierto era que Villanova y Byrd se encargarían de insuflar nueva vida a dichos rumores en cuanto les pusieran las garras encima.

No obstante, si el invitado de honor de la velada acusaba el desplante de Elliot, no daba muestras de ello. Lionel se encontraba sentado en el corrillo de sofás más céntrico de toda la estancia, junto a un crío que no debía de superar la veintena de años. Ambos ofrecían un aspecto imaculado, ataviados con sendos trajes a juego de Brooks Brothers, sin hablar con nadie, con la vista puesta en las puertas por las que entrarían Calvin y el príncipe Adrock. El aura de

Lionel desprendía lánguidas oleadas de arremolinada contención. Michael también percibió orgullo. El chiquillo, por su parte, no evidenciaba la misma serenidad. No cesaba de jugar con las manos, colocándolas acá y acullá y frotándolas contra el pantalón sin darse cuenta. Tampoco dejaba de lanzar miradas furtivas a los demás presentes. El enfermizo tono del miedo recubría su aura con la única concesión de un apretado nudo de embeleso arraigado en el centro. Cada vez que descubría que alguno de los otros Vástagos de la sala miraba en su dirección, la tonalidad del temor se oscurecía un grado, asfixiando aún más el arrobamiento. Cuando la puerta interior del vestíbulo se hubo abierto por fin, el color del miedo se sobrepuso por completo al núcleo de fascinada maravilla.

Tras una pausa momentánea, Calvin traspuso el umbral y vio primero a Jeremey, luego a Villanova y por fin a Michael. Caminaba con la gracia firme y comedida que reservaba para aquellas ocasiones en que se encontraba en compañía de sus superiores. Su aura desprendía el mismo temple que había visto Michael alrededor de Maxwell, aunque aparecía veteado de rígida concentración. No era sólo que Calvin ejerciera un dominio absoluto sobre sí mismo, sino que estaba obligándose a mantenerlo con todas sus fuerzas. Tras la menor de las pausas, Michael y los demás Vástagos vieron por qué. Sólo había un Vástago en todo el estado que Calvin Bainbridge considerara su superior.

—Camaradas Vástagos —dijo Calvin. Las vetas de concentración palparon aún más brillantes—, levantaos y sed bienvenidos.

A una señal ensayada y repetida en innumerables ocasiones durante décadas, Marion Adrock, príncipe de Michigan, entró en la cámara del Elíseo. Las aceradas canas de su tupida melena hacían juego con los pilares de concentración del aura de Calvin. El color de sus antiguos y serenos ojos era el del mismo autocontrol. Michael, Villanova y Maxwell fueron los primeros en incorporarse. Antes de que hubieran alcanzado la verticalidad, los demás los imitaron. Se congregaron en el interior del irregular anillo interior de asientos, a más de un brazo de distancia entre sí. Según dictaba la larga tradición local, el joven vampiro que acompañaba a Lionel permaneció sentado. Michael le dedicó una breve mirada de soslayo y pudo ver que el insalubre color del miedo lo revestía por completo. La propia piel del joven vampiro había palidecido una tonalidad.

El príncipe le sacaba la cabeza a Calvin. Le bastó una zancada para despejar la entrada lo suficiente como para que Bainbridge

pudiera cerrar la puerta tras él. Paseó una lánguida mirada de indiferencia por toda la sala antes de fijar la vista en el centro. Aquellos ojos parecían vidriosos cuando el príncipe miraba de aquella manera, pero Michael estaba convencido de que Adrock podía ver perfectamente a todos y cada uno de los presentes en la sala.

—Vástagos —saludó el príncipe. Era como si su voz brotara de las entrañas de la tierra. Resonaba. El acento del príncipe le hacía pensar a Michael que aquel hombre había aprendido inglés en numerosas ocasiones a lo largo de su no-vida y que cada una de ellas conservaba un eco de la anterior—. Compartís mi dominio. Os reunís esta noche en mi territorio de caza.

Tras pronunciarse, el príncipe se acercó al Vástago más próximo del pequeño grupo que tenía ante él, Marie Byrd. En lugar de alzar la vista para mirar a la cara al colosal vampiro, Byrd apartó los ojos y ladeó la cabeza, exponiendo la delicada curva de su cuello. Según la costumbre, el príncipe apoyaría una mano en el cuello en señal de bienvenida o hundiría en él sus colmillos y destruiría al desventurado vampiro en el acto. Sin vacilar, el príncipe Adrock reposó la mano izquierda sobre el cuello de Byrd y siguió caminando. Repitió el gesto con Lionel, Maxwell, Thomas (o Thompson), Villanova y Noble, antes de llegar ante Michael. A éste no le hacía falta mirar a Adrock a los ojos para sentir el peso de su mirada. Podía sentir el peso de la presencia del antiguo vampiro, derramándose sobre él igual que una catarata, como si estuviera suspendido en la boca de un pozo. Se diría que el príncipe emitía el reprimido zumbido de una energía depredadora que obligaba a la lastimera voz del instinto de supervivencia de Michael a balbucir y gimotear sin remedio. A esa distancia, Michael veía en el príncipe la imagen de un gigantesco cocodrilo, congelado en el instante previo a cerrar las fauces en torno a su presa.

Ladeó la cabeza como si tuviera el cuello de madera, sintiendo cómo la última sangre que había bebido acudía a sus músculos preparándose para lo que sería un último gesto fútil. Si el príncipe hiciera cualquier otra cosa que no fuera tocarle el cuello, sabía que el pánico se apoderaría de él y arremetería con uñas y dientes con tal de zafarse del Vástago. No llegaría muy lejos, también lo sabía, pero eso le importaría bien poco en su estado. El miedo, tan cerca ya de aflorar a la superficie, se apoderaría de él y se encontraría tan lejos de ostentar el control como lo estuvo la noche en que se alimentó de Darien. Aquel miedo había permanecido aferrado a él desde que le

presentaran al príncipe por vez primera y no había hecho sino incrementarse la última vez que había mantenido una audiencia privada con el antiguo vampiro. Había acontecido poco después de que creara a Darien. Michael había estado seguro de que el príncipe planeaba destruirle, a pesar de que Calvin le asegurara que no era así. En aquella ocasión, no había tenido la certeza de que el príncipe *no* iba a hundirle los colmillos en el cuello.

En ésta, la tensión de Michael estuvo a punto de jugarle una mala pasada. Conforme el príncipe Adrock rozaba con la mano la garganta de Michael, éste hubo de obligarse a no dar un respingo, pese a la acumulación de energía que la sangre en ebullición distribuía por todo su organismo. Permaneció rígido, convencido de que el príncipe podía sentir la tensión, y mantuvo la mirada clavada en el suelo. Un largo y tortuoso momento después, el príncipe se alejó de él y prosiguió su ronda por toda la sala. Cuando hubo finalizado, regresó al centro de la estancia, frente a Lionel y su joven acogido.

Michael se sentía como si el príncipe hubiera permanecido delante de él durante horas. ¿Qué era lo que quería? ¿Qué buscaba Adrock? Tantos años de frustrados intentos por expulsar al Sabbat de Detroit, promesa que había formulado el príncipe hacía mucho tiempo, habían vuelto a Adrock suspicaz y celoso. No estudiaba a nadie sin un buen motivo. ¿Le habría dado motivos Michael? ¿Sería eso, o era que el tiempo había parecido estirarse, como cada vez que le hervía la sangre? Tendría que quedarse con la duda.

—Sentaos —dijo Calvin, aún junto a la puerta—. Sabed que sois bien recibidos en este dominio por la gracia del príncipe Marion Adrock.

Cuando todo el mundo hubo ocupado su asiento, el chiquillo de Lionel se puso de pie, como impulsado por una descarga eléctrica. Miró de hito en hito al príncipe, cuidándose de que sus ojos no se cruzaran con los del antiguo vampiro. Volvió la cabeza, envarado, y cerró los ojos. Adrock miró al cuello del joven y, con la fluida cadencia que era fruto de un ritual muchas veces ensayado, preguntó:

—¿Quién es éste chiquillo?

—Me llamo Kyle Aaron Williams —respondió el muchacho, casi sin voz.

—¿Por quién ha sido creado?

—Mi sire es Lionel Braughton, del clan Brujah —dijo Kyle, con voz apenas estremecida.

—¿Cuál es el linaje de este chiquillo? —entonó Adrock, sin dejar de

observar el tenso y pálido cuello del joven. El chiquillo recitó en voz baja una lista de nombres que empezaba con el de Lionel y retrocedía en el tiempo hasta adentrarse en el territorio de la mitología. Se le trabó la lengua con los apelativos más antiguos y se enredó con la pronunciación de tal modo que Michael tuvo que preguntarse si habría estado seguro de ellos el propio Lionel cuando se los enseñó al muchacho. En su momento, Darien había salido más airoso de aquella situación.

No obstante, ese pensamiento apuntaba en una dirección que no atraía a Michael, por lo que se concentró en lo que estaba ocurriendo.

–Levántate, Lionel Braughton, del clan Brujah –estaba diciendo el príncipe–, y responde por tu progenie.

Lionel se incorporó de su asiento, un paso por detrás y a un lado de su chiquillo. El príncipe Adrock no apartó sus impassibles ojos azules del cuello de Kyle en ningún momento. El joven había empezado a temblar.

–¿Quién es este chiquillo? –volvió a preguntar Adrock.

–Se llama Kyle Aaron Williams –respondió Lionel–. Es mi progenie. Sangre de mi sangre. Hijo de mi clan.

–¿Se le han enseñado las Tradiciones que rigen nuestra existencia?

–Sí, mi príncipe.

–¿Honras dichas Tradiciones, Lionel Braughton, del clan Brujah? ¿Estás dispuesto a responder por las acciones de tu chiquillo según la Tradición de la Responsabilidad?

Según los dictados de esa tradición, Lionel asumía la misma responsabilidad o más que su chiquillo por cualquier infracción que éste pudiera cometer contra la sociedad de la Estirpe. El sistema garantizaba que el sire de cualquier Vástago mantuviera a raya a su progenie.

–Lo estoy, mi príncipe.

–¿Quién atestigua tu buena fe?

En ese momento se puso de pie Marcus Villanova, mirando al hombro del príncipe.

–Yo, mi príncipe –dijo, como era su deber y dictaba la costumbre–. Hasta la última palabra es cierta.

Ese era el trabajo de Villanova como arpía. Poseía los mismos sentidos extraordinariamente aguzados que Michael y los Vástagos del dominio del príncipe Adrock confiaban en su palabra. Estaba presente en todos los actos políticos que tenían el Elíseo por

escenario, para verificar la sinceridad de las palabras de cada orador. La arpía había sido psicólogo antes de su Abrazo y la experiencia adquirida durante el ejercicio de su profesión contribuía a agudizar su percepción. Por lo que a la Estirpe de Michigan respectaba, nada de lo que se dijera durante el transcurso de una ceremonia pública era cierto hasta que lo corroborara Marcus Villanova.

Los ojos del príncipe saltaron de Villanova a Michael y éste cumplió con su pequeña función dentro de aquel ceremonial. Mantuvo la mirada fija en la arpía. Caso de haber disentido con la evaluación de la situación efectuada por Villanova, o de que su interpretación del aura y el lenguaje corporal de Lionel hubiera revelado cualquier tipo de duplicidad, habría mirado a Adrock. El príncipe era el único Vástago de la ciudad que conocía la percepción sobrenatural de Michael, por lo que el vistazo que le dedicó Adrock fue breve y sutil. La posición de Michael en la ciudad era la de respaldo extraoficial de Villanova. También servía de garantía por si Villanova llegara a defraudar la confianza en él depositada. Que Michael supiera, aún no se había dado el caso, pero el príncipe seguía confiando en sus medidas de prevención a pesar de todo. No obstante, una vez confirmada la evaluación de Villanova, su atención volvió a centrarse de inmediato en el chiquillo de Lionel.

–Bienvenido a mi dominio, Kyle Aaron Williams, del clan Brujah –dijo Adrock. Apoyó una mano en el cuello del muchacho y la sostuvo allí.

El joven carecía de aptitudes para el melodrama. Dio un respingo al contacto con Adrock y el temor de su aura se convirtió en un denso torbellino que latía y se movía igual que una formación nubosa antes de la tormenta. Incluso contuvo el aliento en un acto reflejo. El príncipe Adrock, escatimando paciencia, retrocedió un paso y ordenó a Lionel y a Kyle que se sentaran. No miró a ninguno de ellos, como tampoco a ningún otro Vástago. Sus ojos volvían a estar ausentes.

El recién bienvenido Brujah se sentó, exudando alivio en coloridas oleadas, y Lionel hizo lo propio junto a él. Byrd, que no había encontrado mejor asiento que entre Noble y Thomas tras la llegada del príncipe Adrock, alisó una arruga de su inmaculado traje de noche y procuró no mirar en dirección a Lionel.

–Bienvenidos todos a mi dominio –repitió Adrock, abarcando toda la sala con un ademán–. Kyle Williams goza de mi protección y mi hospitalidad desde esta noche. Tenedlo presente y comunicádselo a los ausentes.

Sin más palabra, el príncipe dio media vuelta y se encaminó bruscamente hacia la puerta interior. Calvin se apresuró a abrirla y siguió al príncipe en su salida. Por lo que a la sociedad de la Estirpe respectaba, la ceremonia había concluido. El príncipe Adrock había aceptado al muchacho y no había más que hablar.

Ahora, con Adrock y Calvin fuera de escena, la mayor parte de la tensión desapareció a su vez. Michael vio cómo se replegaban los enfermizos tentáculos enroscados del miedo y la indefensión en todos los presentes y se sintió también algo mejor. Se daba cuenta, desde luego, de que su alivio radicaba en el hecho de que aquel rufián de nueva generación acababa de superar un examen destinado a acreditar que era merecedor de aceptar la responsabilidad de los actos de otro Vástago. El modo en que había conseguido esa responsabilidad, musitó, consistía en haber permitido que Darien muriese en algún rincón de Detroit. A Michael no se le escapaba lo irónico de aquel hecho. Se encaminó hacia la puerta exterior del Elíseo. Por algún motivo, en esos precisos instantes no le apetecía felicitar a Lionel por haber aprobado el examen.

Antes de que nadie pudiera dirigirle la palabra, salió por la puerta contraria a la que habían utilizado Calvin y el príncipe Adrock y la cerró tras de sí. Villanova y Byrd se percatarían de su temprana despedida, desde luego, pero lo cierto era que eso no le inquietaba. Las arpías correrían la voz de que Michael había desdeñado a Lionel y a su neonato y no habría Vástago con dos dedos de frente que no supiera entender el porqué. No, no se sentía orgulloso de Lionel, ni agradecido por el servicio que éste hubiera realizado por el bien de la Camarilla durante su estancia en Detroit. Lo único que sentía era un frío en su interior, una oquedad, como si llevara un mes sin alimentarse.

Se sentía vacío, tan vacío como el mostrador de la antigua casa de empeños de Darien.

Cuatro coches aguardaban bajo la lluvia de finales de otoño detrás del edificio Gideon. Michael encontró el suyo a la cabeza de la hilera. Los dos del centro pertenecían a Lisa Noble y a Laurence Maxwell, respectivamente. El último era el de Jeremey Talbot. Michael se encaminaba hacia su vehículo cuando oyó que se abría y se

cerraba una de las puertas del cuarto. Miró por encima del hombro y vio a Clare dirigiéndose hacia él, arrebujaada en una gabardina empapada de agua con todas las costuras deshilachadas. Un rosario que debía de haber conocido tiempos mejores pendía enroscado de la mano que mantenía la prenda cerrada. La mujer levantó el cuello de su abrigo y trotó bajo la estrecha cornisa que guarecía a Michael. Su chófer, Richard, encendió las luces del coche y aguardó pacientemente a menos de seis metros de distancia.

–Michael –dijo Clare, sacudiéndose el agua de su estropajoso cabello castaño–. Volvemos a encontrarnos.

Michael dio un respingo y se apartó de la rociada.

–Me alegro de que estés solo –continuó Clare, ignorando la expresión de Michael–. Tengo algo que necesitas.

Ocioso, Michael observó que Clare mantenía cerrada su gabardina, aunque ya no se encontraba bajo la lluvia. Pudo ver su pálida piel entre las solapas. La mujer no llevaba puesto nada debajo.

–¿Qué es lo que necesito? –preguntó, siguiendo la corriente pero manteniendo la distancia.

La mujer se acercó un paso y la mitad inferior de su abrigo aleteó. Michael atisbó la tersa piel de alabastro que había quedado al descubierto.

–Mi ayuda. En tu vida está ocurriendo algo que es un secreto. Ya te lo dije antes. Te dije que lo buscaras. Cuando visitaste a Jeremey no te diste cuenta. Cuando te referiste a mí como a la persona que estaba a su cuidado.

Michael se quedó paralizado, incapaz de moverse aun cuando la demente se hubiera acercado a menos de un paso de él. ¿Qué era lo que había escuchado de aquella conversación? ¿Se habría ofendido? ¿Habría sido víctima de uno de los desquiciados juegos de Jeremey y ella? Tras haber estado equivocado durante tanto tiempo al tenerles por una pareja de inofensivos excéntricos, Michael descubrió que no tenía ni idea de qué esperar ahora que conocía la verdad.

–Podrías hacer algo al respecto –dijo Clare, acercándose aún más. Michael pudo oler en su cabello la contaminación que se filtraba desde el río Iron. Se adhería a ella a modo de pútrido perfume. También lo olió en su propio pelo, por culpa del inesperado chaparrón que le había caído encima de improviso y sin paraguas a primera hora de la noche–. Quieres hacerlo. Estás a punto de hacerlo.

–No sé de qué me hablas –respondió Michael, sin saber si estaba diciendo la verdad. Retrocedió un paso y oyó cómo caía la lluvia a su

espalda, igual que una muralla viviente. Las gotas restallaban contra la cornisa sobre sus cabezas.

–Tienes hambre. Has estado descuidando tu alimentación. Ya no puedes más. Eso es lo que te ha quitado Elliot.

Michael apretó las mandíbulas con fuerza. No podía sentir la presencia de Clare en su mente como ocurriera con las emociones de Jeremey, pero las palabras de la mujer se acercaban demasiado a lo que había estado carcomiéndole por dentro, con la excepción de lo referente a Elliot. ¿Por qué estaba tan decidida a enemistarle con el joven Ventrue?

–Puedo devolverte parte de lo que anhelas --dijo Clare. Al hablar, el viento volvió a levantarle los faldones de la gabardina. Cuando la ráfaga apartó la tela de sus piernas, Michael pudo comprobar que, en efecto, estaba desnuda de cintura para abajo. Tuvo que contener el impulso de abandonar su refugio contra la lluvia ante el espectáculo de la marmórea piel de la mujer.

–No creo que eso sea necesario, Clare --dijo, con voz tranquila y moderada.

Clare se bajó la mitad inferior de su abrigo con la otra mano y meneó la cabeza.

–Así no, cerdo engreído. --El veneno que destilaban aquellas palabras sobresaltó a Michael y, ahora sí, retrocedió una pulgada. El agua salpicó los tacones de sus zapatos, pero no le prestó atención. Clare continuó:– *Esto* es para la cita que tengo esta noche --dijo, refiriéndose a su cuerpo. Pese al alivio que sintió, Michael no pudo evitar compadecerse del pobre bastardo que hubiera llamado la atención de Clare—. Lo que te traigo es iluminación. He rezado por ella esta noche y me ha sido concedida. He rezado para descubrir la manera de darte lo que tan desesperadamente necesitabas cuando fuiste a hablar con Jeremey y te referiste a mí como a la persona que estaba a su cuidado.

La lluvia había alcanzado su coronilla y empezaba a empaparle el pelo, pero Michael se mantuvo en su sitio.

–Puedo restaurarte algo que te devolverá el apetito, Michael.

--Clare avanzó un último paso. Michael se debatió entre conservar la dignidad y huir bajo la lluvia hasta su coche—. Quieres respuestas que expliquen por qué te fue arrebatado tu chiquillo, Michael. Quieres saber quién es el responsable. Quieres saber a quién tienes que echarle la culpa. Quieres vengarte.

–Me...

–Puedo verlo. –La voz de Clare estaba impregnada de una solemnidad tan sincera que Michael no pudo contradecirla. En cierto modo, sabía que era cierto. Nadie había reconocido la muerte de Darien salvo para extraer de ella todo el beneficio que le fuera posible. Los que le habían dejado morir habían sido recompensados. Adrock no tardaría en enviar más Vástagos a Detroit en su gran avanzadilla y a nadie le importaba que Darien hubiese desaparecido. La muerte de Darien no había alterado la existencia de nadie más que la de Michael—. Eso va a cambiar. Ya ha comenzado.

Cuando dijo aquello, una luz cegadora la bañó como un halo. Michael se protegió los ojos con una mano, ya cansados y sensibles tras el examen de los distintos colores emocionales de los Vástagos en el Elíseo, pero no consiguió evitar que el dolor le traspasara el cerebro. Trastabilló de espaldas y se adentró en la lluvia, convencido de estar a punto de gritar. La agonía borró de su mente todo pensamiento salvo uno: la muerte de Darien iba a tener sentido. Él se aseguraría de que así fuera.

_____ 17 _____

Gotas de agua untuosa se desprendieron del borde de la cornisa y cayeron sobre el rostro de Michael, que retrocedió un paso de inmediato, frotándose los ojos. El pelo mojado se le pegaba a la cara. El agua que entraba en su boca sabía como debía de saber la del río Iron. La escupió, se recogió los mechones tras sus pequeñas orejas achatadas y se frotó el rostro con sus largas manos. A pesar del sabor y del olor, el agua fría alivió el dolor de sus ojos y le permitió despejar la cabeza. Lo primero de lo que se dio cuenta cuando ocurrió eso fue de que las luces que le habían cegado pertenecían a los faros de un coche que estaba estacionando junto a la puerta de atrás del edificio Gideon. Lo segundo fue que Clare había desaparecido. El coche de Jeremy estaba vacío.

El recién llegado quinto vehículo se detuvo encima de un charco, proyectando una lluvia de agua sucia sobre la acera. Transcurrido un momento, se apagaron sus luces, se detuvo el motor y se abrió la puerta del conductor. Michael no sabía reconocer un coche según su aspecto ni su modelo, pero el vehículo era alargado, gris y de líneas redondeadas, semejante a una bala con dos asientos. Parecía caro.

Conforme se abría la puerta apareció un paraguas, que se abrió para guarecer tanto al hombre como a la tapicería. Cuando el conductor salió y se acercó a la cornisa, Michael le reconoció.

–Michael. –La bostoniana voz nasal se impuso al repiqueteo de la lluvia–. ¿Llego tarde?

–¿Tarde?

–Sí, hombre –dijo Elliot, secando el paraguas apuntando lejos de Michael y abriéndolo y cerrándolo repetidas veces–. Para lo de la confirmación. Ya sabes, el chaval de Lionel.

–Sí –contestó Michael, al cabo, enjugándose el agua del rostro por última vez–. Acaba de terminar. A estas alturas ya deben de estar acabando con el saludo mudo.

–Mierda. ¿Marion sigue dentro?

–No creo. –Michael mantuvo una cierta distancia entre Elliot y él. Las palabras de Clare le habían crispado los nervios. Se recordó que, en realidad, no tenía motivos para desconfiar de Elliot. Al fin y al cabo, Clare no era más que una chiflada. Mas, pese a haberse mostrado tan críptica, sus palabras le habían parecido coherentes. Tenían sentido, pese a la falta de pruebas que las apoyaran. ¿Sería la influencia de Clare lo que le confería aquella seguridad, o era que una parte de él creía responsable a Elliot de la muerte de Darien?

–¿Ellsworth? –preguntó Elliot, enrollando el paraguas y sujetándolo con una cinta.

Lo cierto era que hacía meses que Michael no veía a ese Vástago en particular. Ellsworth había sido una pieza clave en la conversión de la minería y la acería de Iron Rapids a favor de la industria automovilística cuando se habían agotado las minas de hierro del sur de la ciudad. También había contribuido a que las fábricas de coches en Flint, al norte de Iron Rapids, Michigan sobrevivieran a la depresión y las sucesivas recesiones de las últimas décadas. Ahora, según Darien, la industria automovilística de las ciudades estaba experimentando una mala racha y especulaba que Ellsworth no volvería a aparecer en público hasta se hubiera normalizado de nuevo la situación económica. La industria era una de las armas que esgrimía el príncipe Adrock contra el Sabbat en Detroit.

–Tampoco se encuentra dentro. Hace tiempo que no le veo.

–Trabajo, me imagino –dijo Elliot, encogiéndose de hombros–. Lleva así de ocupado desde que le conozco. Oye, Michael, ¿estás bien? Tienes un aspecto horrible.

Michael se mordió la lengua antes de responder.

–No como bien últimamente.

Su respuesta iluminó los ojos verdes de Elliot.

–Pues tendrías que venir con nosotros. –Dio un agresivo paso en dirección a Michael. Clavó la punta de su paraguas en el felpudo, como si del estandarte de un conquistador se tratara–. Lionel piensa llevarnos al chaval, a mí y a alguno más a los clubes que tiene cerca de la bahía. A los buenos, ya sabes. Vamos a pillar algo en uno de ellos. Lionel nos ha reservado a todas las muñecas que tiene repartidas por el estado. Por fin vamos a celebrar que regresamos sanos y salvos. También se viene con nosotros el otro crío Brujah del alguacil.

A medida que Elliot peroraba, Michael reparó en unas motas marrones resecaas que le ensuciaban el filo de los caninos. Tenía mejor color que de costumbre. Elliot estaba de tan buen humor porque ya se había servido esa noche. No era de extrañar que hubiera salido tarde de Lansing.

–Creo que ahora no sería lo más conveniente para mí.

–Consiguió decir Michael. Sentía que iba a empezar a vomitar agua estancada como tuviera que seguir conversando con Elliot. Darien había muerto para que aquel... macarra... ¿se fuese de juerga? ¿Cuando ni siquiera se había molestado en llegar puntual a la ceremonia que había sido posible gracias a la muerte de Darien? Tenía que irse de allí antes de que la bestia que rugía en el fondo de su mente se apoderara de las riendas y arrinconara en su segundo plano a su confusa voz racional. La generación de Elliot estaba más próxima a la de Adrock que la de Michael, pero era mucho, mucho más joven que Michael. Y lo que menos se esperaba sería que... – Me voy –dijo, muy despacio. Cada una de las palabras le sabía a ceniza–. Me voy a alimentarme en *mis* terrenos, en *mí* territorio. –Procedente de algún lugar de su interior, más allá de la bestia o de su creciente cólera, añadió:– Pero no se me olvida la invitación. Ya te buscaré otra noche.

–Claro, Michael. –Elliot tachó a su interlocutor de la lista de planes y se encaminó hacia la puerta que le conduciría al interior del edificio–. Cualquier otra noche.

–Pronto –dijo Michael. Estaba seguro de ello. Mientras Elliot se disponía a reunirse con sus amigos y a comenzar la celebración, Michael se encaminó hacia el coche que lo esperaba bajo la lluvia.

Calvin Bainbridge se encontraba sentado a solas en la mitad pública de su despacho, abriendo y cerrando los puños con fuerza. Había tenido que ejercer todo su control sobre sí mismo antes de la reunión. Las palabras que compartiera Marion Adrock con él antes de irse habían dificultado la tarea.

Ambos habían regresado al despacho de Bainbridge al término de la ceremonia del nuevo chiquillo de Lionel y Adrock le había ordenado que se sentara. Manteniendo la fachada de docilidad, aun cuando se opusiera a sus instintos, Bainbridge había obedecido.

–Hay un traidor en mi dominio –había dicho Adrock, sin preámbulos, cerrando con llave la puerta de la oficina.

–¿Mi príncipe? –Bainbridge había conseguido no atragantarse con las palabras, pero no pudo evitar el que sus facciones evidenciaran sorpresa. Esperaba que la expresión pareciera deberse a la información en sí y no al hecho de que Adrock hubiera decidido revelarla.

–Hace tiempo que albergo sospechas –continuó Adrock. Se situó junto a la mesa de Bainbridge y miró por la ventana. Apoyó las yemas de los dedos en el escritorio y sus uñas, viejas y duras, arañaron con estrépito la pizarra—. La muerte de Darien Salway no hizo sino confirmarlas.

La mente de Bainbridge galopaba desbocada, intentando seguir la lógica de Adrock.

–¿Un infiltrado del Sabbat? –preguntó. Rezó para que el alivio que transpiraba su voz no fuese demasiado evidente. Adrock carecía de la percepción sobrenatural de Villanova, pero era más antiguo que Iron Rapids y que la totalidad de aquel condado en pañales al completo. No cabía duda de que todo ese tiempo le confería la experiencia necesaria para descubrir un subterfugio.

–Para ser precisos, un chivato. Los Sabbat de Detroit esperaban al grupo de Jeremy Talbot. Sabían de su llegada. Sabían a qué obedecía su viaje y anduvieron siempre un paso por delante de él mientras su grupo hacía su trabajo. Es la única explicación.

Bainbridge caviló en silencio. Adrock se encontraba a menos de dos metros, observando la ciudad amortajada de lluvia a través de los

cristales. Parecía que no había descubierto el golpe de estado que se fraguaba, pero el asunto que había sacado a relucir no era menos peliagudo. Si Bainbridge decía algo indebido, Adrock dirigiría sus sospechas en la dirección más inconveniente y todo el plan se vendría abajo sin necesidad de sacarlo a la luz.

–¿De quién sospecha?

–De todo el mundo, desde luego --respondió Adrock, con una fina sonrisa desprovista de humor. El príncipe llevaba contando el mismo chiste desde tiempos inmemoriales--. Pero de nadie tanto como de mis más allegados.

–Naturalmente, señor. --Cuando hubo transcurrido un momento de rigor, añadió:-- ¿Qué debemos hacer?

–Ya está hecho. --Adrock se apartó al fin de la ventana. A la tenue luz de la habitación, los ojos del príncipe parecían negros por completo.

–¿Señor?

–Envié al grupo de Jeremey Talbot a Detroit para corroborar mis sospechas. El hecho de que fuese interceptado y expulsado confirmó mi teoría. Es de lamentar la pérdida de nuestros contactos en Detroit, pero el experimento en sí tuvo su utilidad.

–Así que, sólo aquellos que estuvieran al corriente con antelación de la partida del grupo podrían haberle dado el soplo al Sabbat. Por tanto, uno de los que lo supieran será el chivato.

–Sí.

–¿Quiénes componen ese grupo? Es decir, aparte de Jeremey, Lionel, Elliot y Darien.

–David Ellsworth, tú y yo --comenzó Adrock--. También Marcus Villanova y Laurence Maxwell lo sabían. Ayudaron a planear la incursión, como recordarás.

–La inquilina de Jeremey, Clare, probablemente también estaría al corriente --aventuró Bainbridge--. Lionel podría haber dispuesto los preparativos con su nueva progenie antes de partir. Mi propio chiquillo debía de saberlo. Pero, tras ultimar los planes, le pedimos al grupo que anunciara sus intenciones a una representación de toda la ciudad. Cualquiera de...

–No hubo tiempo. La ofensiva del Sabbat estaba demasiado bien organizada. Anunciamos la partida la misma noche en que se fue el grupo. El Sabbat ya estaba preparado y a la espera cuando llegaron. No podrían haberse movilizado con tal efectividad con menos de una noche de antelación. Eso descarta también a tu amigo, Christopher

Flynne.

–Sí, señor –asintió Bainbridge. Le había pedido a Adrock que telefonara a Flynne una noche antes de la partida del grupo y Christopher había llegado poco antes de que diera comienzo la ceremonia en que Talbot y el resto de su equipo habían declarado sus intenciones de infiltrarse en Detroit. Si Adrock no sospechaba de Flynne, reflexionó Bainbridge, tampoco él estaría en el punto de mira, puesto que había sido el Vástago que había recomendado a Christopher—. Lamentablemente, eso nos deja a toda la jerarquía del dominio. No resulta precisamente halagüeño.

Adrock convino con un cabeceo y continuó mirando a Bainbridge en silencio. Calvin sabía que ser el primero en apartar la vista equivaldría a admitir que era indigno de confianza (a los ojos de Adrock), pero se resistía a mantener el pulso por demasiado tiempo, no fuera a parecer un desafío a la autoridad del príncipe.

–Ahora que sabe a ciencia cierta que existe una fuga de información, príncipe Adrock –dijo, al cabo–, ¿qué medidas deberíamos adoptar para taponar la brecha?

–He hecho que lleguen ciertos rumores a oídos de cada una de las personas sospechosas –respondió Adrock, sin dejar de mirar a Bainbridge a los ojos–. En el momento en que alguien emplee esa información en mi contra, sabré quién ha sido el responsable.

–Parece una solución razonable. –Bainbridge podía sentir cómo cosquilleaban sus músculos bajo el escrutinio de Adrock, pero también sabía que debía mantenerse impertérrito.

–Gracias. –La palabra sonó monótona y carente de matices, pero Bainbridge sabía reconocer el sarcasmo cuando lo tenía delante–. Ahora, escucha con atención. Esta es la información que quiero que hagas circular tú.

Cuando el príncipe hubo pronunciado aquellas palabras, todas las alarmas enloquecieron en la mente de Bainbridge. Ejecutar un plan de aquel modo era una insensatez. Nadie desvelaba ese tipo de información sin más. Si Bainbridge fuese el chivato, sin duda haría caso omiso de lo que se le confiara.

–Ha llegado a mis oídos que el chivato de mi dominio podría estar implicado en una conspiración contra mi persona. Creo que planea dar un golpe de estado destinado a apartarme de mi trono de autoridad. Si no me equivoco, dicho golpe se sustenta en la esperanza de que yo me haga fuerte en Detroit, acuda allí para redoblarlos esfuerzos y, mientras tanto, aquí se derribarán los pilares que sustentan mi poder.

Bainbridge se quedó de piedra.

–Un rumor de estas características tendría un valor incalculable para el Sabbat, puesto que les allanaría el camino para sembrar la discordia en el seno de la mismísima jerarquía de mi dominio.

–Sin duda lo haría, sí --dijo Calvin, conservando la calma pese al instinto animal que le urgía a salir corriendo antes de que el príncipe dijera nada más.

–Un golpe de tales características sin duda tendría bastantes probabilidades de dar resultado. De no ser, claro está, por el hecho de que no ha conseguido más que abortar mis planes de atacar Detroit.

–¿Señor?

–Ésa es la semblanza de verdad que quiero que extiendas. El informador tal vez asuma que me repliego a causa de la muerte de Darien Salway. Si el Sabbat pensase que se da ese caso, quizá se conformen con quedarse en Detroit fortificando sus defensas contra nuestro próximo y eventual movimiento.

–Pero, si asumen que existe discordia entre nosotros, podrían intentar aprovecharse de ella.

–Exactamente. --No había movido ni un músculo desde que apoyara la mano en la mesa de Bainbridge. Sólo su boca se abría y cerraba. Bainbridge tenía la impresión de que, si permanecía sentado inmóvil por más tiempo, aquellos labios se lo tragarían. O tal vez se hundiera en los negros abismos que eran los ojos del príncipe.

–¿A quién debería comunicarle esta información? ¿De quién sospecha?

–Marcus Villanova --dijo Adrock. La sutil sombra de una sonrisa asomó a sus planos y pálidos labios--. Y Jeremey Talbot. Habría sugerido también a Darien Salway, pero ya ha dejado de preocuparme. ¿O no?

–Sí, mi príncipe. Darien ha muerto.

–Sí. De resultas de una desafortunada maniobra que no era más que un movimiento en falso. ¿No te parece?

–Sí, señor.

Parecía que no hubiera nada más que añadir, pero el príncipe Adrock se negaba a moverse. Se limitaba a permanecer allí plantado igual que una estatua de acero, observando a Bainbridge sin parpadear. La mente de Calvin giraba enloquecida. Adrock lo sabía todo acerca del plan y de su calendario y, aún así, no había hecho nada. Nada salvo enviar al grupo de Jeremey Talbot a una incursión condenada desde el principio contra las atrincheradas fuerzas del

Sabbat, sin más objetivo que el de confirmar una sospecha.

–¿Alguna pregunta? –inquirió Adrock.

–Sólo una, mi príncipe –se obligó a decir Bainbridge. Hubo de recordarse el adoptar un tono de informalidad, por miedo a corroborar lo que el príncipe había señalado tan a las claras–. ¿Qué vamos a hacer acerca de los contactos que perdimos en Detroit?

–Nada –respondió Adrock, dándose la vuelta por fin–. No hay nada que podamos hacer hasta que se resuelva esta situación. Con un informador entre nosotros, cualquier infiltrado que queramos establecer dentro del Sabbat estaría condenado.

Adrock se había marchado poco después de aquello y Bainbridge había permanecido sentado e inmóvil desde entonces, procurando conservar el control de sí mismo. El príncipe Adrock había manifestado abiertamente sus amenazas, pero todavía no había emprendido ninguna acción terminante. Por lo que sabía de la forma de actuar de Adrock, Bainbridge estaba convencido de que el príncipe no disponía de pruebas concluyentes contra él. Marion Adrock, al contrario que otros Vástagos que ocupaban puestos de responsabilidad, no tomaría represalias hasta que estuviese seguro, tanto de que era lo acertado en función de los hechos, como de que existían garantías de éxito. Las pruebas que apoyaran lo primero no tenían por qué ser incontrovertibles, pero Adrock debía estar convencido. Por azares de la fortuna, todavía no se había convencido de que Bainbridge, Villanova y Jeremey estuvieran conspirando contra él. El hecho de que albergara la mínima sospecha era preocupante de por sí, pero podría haber sido peor. Bainbridge disponía de planes de emergencia para cualquier eventualidad, salvo para el peor de los casos.

_____ 19 _____

–Ha llegado el señor Talbot, señor –le indicó a Bainbridge la voz de su sirviente, al poco tiempo. El atenuado sonido emanaba del translúcido receptor electrónico que llevaba colocado en la oreja izquierda, oculto por el pelo encanecido–. Le acompañan tres invitados. En estos momentos se encuentran en el ascensor.

–Descríbelos –murmuró Bainbridge al transmisor electrónico que

sobresalía ligeramente del puño de su chaqueta. Talbot ya le había proporcionado una minuciosa descripción de sus ilustres invitados cuando concertó la cita, pero escuchar los detalles exactos por boca de su sirviente le ayudaría a fijar la descripción, lo que le permitiría sentirse más dueño de sí mismo durante la entrevista. Teniendo en cuenta el cariz que había adoptado esa reunión, necesitaría todas las ventajas que tuviera a su alcance. Por ese motivo no había invitado a Marcus Villanova para que ejerciera de testigo esa noche.

La proximidad de Villanova solía cerciorarle de la veracidad de las palabras de sus invitados y le proporcionaba una valiosa información acerca de cuál era su estado de ánimo, pero no necesitaba jugar con ventaja contra Jeremy Talbot. Se había asegurado el apoyo de Talbot al convencerle de que el golpe de estado, a la larga, propiciaría una fuerza estabilizadora más organizada en el dominio de Michigan que la de Marion Adrock. Al solicitarle su apoyo, Talbot había depositado en él su mayor confianza. A su manera, Talbot era más de fiar que Villanova, o incluso Darien.

–Dos hombres –dijo el sirviente–. Peso medio: ochenta kilos. Altura media: un metro y setenta centímetros. Tez olivácea, pelo rapado, ojos bastante separados entre sí. Chaquetas gris hulla y Dockers de color negro. Camisas negras de cuello alto.

A Bainbridge le gustaba el modo en que su sirviente agrupaba a los dos escoltas de su invitado en una entidad discreta.

–¿Armados? –quiso saber.

–Así lo indica el detector de metales del vestíbulo, señor.

–¿El otro visitante?

–Mujer, caucásica –informó el encargado de seguridad–.

Aparenta treinta y pocos. Traje chaqueta de Chanel, gris hulla, a juego con los escoltas. Ni bolso ni maletín. Tez pálida, aspecto siciliano. Sin maquillaje. Está de pie delante de su escolta, entre el señor Talbot y la puerta del ascensor. ¿Les permito el paso, señor?

Bainbridge asintió, mirando de hito en hito la puerta entreabierta que comunicaba con su despacho privado desde esa antesala. Si la información que le había proporcionado Talbot acerca de la mujer de aspecto siciliano demostraba ser tan exacta como acostumbraba a serlo, Bainbridge no tendría ninguna necesidad de que Villanova ocupara la otra habitación. Talbot no le traicionaría. No implicaría en la operación a nadie que pudiera delatarle.

–Abre la puerta.

Cuando el ghoul de la sala de seguridad hubo desbloqueado la

cerradura del ascensor y sus invitados se hubieron adentrado en el pasillo que conducía a su despacho, Bainbridge se dispuso a ordenar el diverso material de oficina que cubría su escritorio de pizarra gris. Se aseguró de que los bordes del rodillo secante estuvieran paralelos a los filos de la mesa. Enderezó la lámpara y centró los escasos papeles sueltos en un pulcro montoncito bañado por el haz de luz. Si no se preocupaba de esos detalles, Jeremey Talbot se percataría y se distraería. Si Talbot se distraía, los demás se distraerían a su vez y la reunión degeneraría en pura frivolidad.

Bainbridge se jugaba demasiado en aquella reunión como para correr ese riesgo. Talbot era de confianza, sí, pero también era excesivamente maniático con los detalles. Caso de que el Malkavian creyera ver algo fuera de su sitio, se pondría nervioso y todo el plan de emergencia de Bainbridge sería un fiasco. No obstante, siempre y cuando el despacho se viera pulcro y recogido, Talbot asumiría que todo estaba desarrollándose según el plan.

Cuando hubo transcurrido el tiempo aproximado que solía tardar cualquiera en cubrir la distancia que separaba el ascensor de la puerta de su oficina, Bainbridge enlazó las manos y se arrellanó en su asiento de cara a la puerta. Ésta se abrió un momento después para enmarcar a Jeremey Talbot, vestido en lo que parecían ser la misma camisa blanca y pantalones negros que vestía siempre. A su espalda sostenía un tubo de cartón marrón con ambas manos. Hizo una pausa. Bainbridge reflexionó que lo más probable era que el tubo contuviera el mismo mapa territorial de Michigan que recientemente llevara Michael a Ann Harbor.

–¿Podemos pasar mis invitados y yo? –preguntó Talbot. Siempre preguntaba.

–Entrad y sed bienvenidos --dijo Bainbridge. Hacía años que había descubierto que ésa era la única respuesta que motivaría a Talbot a moverse.

Jeremey dio un paso adelante y otro a un lado para franquear la entrada de la mujer que había descrito el sirviente de Bainbridge. También ella dio un paso adentro de la estancia, se colocó junto a Talbot. Parecía indecisa sobre lo que debía hacer a continuación.

–También usted puede pasar --le dijo Bainbridge, con una cortés inclinación de cabeza--, pero sus sirvientes tendrán que esperar fuera. No esperaba más de dos invitados. --Indicó con ambas manos las dos sillas gemelas dispuestas delante de su escritorio.

La mujer ladeó el cuerpo y, por encima del hombro, dijo:

–Quedaos en el pasillo.

Sin mediar palabra, sus dos fornidos escoltas flanquearon el vano de la puerta y la cerraron cuando hubo entrado su señora. Bainbridge admiró su eficiencia.

–Sentaos.

Talbot fue el primero en moverse. Giró ligeramente hacia dentro la silla que se encontraba a la izquierda de Bainbridge y sosteniendo la mano de la mujer mientras ésta cogía asiento. A continuación, él ocupó la otra silla, con la espalda recta, mirando directamente a Calvin. La mujer se retrepó y miró de hito en hito a Bainbridge y a Talbot, a la espera de que hablara cualquiera de ellos.

–Bienvenida a Iron Rapids, Michigan --dijo Bainbridge, con calma. Sentía la ansiedad que Talbot evidenciaba pero que le roía la mente y amenazaba con contagiársele. Con todo lo que había dicho y dejado entrever el príncipe Adrock esa noche, la amenaza no hacía sino acrecentarse;--. Me llamo Calvin Bainbridge y soy el senescal del príncipe Marion Adrock.

–Aja. --Era evidente que la mujer no se sentía impresionada--. Yo me llamo Lia Milliner. Te agradezco tu hospitalidad, Calvin. Tengo entendido que deseas proponerme cierto negocio.

–Así es --dijo Talbot--. Una oportunidad única.

–Jeremey me ha informado --comenzó Bainbridge-- de que eres una recién llegada a la industria transportista interestatal de Nueva Inglaterra y de que podría interesarte ampliar la influencia de tu familia en Detroit en un futuro próximo.

–Todo eso es cierto --convino Milliner, con expresión cautelosa. Cruzó las piernas y flexionó los dedos sobre los brazos de la silla--. Acabo de adquirir una flota de camiones, para el transporte de coches, la mitad de ellos. Jeremey me ha contado que a tu gente también le interesa "ampliar su influencia" en Detroit. Supongo que querrás que aunemos esfuerzos. Tú pones el dinero y la mercancía y yo, los vehículos. ¿Algo así?

Bainbridge decidió que no le gustaba en absoluto la franqueza con que se conducía Milliner. Técnicamente, su clan era independiente de la Camarilla y del Sabbat (por lo que no tenía por qué mostrarle ningún tipo de respeto convenido), pero su Abraso no debía de haberse producido hacía más de veinticinco años. Ese hecho, sumado a la ignominiosa historia de su clan, debería inspirarla para mostrar una conducta más disciplinada. Se preguntó cómo podía soportarla Talbot.

–No se trata de algo tan tosco. No tenemos intención de solicitar vuestra ayuda en la campaña que hemos emprendido contra los de Detroit. Esa responsabilidad recae sólo sobre el príncipe Adrock y aquellos que él decida implicar.

–En ese caso, ¿para qué he venido? –La mujer se inclinó hacia delante en su asiento y miró a Bainbridge a los ojos–. ¿De qué va esta propuesta?

–¿Jeremey?

–Recientemente, el ecosistema económico de esta ciudad y su estado se han visto, digamos, alterados –explicó Talbot, girando la silla para encararse con la mujer–. El sector transportista está quedándose anticuado y los recursos que nos estamos viendo obligados a desviar para subsanar esa circunstancia son recursos que preferiríamos destinar a nuestros esfuerzos por reclamar Detroit.

–Ya había oído todo eso –dijo la mujer, sin dejar de mirar a Bainbridge–. Sigue hablando.

–Atraemos a los humanos a esta región al competir con los fabricantes de coches de Detroit –comenzó Talbot–. Cuando se fundó la ciudad, por ejemplo, lo que más importábamos era el acero refinado procedente de las minas del río Iron. Cuando Detroit creció hasta convertirse en la potencia industrial que es ahora, bajo la tutela e influencia del príncipe Adrock y su sire, esta ciudad se convirtió en un simbiote, procesando el acero y transportándolo hasta allí. Cuando el Sabbath se alzó con el poder en Detroit, los que pudimos nos reagrupamos aquí. Conseguimos potenciar la economía de la ciudad por medio de antiguas conexiones en la industria, pero el Sabbath fue cortando esos lazos, uno a uno. Al término de la Segunda Guerra Mundial, no obstante, las minas se encontraban vacías, lo que nos dejaba pendientes tan sólo de nuestras fábricas. El sector automovilístico local compite con sus rivales de Detroit y las áreas circundantes para conseguir contratos. Nos beneficiamos del desempate cuando logramos cerrar alguna fábrica en la ciudad de Detroit.

–Lo sé –dijo Milliner. Bainbridge la creyó. Le había pedido a Talbot que informara a algún representante de la familia y clan de Milliner del estado exacto de la situación económica de Iron Rapids–. Ya veo dónde encajo yo.

–¿Que es...?

–En el ámbito del transporte, es obvio. Veamos, os diré cuáles son las cuentas que me salen a mí. Vosotros tenéis productos que

queréis mover de sitio. Yo tengo unos camiones nuevecitos, con el depósito lleno y el remolque vacío. Jeremey me ha dado todas las pistas desde que nos conocimos. No hace falta ser un genio de las finanzas para imaginarse lo que queréis de mí. Lo que no veo por ninguna parte es cómo voy a seros de ayuda en vuestra cruzada contra Detroit.

–No es eso lo que te pedimos –dijo Talbot–. Nos interesas aquí. Tu capacidad para transportar nuestros productos nos evitará la necesidad de confiar en distribuidores de fuera. Al no estar afiliada a ninguna secta, no te salpicará el conflicto que ha estallado a lo largo de la costa este.

–O sea, que no me vais a pedir que me inmiscuya en lo de Detroit. ¿Quién os dice que no voy a coger mis camiones y mi negocio y pactar con alguno de los muchachos de Detroit?

–Ya no tenemos contactos en Detroit –dijo Talbot, con voz grave.

Milliner se giró para mirarle por primera vez desde que se sentaran. Bainbridge apreció la calculadora ferocidad de sus ojos. Tal vez Milliner careciese de tacto y no destacara por su inteligencia, pero lo que no le faltaba era astucia.

–¿Quién os dice que hablaba de pactar con alguno de *vuestros* muchachos? –dijo, serena.

–No estarás pensando en negociar con el Sabbath –protestó Talbot, escandalizado.

–¿Y qué, si lo pienso? –preguntó Milliner, desafiante–. Saben que la familia no está implicada en vuestra guerra. ¿Qué podrían perder pactando conmigo? ¿O yo con ellos?

–Seguridad –respondió Bainbridge–. El Sabbath sólo respeta a los suyos. Si te adhirieras a su ciudad y luego ellos cambiaran de idea, dispondrías de mucho tiempo para lamentarlo. En una ciudad como ésta, o cualquiera de las nuestras, no te enfrentas a tales apuros. Si llegásemos a decidir que tu presencia aquí ya no nos reporta ninguna ventaja, te prevendríamos con antelación para que pudieras marcharte decorosamente. Los de Detroit no se mostrarían tan magnánimos.

–Además –añadió Talbot, con una sonrisa–, la ciudad está a punto de cambiar de manos. No querrás entrar a formar parte de la estructura de poder tan sólo para ser arrastrada por los nuevos vientos de cambio. Por independiente que seas, nuestra jerarquía no apreciaría el hecho de que hubieras decidido aliarte con nuestro enemigo.

Milliner se rió con ganas al oír aquello, lo que consiguió que

Talbot parpadease, sorprendido. A través del nexo que unía sus emociones de forma inadvertida, Bainbridge sintió cómo aumentaba la confianza de Jeremey.

–¿Tan seguro estás de que vuestra gente va a salir victoriosa de ésta? –preguntó Milliner. Una tenue sonrisa seguía prendida de sus finos labios exangües.

–Del todo –dijo Talbot–. Es mera cuestión de tiempo. Harías bien en aliarte con nosotros mientras puedas y establecerte antes del golpe de estado.

–¿Y yo qué gano con esto? Sé que no le ofreceríais un hueco en vuestra ciudad a una independiente que apenas conocéis ni siquiera aunque estuvieseis a punto de nadar en la abundancia. Hay un pero, ¿no?

Bainbridge asintió en silencio. Ya había dicho todo lo que pensaba revelar por el momento. Aunque esa mujer pudiera ser un buen as en la manga y contribuir a consolidar su plan de emergencia, su talante ofensivo comenzaba a poner a prueba su paciencia.

–El pero –dijo Talbot– es que ya hay alguien ocupando el lugar que te ofrecemos. Se llama Elliot Damascus y es chiquillo del chiquillo del príncipe. Es joven, pese a su generación, pero su influencia en la industria transportista en este estado no conoce parangón. Sin él y sin los esfuerzos de su sire, esta ciudad habría perecido hace mucho. También dispone de una fuerte base de operaciones en Lansing, donde caza.

Milliner se quedó sentada, patidifusa, por un momento.

–Si ya tenéis a alguien cubriendo el puesto, ¿para qué me necesitáis?

–Preferiríamos a una independiente antes que al chiquillo del chiquillo de nuestro actual príncipe –dijo Talbot–. Pese al servicio que le presta al dominio, Elliot es impredecible. No siempre contribuye a la estabilidad de nuestro colectivo. Si tú entraras en juego y comenzaras a colaborar en el ejercicio del cargo que ocupa, probablemente se lo tomaría como un ataque. En ese caso, sería el caos.

Una expresión de comprensión se extendió por el joven semblante de Milliner. Miró a Bainbridge y sonrió con la misma ferocidad taimada que evidenciara hacía unos momentos. Calvin le devolvió el gesto, aunque por motivos distintos. Hacía tiempo que había ordenado instalar sistemas de escucha electrónicos en su despacho. Las cintas grababan sobre sí mismas cada noche, a menos que le ordenara al personal de seguridad que guardara el extracto de

alguna por el motivo que fuese. Pensaba dar dicha orden esa noche.

–¿Príncipe actual...? Esto no tiene que ver sólo con Detroit, ¿no es así?

–No, Lia –dijo Talbot, intercambiando una sombría y significativa mirada con Bainbridge, antes de escrutar de reojo la puerta que comunicaba con el despacho privado de Calvin–. Me estoy refiriendo a algo mucho más local.

20

El orgullo de los terrenos de caza de Michael era el palaciego Central Cinema. Aquel lugar había pasado de ser una sala *underground* de sesión reducida a convertirse en un teatrillo de vodevil, antes de dar el salto a teatro respetable para las artes escénicas cuando el territorio había pertenecido a Calvin y el dominio de Michigan aún era joven. Años después de que el territorio hubiese sido transferido a Michael, Calvin había decidido que el teatro en vivo era demasiado culto para la clase obrera que constituía la mayoría de la ciudadanía de Pontiac, Michigan. Dispuso reformar el teatro y convertirlo en una sala de cines más moderna, con la esperanza de satisfacer las básicas aspiraciones lúdicas de la población. Tras el Abrazo de Darien, Calvin y él habían negociado con unos promotores de fuera de la ciudad para reemplazar el Steel Reels Cinema original por el Central Cinema, mucho más grande, aún más moderno y con franquicias distribuidas por el resto del país. Michael se había resentido del cambio a lo largo de los años, insultado en parte por el hecho de que tanto su sire como su chiquillo le hubieran dejado fuera de juego mientras se dedicaban a jugar con su territorio.

Mientras el chófer estacionaba el vehículo delante del teatro tras su retirada del Elíseo, Michael se dio cuenta de que ambos le habían hecho un favor considerable. El edificio se erguía en medio de su aparcamiento igual que la fortaleza de una antigua baronía en el seno de sus terrenos asfaltados y delimitados por rayas blancas. Hasta la última plaza del vasto aparcamiento estaba ocupada y eran muchos los coches que merodeaban de un lado para otro en busca de un sitio libre. La gente atestaba la acera de la fachada del teatro, propinándose empujones y codazos a la espera de que les llegara el turno de abonar una cantidad desorbitada a cambio de un probable

chasco poblado de efectos especiales, exento de guión y sobrado de malos actores.

Como le explicara Darien la primera vez que habían acudido juntos a ese lugar, esa época del año era un interludio entre el declive de los estrenos de verano y el comienzo de la temporada televisiva. Por consiguiente, muchos de los espectadores que abarrotaban el teatro parecían no tener nada mejor que hacer que tirar el dinero para apelotonarse en veinticuatro salas a oscuras donde presenciarían cintas que no diferían demasiado de las que ya habían visto hacía un año por las mismas fechas. A pesar de las explicaciones de Darien, Michael seguía sin comprender a qué venía tanta atracción.

No obstante, sí que comprendía la atracción que ejercía un sitio así sobre alguien de su especie. El inmenso edificio era un hervidero de vida. Largas barras de luces de colores iluminaban a los asistentes, fundiéndolos en una gran masa cambiante. Los carteles y los modelos de cartón proclamaban la proximidad de los próximos estrenos en brillantes letras mayúsculas. El olor de las palomitas y el sudor humano se mezclaba en una fragancia que Michael encontraba sugerente de un modo primitivo. Por encima de todo, la excitada perorata de los niños, adolescentes y adultos se combinaba con el ronroneo de los motores de los coches del exterior y los anuncios amplificadas que se proyectaban desde el interior de los cristales de la taquilla. El propio vehículo de Michael aportó su granito de arena a la fanfarria de fondo mientras se alejaba, dejándolo de pie, solo, ante la hilera de inmaculadas puertas de cristal.

La lluvia había cesado horas antes en esa parte de la ciudad, dejándolo todo empapado y confiriendo a las calles un aspecto untuoso. Michael dedicó un momentáneo vistazo a la marquesina antes de adentrarse en el teatro, dejando atrás la larga e irregular columna de parloteantes hombres y mujeres. El crío que franqueaba el paso, encargado de recoger las entradas y orientar a los espectadores hacia sus salas de proyección, levantó una mano con cara de aburrimiento, a la espera de que Michael le entregara su boleto. Michael fantaseó con la idea de morderle la mano y arrancársela de cuajo para observar la expresión de incredulidad que se apoderaría del purulento rostro del muchacho antes de que comprendiera lo que había ocurrido pero, al final, le enseñó una de las varias tarjetas de plástico que habían impreso Darien y él cuando se hubo construido el cine. El portero miró la tarjeta con expresión alelada antes de indicarle a Michael que pasara, con la vista puesta ya en las entradas de la

siguiente persona. Michael dejó atrás al muchacho y volvió a guardarse la tarjeta en el bolsillo.

En el interior del vestíbulo, Michael sintió la fuerza de la marea de cuerpos en que estaba inmerso. La gente desfilaba desde el revisor de las entradas y se desparramaba desde el mostrador de venta de chucherías en dirección a sus salas de proyección, cruzándose con los espectadores que abandonaban el cine tras ver su película. La clientela del Central Cinema discurría y bullía igual que la sangre bombeada por un corazón sano, caviló Michael, acariciándose un canino superior con la lengua. Se apostó junto a una de las vociferantes y chirriantes máquinas de videojuegos que se encontraban cerca de los aseos y esperó a que el recipiente adecuado se cruzara con él en su camino hacia alguno de los cuatro vestíbulos principales.

Antes de que pudiera encontrar a nadie, alguien le encontró a él.

–Supuse que te vería por aquí si me quedaba esperando –dijo junto a él una voz masculina, exenta de acento regional–. Este territorio es de primera.

Michael giró el cuello bruscamente a la izquierda. Christopher Flynn se encontraba delante de la máquina recreativa junto a la que esperaba Michael, apuntando una enorme pistola de plástico a la pantalla. El vampiro rubio apretó varias veces el llamativo gatillo del arma, produciendo un repiqueteo semejante al de una máquina de escribir. En la pantalla, un grupo de tambaleantes zombis cayeron cosidos por una ráfaga de balas imaginarias. Flynn ladeó la cabeza hacia la izquierda. Su negro parche se le antojó a Michael el ojo independiente de un camaleón. Mantenía el ojo sano fijo en la pantalla, accionando una y otra vez el gatillo de juguete.

–Te he estado esperando en tu casa toda la semana --dijo, antes de que Michael pudiera moverse o pensar siquiera en abrir la boca–. No has dado señales de vida. Menudo plantón.

Michael seguía estando sobrecogido. ¿Cómo había podido pasar por alto la presencia de Flynn? El hambre que sentía no era tan acuciante como para embotarle los sentidos hasta el punto de no reparar en la proximidad de otro Vástago.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Flynn, sin dejar de disparar, sosteniendo la pistola en alto cada seis disparos y apretando el gatillo. Michael observaba hechizado, debatiéndose entre la fascinación que le producía la calidad de las imágenes renderizadas de la pantalla y el paralizador impulso de salir corriendo en lugar de responder a la

pregunta de Flynnne.

–He venido en busca de alguien –dijo, al cabo–. Tengo hambre.

Flynnne asintió y terminó la partida. De tres últimos tiros, impactó en las letras C, A y F que habían aparecido en la pantalla junto al resto del abecedario. Las iniciales ocuparon el primer puesto de una lista junto a su puntuación en la siguiente pantalla. Las otras nueve mejores puntuaciones también pertenecían a "CAF". Al parecer, el vampiro había estado ensayando mientras esperaba. Su rubio cabello rizado y la camisa Hathaway se veían secos, lo que inducía a Michael a creer que Flynnne llevaba bastante tiempo practicando su puntería esa noche.

Flynnne se volvió hacia Michael, muy despacio, hasta clavaren él su único ojo.

–Ésa es una razón tan válida como cualquier otra –dijo, solemne, sin expresión–. ¿Es igual de buena la que te disculpa por haber ignorado mi solicitud y el deseo expreso de tu propio sire hace una semana, cuando tendrías que haber acudido ante mí para presentarme tus excusas?

El tono de Flynnne se parecía tanto al de Calvin que Michael sintió cómo se le hundían los hombros. ¿Harían así todos los vampiros de cierta edad? ¿Asumirían todos que los jóvenes iban a hacer siempre lo que les pidieran, por temor a los castigos y sanciones que pudieran imponérseles? ¿Tratarían a todos sus inferiores como si fuesen menos que... humanos?

–No fui a verle, señor Flynnne –dijo Michael, con una cansina expresión resignada–, porque me resultaba imposible tan pronto, después de haberme enterado de la muerte de Darien. Ya había tenido suficiente por una noche.

Flynnne parpadeó, sorprendido, y apoyó una delgada y alta cadera en la máquina de las enormes pistolas de plástico.

–Chris –dijo, tras una larga pausa.

En esa ocasión, era el turno de Michael de sentirse sorprendido.

–Ésa era la única respuesta que buscaba, Michael –dijo Flynnne–. Y puedes llamarme Chris.

–Chris –repitió Michael, sin comprender del todo la palabra, tal era su perplejidad. Por algún motivo, aquel vampiro no estaba enfadado con él por su obvio e intencionado desliz. Lo cierto era que parecía comprender que Michael hubiera sufrido una pérdida y que hubiese necesitado tiempo para asimilar la tragedia. Para sobreponerse al trauma. Michael se quedó mirando, sin saber qué

pensar.

–Bien. –Flynnne dejó que la sombra de una sonrisa cayera sobre la comisura de sus labios, bajo el parche–. Va, salgamos de aquí. Lo cierto es que tú y yo tenemos que hablar. Pero no delante del rebaño. –Señaló con la barbilla al gentío que merodeaba por el vestíbulo del cine. Ensanchó la sonrisa–. No queremos que se asusten, ¿verdad?

Mientras hablaba Flynnne, Michael percibió por primera vez en su voz un acento suprimido tiempo ha que parecía aflorar tan sólo cuando sonreía. Flynnne redondeaba los sonidos agudos y omitía los suaves, como un nativo del sur de los Estados Unidos. Michael no pudo extraer más conclusiones pero, al menos, estaba seguro de conocer la región. Observó atentamente a Flynnne mientras hablaba y vio los colores pálidos que bañaban su aura. El talante del antiguo Vástago era plácido y afable, sin trazas de agitación ni subterfugio. Parecía que la oferta de conversar era sólo eso. Ni siquiera parecía que Flynnne quisiera nada de él, como solía ser el caso cuando se reunía con alguno de sus mayores. Era la primera vez que Michael conocía a un vampiro mayor que él que se comportara de ese modo.

–De acuerdo. Llamaré a mi chófer.

–No te molestes –dijo Flynnne. Volvió a sonreír–. Yo conduzco. Tengo el coche fuera.

Michael, influido por el relajado encanto del antiguo vampiro, se adentró en la noche siguiendo sus pasos.

_____ 21 _____

El vehículo de Flynnne era una monstruosidad negra azulada puesta a punto que rugía como un oso cuando corría mas, pese a su tamaño y a su inusitada potencia, se conducía entre el denso tráfico con la misma ligereza que una moto o una persona a pie. Michael, en su afán por aparentar aplomo e indiferencia a despecho del paisaje que zumbaba junto a la ventanilla convertido en un borrón, asía el reposabrazos montado en la puerta preguntándose cómo era posible que Flynnne pudiera maniobrar con tanta seguridad en medio de aquel tráfico bajo la llovizna careciendo de perspectiva.

–Probablemente ahora te estés preguntando –dijo Flynnne, sin apartar la mirada del parabrisas– por qué no se te echó encima Calvin la noche después de que descubrieras que Darien había muerto.

Michael recordó la confusión que había sentido aquella noche al hablar con Calvin.

–¿Qué sucedió?

–Le mentí --respondió Flynnne, sin vacilación--. Mientras te esperaba, me imaginé lo que debía de haberte retenido. Alrededor de las cuatro llamé a Calvin y le dije que habías llegado tarde, pero luego te hice quedar como a un perfecto arrepentido. Por lo que a él respecta, apareciste, me pediste perdón de carrerilla y yo me fui. Lo que Calvin quería escuchar, sin rebozo. Después de aquello, intenté adivinar dónde estarías pernoctando y avisé a Calvin de que ibas a quedarte en la antigua casa de tu chiquillo.

–Calvin te creyó --musitó Michael, atónito. Nunca se le había pasado por la cabeza siquiera la posibilidad de mentir a Calvin. La larga vida de su sire había agudizado sus instintos contra tales embustes. Le desconcertaba la mera idea, no sólo de que alguien pudiera mentir a Calvin, sino de que éste se tragara el anzuelo.

–Claro que sí. --Flynnne adelantó a un coche que iba demasiado despacio. Michael decidió ignorar el aterrorizado rostro que pudo atisbar por la ventanilla del conductor, a menos de veinte centímetros de su propia cara--. No sabía que tuviera motivos para no hacerlo. Aprende algo de eso, Michael. La mejor manera de lidiar con los abuelos como nosotros es decirnos lo que queremos oír. ¿Lo entiendes?

–Desde luego, Chris --respondió Michael, llevando el ejemplo a la práctica de inmediato. Flynnne hizo una mueca, pero guardó silencio--. Chris --continuó, tras varios minutos de mutismo--, ¿de qué conoces a Calvin?

–Nuestros sires se conocieron antes de la expansión hacia el oeste --dijo Flynnne. Michael no supo si se estaba refiriendo a la expresión americana de su Destino Manifiesto o los primeros y arriesgados viajes con rumbo al Nuevo Mundo--. Nos presentaron cuando los Sabbath dejaron de matarse entre sí y empezaron a matar a todos los demás. Volvimos a vernos cuando Marion Adrock declaró que tenía intención de "reclamar el sustento industrial de Detroit por el bien de la Camarilla".

–¿Vivías en Michigan por aquel entonces?

–No. Para cuando se hubo fundado esta ciudad, Calvin andaba metido en política y yo ya había comenzado mi carrera como mensajero.

Michael asintió. Calvin había descrito de pasada las proezas de

Flynnne la primera vez que había aparecido éste para dirigir al grupo de Jeremey Talbot a Detroit. El hecho de que Flynnne nunca hubiera vivido en el dominio explicaba su actitud desdeñosa para con las normas y los límites que regían las no-vidas de sus habitantes. Andar siempre de dominio en dominio sin duda contribuía a distanciar a cualquiera de la rutina de la existencia nocturna del vampiro medio.

–Me gusta pensar en ello como en un trabajo de mensajería –explicó Flynnne, al ver que Michael no decía nada–. Conecto las ciudades seguras del país entre sí cuando está en entredicho la seguridad del teléfono, el fax, el módem y el correo postal. O en casos como el que nos ocupa en esta ciudad. Sé cómo esquivar a los lupinos. Sé cómo esquivar al Sabbat. A veces me piden que viaje con acompañantes.

A Michael le parecía que Flynnne era una persona con la que resultaba sencillo conversar, pero era eso mismo lo que le intranquilizaba. Ningún vampiro mayor que él se había dignado siquiera dirigirle la palabra mientras no lo hiciera en cumplimiento del deber y, pese a todo, Flynnne se mostraba abierto e incluso amigable. Aunque Michael agradecía la campechanería, también le inspiraba desconfianza. ¿Cuáles eran sus motivaciones? ¿Esperaría algún favor a cambio de su camaradería?

–Hace poco más de un mes –continuó Flynnne, ajeno a las cuitas de Michael–, me llegó el mensaje de que Adrock planeaba poner el pie en Detroit. Quería que me presentara aquí y que introdujera a algunos exploradores en el territorio del Sabbat, a fin de allanar el camino para la incursión planeada. Así trabajo. Alguien que conoce mi nombre y mi talento habla con alguien que tiene contactos y, antes o después, ese alguien me busca. Si el encargo merece la pena, interrumpo mi vagabundeo por el país y paso a ocuparme del asunto.

–¿Merecía la pena la incursión en Detroit? –preguntó Michael, sin alterarse.

–En opinión de Calvin, sí. Me convenció de que sacaría tajada en cuanto Adrock me instalara en la ciudad. Eso, y que Talbot me lo pintó de color de rosa. Me explicó hasta el último detalle, con sus pros y sus contras, por hache y por be, hasta que ya no pude decirle que no. Consiguió que sonara como si fuesen a morir los cuatro si yo no iba con ellos y les ayudaba a burlar a los locales.

Michael se crispó el escuchar aquello.

–Creo que me he dado cuenta de algo, Chris.

–¿De qué se trata?

–He descubierto que tu trabajo debe de obligarte a pasar mucho tiempo solo. No creo que tengas muchas oportunidades de entablar conversación.

Flynn esbozó una sonrisa sardónica y meneó ligeramente la cabeza.

–Tienes razón. Perdona. Supongo que te debía una disculpa.

Aquellas palabras provocaron en Michael un escalofrío que no había vuelto a sentir desde la primera vez que se alimentara con Darien. Uno de sus "superiores" había tenido en cuenta sus sentimientos, se había disculpado por haberlos herido y rehusaba recriminarle el que le hubiera llamado la atención al respecto. Aquellas sencillas palabras aliviaron en gran medida el recelo de Michael. Empero, transcurridos algunos instantes, se sintió algo culpable por haber forzado la disculpa. Mientras observaba por la ventanilla el borrrón de luces y viandantes que bordeaban la carretera, dijo:

–Lamento lo ocurrido en el Elíseo.

–¿A qué viene eso? –preguntó Flynn, con gesto extraño–. ¿Qué hiciste mal? O, mejor dicho, ¿qué crees que piensa Calvin que hiciste mal?

–Piensa que te insulté al inferir que habías sido descuidado en tu trabajo y que habías espantado a mi musa.

–¿Es eso lo que de verdad crees? –Flynn apartó el ojo de la carretera por un momento para cruzar la mirada con su pasajero.

Michael guardó silencio. Todavía no sabía lo suficiente de lo que había ocurrido en Detroit como para emitir un juicio al respecto. Cuanto menos, Flynn parecía dispuesto a hablar acerca de lo que había sucedido.

–Lo cierto es que no lo parecía –dijo Flynn, volviendo a concentrarse en la conducción–. Por eso te mentí. No pensaba que me debieras ninguna disculpa.

–Entonces, ¿sólo estabas siguiendo la corriente a Calvin aquella noche, antes de irte?

–En gran medida. Aunque sí que quería hablar contigo. Sobre Detroit. Sobre Darien. Sobre lo que ocurrió... sobre todo cuanto puedo recordar con claridad. Aquella noche, antes de que intervinieras, estaba diciéndole a Calvin que pensaba hablar contigo. He de admitir que te tendí toda esa trampa del insulto en busca de un pretexto para que te reunieras conmigo. Calvin no pensaba avisarte.

Michael encontraba particularmente frustrante el hecho de que Flynn hubiese ideado su amonestación y la drástica reestructuración

de sus territorios de caza en aras de facilitarle una información que tendría que haberle proporcionado por iniciativa propia desde un principio. Sin embargo, no era peor que el hecho de que Calvin, al parecer, no hubiese tenido intención de contarle nada. O de que Elliot hubiera tenido el buen ánimo y la disposición de irse de celebración. O de que Lionel hubiera recibido permiso para engendrar a un nuevo chiquillo. O de que Jeremey no se hubiese molestado en relatarle lo sucedido, aun cuando ya hubiera transcurrido más de una semana.

–¿Qué querías contarme? –preguntó Michael.

–Todo lo que pueda. Aunque desconozco todos los detalles.

Resulté muy malherido.

Antes de que Flynne pudiera arrancarse, Michael le interrumpió.

–¿Por qué vas a contármelo? Calvin me conoce desde el principio y tú, desde hace apenas algunos días. ¿Qué te hace pensar que sabes lo que más me conviene mejor que él?

–Ten esto muy presente, Michael –dijo Flynne. El aire que los separaba se tornó gélido. Su rostro se endureció de nuevo y Michael vio el rostro del hombre que creía que había insultado delante de Calvin hacía una semana–. Me la trae floja lo que más te convenga. Sólo quiero que sepas lo que ocurrió. Es importante para mí. Allí paso algo que juré que no permitiría que volviera a ocurrir. Si no hago algo al respecto, jamás podré volver a descansar tranquilo.

–Entiendo –dijo Michael, soltando lo primero que le vino a la cabeza y que no fuese a sonar como un ataque ni una reprimenda personal–. No tendría que haber preguntado. –Se guardó para sí el hecho de que había visto el color del engaño diluido en el aura de Flynne, como sangre en el agua. Sucedió cuando Christopher había dicho que no le importaba lo que a él más le conviniera.

Cuando el coche de Flynne se acercaba al puente de Iron Bridge por segunda vez desde que comenzara el paseo, Michael se dio cuenta de que no se dirigían a ninguna parte en concreto. Estaban conduciendo en círculos, sin destino.

–Lo último que recuerdo –dijo Flynne– es haber pensado que habíamos fracasado y que todo era culpa mía. –Meneó la cabeza y Michael escuchó el aullido del motor cuando aceleró el vehículo–. Por lo menos Darien seguía con vida en esos momentos, lo que ya era algo.

Flynne prosiguió con el relato sin que Michael le interrumpiera ni le apremiara en ningún momento. Los cinco Vástagos se habían infiltrado en Detroit siguiendo una ruta segura que atravesaba la

ciudad de Dearborn. Flynnne los había llevado a un refugio seguro desde el que proseguirían su avance a la noche siguiente. El príncipe Adrock les había proporcionado una lista de tres nombres, correspondientes a los tres últimos Vástagos leales a la secta que habían desaparecido en Detroit. Dichos Vástagos habían cortado todos los lazos que los vinculaban con la Camarilla y entre sí, con la esperanza de establecer asideros seguros dentro del territorio del Sabbat y recabar información acerca de la fuerza y el número de los vampiros del Sabbat de Detroit. Los Vástagos del grupo de Talbot tenían que encontrar a esos vampiros diseminados y regresar a Iron Rapids con ellos y con la información que hubieran logrado reunir.

Michael ni siquiera conseguía empezar a imaginarse cómo debían de haberse sentido esos tres Vástagos durante los años anteriores al intento de rescate del grupo de Talbot. Apartados de cualquier cara amiga en sus hogares, rodeados de lunáticos a quienes les importaban menos que las Tradiciones según las que vivían todos los vampiros de la Camarilla, sin saber nunca a ciencia cierta si estaban a salvo o si irían en su busca. Si él hubiese estado en su lugar, no creía que hubiera podido salir siquiera de su refugio para alimentarse. Siempre mirando por encima del hombro, con la seguridad de que bajar la guardia equivalía a buscarse la ruina, se habría vuelto loco. Asumiendo, claro está, que no hubiese salido corriendo en busca de un lugar seguro, y que los vampiros del Sabbat no dieran antes con él. O los lupinos.

—Durante los primeros siete días, lo único que hicimos fue investigar —dijo Flynnne—. Nos quedamos en nuestro piso franco, intentando seguir la pista de aquellos nombres. Talbot fue el que más trabajo tuvo, examinando los informes y los archivos malversados que les proporcionábamos Lionel, Damascus y yo. Elliot se ocupaba de los ordenadores. Lionel y yo dedicábamos casi todo nuestro tiempo a la vigilancia. También nos ocupábamos de conseguir algún que otro refrigerio.

—¿Y Darien?

—Al principio no estaba muy ocupado —respondió Flynnne, retomando el hilo sin mostrarse agitado por la interrupción—. Su contribución aumentaría más adelante pero, al principio, era Talbot el que no daba abasto. Lo cierto es que tiene aptitudes de detective. Encontró a dos de los tres contactos en el transcurso de las tres primeras noches. Al llegar la sexta ya casi tenía localizado al último. Cuentan que trabajaba para Scotland Yard antes de unirse a nuestra

especie. Se notaba.

–Entonces, ¿qué hacía Darien? –preguntó Michael. A tenor de lo que contaba Flynnne, se temía que su chiquillo hubiera sido poco más que una rueda de repuesto.

–En fin. –Ahora que Michael había vuelto a interrumpirle, su aura comenzaba a ofrecer un tinte más agitado. La aguja del cuentakilómetros se ladeó aún más hacia la derecha–. Cuando hubimos descubierto dónde se suponía que estaban escondidos los topes y cuál era su fachada, fue Darien el que ayudó a encontrar sus madrigueras.

Michael frunció el ceño, confuso.

–Verás –explicó Flynnne–, una cosa es saber que si se solapan las rutas de las patrullas policiales y las zonas vigiladas por una ronda de vecinos significa que uno de nosotros vive en el barrio donde confluyen todas las zonas "seguras", y otra muy distinta es saber dónde está ese barrio en concreto. Darien conocía las calles. Sin él no habríamos podido movernos tan deprisa por la ciudad. Había pasado allí toda su vida, antes de que aparecieras tú. La conocía como la palma de su mano.

–Ya me acuerdo. –Michael revivió el pasado en su cabeza–. Me dijo que siempre había aspirado a convertirse en concejal de aquella ciudad después de publicar su primera novela. –Lamentablemente, reflexionó Michael, esa primera no vela nunca había encontrado a un editor que apostara por ella y Darien se había retirado a la ciudad de Jackson con el rabo entre las piernas.

–A lo mejor se le habría dado hasta bien. Ese chaval no se arredraba ante nada. No le vi nervioso en todo el tiempo que pasamos allí. –La sangre diluida en agua volvió a aparecer en el aura de Flynnne.

–¿Entonces? –preguntó Michael. La velocidad del coche había comenzado a empujar ligeramente a Michael contra el respaldo de su asiento. Se alegró al ver que Flynnne se adentraba en la autopista 38. La carretera bordeaba el perímetro de Iron Rapids y, pese al omnipresente tráfico rodado, estaba libre de curvas cerradas y semáforos–. ¿Qué pasó?

Flynnne esbozó una sonrisa sardónica, desprovista de humor.

–Nos encontraron.

–¿Cómo?

–Si lo supiera, no habría dejado que ocurriera, Michael. Supongo que no pusimos el suficiente cuidado. El Sabbath había dispuesto de

mucho tiempo para organizarse en Detroit. Es probable que tuvieran el ojo echado a todos los lugares en que buscamos cuando empezamos a intentar descubrir a los contactos de la Camarilla. Seguramente ellos llevaban todo ese tiempo tras su pista. Creo que vieron la información en que nos estábamos basando, decidieron comprobarla, extrajeron sus propias conclusiones y se nos adelantaron por la mano.

–Pero, ¿cómo iban a saber dónde buscar? –preguntó Michael, que dividía su atención entre Flynnne y los coches que poblaban la autopista a su alrededor–. ¿Cómo iban a saber siquiera que estabais en la ciudad?

Volvió a arrepentirse de haber hablado sin pensar. El aura de Flynnne se cerró como una ostra y desapareció y, en esta ocasión, parecía enfadado de verdad, no de mentirijillas como ocurriera en el Elíseo. Michael sabía reconocer cuándo alguien ocultaba su vergüenza, no obstante, y deseó no haber abierto la boca.

–No quieras saber cuál es mi opinión al respecto –dijo Flynnne, con voz queda.

Michael pensó en disculparse por su desliz, pero decidió no hacerlo. Parecía que Flynnne estuviera poniendo freno a sus emociones y recalcar lo que las había agitado sería contraproducente, por decir algo. Sin mencionar el hecho de que habían entrado en una sección más transitada de la autopista y que Michael no quería distraerle. Esa parte de la autopista 38 desembocaba en un cruce en trébol donde confluían dos grandes interestatales y los trailers de dieciocho ruedas colapsaban el embudo de la salida.

–Debimos darnos cuenta de que algo iba mal la noche que encontramos a nuestro primer contacto –dijo Flynnne, tras sortear a un camión que había decidido cambiar de carril y rozar la mediana del centro de la autopista. El conductor del camión tuvo que dar un volantazo para no golpear la cola del coche de Flynnne y aporreó la bocina con furia mientras se alejaba. Parecía que Flynnne no se hubiera percatado–. Jeremey había dado con él en su escondite, una casa de los suburbios que rodean el centro de Detroit, así que Lionel, Darien y yo fuimos a por él. Elliot y Jeremey se quedaron para controlar la emisora de la policía y localizar a nuestro tercer contacto. Cuando llegamos al refugio del primer tipo, su coche seguía en el camino de entrada y las luces del porche estaban apagadas. También el interior se veía a oscuras.

–¿Debisteis daros cuenta de que algo iba mal a partir de esos indicios? No lo entiendo.

–No había guardias. Ni puestos de vigilancia. Nadie intentó detenernos. Nos paseamos en coche por el camino de entrada y nadie se asomó siquiera a ver qué ocurría. Fue entonces cuando debería haberme percatado de que aquello olía a chamusquina. Tendría que haber dado media vuelta, recoger al resto del grupo de Jeremy y salir de Detroit como alma que lleva el diablo.

Michael miró de reojo el cuentakilómetros del coche. La aguja superaba los ciento setenta kilómetros por hora y Flynnne no parecía dispuesto a aminorar la marcha. Se preguntó si sería consciente siquiera de la velocidad a la que conducía, así como de por qué no había intentado detenerlos todavía ningún coche patrulla.

–Pero no. No sospeché nada –continuó Flynnne–. Los tres bajamos del coche y entramos en la casa. Cuando encontramos la puerta principal abierta, empezamos a darnos cuenta de que algo andaba mal. La casa estaba en silencio. El aire acondicionado estaba apagado, el contestador automático estaba desconectado, no sonó ninguna alarma que indicara la presencia de intrusos. Nada.

–¿Vuestro contacto no estaba allí?

–Ojalá. Nos separamos. Lionel fue al piso de arriba. Todas nuestras pisadas resonaban en los suelos de duramen de la casa y yo me encontraba justo debajo de él cuando dejé de oírlas suyas. De repente. En un momento caminaba a largas zancadas y, al siguiente, silencio. Darien también se dio cuenta, justo cuando se disponía a registrar el sótano. Ambos decidimos comprobar qué ocurría al mismo tiempo y nos encontramos en la escalera. Descubrimos a Lionel arriba, en el dormitorio principal.

–¿Qué había ocurrido?

–Se había quedado en el umbral, con un pie adelantado, mirando la habitación. Inmóvil. Darien intentó apartarlo para ver qué era lo que estaba mirando, pero Lionel era como una columna de piedra. Retuvo a tu muchacho, como si no quisiera que lo viera. Espié por encima de su hombro y también me quedé paralizado. Oí cómo Darien contenía el aliento.

–¿Qué era?

–Nuestro contacto. La mayor parte. Estaba en la cama, pero no entero. Era una de esas camas con dosel, de cuatro postes. Le habían atado los brazos y las piernas a cada uno de ellos con alambre de espino herrumbroso. Alguien lo había cubierto con el techo del dosel. Lo habían sujetado con tanta fuerza que pendía suspendido por encima de las sábanas. Vi arañazos en los postes, allí donde el

alambre había rascado el barniz. Debía de haber pataleado y forcejeado para que se produjeran aquellas marcas. No sé durante cuántos segundos nos quedamos allí, pero no fue demasiado. Cuando nos hubimos recuperado de la sorpresa, pasé junto a Lionel y éste entró detrás de mí como si hubiera pulsado su botón de encendido. Darien siguió nuestros pasos y nos llamó la atención sobre algo que habíamos pasado por alto. Alguien había roto el espejo de pared de la habitación. Cuando retiramos el dosel, vimos adónde habían ido a parar los cristales. Alguien había cogido los trozos más largos y había apuñalado al pobre bastardo hasta clavarlos en el colchón debajo de él. Le habían obligado a tragarse los pedazos más pequeños. Muchos de los fragmentos que sobresalían de su espalda se habían roto, cubriendo las sábanas con una resplandeciente capa carmesí. Eso debería decirte algo, si lo piensas detenidamente.

Por cierto que así era, pensó Michael. Si los agresores del contacto hubiesen atravesado el cuerpo con cristales después de su muerte, mientras colgaba suspendido de los postes de la cama, los trozos no se habrían roto.

—¿Cuánto tiempo llevaba...? —comenzó Michael, vacilante. Las luces de los coches estacionados que adelantaba Flynnne eran borrosos haces rojos y blancos fuera de la ventanilla—. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—El hijo de puta se estaba descomponiendo ante nuestros ojos. Centímetro a centímetro, la putrefacción rezumaba de cada arañazo, corte y herida de su cuerpo al mismo tiempo. Le cubrió el cuello, era como ver un incendio desde dentro, y oímos cómo caían esquirlas de cristal encima del colchón cuando su cuerpo se pudrió a cámara rápida ante nuestros ojos. Ya había visto morir a otros vampiros y los más antiguos siempre desaparecen de ese modo al expirar. Pero antes siempre había sido rápido. Una vez desaparecía la sangre y se alejaba el espíritu, el cuerpo siempre se descomponía en el acto. Sólo que aquello estaba ocurriendo ante nuestros ojos.

Michael se dio cuenta de lo que quería decir Flynnne antes de que éste reanudara su relato.

—Lionel y yo nos miramos a la vez y luego a Darien. Ninguno de ellos había sido antes testigo de la muerte de uno de nuestra especie, pero sabían lo que teníamos ante nuestros ojos. Al menos Lionel se dio cuenta al instante. Darien tardó un segundo antes de mirarnos y preguntar, "¿Cuánto tiempo tarda en descomponerse el cuerpo de un vampiro después de su muerte?". Fue entonces cuando las cosas se

pusieron jodidas. Mientras los tres estábamos allí plantados, abajo ocurría algo. Sonó como si alguien hubiera volcado el frigorífico. El ruido fue como una bomba en aquella casa en silencio. Nos dimos la vuelta a la vez y nos topamos con una figura de pie en el umbral. Antes de que pudiéramos fijarnos en ella, cerró la puerta de golpe y empezó a reírse. Con ganas. Una risa histérica. Te daban ganas de enloquecer al escuchar aquel sonido. Quise asegurar la puerta, mantener a aquel desconocido carcajeante en el exterior, pero tampoco me atrevía a acercarme. Tenía la impresión de que algo podría emerger por debajo y sacarme a rastras. En ese momento, de repente, se encendieron todas las luces y se escuchó un estrépito de pesadilla. Las lámparas del techo se encendieron al mismo tiempo, los teléfonos comenzaron a sonar, el reloj despertador que había junto a la cama dio las doce con el timbre activado al máximo volumen y se dispararon las alarmas de la casa, todo a la vez. Incluso las luces del exterior parpadeaban, enloquecidas. Pensé que también yo iba volverme loco. Durante todo ese tiempo, continuaron las carcajadas en el pasillo. Sólo que ya no era sólo una voz, sino al menos cuatro. Todas al otro lado de la puerta. Como una exhalación, Lionel empujó la pesada cómoda vacía para bloquear la entrada y Darien rompió las ventanas a puñetazos. Todos estábamos aterrorizados. Darien empezó a gritarnos que saltásemos por la ventana, pero Lionel dijo que teníamos que ayudarle a sujetar la puerta antes de que aquellos cabrones que no paraban de reír intentaran entrar por la fuerza. Allí de pie, en medio de ambos, vi que algo se movía por debajo del mueble. Le grité que tuviera cuidado, por encima del estruendo, y se apartó de un salto antes de que aquella mancha negra surgiera de las sombras y se convirtiera en dos tentáculos entrelazados. Tenía la misma pinta que tu pelo en estos momentos.

El cabello de Michael seguía colgando en lacios mechones ondulados por culpa de la lluvia que había caído a primera hora de la noche. Se llevó una mano a la sien, con gesto ausente, y recogió los rizos rebeldes detrás de la oreja.

—El caso es que aquellos dos brazos se cerraron en torno al aire justo donde había estado Darien, golpearon la cómoda y empezaron a retorcerse mientras alguien empezaba a girar despacio el pomo a uno y otro lado. Los tres decidimos no esperar más. Corrimos hacia la ventana y saltamos tan lejos como nos fue posible. Justo antes de que yo saliera, oí cómo se astillaba el mueble y cómo explotaba la puerta hacia dentro. Acto seguido, volaba por los aires. Sólo era una segunda

planta, pero Lionel fue el único que aterrizó en condiciones. Había cogido una buena carrerilla y se plantó de un salto en medio del jardín, al cuerno la sutileza. A Darien y a mí no nos fue tan bien. Yo pegué un salto de mierda y fui a caer de rodillas sobre el camino de entrada. Rodé y me incorporé de un salto, pero no conseguí poner los pies en el suelo. La rodilla izquierda quería doblarse al revés, la derecha pretendía doblarse de lado y, por mucho que lo intenté, no hubo manera de convencerlas de lo contrario. Había sido tan estúpido de no haberme alimentado aún esa noche, por lo que estaba bien jodido. Quise obligar a mis piernas a recomponerse para que me sacaran de allí, pero el dolor que sentía me hizo ver las estrellas.

—¿Y Darien? —preguntó Michael. La descripción de Flynnne de lo gravemente herido que había resultado no significaba nada para él. Michael ni siquiera se había mordido la lengua desde su Abraso. Lo cierto era que la única herida que había sufrido era la raja que se había practicado él mismo en la muñeca la noche que creó a Darien.

Flynnne meneó la cabeza y guardó silencio. Michael pensó que no tenía intención de responder, hasta que dijo:

—Había desaparecido. Al principio supuse que sabría cómo podemos movernos tan deprisa, pero no era así. Lionel empezaba a incorporarse y yo sabía que Darien no podía ser más veloz que Lionel. Lionel es tan rápido como yo y sabía que Darien no iba a moverse más deprisa que yo. Y menos esa noche. Pero no estaba en el suelo con nosotros. Entonces escuché un alarido sobre nuestras cabezas. Lionel me miró y luego alzó la vista, en dirección al origen del sonido. Se quedó helado. También yo miré hacia arriba, Michael, y déjame decirte que nunca había visto algo igual. Darien seguía en la habitación, de espaldas a la ventana, encarado con lo que fuese que estuviera también el cuarto. Y debía de haber algo, porque tenía los brazos en alto y estaba intentando retroceder. No tenía a dónde ir salvo hacia abajo, pero se quedó delante de la ventana, con las manos levantadas. Me senté y vi cómo se abalanzaba una sombra sobre él. No pude fijarme en lo que había allí adentro, con las luces del exterior centellando y parpadeando, pero era grande. Más grande que yo, más que Lionel e incluso más que Adrock. Lo que pude ver de la sombra casi doblaba en tamaño a Darien. Se le acercó y le golpeó el pecho con tanta fuerza que atravesó a medias la ventana y se quedó allí colgado de los últimos trozos de cristal que quedaban en el marco.

Michael sintió que el reposabrazos comenzaba a separarse de la puerta y se obligó a apartar la mano.

—Su expresión, Michael... Da igual el daño que sufrí ni cuánto viva, nunca podré olvidarla. Me miró directamente, allí colgado, y estiró una mano hacia mí como si quisiera que tirara de él hasta el césped. Ni siquiera la gente de la que me alimento me mira de ese modo. Los dos vampiros que he matado no me miraron así. Darien sabía que se estaba muriendo, pero estaba allí suspendido, debatiéndose, y eso le asustaba. Sintió tanto miedo que pronunció tu nombre. Quería soltarse y escapar, pero no podía. Él lo sabía, por eso tenía aquella expresión en el rostro. Eso es lo que me decían sus ojos. Creo que fue en ese preciso momento cuando comprendió lo que significa ser un vampiro y sintió pavor. Sabía que no importaba lo que estuvieran a punto de hacerle los Sabbath de esa casa, no podría escapar. Su cuerpo le obligaría a sufrir hasta el último segundo hasta que ya no pudiera soportarlo más. No podía desmayarse y perder el conocimiento como haría un humano. Iba a intentar permanecer con vida a cualquier precio. Se dio cuenta de lo fuerte que era y de lo que significaba eso, en el peor de los sentidos. Por suerte para él, Lionel no se había quedado de brazos cruzados. Se movió tan rápido que me costó seguirle con la mirada, se acercó a mí y hundió la mano en el camino de entrada. Parecía que estuviera sumergiéndola en cera fresca. El chaval es fuerte. Me agarró con la otra mano y me echó sobre su hombro. A continuación, se puso de pie con un trozo de asfalto en la mano y la tiró contra la ventana con todas sus fuerzas. Golpeó al payaso que había herido a Darien y el impacto le hizo retroceder hacia el interior de la habitación. Darien se dejó caer desde la ventana para ir a aterrizar convertido en un ovillo en los arbustos próximos a la casa. Su caída se produjo en dos tiempos. Primero se escuchó el golpe de su cuerpo, luego el de las tripas expuestas por los trozos de cristal que le habían traspasado de medio a medio. Lionel ya se había puesto en movimiento. Cogió a Darien por la cintura y cargó con nosotros hasta el coche. Podía olería sangre de Darien, Michael, y me costó no abalanzarme sobre él. Estaba empapado, sus entrañas asomaban a ambos lados del brazo de Lionel. Lionel era lo único que mantenía a Darien de una pieza y yo tenía tanta hambre... Lionel rompió la ventana trasera de una patada y dejó a Darien en el asiento de atrás del coche. No pude evitarlo. El dolor y el hambre me enloquecieron. Empecé a rugir, a forcejear y a intentar colarme por la ventana detrás de Darien. Era lo único en lo que podía pensar. Me daba igual que el Sabbath hubiera salido en nuestra persecución. Me importaba un bledo nuestra misión. Sentía cómo rugía el hambre, eso era todo. Tenía

tanto frío, y Darien era la única fuente de calor que quedaba en todo el mundo. Demonios, sabrás de lo que te estoy hablando.

Michael no respondió.

—Lo último que recuerdo es que Lionel me levantó de los pelos y me estrelló la cabeza contra el techo del coche, con tanta fuerza que perdí el apetito. Sabía lo que estaba ocurriendo e hizo lo correcto. Más tarde me contaría que había abierto el maletero por la fuerza, me había encerrado dentro y nos había sacado de allí como alma que lleva el diablo, de regreso al piso franco. Nos fuimos esa misma noche. Recuperé el sentido tendido encima de una mujer de mediana edad en el arcén de la autopista, aun cuarto de la distancia que separa Detroit de Iron Rapids. Gritó cuando vio lo que era yo, pero cerré las fauces y no la solté hasta que pude volver a mover las piernas. Dejamos su coche en la cuneta, con ella dentro, y volví a subirme con los demás para cubrir el resto del trayecto. Incluso esa parte está borrosa. Los demás me contaron que Darien no había salido de aquella. Dimos esquinazo al Sabbath y volvimos a casa. Les ayudé a elegir el camino de regreso, pero apenas lo recuerdo. El sol nos dio los buenos días cuando aún estábamos en la carretera, asegurándonos de que aquella escoria no nos seguía hasta el Elíseo. Dormimos en el sótano del edificio, como vagabundos. Después de aquello, Adrock, Calvin, Ellsworth y Maxwell acudieron a visitarnos todas las noches durante una semana, interrogándonos acerca de lo que habíamos descubierto, lo que habíamos visto, las circunstancias de la muerte de Darien, todo.

—¿Qué les dijisteis?

—Hasta la última palabra —contestó Flynn—. Ahora que el relato tocaba a su fin, parecía darse cuenta de la velocidad a la que estaba conduciendo. Aflojó el pie sobre el acelerador y salió de la autopista de circunvalación, camino de los terrenos de caza de Michael en Pontiac—. Les contamos cómo habían dado con el rastro de los tres leales a la Camarilla. Les contamos cómo parecía que el Sabbath nos hubiese estado vigilando y supiera lo que intentábamos. Les contamos cómo el Sabbath nos había seguido hasta encontrar a nuestro primer contacto y lo que le habían hecho. Les referí mis sospechas acerca de la posible muerte de los otros dos. Aparte de "herejes" simpatizantes en la sombra o independientes interesados, a la Camarilla no le quedaban partidarios convencidos en la ciudad de Detroit.

Michael apretó los puños sobre su regazo, sin fuerza, con los ojos clavados en ellos. Podía imaginarse el resto de la historia. El príncipe

y los demás antiguos se habían mostrado agradecidos por los enconados esfuerzos del grupo y su heroica fuga. Habían felicitado a los supervivientes por regresar con información vital para la tan cacareada avanzadilla que planeaba llevar a cabo en Detroit el príncipe Adrock, aun cuando esa información hubiera demostrado ser inservible. Habían pactado con los supervivientes cuál era la recompensa que mejor se ajustaba al sacrificio realizado por cada uno de ellos.

Lo mejor que podía esperar Elliot, que había contribuido a recabar información acerca de Detroit en la que se habían basado los demás para extraer conclusiones con vistas a encontrar a sus compañeros, era que a la larga se ajustaran a su favor ciertas conveniencias y asuntos internos sin importancia de la ciudad. Jeremey, que había desempeñado un papel fundamental en la localización de los vampiros de la Camarilla según los términos de la misión, gozaba ahora de una expansión de sus terrenos de caza y del privilegio de compartir dicho territorio con quien quisiera. A Flynnne se le había concedido permiso para quedarse en Michigan por una temporada con el agradecimiento de un dominio complacido por el hecho de que hubiera traído de vuelta sano y salvo al célebre grupo. Y Lionel, que había salvado una vida y había intentado salvar otra, se había ganado el mayor privilegio al que puede aspirar cualquier Vástago. Había recibido permiso para crear a otro de su especie.

Michael había creado a Darien en un arrebató de inspirada locura y a ambos se les había permitido vivir gracias a los excelentes contactos de su propio sire. Lionel había conseguido el derecho de engendrar prole porque había arriesgado su no-vida por las de otros dos. Empero, el chiquillo de Michael había muerto incluso antes de que hubiera nacido a la no-vida el neonato cuya creación había inspirado.

—¿Qué pasó cuando salisteis de la casa? —preguntó Michael, sin alzar la vista—. Entre el momento en que Lionel te encerró en el maletero y la siguiente vez que te alimentaste. ¿Te lo ha dicho alguien? ¿Te han contado cuándo murió Darien? ¿Dónde?

—No. No lo sé, y los demás no lo han mencionado. —El aura de Flynnne se jaspeó de gruesas motas de engaño. Michael lo vio por el rabillo del ojo.

—Mentira.

—Vale, no es exactamente así —admitió Flynnne—, pero no lo tengo tan claro como para encontrarle sentido. Recuerdo parte, pero no todo.

Si quieres oír algo más, tendrás que hablar con alguno de los otros. Tal vez Lionel. O Elliot, a lo mejor él sabe algo. He intentado sonsacar a Jeremey, pero da el tema por zanjado. Eso es lo que tenía en mente cuando respondía a tu primera pregunta. No se trata de falsa modestia. Cuando lo mencioné, se me acercó como si quisiera golpearme. Desconozco el motivo, pero sus labios están sellados. Según Marcus Villanova, tengo entendido que tú ya has hablado con Jeremey Talbot. Supongo que si hubiese mencionado algo al respecto, ahora no me lo estarías preguntando.

Michael asintió en silencio para mostrar su conformidad con esa aseveración, furioso por lo deprisa que parecía transmitirse la información aparentemente privada del mundo real a un oído curioso por boca de una arpía. Lo único que se preguntaba era quién le habría hablado a Villanova acerca de su encuentro con Talbot.

–Si quieres saber lo que ocurrió, Michael –dijo Flynn, deteniendo el coche sin apagar el motor–, pregunta a Lionel.

Flynn había estacionado en la calle en que se encontraba la joyería de Michael y parecía que no pensaba marcharse. La entrevista tenía visos de haber terminado.

–Chris, dime una cosa. –Michael miraba por la ventanilla, sin hacer ningún esfuerzo por salir del coche–. Antes has mencionado algo que no entiendo. Según tú, ocurrió algo que no quieres que se repita. –La expresión de Flynn se ensombreció–. ¿A qué te referías?

Flynn guardó silencio por un momento antes de responder. Mantenía la vista al frente, observando el balanceo de los limpiaparabrisas, escuchando el chapoteo de la lluvia y el ronroneo del motor. Sus nudillos resaltaban lustrosos contra la pálida piel allí donde se había aferrado al volante.

–No sabía si quería contártelo o no –dijo, al cabo–. Pero no lo habría mencionado si no fuese así, ¿no crees?

–Eso pensaba.

–Cuando todavía era joven, no hacía nada de esto. Tenía una vida, por extraña que fuera. Tenía amigos, asistía a los consejos, hacía todo lo que se supone que deben hacer los jóvenes. No se diferenciaba en mucho del modo en que tú pasas las noches. Por aquel entonces tenía un colega que se llamaba Sean. Casi siempre estábamos juntos. Éramos amigos. Éramos felices.

–¿Qué ocurrió?

–La misma historia de siempre. Vivíamos en lo que al Sabbath debía de parecerle un territorio de primera. Un montón de gente,

espacio de sobra para perderse, un buen sitio para que se establecieran y continuaran expandiéndose. Nosotros lo teníamos y ellos lo querían, así que fueron a por él. Se parecía mucho a lo que está pasando ahora en la costa. El Sabbat barrió la ciudad, nos encontró y nos expulsó. Muchas de las partidas de guerra utilizaban fuego.

Michael se estremeció.

–Sean y yo estábamos juntos cuando se nos echaron encima. Estábamos en casa de Sean, jugando a las cartas, aunque no te lo creas. En un momento estaba haciendo trampas al blackjack y, al siguiente, explotan puertas y ventanas y los del Sabbat entran vociferando y blandiendo antorchas. Por lo que a pelear respectaba, por aquel entonces Sean y yo éramos mejores tahúres que boxeadores. Salimos corriendo. Por lo menos, al principio tuvimos la velocidad de nuestra parte. Saltamos por encima de los Sabbat y nos mantuvimos lejos de los que tenían las antorchas. Yo tenía una moto en aquellos años, así que fuimos a buscarla mientras nos perseguían los del Sabbat. Mira que éramos gilipollas. Perdimos el tiempo poniendo en marcha la moto y montándonos en vez de seguir corriendo. Si lo hubiéramos hecho, tal vez habríamos conseguido escapar a pie.

–Pero no lo conseguisteis.

–Los dos, no –confirmó Flynnne–. Estrellé la moto contra la puerta de cristal del garaje y salimos a la calle. Incluso llegué a recorrer buena parte del bloque. Llegados a ese punto, no obstante, la partida de guerra ya se había recuperado. Los Sabbat nos dieron alcance y empezaron a atacarnos con las garras. Desmontaron a Sean, la moto se ladeó y salí despedido. Me levanté con la boca ensangrentada y la mitad del cuerpo destrozada. Un trozo de grava, o una uña, o tal vez un diente, no lo sé, me había atravesado el ojo. Pero aún podía moverme. Me puse de pie y empecé a correr. Miré por encima del hombro antes de ponerme en marcha. Sé que no debería haber vuelto la vista atrás, pero ya sabes lo que dicen de los ojos en la nuca.

Que tienen demasiadas dioptrías, pensó Michael.

–Al mirar atrás, vi que el Sabbat había rodeado a Sean –continuó Flynnne–. Se había hecho daño en la rodilla y no podía levantarse. Era presa fácil y todos querían ponerle las manos encima. Algunos se fijaron en mí, pero yo ya había puesto tierra de por medio en esos momentos. Miré atrás, pero no me detuve. Corrí. Dejé a Sean allí tirado, a sabiendas de que los Sabbat preferirían cebarse con un

herido antes que emprender una persecución. Así actúan, como lobos. Sabía eso de ellos, así que puse pies en polvorosa. Escapé y no me quedó ni una marca.

–Pero tu ojo no se curó –dijo Michael. Por el tono de su voz, parecía que hubiese formulado una pregunta.

–Por supuesto que se curó. –Flynn se volvió por fin hacia él. Los dibujos de luz rosa anaranjada que se filtraban por el parabrisas empapado de agua contribuían a crear la impresión de que su rostro se estaba fundiendo—. Siempre se cura. Se cura cada día, antes de que me despierte. Pero yo no. Lo conservo para recordarme lo que hice por seguir vivo. Lo conservo para acordarme de Sean todas las noches, cuando me despierto de una sola pieza.

–Así que el parche es sólo un... ¿complemento? –dijo Michael, decepcionado.

–Claro. –Flynn levantó el borde del parche. Aun a la tenue luz, Michael pudo ver la carne escondida entre sombras. Una cicatriz fresca roja y negra dividía el orbe, convirtiéndolo en un amasijo informe—. A la mierda, tú y tus complementos.

La mano de Michael se tensó sobre la manilla de la puerta, pero no se movió. Flynn devolvió el parche a su sitio y volvió a clavar la mirada en el parabrisas.

–Entonces, ¿eso es lo que se suponía que no debía volver a ocurrir? –preguntó Michael, con tiento, cuando parecía que su interlocutor no pensaba añadir nada más.

–Ya han muerto dos personas para que yo pueda seguir viviendo –dijo Flynn, en voz baja—. Y no dieron sus vidas voluntariamente. Sean murió porque lo dejé tirado. Lo abandoné. Juré que no volvería a hacerlo. Juré que no volvería a abandonar a nadie a su suerte mientras yo salía corriendo.

Pero había roto su promesa.

–En Detroit –concluyó, antes de que Michael pudiera decir nada–, el grupo de Jeremey Talbot me obligó a incumplir mi juramento. Lo último que recuerdo es que Darien seguía debatiéndose. Aún no había expirado. Pero los demás me cogieron a mí y a él lo dejaron allí. Para cuando volví en mí, ya era demasiado tarde. Había roto mi promesa y no podía hacer nada al respecto.

–Sigo sin entenderlo. ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué te arriesgas a que tu historia llegue a oídos de las arpías aireándola de este modo? ¿Por qué relatarme nada de lo sucedido?

–Porque Darien era tu chiquillo y a nadie le importa su muerte

más que a ti y a mí. La gente de Talbot nos arrebató algo a ambos, lo único que teníamos cada uno. Los dos lo sabemos. Nos quitaron algo que no podemos recuperar.

Michael meditó en silencio sobre aquellas palabras. Empero, cada vez que su mente tocaba el tema, la bestia de su interior cobraba vida. La mantenía atada en corto, pero ahora pugnaba por liberarse. Ansiaba romper sus cadenas.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada —respondió Flynnne—. No hay nada que pueda hacerle a esta gente. No les conozco, no sé cómo actúan. Lo único que puedo hacer es largarme de este apestoso agujero. Tal vez regrese a Misisipí. Por mí, el Sabbat puede reducir a cenizas esta puta ciudad. No pienso volver.

—Yo sé cómo actúan. Conozco a los Vástagos de este dominio. Puede que yo también me marche, pero antes quiero obtener una satisfacción. Alguien va a acordarse de Darien cuando lo consiga.

—Pierdes el tiempo, Michael. Sea lo que sea lo que quieres, no será suficiente.

—Si creyeras eso, no me habrías contado nada. No te habrías quedado tanto tiempo buscando una razón o una excusa para decírmelo. Te habrías largado, sin más. Podrías haberlo hecho, pero no lo hiciste.

Michael sabía que en esa ocasión se había pasado de la raya, pero lo había hecho a propósito. Sin embargo, en lugar de exhibir la ira que hervía y se arremolinaba en su aura, Flynnne se limitó a estirar el brazo hasta la manilla de la puerta de Michael para abrirla.

—Sal de aquí —dijo, en voz tan baja que apenas lograba imponerse al sonido de la lluvia—. Si alguna vez sales de Michigan, procura no aparecer por donde esté yo.

Michael salió del coche en silencio y alcanzó la acera. Flynnne se alejó en cuanto la puerta del coche se hubo cerrado de golpe. Las ruedas traseras del vehículo giraron enloquecidas sobre el resbaladizo pavimento mojado. Cuando el ruido del motor hubo desaparecido y el coche se hubo perdido de vista, Michael se giró hacia la puerta principal de su joyería. El sonido de la ciudad se filtraba a través de la lluvia a su alrededor, semejante a los pensamientos que se sobreponían al rugido de la bestia de su cabeza.

Primero Clare y ahora Flynnne habían visto en Michael algo que él mismo había estado ignorando. Ambos se daban cuenta de que al menos su subconsciente tramaba algo, aun a espaldas de él. Incluso

entonces tenía tan sólo una vaga idea de lo que podía ser ese algo. Si pensaba en ello lo suficiente conseguiría dilucidarlo, pero sus ideas zumbaban y giraban sin control en su cabeza. Estaba hambriento, furioso y cansado, y nada tenía sentido, daba igual cuánto se esforzara por despejar la cabeza. La venganza jugueteaba en su mente, al igual que el hecho de que acabara de ahuyentar a la única alma en toda la ciudad a la que podía considerar un espíritu afín. No había nadie más a quien debiera favores ni a quien estimara, pero tampoco sabía con quién estaba enemistado en realidad, salvo quizá con Jeremey Talbot. Elliot Damascus, era posible. Lionel Braughton, casi por seguro. Pero, ¿en qué grado había contribuido cada uno de ellos a la muerte de Darien? No habría forma de averiguarlo sin intentar hablar de nuevo con alguno de ellos. Aunque tuviera en cuenta lo que le había contado Flynnne, le debía ese último detalle a la amistad que había compartido Darien con esos Vástagos.

Aun así, habían permitido que Darien muriera. Se lo habían callado. Habían contribuido a suavizar el incidente para que ninguno de los demás Vástagos se asustara por el hecho de que el grupo había fracasado. En su posición, Michael no conseguía ver un curso de acción claro que le condujera a extraer otra conclusión más que necesitaba escuchar el relato de las últimas horas o minutos de vida de Darien por boca de alguno de los tres Vástagos que habían sido testigos de sus instantes finales.

En lugar de seguir dándole vueltas al asunto, se quedó mirando su reflejo en el enorme escaparate de su tienda. Las palabras *Luther Fine Jewelry* aparecían perfiladas en caracteres borgoña ribeteados de blanco, pintadas en un arco que enmarcaba su reflejo. A esa hora no había nadie en las calles. Comenzaban a levantarse deleznales penachos y columnas de niebla de los charcos dispersos sobre el asfalto. Las evanescentes y letárgicas gasas se combinaban con la macilenta iluminación rosa anaranjada de las farolas y el cielo oscuro y encapotado para conferir a su reflejo una tonalidad fantasmagórica. Tenía la ropa pegada al cuerpo y el cabello, lacio y sin vida, adherido a los pómulos y al cuello. Con la mirada extraviada, le vino un recuerdo a la mente que le ayudó a despejar las ideas.

—Te encantaba venir aquí —dijo, en voz alta. Las palabras resonaron como el eco que brotara del interior de un hombre hueco. Encarado con su reflejo en la ventana, sus ojos miraron al pasado—. Te gustaba ver cómo cobraban vida las joyas entre mis manos, bajo mis herramientas. Piezas inspiradas, mejores que cualquier cosa que

hubiera creado antes. Te quedabas sentado en silencio, viendo cuánto disfrutaba con mi trabajo. Y eso me ayudaba a disfrutar aún más. Casi tanto como cuando nos alimentábamos juntos. En esas ocasiones, no existía otra cosa en la Tierra. Ni tú, ni yo, ni Calvin con sus normas y sus advertencias. Tan sólo el hambre y la cálida dulzura que la aplacaba.

Un reguero de agua seguía discurriendo por la cuneta, a su espalda. Michael oyó cómo se colaba por la torrentera cercana. Se acercó al cristal y apoyó las palmas de las manos sobre él. Estaba tan cerca que podía ver las vetas de lluvia transportada por el viento que se habían depositado en el fondo. También podía ver el interior de la tienda. Tres expositores formaban un mostrador en forma de U en la sala de muestras. Una puerta trasera comunicaba con su taller. Otra más alejada conducía al sótano del edificio, donde jamás entraba la luz del sol. Uno de los siervos de Calvin regentaba el local durante el día y dos joyeros trabajaban a tiempo parcial en el mismo horario, ocupándose de las reparaciones más sencillas, las limpiezas y los ajustes de tamaño que mantenían en marcha un negocio de esas características. Ese lugar era el refugio que le había permitido mantener Calvin tras el Abrazo de Darien. Hasta el último centavo resultante de los beneficios iba a parar al bolsillo de Calvin. Todo el esfuerzo que ponía Michael en la tienda estaba destinado a engordar una cuenta a la que tendría acceso cualquier vampiro de su línea de sangre.

—No vas a volver aquí --dijo, con voz queda—. La sangre ya nunca sabrá igual. Al principio creí que podría disfrutar de esto, pero no fue así. Eras tú con quien yo disfrutaba. Recreándome en la sangre contigo. Me han arrebatado ese regocijo, y a nadie le importa.

Tras algunos instantes más de contemplación a través del escaparate y de pronunciar palabras que nunca le había dicho a otro ser vivo ni no-vivo. Michael levantó la cabeza de golpe y retrocedió un paso. Cuanto más hablaba, más claras percibía sus ideas. Nunca le había hablado así a nadie. Darien era el único que le escuchaba sin esperar obtener nada a cambio.

—Chris no entiende de qué va esto --dijo, en un tono de muda maravilla horrorizada—. Ya sé porqué pronunciaste mi nombre aquella noche.

Su sangre bombeó fuerza a sus músculos no-vivos y Michael atravesó el escaparate de su tienda de un puñetazo. La vidriera se convirtió en una lluvia de afiladas esquirlas que cayó sobre sus

delicadas manos. Los fragmentos trazaron profundos surcos en su carne, sin que los sintiera apenas. Recibió de buen grado las laceraciones y el tenue escozor. Eso era lo que había querido decirle Darien la noche en que murió. El dolor y el miedo eran sensaciones que ninguno de ellos había experimentado antes, aun cuando compartían todo lo demás. Aquel reparto los había conectado, haciéndoles sentir vivos a ambos cuando nada más lo conseguía. Lo que habían compartido les recordaba lo que se sentía al ser humano. Al ser necesitado y al necesitar otro espíritu afín.

Empero, Darien había experimentado algo mucho más intenso en aquellos últimos momentos de lo que habían llegado a compartir Michael y él. Había sabido que se moría, tenía que haberlo sabido, pero el único pensamiento que se le había pasado por la cabeza era que no podía compartir la experiencia con Michael. Había muerto presa de un terror y una agonía sublimes, pero también había sabido que jamás había experimentado algo tan intenso en todas las noches que había pasado con Michael. Había muerto aislado de la única persona con la que tanto había compartido.

Y a ninguna de las autoridades de Iron Rapids se le había ocurrido siquiera contarle a Michael cómo habían sido los últimos instantes de vida de Darien. Ninguno de ellos lo había entendido y habían procurado privarle de esa última revelación, de ese último y lastimero instante de conexión.

El ensordecedor timbre de la alarma antirrobo se disparó cuando el último de los cristales de la ventana hubo caído al suelo, pero Michael se demoró por un instante. Iba a encontrar a Lionel Braughton y poner fin a la historia de Darien. Iba a descubrir qué más le estaban ocultando y a recobrar cualquiera que fuese esa última conexión que Darien había intentado establecer con él. Una vez hubiera conseguido bajar ese telón, decidiría en qué dirección pensaba orientar su venganza. Sólo perdiendo aquello que les hiciese humanos sabrían quienes se lo merecieran lo que habían hecho sufrir a Michael. Tan sólo tenía que determinar quién se lo merecía. Después de eso, les enseñaría lo que significaba sufrir una pérdida como la suya y luego decidiría qué hacer con el resto de su existencia. Si es que aún le quedaba alguna.

___ INTERLUDIO ___

Jason se desplomó en la silla junto a la cama de su hermana Laura y entrelazó los dedos. Había pasado todas las noches en vela desde que Laura sufriera el ataque, pero seguía sintiéndose incapaz de rezar. Cerró los ojos con fuerza e intentó visualizar a Dios para poder hablar con Él. Intentó pedirle a Dios que ayudara a su hermana a recuperarse de la conmoción cerebral y las costillas rotas. Intentó pedirle a Dios que intercediera para que Laura lograra superar aquello sin profesar temor a los hombres durante el resto de su vida. Incluso intentó pedirle a Dios que le perdonara por haber dejado sola a su hermana en plena noche, parecía que hiciese ya una eternidad. Dios, no obstante, se negaba a aparecer ante él. Como llevara ocurriendo ya tantas noches seguidas, Jason no conseguía reunir el valor para enfrentarse a Dios. Le habían inculcado la fe cristiana en su niñez pero, en estos días, no conseguía pensar como un buen cristiano.

–Le mataré, hermanita –susurró, aún en actitud de plegaria–. En cuanto recuerdes quién te ha hecho esto, mataré a ese hijo de puta.

Jason le repetía las mismas palabras noche tras noche, con más o menos variaciones. Esperaba a que ella se hubiera dormido y, después de cerrar la ventana, mirar dentro del armario y debajo de la cama, se sentaba junto a ella en aquella silla y formulaba la misma promesa. Laura se reiría de él si le oyera decir eso estando despierta, por eso esperaba a que se durmiera. De ese modo, tal vez alguna parte de su cerebro durmiente captara el significado de sus palabras. Cuando estaba despierta, era como si ya no pudiera tomarse nada en serio.

Jason le susurraba todas las noches, con la esperanza de que ella creyera sus palabras y le perdonara por haber permitido que le ocurriera aquello. El morado que exhibía Jason detrás de la oreja atestiguaba que su padre no había hecho tal cosa. Su madre había dejado de hablar con cualquiera que no vistiera uniforme de policía. Lamentablemente, el hecho de que hubieran expuesto la denuncia con dos semanas de retraso la había privado de toda esperanza y no había vuelto a pronunciar palabra desde entonces. Laura parecía casi dichosa, no obstante, lo que sin duda debía de ser el resultado de algún extraño mecanismo de defensa. Todas las noches, Jason se sentaba junto a ella y le hacía promesas que no sabía si podría cumplir. Todas las noches, Laura permanecía inmóvil, ignorándolo hasta que le vencía el sueño.

Esa noche, empero, se agitó. Jason no sabía si le habría oído,

pero apoyó una mano en su hombro y murmuró:

–Vuelve a dormirte, Laura. –Por lo que él sabía, Laura desconocía por completo que él velaba por ella todas las noches. Siempre se despertaba antes que ella y volvía a hurtadillas a su propio cuarto cuando despuntaban los primeros rayos de sol en la ventana de la joven.

–Él –susurró Laura, incorporándose a medias. Jason intentó volver a apoyarle la espalda sin hacerle daño. Seguía teniendo los ojos cerrados y se movía como si estuviera inmersa en una pesadilla. Los músculos de su rostro se contrajeron bajo la piel y frunció el ceño.

Antes de que Jason pudiera serenarla, oyó pisadas en el pasillo. Eran pasos pesados, espaciados entre sí por más de un segundo. Sin embargo, sus padres se habían acostado hacía rato y no vivía nadie más en la casa. Quienquiera que estuviera ahí afuera era alto, fornido y se movía con aplomo. Jason se quedó helado con una mano en el hombro de Laura, apretando con demasiada fuerza por culpa de su súbita ansiedad. Su hermana se retorció bajo sus dedos y volvió a murmurar:

–Él.

Jason parpadeó una vez. Las pisadas se detuvieron ante la puerta de Laura, que se abrió y se cerró. La corriente de aire agitó los pósteres de la pared. Volvió a parpadear y vio que un hombre se encontraba de pie junto a él, mirando a Laura. Los ojos de la muchacha se abrieron de golpe y alzó los brazos, envarados.

–Lionel –dijo Laura, casi en un susurro–. Lionel.

Jason meneó la cabeza para despejarla. ¿Cómo había entrado allí ese tipo? No había nadie más en el cuarto y ahora se había plantado allí aquel desconocido. ¿Quién...?

–¿...coño eres tú?

El hombre alto se giró y fulminó a Jason con la mirada, antes de dejar que una sonrisa lobuna se plasmara en su semblante.

–¿Qué?

Jason no se había dado cuenta de que hubiera hablado en voz alta. Se aplastó contra el respaldo de la silla, poniendo tanta distancia como le fue posible entre el desconocido y él. El hombre alto era ancho de espaldas y atractivo hasta el punto de parecer artificial. Era perfecto. Asombroso. Era un Adonis vestido con una chaqueta de lana de Brooks Brothers. La bufanda de seda era del mismo color que su tupido y alborotado cabello castaño.

–¿Quién eres? –preguntó Jason, con la esperanza de que sonara

un poco más respetuoso.

–No te acuerdas de mí, Jason –dijo Lionel, acariciando la mejilla de Laura con una mano. Contra el telón de fondo del magullado pómulo de la muchacha, su pálida mano parecía refulgir–. Nos conocimos hace poco más de un mes. Me llamo Lionel Braughton.

–Lo recuerdo –dijo Jason, despacio, como un niño pequeño–. Te conocí la noche que asaltaron a Laura. –La indignación de Jason regresaba con cada palabra que pronunciaba. Guardaba un vago recuerdo de ese hombre flirteando con Laura aquella noche. Los dos se habían ido juntos a recorrer el circuito de clubes. Él había afirmado ser promotor o ejecutivo de la industria discográfica. Recordaba que Laura se había comportado igual que una colegiala colada por el capitán del equipo de fútbol. Se había sentido contrariado. Hasta que Laura regresó a la mañana siguiente con el pelo, los labios y los vaqueros empapados de sangre. Dios del cielo, ¿cómo podía haberse olvidado de aquello? ¿Cómo podía haberse olvidado Laura?–. Estaba contigo –Su voz aumentaba en volumen y pasión a cada palabra–. Tú le hiciste esto.

Jason, dispuesto a explotar de furia, asió la manga de la chaqueta de Lionel para apartarle la mano del rostro de Laura. No supo qué ocurrió a continuación, pero no fue lo que esperaba. Se encontró sentado de nuevo delante de Lionel, con el brazo estirado y preso en la mano libre de Lionel. Jason ni siquiera le había visto moverse. Peor aún, su hombro estaba... mal, y esa mano no le obedecía. Parecía que la palma apuntaba en la dirección incorrecta en la presa de Lionel. Cuando intentó moverla, palideció y exhaló una bocanada.

–No está roto, Jason –dijo Lionel, aliviando su preocupación más inmediata–. Todavía. Sólo te he dislocado el hombro. A mí antes me pasaba a todas horas. Sé cómo ponerlo en su sitio. Si te estás callado, volveré a dejarlo como se supone que tiene que estar. Ni siquiera te hará falta llevarlo en cabestrillo. ¿Vas a estarte calladito?

Sin aliento a causa del dolor, Jason miró a Laura de soslayo. Lionel aún no había retirado la otra mano de su mejilla.

–Responde, Jason –exigió Lionel, retorciéndole el brazo.

Un sudor frío irritó los ojos de Jason, que asintió. No podía moverse.

–Bien. Ahora, escucha con atención y mírame cuando te hable. ¿Estás preparado, Jason?

Jason levantó la cabeza para asentir y se mordió el labio para ignorar el dolor que le recorría el brazo de un extremo a otro. No le

dolía tanto si se quedaba muy quieto.

–Bien. –Lionel relajó su presa lo suficiente como para permitir que Jason le mirara a la cara—. A ver, tu hermana. Tú crees que la apalearon y la violaron la noche en que nos conocimos, ¿no es así?

Jason volvió a asentir. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero creía haber oído cómo chirriaban los huesos dislocados entre sí junto a su oreja.

–Ahí es donde te equivocas, Jason. –Lionel se arrodilló para mirar a Jason a los ojos, manteniendo el brazo retorcido en un ángulo elevado—. Mírame. Laura te ha contado lo que ocurrió aquella noche. Te contó cómo te había pedido que la dejaras sola conmigo porque ya llevábamos viéndonos algunas noches. ¿Te acuerdas de eso?

La historia de Lionel le daba mala espina, pero no podía precisar por qué. Las palabras tenían sentido si las repetía para sí al tiempo que Lionel las pronunciaba en voz alta.

–Sí. Me acuerdo. –Sin venir a cuento, deseó que Kyle estuviera allí en ese momento.

–Cuando vino aquella mañana, tenía un aspecto horrible –continuó Lionel—. Creíste que la habían golpeado y violado. Despertaste a tus padres y la llevaste corriendo al hospital.

Jason lo recordaba con claridad. Había compartido tres angustiosas horas en una cochambrosa sala de espera con drogadictos, víctimas de tiroteos y un hombre al que parecía que le hubieran hundido la mitad del cráneo por encima del ojo izquierdo.

–La ayudaste a rellenar los informes de la policía y del hospital y ella afirmaba no recordar nada de lo que había sucedido.

–Conmoción cerebral –añadió Jason, con voluntad de ayudar—. Sufría una conmoción cerebral.

–Sí. Ésa fue la excusa tras la que se escudó durante días. Lo mismo le dice a tus padres. Pero las conmociones cerebrales no provocan amnesia. Te confesó una cosa después de que la trajeras a casa. ¿Recuerdas el qué?

Jason no se acordaba de eso, pero todo lo que había dicho Lionel hasta el momento tenía tanto sentido que esa parte también debía de ser cierta.

–Te habló de mí, Jason –dijo Lionel, acercándose a él aún más, articulando su propio hombro en un ángulo extraño para mantener el brazo de Jason fuera de su sitio—. Te contó lo que nos gusta hacer a ella y a mí cuando estamos solos. Te habló del callejón en el que nos metimos después de darte largas. Te contó lo que hicimos allí y cómo

se nos fue de las manos.

Lionel se volvió hacia Laura y preguntó:

–¿Se lo contaste, verdad, tesoro?

Laura asintió, estremecida por el recuerdo del éxtasis.

–Le gusta hablarte de nosotros –continuó Lionel–. La enardece recordar los sonidos que emite cuando hemos acabado. A veces te enseña las magulladuras y escarba en ellas con una uña para rememorar lo que se siente al estar conmigo.

Jason meneó la cabeza, no tanto en ademán de incredulidad como de repugnancia. ¿Cómo podía gustarle a Laura esa mierda? ¡Su propia hermana!

–Lo recuerdas, ¿verdad, Jason? Recuerdas haber visto cómo jugaba con la piel abrasada de su espalda. Recuerdas cómo te pedía que le apretaras los senos hasta que no podía resistirlo por más tiempo, ¿no es así?

Jason cerró los ojos, avergonzado, parpadeando para contener las lágrimas. No se habría acordado de esas cosas si Lionel no las hubiera mencionado. Había estado escondiéndose detrás de su propio mecanismo de defensa. Le costaba menos creer que alguien la había violado que creer que ella misma se lo había buscado.

–Por eso vienes aquí todas las noches, Jason. Detestas ver en qué se está convirtiendo tu hermana y te acercas a ella mientras duerme para intentar recordarla como a una niña pequeña. No te gusta pensar en ella como en una puta que necesita que le hagan daño para ponerse cachonda.

Jason hundió la cabeza entre los hombros y su hombro rechinó como un puñado de cristales. Dios santo, ¿en qué se había convertido su hermana? ¡Probablemente incluso disfrutaría si Lionel le hiciera lo que le estaba haciendo a él!

–Pero apuesto a que eso no es todo. –Lionel alzó el rostro de Jason para mirarlo a los ojos–. Apuesto a que hay una parte de ti que desea volver a ser el mejor hombre en la vida de Laura. Recuerdas aquellos días en que eras su modelo a imitar y sabes que no ha transcurrido tanto tiempo. Ahora, ella te habla de mí y de lo mucho que le gusta cuando le hago daño y abuso de ella. Le pone caliente contarte que ahora soy yo el mejor hombre de su vida y eso no te gusta, ¿a que no, Jason?

Jason meneó la cabeza, apesadumbrado.

–Una parte de ti acude aquí cada noche pensando en lo fácil que sería hacerle daño, ¿verdad? Una parte que quiere volver a ser el

mejor hombre. Una parte que cree que te ha traicionado al entregarse a mí. Por eso vienes aquí por las noches, ¿no, Jason? Te dices a ti mismo que es porque quieres protegerla, pero eso no es todo. Quieres arrebatármela.

Jason no dijo nada. Tenía el rostro perlado de un sudor frío que se mezclaba con las abrasadoras lágrimas que le bañaban las mejillas.

–Eso no va a pasar, Jason. –Lionel le puso de pie tirando del cuello. Con un sutil ademán, dejó que el hombro de Jason encajara de nuevo en su sitio casi por completo. Asió la articulación malherida con una mano para asegurarse de que todo estaba en orden. Jason se sintió languidecer debido al súbito impacto de la colocación, pero Lionel le sostuvo en pie—. No vas a arrebatármela. Jason –dijo, acercándose tanto al muchacho que éste pudo oler el penetrante aliento mentolado. Olía como si llevara masticando pastillas de Smint toda la noche—. No sabes cuánto le gusta lo que le hago. Tus padres lo saben, ella lo sabe y ahora tú también lo sabes. Que no se te olvide.

Jason asintió, incapaz de hablar. Su propia hermana era una perversa a la que le gustaba... Ni siquiera podía completar el pensamiento. Se dejó caer en la silla junto a la cama, observando a su hermana como si ésta acabara de salir de una nave espacial.

–Está al corriente de todo, tesoro –dijo Lionel, volviéndose hacia Laura—. Y también tus padres. Ya no tienes por qué seguir guardando nuestro secreto. Puedes contarles tantos detalles como te apetezca acerca de nuestras relaciones sexuales.

La mención de sus padres imprimió una expresión preocupada en su ceño, pero Jason no reparó en ello.

–Ahora tengo que volver al trabajo –dijo Lionel, dirigiéndose a ambos o a ninguno en particular—. Sé buena y duerme un poco. –Se inclinó para besarla y le oprimió el costado vendado con una mano. Laura se retorció y gimió, pero sujetó a Lionel con expresión de arrebató mientras éste le besaba el cuello. Jason apartó los ojos de la escena con un sabor agrio en la boca. Pasó junto a Lionel en dirección a la puerta del dormitorio de Laura. Con una mueca compungida, volvió a mirar a su hermana por encima de la coronilla de Lionel. Con los ojos extraviados en sus órbitas, Laura extendió una mano hacia él mientras sujetaba la nuca de Lionel con la otra. Únete a nosotros, decía su expresión. Ayuda a Lionel a hacerme daño. Deja que nos haga daño a los dos.

Asqueado, Jason se dio la vuelta. ¡Su propia hermana!

* * *

Kyle se incorporó de un salto cuando Lionel bajó por la escalera del edificio de Laura, mirando a su sire con ojos expectantes. Se frotó las manos en un gesto inconsciente para guarecerlas del gélido aire. No logró caldearlas.

–¿Cómo se encuentra, Lionel? –preguntó. Lionel pasó junto a él y Kyle partió tras sus pasos.

–Ya está mejor –dijo Lionel, limpiándose la comisura de los labios con el pulgar—. Un poco débil todavía, pero se recuperará.

–¿Qué hay de Jason? ¿Le has visto?

–Sí. Le he visto.

–¿Y? ¿Sigue igual de gilipollas?

–Claro. Igual de gilipollas.

–¿Te parece que podría pasarme para hacerle una visita?

¿Puedo hacerlo, o prefieres que me mantenga alejado de la gente que conocía antes?

–No –respondió Lionel, sin aminorar el paso—. Puedes ir a verle si te apetece. Aunque podría resultarte difícil.

–¿A qué te refieres, Lionel?

–Es extraño hablar con gente que conocías antes del Abrazo. Cuesta guardar el secreto rodeado de quienes te conocen bien. Sobre todo al principio.

–Ah. –Kyle frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Supongo que tienes razón. Si crees que no es buena idea, pues nada.

–No te lo impido, Kyle. Sólo quiero que estés preparado.

–No, no pasa nada. Tienes razón. Lo dejaré correr hasta que le coja el tranquillo a lo que soy ahora. Gracias por el consejo.

Lionel siguió caminando sin mirar a Kyle.

–De nada, chaval.

* * *

Lewis Samuelson entornó los ojos y sacó otra foto de la escena que se desarrollaba a sus pies. Camiones de carga y articulados atestaban el aparcamiento trasero de un conjunto de almacenes que llevaban vacíos desde la década de los setenta. Alguien estaba insuflando nueva vida a esos almacenes en plena noche. El mismo

alguien que había falsificado una licencia de negocios y comprado la mayor parte de los terrenos en aquel barrio. Durante el transcurso de los últimos meses había cambiado de manos una enorme suma de dinero y alguien se había convertido en el orgulloso propietario de una fila de almacenes a orillas del río Iron. Uno de los informadores de Samuelson que trabajaba en la Cámara de Comercio de Iron Rapids le había llamado la atención sobre las transacciones y sobre el hecho de que esas mismas transacciones habían sido barridas bajo la proverbial alfombra por obra y gracia del intercambio de otra desorbitada cantidad de dinero. No obstante, a despecho de la investigación del informador y del propio Samuelson, no habían podido relacionar ningún nombre con la empresa.

Por lo general, Samuelson no se habría molestado en ahondar en la investigación. No era tan arrogante como para suponer que conocía hasta la última maniobra secreta perpetrada por la Estirpe de Michigan. En cualquier caso, lo que sucediera en el sector empresarial rara vez suscitaba su interés. Este particular, no obstante, poseía un atractivo especial. Los almacenes que habían sido comprados de modo tan clandestino se encontraban en el territorio de caza del príncipe Adrock. Esa información de por sí no habría despertado sus sospechas, de no ser por el hecho de que el negocio en cuestión parecía girar en torno al transporte y la distribución, según había podido inferir el informador de Samuelson, las especialidades de Elliot en la ciudad. A juzgar por las apariencias, Elliot se había limitado a extender su operación a esa parte del territorio de su sire. Quizá obedeciera incluso a los deseos de Adrock. A fin de cuentas, no existía prohibición alguna contra la fluctuación del radio de acción de negocios de la Estirpe de Michigan.

Siempre y cuando se atuvieran a alimentarse cada uno en la parte de la ciudad que se le hubiera asignado, Adrock no amonestaba a los Vástagos por la expansión de sus empresas.

Empero, Samuelson conocía el estilo de Elliot cuando se trataba de ocultar sus movimientos a ojos mortales. Elliot era torpe y desmañado. Dejaba agujeros que tenía que taponar su sire. Si bien existían brechas en la tapadera que pretendía encubrir esa operación, no eran tan flagrantes como las que dejaría abiertas Elliot. El chiquillo del príncipe nunca dejaba huellas de su intervención, lo que le tachaba a su vez de la lista de posibles responsables.

Aquello significaba, por lo que a Samuelson respectaba, que alguien más había establecido una cabeza de playa en el mismísimo

territorio del príncipe con la pretensión de atacar la propiedad de su nieto. Caso de que la noticia de dicha agresión llegara a oídos de Elliot antes de que pudiera realizarse, Elliot contraería una deuda que incluso alguien de su corta edad sabría reconocer. Desde luego, había protocolos que seguir antes de que Samuelson pudiera desvelarle a Elliot lo que había descubierto, pero no tardaría mucho tiempo en cumplir con ellos. Tenía que alertar a su sire para que la arpía pudiera atestiguar la deuda contraída por Elliot. También tenía que revelar la película a fin de disponer de pruebas físicas del osado complot. Cuando se hubiera ocupado de eso, tal vez incluso regresara para pillar al Vástago infractor con las manos en la masa. Si dicho alborotador resultara ser otro vampiro que estuviera alimentándose en el territorio del príncipe Adrock y era Samuelson el que lo descubría, el mismísimo príncipe estaría en deuda con él.

La joven arpía decidió que ya estaba bien de trabajo por esa noche. Tapó el objetivo de su cámara, metió ésta en su bolsa de mano y se replegó hacia el territorio que poseía en el condado de Calhoun. Tenía una cita con el cuarto oscuro.

TERCERA PARTE: ***DESENLACE***

El portero del club Lázaró, en las afueras del territorio de Lionel en Saginaw, era el negro más enorme que se hubiera echado Michael a la cara. Sobresalía por encima de cualquiera de los hombres y mujeres que guardaban cola ante la entrada del club esperando a que

los admitieran. Mientras los visitantes se balanceaban y seguían el ritmo de la música que se filtraba a la calle procedente del interior, el negro los observaba inmóvil e impassible. Aquel hombre y la cola le trajeron a Michael a la cabeza la imagen de una serpiente moribunda ensartada en una gruesa estaca negra. Michael recorrió la longitud de la agonizante serpiente en dirección a la cabeza de la cola, por el lado equivocado de la cadena que flanqueaba la fachada del sucio edificio de ladrillos. Cuando hubo alcanzado la enorme pica de color negro, se detuvo y esperó a que reparara en su presencia.

El portero miró del carné de conducir que sostenía en la mano a Michael con un lento y hastiado giro de cabeza. Su voz se impuso al ruido del interior y al parloteo de la gente que esperaba en la fila.

–Tienes que ponerte en la otra punta si quieres entrar --dijo, mirando a Michael desde arriba. Su aliento formaba sutiles penachos blancos.

–¿Está dentro Lionel Braughton? --preguntó Michael, impertérrito. El cliente mortal del principio de la cola se inquietó e intentó recuperar su permiso de conducir de manos del portero--. Tengo que hablar con él.

–Vendrá cuando te pongas al final de la cola --bramó el portero.

Michael metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un fajo de billetes. Lo dejó encima del carné del visitante en la mano del portero.

–Tengo que hablar con él *ahora*.

El coloso observó los billetes y parpadeó con ese gesto lento y concienzudo que caracteriza a los cortos de entendederas. La cara del billete que coronaba el montón tenía el número cien impreso. Al igual que los otros veintinueve.

–Ve y dile a Lionel que tiene visita --dijo Michael--. Esperaré aquí.

Sin más palabra, el portero se guardó el dinero y entró en el club. Cerró la puerta a su paso y dejó la cola desatendida. El joven que la encabezaba se quedó paralizado por un momento, contemplando la puerta cerrada, antes de plantarse delante de ella y empezar a aporrearla.

–¡Oye! --gritó tras el portero--. ¡Devuélveme el carné!

Cuando vio que sus protestas no servían de nada, se encaró con Michael.

–Joder. --Se pegó a la cadena que mantenía a raya a la cola hasta que su rostro maltratado por el acné hubo quedado a un palmo del de Michael--. Ése era mi permiso de conducir. Mierda, tío, te

podías haber esperado hasta que hubiera entrado yo. ¿De qué vas?

–Si te doy mil dólares –dijo Michael, sin dejar de mirar la puerta–, ¿dejarás de meterte donde no te importa?

El joven se quedó con la boca abierta y se le escapó una nube de vaho.

–Mira, no me jodas.

Michael se giró en ese instante, en silencio. Así transcurrieron varios momentos hasta que el joven se dio cuenta de que su aliento empañaba la distancia que los separaba, pero no el de Michael. Abrió los ojos de par en par y retrocedió hasta tropezar con el siguiente cliente a la espera en la fila.

–Gracias –dijo Michael. Se volvió hacia la puerta.

Un instante después, reapareció el gigantesco portero. Sus ojos reflejaban lo que parecía ser una mezcla de miedo y asombro. Los vibrantes colores de su aura mostraban el mismo contraste. Tenía las manos vacías y una humeante película de sudor moteaba su cabeza afeitada.

–Acompáñeme. –Desenganchó la cadena delante de Michael–. El señor Braughton le está esperando.

Michael dejó atrás al joven que encabezaba la cola y siguió al portero. Cuando ambos hubieron entrado en el club, otro portero se cruzó con ellos para ocupar el lugar del primero. Justo antes de que se cerrara la puerta a sus espaldas, Michael oyó las airadas protestas del joven, que exigía que le devolvieran su carné de conducir.

El ruido que se dejaba oír atenuado y monocorde en la calle atronaba y resonaba en el interior igual que un tornado. De los enormes altavoces colocados en la otra punta del atestado local brotaban unos ensordecedores alaridos monótonos y sincopados. Los tímpanos de Michael martillaban al son. Por toda iluminación, unos cegadores haces de luz de distintos colores se entrecruzaban en la cargada atmósfera. Toda la sala estaba llena a rebosar de humanos en distintos estados de desnudez y daño químico cerebral cuyas voces se estrellaban contra el estruendo de los altavoces, por lo que el alboroto pasaba de ser meramente discordante a tornarse monstruoso y doloroso. La turba de celebrantes debía de estar bailando, aunque a Michael se le antojaba que se asemejaban a un puñado de epilépticos que hubieran sido encerrados en aquel lugar infernal a la espera de que se les pasara el ataque colectivo que parecían estar sufriendo. Nadie tenía sitio para moverse y la menor presión contra la muchedumbre era recibida por empujones de todos los que se

encontraran cerca. Arrojar una piedra en aquel estanque de humanidad creaba ondas que se propagaban hacia el interior.

El portero condujo a Michael alrededor del grueso de los asistentes, hacia la pared opuesta a los altavoces. Michael siguió al negro junto al motín que se celebraba en la atestada barra hasta una escalera que conducía a la planta de arriba. La única iluminación de la que disfrutaban los escalones procedía del recibidor del piso superior. A juzgar por el olor a vómito y meados que imperaba en la escalera, Michael se alegró de que la ausencia de luz le impidiera apreciar los detalles.

–Está arriba –informó el portero a Michael, gritando para hacerse oír–. Es la única puerta que hay a la izquierda. Las del otro lado son los aseos.

Sin mediar palabra, Michael pasó junto al portero y subió las escaleras. El olor en aquella parte del edificio era más nauseabundo que el de los escalones. Se apresuró a llegar hasta la puerta y la abrió sin molestarse en llamar. Dudaba que nadie hubiera podido oír los golpes en la puerta y sabía que él tampoco podría haber oído ninguna respuesta que hubiera podido recibir su llamada. Cuando hubo cerrado la puerta al entrar, el estrépito del exterior se atenuó hasta convertirse en un golpeteo amortiguado. Sin embargo, la peste era la misma.

–Michael –saludó Lionel Braughton–. Adelante.

Michael reflexionó que aquella habitación no se ajustaba a alguien tan acaudalado como Lionel. Una fina capa de pintura azul celeste cubría los ladrillos de cenizas amontonados que constituían las paredes. El cuarto hedía a sexo, sudor y tabaco, olores que batallaban con el tufo que se filtraba por la puerta. Lionel estaba sentado en un raído sofá cuyo relleno amarillo porfiaba por escapar entre las costuras. No había cuadros que adornaran las paredes y un tubo fluorescente colgado del techo constituía el único punto de luz.

No obstante, el atuendo de Lionel era impecable. Vestía una rebeca blanca y pantalones color café. Un largo abrigo de cuero descansaba doblado junto a él. Llevaba el pelo alborotado con esa elegancia que Michael reconocía con una mezcla de admiración y malsana envidia. El contraste entre el escenario y su anfitrión detuvo a Michael en seco por un instante.

–No es el único club que tengo en Michigan –dijo Lionel, aparcando el libro que había estado leyendo–. El que frecuento para alimentarme es mucho más agradable. Claro que eso nos lleva a la

pregunta de cómo has dado conmigo a esta hora tan temprana de la noche.

—Marie Byrd me dijo dónde podrías estar —contestó Michael, aún junto a la puerta—. Hablé con ella anoche en el Elíseo.

Lionel sonrió al oír aquello y Michael se sintió impresionado por lo increíblemente encantadora que resultaba aquella sonrisa.

—Me gustaba venir aquí a divertirme antes de mi Abrazo. Después de que Maxwell me encontrara, Byrd acostumbraba a seguirme a todas partes. Al parecer, se suponía que iba a ser suyo, pero Laurence se le adelantó. Tras un año de acoso, me harté y Laurence me ayudó a comprar este sitio. Invité a Byrd a que me acompañara una noche para darle a probar un poco de la moderna cultura adolescente.

—¿Marie Byrd llegó a poner el pie aquí? —preguntó Michael, sin proponérselo.

—Una vez. —La sonrisa de Lionel centelló de nuevo—. Se quedó todo el tiempo que yo quería, pero ni siquiera Marcus podría obligarla a regresar ahora. Acudo aquí cuando busco paz. Apostaría a que ella ni siquiera ha regresado a la ciudad desde aquella noche.

A juzgar por los sonidos, los olores y el aspecto del local, a Michael no le costaba imaginárselo como refugio frente a las atenciones de Byrd. Le costaba un poco más imaginárselo como un lugar en el que se pudiera encontrar solaz.

—Por eso has venido también tú, ¿no es así? —dijo Lionel—. En busca de paz. —Se incorporó y se alejó unos cuantos pasos de Michael y del sofá. Indicó a Michael que se sentara en el lugar que acababa de desalojar.

—¿Por qué no te sientas? Tendrás sed... o hambre... Diantre, ¿cómo se dice?

—No, no tengo —repuso Michael—. Pero me sentaré. Gracias. —Se posó con cuidado en el sofá, esperando que se derrumbara bajo su peso. Cuando comprobó que resistía tras un mero crujido de protesta, cruzó un tobillo sobre la rodilla opuesta e intentó adoptar una pose de indiferente despreocupación, como hiciera Lionel. Ahora que habían cambiado sus posiciones, no obstante, Michael podía ver indicios de intranquilidad e incomodidad en el aura de Lionel. La única prueba exterior de su conflicto interno que evidenciaba el apuesto Brujah era el hecho de que la comisura de sus labios temblaba al comienzo de su sonrisa. Incluso aquel minúsculo detalle contribuyó a aumentar la confianza de Michael y le facilitó el empuje necesario para mencionar lo que había venido a comentar con Lionel.

–¿Qué quieres saber?

–Estabas con Darien cuando murió –dijo Michael. Referirse al fallecimiento de su chiquillo le resultaba más fácil cada vez que lo expresaba en voz alta, pensamiento que le inquietaba–. También estabas con Christopher Flynne. He estado hablando con él acerca de lo ocurrido, pero su información conduce a una vía muerta.

Lionel asintió. Cuanto más hablaba Michael, más se nublaba el aura de Lionel con manchas de inquietud.

–Supongo que sí.

–Flynn me ha contado lo que ocurrió cuando el Sabbat os interceptó a los cinco en Detroit. Me ha dicho que resultó herido intentando escapar y que tuviste que impedirle que intentara alimentarse con la sangre de Darien.

–Todo eso es cierto –convino Lionel, apoyándose en la puerta, con las manos en los bolsillos. Evitaba mirar a Michael a los ojos–. Flynne estaba fuera de sí. Decía que no se había alimentado bien antes de nuestra partida. Con la edad que tiene, no sé en qué estaría pensando. Pero sí, tuve que detenerle.

–¿Qué ocurrió luego? ¿Qué sucedió entre vuestra huida de la casa y el regreso a Iron Rapids?

–¿Seguro que quieres oírlo? Probablemente pienses que ya has escuchado la peor parte, pero te equivocas.

–Lo único que quiero es que alguien me lo explique –dijo Michael, encorvándose–. He pasado demasiado tiempo intentándolo.

–Supongo que importa poco que el príncipe Adrock nos pidiera que no habláramos de lo ocurrido, ¿no es así?

–Cuéntamelo.

Lionel asintió. El ruido de la planta baja sonaba de fondo mientras ponía sus ideas en orden. Mientras intentaba dilucidar por dónde empezar su relato, Michael examinaba su aura. La intranquilidad se mantenía y había aflorado también un sutil tono de turbación.

–Si Chris te lo ha contado todo –comenzó el Brujah–, te imaginarás que yo mismo estaba a punto de perder el control. Acababa de meter a Darien y a Chris en el coche y de poner en marcha el motor cuando los Sabbat empezaron a salir de la casa. Habían estado esperándonos. Habían asesinado al vampiro con el que íbamos a reunimos. Debían de haberlo hecho justo antes de...

–Flynn me lo ha contado. Ya me sé esa parte.

–Vale, perdona. Veamos, encendí el motor y pisé a fondo. Creí que aquel trasto se iba a calar, pero salimos sin ningún problema. Uno

de los Sabbat corrió detrás de nosotros y nos dio alcance. Tuve que golpearle con el parachoques trasero antes de que se retirara. Lo cierto es que sólo aminoró un poco el ritmo. Se quedó rezagado y los demás se encontraban muy por detrás. Seguí conduciendo. No sabía adónde demonios iba, por descontado, pero no me detuve. No respeté los semáforos en rojo, me salté las rayas amarillas como si no estuvieran allí y adelanté a un coche patrulla como si estuviera aparcado en la acera. Entré como una bala en el corazón de Detroit en busca de un lugar donde escondernos. Esperaba que ni siquiera el Sabbat se atreviera a salir y rajarnos enfrente de un montón de gente.

–Tengo entendido que a los vampiros del Sabbat les trae sin cuidado la Mascarada.

–Así es, por lo que yo sé. Pero, aun así, no les gusta cagar en el mismo plato en el que comen.

Michael asintió.

–Así que funcionó. Los despistaste.

–Durante un rato –dijo Lionel–. A ellos y hasta al coche de la poli. Lástima que me hubiera perdido. A lo mejor no fue la mejor idea que se me podía haber ocurrido pero, cuando me vi a salvo por un momento, aparqué el coche en un callejón y le di un poco de mi propia sangre a Darien. No podía prescindir de mucha, pero le di toda la que pude. Eso le ayudó a recuperar el conocimiento y el habla, aunque no lograra recomponerse entero de nuevo.

–Lo necesitabas para que te indicara el camino –dijo Michael, con voz glacial.

–Exacto. Vamos a ver, tampoco quería que muriera. Estaba preocupado por él. Pensaba que ya había muerto. Muerto de veras.

El aura de Lionel denotaba que aquella no había sido una de sus principales preocupaciones en aquel momento.

–Así que le desperté y le ayudé a incorporarse, y él me explicó cómo regresar junto a Jeremey y Elliot. No dejaba de repetir tu nombre.

–¿Qué ocurrió cuando regresasteis? –preguntó Michael, haciendo oídos sordos a lo que parecía una obvia apelación a sus sentimientos.

–Bueno, todavía tuve que dar unas cuantas vueltas antes de orientarme con las indicaciones de Darien. Estuve a punto de volver a extraviarme. Ya era muy tarde cuando conseguí dar con el piso franco. Jeremey y Elliot salieron a recibirnos, esperando vernos acompañados del tipo al que habíamos ido a buscar. En vez de eso, me vieron salir

del coche con Darien y sin Chris. Cuando vieron el estado de Darien, se figuraron más o menos lo que había ocurrido.

–¿Darien seguía vivo?

–Tan vivo como tú y como yo –dijo Lionel. Llegados a ese punto, evitaba por completo establecer contacto visual con Michael. La turbación había arraigado en su aura, así como unas cuantas motas de ira que habían comenzado a aparecer—. Pero, sí, estaba bien. Si hubiéramos conseguido sacarlo de la ciudad, se habría recuperado.

–¿Por qué no lo hicisteis?

–No me fue posible. –La cólera centelló con violencia y se transmitió a su voz—. En cuanto salí del coche con él, Jeremey y Elliot empezaron a acosarme a preguntas sobre lo ocurrido. Les dije que el Sabbat estaba prevenido contra nosotros y Jeremey decidió que teníamos que salir pitando de Detroit sin perder más tiempo. Fue a poner en marcha nuestro segundo coche, el de Chris. Elliot se rezagó para averiguar qué había ocurrido con Chris. Le dije que estaba en el maletero y fue a abrirlo. Quiso sacar a Chris a rastras, pero Elliot es un renacuajo, así que dejé a Darien a su cuidado y cogí a Flynne. A mí no me costó levantarlo. Lo llevé al otro coche y le dije a Elliot que trajera a Darien.

–Elliot –musitó Michael. Lionel no pareció escucharle.

–Encerré a Chris en el maletero de su propio coche y vi que Elliot seguía porfiando por mantener a Darien de una pieza –continuó el Brujah—. Me dispuse a regresar para ayudarlo cuando apareció uno de los Sabbat de la casa. Puede que hubiera encontrado nuestro rastro mientras yo cubría el camino de regreso, o puede que nos hubiera estado siguiendo todo aquel tiempo, no lo sé. Allí estábamos, nosotros cinco y ese Sabbat, agazapado en lo alto del coche que yo llevaba conduciendo toda la noche. No era el que había golpeado antes, pero me acordaba de él. Empezó a reírse de nosotros, igual que había hecho en la casa.

–Flynne lo mencionó.

–Elliot era el que estaba más cerca cuando se escucharon las carcajadas de fondo y creo que se cagó de miedo. Yo también, pero no permití que me abrumara el pánico. Elliot sí. Soltó a Darien y vino corriendo hacia mí, gritándome que me subiera al coche. Me dijo que entrara y pasó junto a mí como una exhalación. Le hice caso y Jeremey hundió el pedal hasta el fondo.

–Os montasteis en el coche y os fuisteis sin más –dijo Michael, repugnado. Había pretendido darle tono de pregunta a su frase, pero

no lo consiguió. Tuvo que obligarse a abrir los puños. Volvió a apoyar ambos pies en el suelo y se inclinó hacia delante, arrancándolo otro gemido al sofá—. Dejasteis a Darien allí tirado.

—No lo entiendes, Michael. Elliot *"me mandó"* que entrara en el coche. Me obligó. Cuando hubo hablado, no pude hacer nada al respecto. Ni siquiera me percaté de lo que había sucedido hasta que estuvimos alejándonos.

—¿Por qué no intentaste hacer algo? —preguntó Michael, sintiendo cómo se apoderaba de él la irracionalidad—. ¿Por qué no volviste a por él?

—Lo intenté. —El azoramiento de Lionel había cedido casi todo el terreno a la cólera. Sus gestos se tornaban airados y sincopados por momentos—. Incluso llegué a abrir la puerta del vehículo para saltar. Sin embargo, cuando la abrí, Elliot me agarró y me ordenó que me estuviera quieto y volviera a cerrarla. Tuve que obedecer. Por el parabrisas trasero vi unos tentáculos negros que se extendían desde los bajos del coche sobre el que seguía en cuclillas el Sabbat. Asieron a Darien y lo arrastraron debajo del vehículo antes de que hubiéramos doblado la primera esquina. Seguía despierto gracias a la sangre que yo le había proporcionado, Michael. Estiró los brazos hacia nosotros. Le oí pronunciar tu nombre...

—¿Elliot te ordenó que te quedaras dentro del coche? —inquirió Michael, algo aturdido—. ¿Te obligó?

—Sí —reconoció Lionel, con la mirada fija en el suelo—. Incluso me había enseñado ese truco. Es sólo que a él le sale mucho mejor. Maldita sea, Michael, lo s...

—¿Qué hay de Jeremey? —interrumpió Michael.

—¿Jeremey? —tartamudeó Lionel, retomando el hilo tras la intrusión—. Seguimos conduciendo. No me dijo nada.

—No, Elliot, ¿le ordenó algo? —quiso saber Michael. Se inclinó aún más hacia delante—. ¿Le obligó a seguir adelante o también Jeremey intentó volver a por Darien?

—Ni una cosa ni la otra. Ya había puesto el coche en marcha y se limitó a salir disparado. Elliot no tuvo que decirle nada.

—Debería —murmuró Michael. Si Lionel le había oído, no dio muestras de ello—. Lionel, ¿crees que podríais haber salvado a Darien? Si hubieseis regresado a por él, ¿lo habrías traído de vuelta?

—Sí —se apresuró a contestar Lionel, alzando la vista por primera vez en varios minutos. El engaño se diluía en su aura igual que la sangre en agua.

–¿Estás convencido de ello? –insistió Michael, con gesto torvo.

Al darse cuenta de que le habían cogido en un renuncio, Lionel rectificó:

–No lo sé. Tal vez no. Desconozco cuál era la fuerza y la edad de aquel Sabbath. No sabía cuántos más habría. No sé si era él el que había creado los tentáculos negros o no. Ni siquiera estoy seguro de qué eran esos tentáculos. Chris intentó explicarlo, pero... –Meneó la cabeza–. Tal vez no lo hubiera conseguido, pero en aquel momento me pareció que podría. Estaba dispuesto a intentarlo.

Michael se arrellanó en el sofá. Lionel volvía a decir la verdad.

–¿Crees que Elliot actuó correctamente? –preguntó, en voz baja, impertérrito.

–Prefiero creer que así es. Jeremey dice que si Elliot no hubiera hecho lo que hizo, tal vez todos estaríamos muertos ahora. El príncipe Adrock incluso le felicitó cuando regresamos y relatamos lo sucedido. Según cree la mayoría, hizo lo que debía. En el coche, no dejaba de repetir *"estoy haciendo lo correcto, ha de ser lo que ha de ser"*. Supongo que parecía convencido.

Michael cerró los ojos y se llevó las yemas de los dedos a las sienes.

»Pero, para serte sincero –continuó Lionel–, me parece que no lo estaba. Quería subir a aquel coche y yo me interponía en su camino.

Un rugido candente ensordeció a Michael. Se hubo puesto de pie antes de darse cuenta siquiera. Dio un paso en dirección a la puerta, con los labios fruncidos en una mueca feroz. Logró recuperar un resquicio de control antes de seguir avanzando, pero sólo gracias a un tremendo esfuerzo. El rugido seguía atronando en sus oídos en el límite de lo audible, amenazando con acrecentarse de nuevo en cualquier momento. Michael podía oír cómo susurraba el nombre de Elliot, a pesar de la música que procedía de la planta baja.

–¿Michael? –Lionel avanzó un paso hacia él, preocupado–. ¿Te encuentras bien? No, menuda estupidez de pregunta. ¿Puedo hacer algo?

–No. –Michael le indicó que se apartara con un gesto–. Ahora no. Ya hiciste todo lo que podías.

–Michael, lamento mucho lo ocurrido. –Lionel se pasó una mano por el cabello, convirtiendo su aspecto de cuidado desorden en una maraña antiestética–. Quería...

–Basta. –Michael pasó junto a Lionel, camino de la puerta–. No quiero escuchar más, Lionel.

Lionel cerró la boca y encorvó los hombros. Parecía que estuviera a punto de desplomarse.

–Pero –añadió Michael, mientras abría la puerta–, gracias.

No supo si Lionel le habría oído por encima del estruendo que inundó la estancia cuando hubo abierto la puerta.

23

Camino del lugar donde le esperaban Richard y su coche, Michael se tropezó con Kyle Williams, la nueva progeie de Lionel. Ninguno de ellos miraba por dónde iba y se detuvieron en seco, a punto de toparse de bruces. Kyle fue el primero en recuperarse y adoptar una sonrisa jovial e inocente. Mortificado por imágenes de Elliot y por la sospecha de que el Ventrue había sido responsable directo de la muerte de Darien, y creyendo que Jeremey Talbot había permitido que ocurriera todo aquello sin mover ni un dedo por evitarlo, Michael se limitó a quedarse mirando.

–Hola, señor Luther –saludó Kyle, con cortesía–. No sabía que estuviera en la ciudad. ¿Ha venido a visitar a Lionel?

Teniendo en cuenta que no había otro Vástago cuyo territorio de caza estuviera en Saginaw, Michael se preguntó qué otra cosa pensaría aquel crío que había venido a hacer.

–Ya me iba.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Kyle–. Parece algo molesto.

–Me han dado malas noticias.

–¿Puedo hacer algo por usted? Lionel me ha contado que su portento falleció el mes pasado.

Michael cerró los ojos. Entre dientes, corrigió:

–Progeie.

–Lamenté enterarme de la noticia. Si puedo hacer algo por...

Michael abrió los ojos y se acercó a Kyle. El chiquillo Brujah se crispó, pero no retrocedió.

–No me preguntes lo que puedes hacer, niño. Lo que menos falta me hace es tu pésame por la muerte de mi chiquillo. Si vuelves a mencionarlo, me olvidaré de quién es tu sire y lo siguiente que lamentarás será haber llegado a catar su sangre.

Kyle abrió los ojos desorbitados ante aquellas palabras y Michael se alejó de él. Le esperaba su coche. Le esperaba su chófer. Le

esperaba su territorio en Pontiac. Y le esperaba Clare, aunque ella todavía no lo supiera. Se le ocurrió que podría llamarla por teléfono al llegar a casa. La mujer le había ofrecido su ayuda en repetidas ocasiones desde que se enterara de la muerte de Darien. Por fin se había decidido a aceptar sus ofertas.

–Padre Stinson –dijo una joven voz femenina–. Despierte.

Stinson se sentó, despierto por completo, y se aferró a las sábanas. Había cerrado con llave la puerta de su dormitorio y aun así había entrado alguien.

–¿Quién anda ahí? –preguntó, no exento de miedo. Había tenido pesadillas últimamente. En sus sueños, un demonio de ojos verdes le tentaba y ponía a prueba su fe.

–Enciende –dijo la voz femenina. Una cruda luz blanca restalló en la oscura habitación y Stinson tuvo que protegerse los ojos con una mano para evitar quedarse ciego. Una mujer de cabello corto castaño vestida con un vestido rosa de andar por casa se encontraba agazapada en medio de su habitación. La luz, que procedía de lo alto de lo que parecía un trípode metálico, proyectaba un halo fantasmagórico sobre su cabeza, dejando su rostro en la sombra. Había alguien más de pie junto al trípode.

–¿Quién eres? –preguntó Stinson. Mantenía firmemente sujetas las sábanas con una mano mientras con la otra se protegía los ojos.

–Tan sólo una mensajera. Usted es el mensaje.

La calva coronilla de Stinson se perló de sudor. La camiseta interior se le pegaba al cuerpo.

–¿Qué quieres? ¿Cómo has entrado aquí?

–La gente siempre pregunta lo mismo. –La mujer miró por encima del hombro, en dirección a la luz y a la persona escudada tras ella. Vista de perfil, no carecía de atractivo, aunque sí de curvas–. No empieces a filmar hasta que yo te diga, Timothy.

Stinson no entendió la bisbisada respuesta de ese tal Timothy, pero la mujer pareció darse por satisfecha. Se volvió hacia el sacerdote y se arrodilló al pie de su cama. Recreándose, agarró las sábanas y tiró de ellas. Stinson seguía aferrado a un extremo, por lo que quedaron tiradas a un lado, desmañadas. Las piernas desnudas

de Stinson se alejaron a trompicones de la mujer.

–No le da por el *footing*, ¿eh, padre? –preguntó la mujer, observando las canillas del sacerdote. Una fina película de rizado vello cano cubría los muslos y las espinillas. Sus huesudas rodillas habían comenzado a temblar a causa del miedo y el frío.

–Déjame en paz –protestó Stinson, con un hilo de voz, sin autoridad. Sus ojos habían adoptado el asustadizo y desorbitado aspecto de los de un cordero–. Márchate.

La mujer cogió uno de los calcetines de Stinson y tiró de la pierna hacia sí. El sacerdote soltó un grito al sentir el frío tacto, pero no consiguió zafarse. Pese a su delgada constitución, la mujer tenía fuerza. Stinson pensó en propinarle un puntapié con la otra pierna e incrustarle el talón en su coqueta nariz respingona, pero estaba paralizado de miedo. ¿Qué le haría ese Timothy si la mujer resultaba herida? ¿Qué le haría ella? Para terminar de zanjar el asunto, la mujer extrajo algo de uno de los bolsillos de su vestido. El sombrío metal grisáceo relució a la fuerte luz y la mujer alzó la mano para que Stinson pudiera ver con claridad lo que empuñaba. No sólo se había atrevido a entrar con una pistola en la casa de Dios, sino también en el mismísimo dormitorio de George Stinson.

–No se mueva y no haga ningún ruido –ordenó la mujer, en voz baja, sin atisbo de ira ni malicia. Se recostó en la cama junto a Stinson y apoyó la fría punta metálica del cañón de la pistola entre las piernas del párroco, en la tierna carne que unía sus testículos. Stinson sintió cómo se contraían sus músculos, presa del pánico–. La cosa mejorará en cuestión de segundos, padre Stinson. Si todo sale bien, puede que incluso le permita olvidarlo. Antes de nada, ¿tiene algo que confesar?

Stinson profirió un tenue sonido inhumano y zangoloteó la cabeza.

–Bien. –La mujer se volvió hacia su cómplice–. Adelante, ponlo en marcha, Timothy. Asegúrate de que no aparece la .38 en el encuadre. Y su cara. Elliot tiene que ser capaz de reconocerle.

En medio de la bruma de terror paralizante, aquel nombre disparó algo en la mente de Stinson. Vio un breve destello de ojos verdes veteados de rojo chillón.

–A ver, no se asuste –dijo la mujer, al tiempo que sacaba la camiseta de Stinson de sus calzoncillos de pata larga–. Tengo un poco de hambre, eso es todo. Procure no moverme la mano y recuerde, estése quieto.

La mujer le bajó los calzoncillos lo suficiente como para exponer la línea superior de la poblada mata de encanecido vello púbico y

aplicó sus fríos labios a la carne por debajo del ombligo del sacerdote. El padre George Stinson se disponía a rezar por su rescate cuando se vio transportado de improviso a un mundo de dolor, vacío y trémula debilidad. Y éxtasis.

Michael se encontraba en el ascensor del edificio Gideon, esperando a que se abrieran las puertas en la última planta. Por fin había llegado a oídos de Calvin la noticia de que alguien había roto el escaparate de la joyería de Michael en Pontiac y su sire le había citado para debatir acerca de la situación. Cuando la puerta se hubo abierto al fin, Michael recorrió sin vacilación el embaldosado pasillo que conducía al despacho de Calvin. Cuando hubo llegado a la oficina, entró sin molestarse en llamar. El hecho de encontrar a Calvin examinando un montón de papeles en lugar de escrutando expectante la puerta le proporcionó una extraña sensación de gratificación.

–Entra, Michael –dijo Calvin–. Siéntate.

Sin aminorar el paso, Michael cogió la silla de la mesa del ordenador y la colocó frente al escritorio de Calvin. Ajustó la altura a su gusto cuando se sentó, recogiendo una pierna bajo el cuerpo al acomodarse.

–Tenemos que hablar.

–Sí –dijo Calvin, algo desconcertado por la conducta de Michael–. Tenemos que hablar. Para empezar, tengo entendido que alguien ha irrumpido en *Luther Fine Jewelry*.

–Alguien destrozó el escaparate. Desconozco cuánto se han llevado. El edificio estaba casi desvalijado por completo cuando llegué.

–¿Cuándo llegaste? –Calvin apartó los ojos de su trabajo–. ¿Qué quieres decir? ¿No estabas trabajando dentro cuando ocurrió?

–No.

–Ya veo. ¿Qué le contaste a la policía acerca de lo sucedido?

–Nada. No he hablado con la policía. Dejé que se ocuparan de eso los sirvientes de día. Les pedí que le contaran a las autoridades que me encontraba fuera de la ciudad.

Calvin se enervó. Se suponía que Michael no era quién para impartir órdenes a sus sirvientes.

–¿Y la representante de la compañía de seguros? –insistió Calvin–. ¿Te has puesto en contacto con ella? Le encargué que se asegurara de que firmabas la póliza.

–No la he visto. No me he pasado a comprobar el contestador. Si no me llegan los mensajes por medio de Richard, se perderán.

–¿No has regresado a la tienda desde el atraco? –La frustración y un sutil tinte de ira habían comenzado a perfilarse en sus rasgos–. Ya han transcurrido varias noches, Michael. ¿Dónde has estado durmiendo?

Michael se lo pensó antes de responder. A Calvin no iba a hacerle ninguna gracia.

–En el antiguo refugio de Darien. No he vuelto a trabajar.

–Lo que no quita –dijo Calvin, revisando los papeles que tenía en la mesa– para que hayas retirado una sustanciosa cantidad de la cuenta que he abierto a disposición del clan. ¿No es así?

–Así es.

–Pensaba que habrías empleado el dinero en reponer el género de la tienda cuanto antes, antes de cobrar la póliza de seguros, Michael. ¿No ha sido así?

–No. Me hacía falta el dinero.

–Si eres tan amable, explícame para qué.

–Ya que lo preguntas. –Michael se inclinó hacia delante, imitando la postura de Calvin–. Tenía que sobornar a un portero en Saginaw. Al final no me hizo falta tanto como me había imaginado. ¿Quieres que te devuelva la diferencia en efectivo?

La frustración del aura de Calvin cedía terreno por momentos a la ira.

–No me gusta ese tono, Michael. Dime para qué tenías que sobornar a ese portero.

–Eso es asunto mío.

Se hizo el silencio. El aura de Calvin se encendió.

–Los fondos de los que te provea son asunto *mío*, Michael, no te quepa duda –gruñó Calvin–. Al igual que tus actos. Desde que cometieras aquella indiscreción, todo lo que hagas ha sido asunto mío. Muéstrame el debido respeto y responde a mi pregunta.

–¿Tanto importa lo que hiciera con cinco mil dólares? ¿Merece la pena todo esto por cinco mil dólares? A lo mejor debería decírtelo, si tanto te importa.

–Michael...

–Lo que ocurre –continuó Michael, ignorando la creciente cólera

en la voz de su sire-- es que no es así como están las cosas entre tú y yo, ¿verdad, Calvin? Cuando uno de nosotros tiene información importante para el otro, la mantenemos en secreto, ¿no es así?

--Michael, tienes cinco segundos para responder a mi pregunta.

--El rostro de Calvin exhibía un color casi humano. La sangre comenzaba a agolparse en su semblante--. Menos tiempo todavía para adoptar un tono más respetuoso hacia mí.

--¿O qué? --espetó Michael, soltando las riendas de su propia furia--. ¿Vas a quitarme algo más de lo que me has dado? ¿Qué piensas arrebatarme, Calvin? Lo cierto es que nunca he poseído nada que me importara. Nunca me has dado nada que me doliera perder.

Michael parpadeó y Calvin se puso en movimiento. De un acelerón que dispersó los papeles que había estado leyendo, el sire de Michael saltó de su asiento para levantarlo por los aires agarrándolo de la pechera de la camisa. Calvin lo despegó de su silla y Michael sintió que el mundo daba vueltas a su alrededor. Su espalda golpeó la puerta cerrada del despacho y la silla que había ocupado rodó despacio y errática en dirección a la puerta entreabierta que comunicaba con la oficina privada de Calvin.

--Hay una cosa que te he dado y que aún puedo arrebatarte --rugió Calvin, sujetando a Michael a centímetros del suelo, pese a la superior altura de su chiquillo. Michael nunca había visto a Calvin moverse tan deprisa. No sabía que fuese posible moverse tan deprisa. Los colmillos de Calvin restallaron igual que marfileñas llamaradas gemelas--. Me siento más tentado a cada noche que pasa. Cada vez que me decepcionas, me planteo lo que te he dado. Me has repugnado desde que te creé.

--Pues destrúyeme. Acaba con nuestras desgracias. Pero asegúrate de no contarle a nadie lo ocurrido. Vas a forjarte una reputación como encubridor de las muertes de tus descendientes.

Calvin profirió un rugido de rabia y volvió a zarandear a Michael por los aires. En esa ocasión, lo arrojó volando por encima de la alfombra contra la escultura cristalina que su propio sire había creado para él. La enorme estructura geométrica se volcó y estalló en mil pedazos que cayeron sobre Michael como un aguacero de afiladas aristas. Michael rodó hasta ponerse de pie, sacudiéndose el polvo y las esquirlas de la iridiscente ducha. Le dolía el hombro sobre el que había aterrizado, que pendía inerte, y podía oler la sangre de las docenas de cortes practicados en su rostro y su espalda. Sus colmillos asomaron a su vez, replegando sus labios.

–¿Tanto echas de menos a Darien que estás dispuesto a reunirte con él? –preguntó Calvin, todavía de pie en el mismo sitio desde el que había lanzado a Michael por los aires.

Michael no se movió, a la espera de que Calvin se acercara. Los cortes y las heridas de su piel se cerraron y la sangre se abrió paso hasta su hombro. El escozor de su mano se convirtió en un cosquilleo y, por último, comenzó a relajarse de nuevo. Sus colmillos, no obstante, seguían en su sitio. Si su sire daba un paso...

–Esto es ridículo, Michael. –El semblante de Calvin había perdido su arrebol y la rabia había abandonado sus ojos. Con gesto calculado, metió las manos en los bolsillos–. Mira lo que has hecho. Mira en lo que te has convertido. Tenías tantas posibilidades...

–Eso es una maldita mentira, Calvin. –El dolor había desaparecido del cuerpo de Michael y la perentoriedad de su furia comenzaba a atenuarse–. Nunca tuve nada que no me hubieras dado tú. Incluso esas posibilidades eran algo que me habías impuesto. Lo único que tuve jamás fue a Darien y tú lo sabes. Él era la única cosa de valor que llegué a crear.

Calvin meneó la cabeza y bajó la mirada. Michael no vio más que decepción en su aura. Su sire ni siquiera temía que pudiera perder el control y atacarlo. Aquel flagrante desdén cayó sobre Michael como un jarro de agua fría. Sus colmillos se relajaron. No estaba consiguiendo más que ponerse en evidencia.

–Me revuelves el estómago, Michael –dijo Calvin, caminando despacio hacia su sillón–. Tienes razón. Darien era lo único que te honraba pero, incluso en ese sentido, resultabas decepcionante. Si yo no me hubiera ocupado de Darien y hubiese cubierto sus necesidades, no habría sido mejor que tú. Tendría que haberos dejado morir a los dos.

–Lo único que tenías que hacer era decírmelo. Lo único que tenías que hacer era contarme que Darien había muerto en cuanto te enteraste. Si no hubieses intentado mantenerlo en secreto, podríamos haber seguido como hasta entonces. Si, por un segundo, me hubieras tratado como a un igual...

–Tú y yo nunca fuimos iguales, Michael –dijo Calvin, sin la menor traza de su antigua pasión–. No te creé para que fueses mi igual ni te crié para que lo fueses. Te creé para que sirvieras a mis propósitos.

–Olvídalo. Darien te brindaba la oportunidad de enmendar tu "error", pero ya no está aquí para que puedas chantajearme con él. Ya no tengo dinero que pudieras quitarme. No puedes impedir que me

alimento. No te queda nada que utilizar en mi contra. Ya no soy el esclavo de nadie.

–Michael –dijo Calvin, con calma–, hablas como un Sabbat.

Aquellas palabras dieron que pensar a Michael. No sabía que el Sabbat siguiera unas directrices que pudieran imitarse. Aparte de pensar que fuera perfectamente razonable asesinar humanos a la vista de todos y beber la sangre de tus propios compañeros.

–Tal vez lo sea. Quizá sea otra de las numerosas manchas de mi historial.

–No deberías hablar así, Michael. –Cosa curiosa, Calvin había empezado a sonreír. Michael vio algo que no supo reconocer en el aura de su sire. Un color que no lograba identificar–. El príncipe Adrock está convencido de que un simpatizante del Sabbat se oculta entre nosotros. Si llegara a sus oídos lo que acabas de decir, ni siquiera yo podría protegerte. Si es que pensara tomarme la molestia.

Michael se quedó sin habla. Desafiar a su sire y afrontar su ira era una cosa. En el fondo, una parte de él sabía que Calvin era demasiado orgulloso como para destruir algo que hubiera creado. Pero destruir algo y permitir que fuera otra persona la que destruyera ese algo eran dos cosas completamente distintas. La mera idea de enfrentarse a Marion Adrock como sospechoso de formar parte del Sabbat sembró la simiente del pánico en la cólera de Michael. Adrock le destruiría.

–No pertenezco al Sabbat. El Sabbat asesinó a mi chiquillo. Si el Sabbat tiene un enemigo, ése soy yo.

–No me vengas ahora con melodramas, Michael. –La serena y controlada arrogancia de Calvin había regresado renovada ahora que la conversación discurría por los derroteros que él fijaba–. No cabría esperar otra cosa de un simpatizante del Sabbat.

A Michael le dio un vuelco el estómago. Calvin estaba jugando con él para que se doblegara. No se atrevería a formular tales acusaciones.

–No te atreverías a mencionar esto ante el príncipe Adrock –dijo, desesperado. Se aborreció por ser tan débil, pero no podía dejar de hablar–. Parecerías igual de culpable.

–¿Sí? –La mueca de Calvin consiguió que Michael se odiara a sí mismo todavía con más fuerza.

–Mentiste al príncipe. Protegiste a Darien cuando lo creé.

–Ésa es justo la clase de mentira que esperarías oírte decir el príncipe. –Calvin recogió los papeles que había desordenado antes y los colocó en un pulcro montón–. ¿A quién iba a creer, a un neonato

sospechoso de estar aliado con el Sabbat o a su propio senescal?

–Villanova sabría que mientes –dijo Michael, agarrándose a un clavo ardiendo–. Se lo diría al príncipe.

–¿A quién iba a apoyar Villanova? ¿A ti o a quien es su hermano y superior en la escala social?

–No puedes hacerlo. –Aquella reunión no estaba desarrollándose como él había esperado–. No dirías eso de mí. De tu propio chiquillo. Es mentira.

Calvin volvió a sonreír, descubriendo hasta el último de sus dientes perfectos e iguales.

–Lo haré, Michael. Si vuelves a dirigirte a mí como has hecho esta noche, lo haré. Si vuelves a sacarme de mis casillas, me ocuparé de que el príncipe Adrock sea puesto al corriente de esta conversación. Me encargaré de que se sepa que eres un topo enterrado en su dominio. ¿Ha quedado claro?

Michael se quedó desolado, avergonzado y furioso. Calvin preferiría destruirle antes de permitir que se rebelara contra él. Podía ver la verdad en el aura de Calvin. El color que no había podido reconocer antes se había afianzado. Si le obligaran a adivinar, Michael diría que aquel era el color del triunfo.

–Sí, Calvin –dijo, con apenas un susurro–. Ha quedado claro.

–Así me gusta, Michael –celebró Calvin. El color del triunfo refulgió–. Ahora, vete a casa antes de que me dé cuenta de la increíble falta de respeto que me has mostrado esta noche. Márchate antes de que vuelva a plantearme si debo protegerte, de nuevo.

Michael, incapaz de soportar por más tiempo la presencia de su sire, se fue cabizbajo.

_____ 26 _____

–¿"Hermano y superior en la escala social"? –preguntó Marcus Villanova, al cabo de un largo silencio. Había salido del despacho privado de Bainbridge tras la marcha de Michael–. No es que eso fuera lo más...

–Ahora no, Marcus.

–¿Desde cuándo nos conocemos? Va a hacer casi un siglo, ¿no es así? Esperaba que tú y yo ya hubiéramos dejado atrás las diferencias sociales.

–Ahora no, Marcus –insistió Bainbridge. Los papeles que sostenía en la mano crujieron y se arrugaron entre sus dedos.

Villanova permaneció sentado en silencio por un momento. Jugueteaba con gesto ausente con otra reluciente bagatela de la "colección" de obras de Michael que poseía Bainbridge. Los destellos captaron la atención de Calvin y el senescal alzó la vista para ver qué hacia la arpía.

–¿Qué tienes ahí? –preguntó, a desgana.

–Algo que debería ser un unicornio de cristal –respondió Villanova, observando la fruslería con indiferencia–, pero que no lo es.

–¿Cómo?

–No importa. –Se guardó la menudencia en un bolsillo con un rápido ademán–. Literatura moderna. Ésta bicoca me había recordado cierto pasaje.

–Quédatela –dijo Bainbridge, sacudiendo la cabeza–. Llévate la colección entera si quieres. Ya no tengo motivos para conservar esas nimiedades.

–¿Ni siquiera como recuerdo del mejor trabajo de tu primer chiquillo? –preguntó Villanova, sonriendo para sus adentros–. No, supongo que no. –Tras otra larga pausa, añadió:– Me temo que se te está yendo de las manos, Calvin.

Resignado, Bainbridge soltó los papeles y se enderezó en su asiento.

–¿Qué?

–Michael. Hace diez años, no te habría hecho falta mangonearle de un modo tan grosero. Hace veinticinco, no habrías necesitado recurrir a amenazas tan toscas para mantenerlo a raya. Hace cincuenta, ni siquiera se habría atrevido a hablarte como lo ha hecho esta noche. Se te está yendo de las manos.

–Tal vez –concedió Bainbridge–, pero cuando más se aleja de mí, menos se parece a un albatros enroscado en mi cuello. –Villanova no era el único capaz de ofrecer obscuras referencias literarias–. Por lo menos, el espectáculo que acabas de presenciar elimina la necesidad de ganar a Michael para nuestra causa. No me ofrecería su apoyo en estos momentos. Tendrá que aceptar mi liderazgo, igual que el resto del dominio.

–Puede ser pero, al mismo tiempo, supongo que es inevitable que debamos esperar conflictos con nuestra prole conforme avanzan nuestras no-vidas. Sin importar a qué niveles nos elevemos.

De repente, a Bainbridge no le gustaba el tono que había

adquirido la voz de Villanova. Los ojos de la arpía parecían más esquivos que de costumbre.

–¿A qué te refieres?

–Te habrías enterado a lo largo de la semana, pero supuse que preferirías que te lo dijera antes.

–Malas noticias –dijo Bainbridge. Le había extrañado que Villanova se hubiera presentado de improviso esa noche. La llegada de Michael se había producido antes de que la arpía hubiera tenido ocasión de hablar.

–No del todo, tan sólo preocupantes. Hubiese preferido contártelo en mejores circunstancias. –Miró de soslayo los restos de la escultura de cristal.

–Habla.

–Al parecer –comenzó Villanova, tras una breve pausa–, mi Lewis ha realizado un inoportuno descubrimiento en los almacenes a orillas del río Iron.

–¿Milliner? –preguntó Bainbridge, anticipándose.

–Sí, lamentablemente. El bueno de mi chiquillo se ha topado con la operación mientras ésta empezaba a ponerse en funcionamiento. Le enseñé a investigar cualquier actividad nocturna sospechosa y, al parecer, supo aprovechar las clases. Lewis detectó la influencia de la señora Milliner en la Cámara de Comercio y rastreó sus movimientos hasta los almacenes que le recomendaste que ocupara en la ciudad. Los mismos que había intentado comprar Elliot Damascus antes de que acabara el mes.

–Eso podría suponer un problema –dijo Bainbridge, sin evidenciar signos de preocupación–. ¿Es Samuelson de confianza?

–Sin lugar a dudas. –Villanova se indignó levemente–. Su conducta es irreprochable.

–En ese caso, tal vez estemos a tiempo de arreglar la situación. ¿Es leal? ¿Podemos confiar en que se una a nosotros? ¿Se enfrentaría a Adrock, llegado el caso?

–Esas preguntas no conducen a nada, Calvin –dijo Villanova, levantando una mano–. Lewis besaría el suelo que yo piso, pero ya es demasiado tarde. En su afán por hacerse acreedor del reconocimiento del príncipe Adrock, le ha hecho partícipe de su descubrimiento.

–¿Adrock lo sabe?

–Sí. El príncipe Adrock sabe que alguien actúa contra el chiquillo de su chiquillo. Ese conocimiento, sumado a la información que me has proporcionado y según la cual sospecha de la existencia de un

topo y de que planeamos atentar contra él podría tener consecuencias desastrosas para nosotros. Lo más seguro es que debamos posponer el golpe de estado.

—No del todo. —Bainbridge levantó la vista en dirección al micrófono direccional oculto detrás de la lámpara montada en la pared de su despacho—. Ya he puesto en marcha un plan de emergencia para solventar dos de esos tres puntos. Creo que podría distraer la atención del príncipe de nosotros en lo referente a los asuntos del chiquillo de su chiquillo y la supuesta conspiración en su contra.

—¿Y el chivato?

—El plan debería bastar para cubrir también ese aspecto.

—¿Qué plan es ése?

—Cuanto menos sepas, Marcus, mejor. Además, la sorpresa que mostrarás contribuirá a dotar de veracidad a la noticia si me viera obligado a anunciarla. Asumiendo, claro está, que el príncipe haya tomado medidas que hagan necesario este último recurso.

—Las ha tomado. Dentro de una semana, quiere celebrar una reunión general. Quiere que asistamos Theodore, Maxwell, Jeremey, tú y yo.

El hecho de que Adrock hubiera solicitado la presencia de los miembros más antiguos de cada clan representado en el dominio de Michigan significaba que planeaba celebrar una reunión de auténtico carácter oficial. El único tipo de reunión que parecía ajustarse a las circunstancias era un juicio. Bainbridge le comentó sus sospechas a Villanova.

—Es probable —dijo éste—. Espero que tu plan de emergencia funcione como es debido.

—Funcionará —dijo Bainbridge, obligándose a hablar con más confianza de la que en realidad sentía.

Ambos permanecieron sentados en silencio por un momento y Bainbridge deseó que Villanova diera sus asuntos por concluidos y se marchara. Esa noche, la arpía le había visto caer más bajo de lo que había caído en mucho tiempo. Al cabo, Villanova se incorporó y dijo:

—Calvin, ¿creías de veras lo que le dijiste a Michael?

—¿El qué?

—Cuando expresaste tu creencia de que yo te apoyaría en una mentira, en caso de necesidad. ¿Creías de veras que estabas diciendo la verdad?

—Lo creía hasta el punto de convencer a Michael cuando lo dije —respondió Bainbridge, con cautela—. De lo contrario, mi control sobre

él se habría reducido aún más.

–Ya veo –dijo Villanova, girándose para marcharse. Y era cierto. Podía ver la verdad en el aura de Calvin–. Es bueno saberlo. Hasta dentro de una semana, Calvin.

–En los tribunales. Buenas noches, Marcus.

27

Michael no se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta del modesto apartamento que había sido el segundo refugio de Darien. Esperaba que llamaran. Esperaba visita. No había dejado de observar la puerta desde que se despertara esa noche. Abrió y franqueó la entrada a Clare.

–¿Vives aquí? –preguntó la mujer, mirando en rededor al entrar. Llevaba puesto un arrugado vestido rosa que presentaba una mancha marrón oscuro en un hombro. También llevaba un bolso de macramé marrón colgado del otro hombro–. Francamente, Michael, pensaba que tu familia tenía mejor gusto.

La habitación, admitía Michael, era poco más que una caja pintada de gris con las ventanas entablonadas y una sola cama. Hacía tiempo que habían cortado el agua y la luz en el edificio, pero era propiedad de Calvin. Aunque no fuese atractivo por dentro ni por fuera, era un buen lugar donde pasar el día si no se tenía otro sitio al que ir.

–Es temporal.

–Eso espero –dijo Clare, con una enigmática sonrisa–. Ahora estás en mi territorio de caza. Detestaría tener que llamar a nuestro alguacil para que arrestara al hijo de nuestro senescal. Menudo escándalo.

Clare hablaba con frivolidad y sarcasmo, pero Michael había reparado en la frialdad de su mirada. Leer su aura era una causa perdida, por lo que no sabía qué pensar de aquella dualidad.

–No es que fuese a hacerlo –continuó Clare–. Delatarte, digo. Ni llamar al alguacil. Mientras no caces por aquí, me da igual dónde vivas.

Michael cerró la puerta y fue a sentarse en el sofá de vinilo estampado con motivos florales que llevaba en esa habitación desde mucho antes de que huyera su último ocupante.

–Tengo que preguntarte una cosa –dijo Michael–. Cuando

hablamos después de que me enterara de que Darien no iba a volver a casa, dijiste que querías ayudarme. ¿Por qué?

–¿Por qué esa noche?

–Por favor, Clare. –Michael estaba demasiado cansado como para andarse por las ramas—. ¿Por qué me hiciste esa oferta? ¿Por qué te preocupa lo que estoy pasando?

–Porque Jeremey me contó lo que le había ocurrido a Darien. Y lo de Elliot. Elliot nunca me ha caído bien, pero tampoco nunca había tenido motivos para hacer algo al respecto.

–Así que soy un pretexto conveniente.

–Eres útil –dijo Clare, avanzando decidida hacia Michael. Sus ojos brillaban con una intensidad que inquietó a Michael—. Eres útil como aliado.

Michael pensó en esas palabras. No tenía amigos ni aliados entre los Vástagos que se reunían en Iron Rapids. Nunca había buscado la compañía de otros de su especie, aparte de la de Darien. Acudía al Elíseo a menudo, pero rara vez entablaba conversación. Le resultaba novedosa la idea de que alguien pudiera considerarle un aliado.

–¿Así que te da igual lo que le hizo Elliot a Darien? –No añadió el hecho de que a Jeremey le correspondía la misma parte de culpa por no haber movido un dedo para ayudar a Darien—. ¿Tan sólo me utilizas para obtener lo que quieres? ¿Eso es lo que tú llamas "aliado"?

–No conocía tanto a Darien como para que me importe lo que le ocurrió –dijo Clare, paseándose por la diminuta cocina del apartamento, mugrienta y cubierta de polvo. Algo correteó alejándose de ella cuando se acercó—. Pero eso no significa que me guste lo que hizo Elliot. Tampoco significa que deba ser castigado por ello. No me corresponde a mí amonestarlo. Porque me da igual. Lo que ya no me da igual –continuó, volviéndose hacia Michael con el rostro contraído de ira pero los ojos serenos– es que Jeremey tenga que soportar a Elliot una noche sí y otra también, tanto si le gusta como si no. Jeremey lleva años trabajando para Adrock y nunca ha recibido siquiera un ascenso. Luego aparece Elliot y Jeremey tiene que ocuparse de él y enseñarle porque David Ellsworth se encuentra demasiado ocupado. Ahora es Elliot el que da órdenes a Jeremey y este tiene que acatarlas porque el mocoso es el chiquillo del chiquillo de Marion. No es justo, Michael, y Jeremey está consumiéndose.

Michael frunció el ceño pero no dijo nada. ¿Entendería Clare lo que estaba diciendo?

–No me mires así, Michael –dijo Clare, volviendo a plantarse

delante del sofá—. Sé lo que piensas cuando pones esa cara. *Tú* eres el que no lo entiende. El orden lo es todo para Jeremey y Elliot destruye ese orden. Jeremey debería ocupar un puesto más elevado en esta ciudad después de todo lo que ha trabajado por Adrock, pero es Elliot el que acapara los honores gracias al nepotismo reinante. No está bien, y ese no estar bien es lo que está volviendo loco a Jeremey.

Cuanto más hablaba Clare, más se alteraba. Gesticulaba y aleteaba con los brazos. Sus ojos se posaban en Michael a intervalos. Su voz subía y bajaba sin cadencia alguna. Michael se acomodó por si tuviera que reducirla. O salir huyendo.

—Todos tenemos algo, Michael. Lo que tiene Jeremey es el orden. Mientras Elliot ande cerca, ese orden será imposible. Por eso tú y yo tenemos un enemigo en común. No porque me cayera bien Darien ni porque me caigas bien tú y sienta tu dolor. Jeremey tenía su orden, pero tú tenías a Darien. Elliot te lo arrebató, aunque fuese lo único que atesorabas.

Michael sintió cómo sus ojos se desorbitaban y se le quedaba la boca abierta. Clare tenía razón. Aunque no hubiera pensado en ello de ese modo, Darien le había ayudado a sobreponerse a las exigencias de su yo más primario e instintivo. La parte paranoica de su mente que aullaba sus sospechas y gimoteaba de miedo en presencia del resto de su especie siempre guardaba silencio cuando Darien estaba cerca; Michael podía confiar en él. La sanguinaria parte que le incitaba a beber más y más y más cada vez que se alimentaba tampoco se mostraba tan insistente. Cuando se alimentaba con Darien, firmaba una tregua temporal con esa parte de sí mismo y, por supuesto, Darien nunca le había hecho enfadar hasta el punto de verse cegado por la rabia, en contra de los deseos de esa faceta bestial de su mente. Sólo ahora, tras la muerte de Darien, sentía Michael que la cólera tensaba sus cadenas, amenazando con soltarse. Había aflojado su presa delante de Calvin y había pagado las consecuencias. Nunca había hecho nada parecido cuando Darien estaba con él. Su chiquillo había sido más importante de lo que pensaba, más que su sentido del yo. Clare tenía razón; Elliot se lo había arrebatado.

—¿Qué hay de ti, Clare? ¿Qué tienes tú para mantener a raya a tu otro yo?

—Tengo a Jeremey. Él me proporcionó una familia de nuevo cuando perdí la verdadera. Se esfuerza mucho por cuidar de mí.

Michael se dio cuenta de que, en cierto modo, Elliot también estaba apartando a Jeremey de ella.

–Así pues, la cuestión es, ¿qué es lo que hace humano a Elliot?
–Michael había dejado de mirar a Clare, incluso de pensar en ella. Se había sentido ofendido al creer que la mujer le utilizaba para cumplir sus propios propósitos, pero esa idea ya no le molestaba tanto. Tal vez los dos pudieran servirse el uno del otro para ver satisfechos sus objetivos. Cuando se pensaba en el quid de la cuestión, daba igual de quién fuera el objetivo que se cumpliera con tal de que se cumpliera alguno—. ¿Qué podemos arrebatarse que nos satisfaga?

–Ya he dado el primer paso a ese respecto. –Clare abrió su atroz bolso y extrajo un paquete rectangular envuelto en papel—. Sé lo que tiene Elliot. Convalidación. Le gusta que le digan lo buena persona que es.

–¿Quién, Adrock o Ellsworth?

Clare negó con la cabeza.

–Elliot es demasiado listo para eso. Y demasiado orgulloso. No esperaría que le convalidara un superior. Alguien así no le proporcionaría lo que necesita. No, centra su atención en sus iguales, o en quienes considera que están por debajo de él.

–Como Jeremey. O Lionel.

–Disfruta de su posición sobre ellos, pero no recurre a ellos en busca de convalidación. Para eso visita a un sacerdote católico.

–¿Un sacerdote?

–En Iron Rapids –confirmó Clare—. Es la única persona con la que habla Elliot cuando necesita que alguien le distraiga de su propia vanidad. Lleva haciéndolo desde su Abrazo, por lo que sé. –Agitó el paquete marrón y se lo ofreció a Michael—. Por desgracia, he pillado a este sacerdote en concreto haciendo cosas muy feas en esta cinta. Una pena, la verdad. Me gustaba ese cura.

Michael se imaginó el resto del plan de Clare.

–Ya entiendo. Cuando Elliot se entere y vea lo que sea que estaba haciendo el sacerdote, comprobará que el único ser al que apelaba por ser una "buena" persona en realidad no es tan buena y, si la palabra de dicha persona resulta quedar invalidada de resultados de ello, ¿qué decir del propio Elliot?

–Algo así. Ya sé que es un paso pequeño, pero es lo único que se que le recuerda a Elliot lo que es ser humano. Además, tampoco hace tanto de su transformación. Si quieres, podemos esperar a ver qué más encontramos. Tal vez dentro de algunos años...

–No quiero esperar algunos años –interrumpió Michael. Se puso de pie y apoyó una mano en el paquete. Clare no lo soltó—. Estoy

harto de esperar. Me he pasado toda la vida esperando, sopesando opciones y considerando las posibles consecuencias y nunca he actuado en el momento oportuno. Yo digo que le arrebatemos esto a Elliot ahora que sigue siendo importante para él. Quiero hacerlo mientras aún se acuerde de lo que le hizo a Darien y quiero que ocurra antes de que Elliot adquiera más poder en la ciudad. Si hay algo más que podamos arrebatarse, lo haremos después. Pero empezaremos ahora, con esto.

—De acuerdo. —Clare soltó la cinta—. El único problema estriba en hacérselo llegar a Elliot en Lansing y asegurarnos de que lo vea.

—Sin estar rodeado de testigos que pudieran dar fe de su reacción inicial, que probablemente tendrá consecuencias... funestas para quienquiera que sea el mensajero.

Clare asintió con la cabeza.

—Sabes —dijo Michael, transcurrido un momento—. No creo que eso suponga ningún problema. Tengo al hombre perfecto para este trabajo.

_____ 28 _____

Lewis Samuelson observó a Elliot, intentando imaginarse lo que debía de pasarle por la cabeza al joven Ventrue. Samuelson acababa de comunicarle la noticia de lo que había descubierto en Iron Rapids, pero Elliot aún no había respondido nada. La joven arpía le estudiaba en busca de cualquier cambio delator en su expresión que indicara lo que estaba pensando. Según Marcus, leer en el interior de una persona resultaba más fácil cuanto más se practicaba. Cuanto más mirabas, más adentro se alcanzaba con la vista, hasta el límite de su propia alma. En ese momento, no obstante, el alma de Elliot no estaba resultando nada reveladora. Se limitaba a contemplar el fajo de fotos que había desparramado sobre su escritorio, dándoles la vuelta para leer las observaciones que había escrito Samuelson en letras grandes y redondeadas, descartándolas a continuación.

—¿Entiendes lo que significan estas fotos? —preguntó Samuelson, al cabo—. Las saqué en Iron Rapids, en las afueras de...

Elliot alzó la vista e hizo un gurrño con la foto que sostenía en la mano. Sus brillantes iris verdes contrastaban con las vetas rojas que los ribeteaban. Elliot tenía unos ojos muy bonitos, hubo de admitir

Samuelson. A pesar de la sombra de ojos y el rímel que utilizaba para resaltar el color de los suyos, Samuelson deseó que sus ojos fueran como los de Elliot. Su belleza era equiparable al encanto que debían producir los ojos de una serpiente sobre un pájaro, desde luego, pero no por eso resultaban menos impresionantes.

–¿Te crees que soy un puto gilipollas? –espetó el joven–. ¿Te crees que no sé dónde las has sacado? ¿Que no conozco mi puto territorio en Iron Rapids? A lo mejor todavía no me he dado cuenta de que algún capullo intenta pegármela en mi propio territorio. ¿Es eso lo que piensas, mamón?

Aunque la generación de Samuelson se encontraba más alejada del príncipe Adrock que la de Elliot, seguía siendo más viejo que el Ventrue. No se hablaba así a los mayores.

–Esa lengua, Elliot –recriminó, sereno.

–¡No me jodas, Lewis! –Elliot agarró dos puñados de fotografías de la mesa y las arrojó en dirección a la arpía. Las arrugadas imágenes rebotaron y se estrellaron contra el rostro de Samuelson–. Claro que sé lo que significan estas fotos. Significan que alguien me está jodiendo, metiendo camiones en mi territorio y haciendo lo que le da la gana con mis putos terrenos de embarque. Hace dos semanas que no hago más que perder contratos y nadie sabe decirme adónde van a parar. Mi sire está desaparecido en combate, a Marion se la trae floja lo que no sea Detroit y ni siquiera mi gente es capaz de mover un dedo para ver quién está meándose en mi felpudo. Por si eso fuera poco, un puñado de macarras trajeados se dedican a echar por tierra todas mis empresas como si quisieran desencadenar una puta guerra de bandas en medio de Iron Rapids. ¡Tengo problemas de sobra como para que encima me vengas diciendo lo que tengo que hacer, joder!

Antes de que Samuelson pudiera reaccionar al descaro de Elliot, el Ventrue descolgó el teléfono de su mesa y apretó un botón en el costado del aparato. Transcurrido un momento, empezó a chillar a la persona que respondió.

–¿Qué es eso de que no está? –aulló, agarrando el teléfono a cierta distancia frente a él, como si estuviera dirigiéndose a un ser vivo. Aporreó la mesa con el aparato, dispersando lápices, bolígrafos y papeles que cubrieron el escritorio–. ¿Me escucha? ¿Oiga? ¡Quiero que se ponga David *ahora mismo*! Pues vaya a buscarle, panoli, ¡y díglele que su chiquillo está al teléfono!

Cuando aquellas palabras no obtuvieron respuesta, Elliot colgó con un grito de furia.

–Elliot –comenzó Samuelson–, tal vez si...

–¿Sabes quién es el responsable de esto, Lewis? –interrumpió Elliot, volviendo a descolgar el auricular de inmediato y accionando otra tecla de marcado rápido–. ¿Le pusiste la vista encima al que sea que me la quiere jugar o esperabas que me alegrase tanto de que hubieras desenterrado esta pequeña conspiración que me daría igual quién fuese el responsable?

Samuelson miró hacia otro lado, sin responder.

–Joder, lo que me imaginaba. Todos los putos Toreador sois iguales. Os creéis que sois la hostia cuando lo cierto es que no tenéis ni puta idea de na... –Los ojos de Elliot se centraron en el teléfono y volcó toda su atención en la voz que había respondido a su llamada–. Sí, Johnson, ¿qué has descubierto? Y no me digas que no has... Espera, ¿qué ibas a decir, Johnson? ¿Qué acabo de decirte? ¡Joder!

Colgó de golpe y volvió a mirar a Samuelson. Las vetas rojas de sus ojos se habían intensificado. La arpía se amilanó.

–Hay que joderse con estos abogados. Tendría que haberle chupado hasta la última gota cuando le conocí.

–Quizá sea mejor que hablemos de esto en otro momento –dijo Samuelson, incorporándose despacio–. Cuando no estés tan enojado.

–No. No, sé lo que pretendes y ya puedes irte olvidando. Estas fotos no valen nada. –Barrió con una mano las que aún permanecían sobre la mesa hasta que fueron a parar a los pies de Samuelson, junto con todos los lápices y papeles que encontró en su camino–. Te debo una mierda, así que no esperes nada. Lo que deberías hacer es descubrir quién quiere joderme en los propios terrenos de caza del sire de mi sire. Eso sí que sería algo útil.

–Veré lo que puedo encontrar –dijo Samuelson, contrito–. Hablaré con Marie, por si ha oído algo. O con Marcus. Tal vez él...

–Vete y hazlo –ordenó Elliot, descargando en los ojos de Samuelson toda la ira y la frustración que le embargaban–. Y no vuelvas hasta que tengas algo que merezca la pena, putón pintarrajeado.

Samuelson se marchó apresurado y Elliot continuó efectuando llamadas telefónicas. Sabía que era de mala educación aprovecharse de su edad y de los trucos que le había enseñado David para mangonear a otros vampiros pero, en esos momentos, era la forma más expeditiva de sacar a la arpía de su oficina. Por no mencionar el hecho de que parecía que Samuelson ni siquiera se había percatado. Con todo lo que presumían esos mariposones Toreador de ser tan

perspicaces y sensibles a las sutilezas, reflexionó Elliot, Lewis se había tragado la orden soterrada como cualquier neonato recién salido del cascarón.

Mas esa pírrica victoria no contribuyó a mejorar el humor de Elliot. Cuantas más llamadas realizaba, más crecía su frustración. Sus contactos en el departamento de policía de Iron Rapids no habían sido capaces de encarcelar a ninguno de los traficantes de drogas rivales que habían iniciado su cruzada particular contra las operaciones de contrabando de Elliot. Ninguno de los dos abogados que tenía a su servicio había conseguido descubrir con exactitud quién había ayudado a sus antiguos clientes a incumplir los contratos de embarque que había firmado con ellos. Si esa ayuda hubiera provenido de Adrock o Ellsworth, se lo habrían notificado. El hecho de que no existiera información alguna apuntaba a que había sido la manipulación vampírica lo que había influido en el trato. De lo contrario, Elliot habría podido averiguar *algo*. Si lograra ponerse en contacto con Ellsworth, podría sumar los recursos de su sire a la investigación, pero nadie había visto a David ni había tenido noticias suyas desde hacía semanas.

Después de caminar en círculos durante más de dos horas, reclamando hasta el último favor que le debieran, arrojó el teléfono al suelo de su despacho. La base de plástico se hizo añicos y el cable de conexión se desenganchó de la pared. Cuando Elliot hubo levantado la vista del destrozado aparato, encontró a alguien de pie en la puerta de su oficina.

—¿Quién coño eres tú? —gritó. Tuvo que apelar a todo su autocontrol para no saltar por encima de la mesa y degollar al hombre. Le sonaba de haberlo visto en Iron Rapids, pero no era un vampiro y lo que estaba claro era que no había concertado cita.

—Me llamo Richard, señor —dijo el hombre, cabizbajo como un buen sirviente, con las manos enlazadas a la espalda—. Antes trabajaba para Calvin Bainbridge. Ahora estoy al servicio de Michael Luther. Señor.

El último nombre dio que pensar a Elliot. La sangre seguía hirviendo tras sus ojos pero, por el momento, aún podía ver a través de ella.

—¿Y qué es lo que quieres, Richard? ¿Quieres cambiar de empleo? Te diré una cosa: si le metes un cartucho del .35 por el culo al capullo que te haya dejado entrar sin comunicármelo antes, el trabajo es tuyo.

–Gracias, señor --respondió el ghoul, sin dejar de mirar solemnemente el suelo--, pero no he venido en busca de empleo. Mi señor quena que le entregara un mensaje. Referente a la situación en Iron Rapids.

Elliot no pudo por menos de poner los ojos en blanco. Más puñeteros Toreador intentando ser "de ayuda". ¿Acaso no eran ya bastantes los problemas que asolaban Iron Rapids que el crío del senescal tenía que traerle más?

–Sea lo que sea, puede esperar. Ahora mismo estoy de mierda hasta el cuello. Dile a Michael que empiece a servir las pastas sin mí.

–No puedo hacer eso, señor --dijo el ghoul, cuya tensión aumentaba a cada palabra--. El señor Luther me ha ordenado que le entregue este mensaje.

Elliot no pudo evitar ponerse de pie llegado ese punto. Muy despacio, porfiando con la neblina roja que amenazaba con empañarle la visión, cruzó la estancia hasta colocarse al lado de Richard. Cogió la barbilla del ghoul y la levantó hasta que sus ojos se encontraron.

–A mí nadie me lleva la contraria --susurró, asegurándose de que el ghoul pudiera oler las viciadas vaharadas de aire que emanaban de su boca con cada palabra--, y menos el hijo descarriado y metomentodo de un putón Toreador. Ya sé lo que busca Michael y ahora mismo no me apetece hablar con él.

–Señor --continuó el ghoul, procurando apartar la mirada--, el señor Luther insistió en que...

Elliot permitió que la sangre se desbordara en su interior como un torrente, apretó el cuello del ghoul con los dedos y le obligó a arrodillarse. Los ojos del ghoul se desorbitaron, pero no intentó manotear la muñeca de Elliot ni hizo ademán alguno de liberarse. Estaba bien adiestrado.

–Eso ha sonado como si quisieras llevarme la contraria, cabrón --siseó Elliot. La bruma escarlata se espesaba tras sus ojos--. Michael no me ha dirigido la palabra ni en dos ocasiones desde el momento de mi Abrazo. Si le apetece hablar, ya te he dicho que sé lo que busca. Quiere interrogarme acerca de su chiquillo, pero yo ya lo he dejado atrás. Me he congraciado con Dios en la iglesia de San Cristóbal, en Iron Rapids. Si Michael quiere hablar, dile que vaya allí y pregunte al sacerdote. ¿Entendido?

–Precisamente sobre ese sacerdote quería hablarle Michael --musitó el ghoul, sin resuello. Su rostro se amorataba por momentos. La luz del pánico se había encendido en sus ojos y había comenzado

a temblar. Cada una de las palabras que pronunciaba le costaba un gran esfuerzo. Elliot reparó en el paquete envuelto en papel de estraza que sostenía el ghoul en una mano—. Sabía que le gustaría ver lo que ha descubierto acerca del sacerdote.

Elliot vaciló por un momento, antes de empujar al ghoul al suelo. El hombre boqueó en busca de aire y no intentó levantarse. Transcurrido un instante, tendió el paquete hacia Elliot, que lo cogió y desenvolvió para descubrir que se trataba de una cinta de vídeo sin etiquetar.

—Vaya, genial —dijo, histérico—. Un vídeo casero de Michael. ¡Mira por dónde, pero si tengo un reproductor y una tele en la oficina! Oye, Richard, ¿te apetece ver una peli?

El ghoul, que seguía respirando con dificultad y masajeándose el cuello magullado, no se movió. Teniendo en cuenta lo cerca que parecía Elliot de perder el control, le pareció que era buena idea.

Elliot cogió el mando a distancia de encima de su escritorio, pulsó una tecla y caminó hasta la otra punta del despacho. Mientras se acercaba, una sección de la pared se abrió para revelar un televisor dotado de una pestaña para la inserción de cintas de vídeo en la base. Encendió el aparato e introdujo la cinta. El televisor comenzó a reproducir la cinta automáticamente.

Durante largo rato, Elliot permaneció transfigurado. Era evidente que quienquiera que hubiera grabado la cinta era un aficionado. El cuarto que aparecía en pantalla estaba completamente a oscuras, a excepción de la luz de la cámara. La mujer aparecía cortada de cuello para abajo en el encuadre, por lo que sólo se la veía mover la cabeza arriba y abajo. Ni siquiera había sonido. Lo único que estaba claro era que la desconocida estaba practicándole una felación al hombre.

Hombre que arqueó la espalda y se revolvió, mascullando sin cesar lo que parecían obscenidades. Sus arrugados dedos asían a la mujer por los cabellos y empujaban su cabeza con fuerza cada vez que ascendía. Sus delgaduchas piernas se salían del encuadre, por encima de los hombros de la mujer. El telón rojo tras los ojos de Elliot se proyectó hacia delante, afinándose hasta formar una mota de luz láser en el rostro del hombre. Con aquel chapucero trabajo de iluminación podía distinguir claramente la cara. Era imposible confundirla con la de otra persona. La cinta se terminó y dio paso a la estática, pero el haz rojo rematado en punto de luz láser permaneció. De todas las ocasiones en que podía salir a la luz algo así, protestó la menguante parte racional de la mente de Elliot, ¿por qué tenía que ser

ahora? De toda la gente que podría haber estado implicada, ¿por qué tenía que ser George Stinson?

Elliot apuntó la mira láser en dirección al lugar donde estaba sentado Richard. El ghoul dio un respingo.

—Richard —gruñó Elliot, con una voz completamente distinta a la que había estado empleando hasta ese momento—. Sé que has venido en coche. Hagamos un trato. Si me llevas a Iron Rapids en menos de una hora, no tendré que mencionar tu nombre la próxima vez que me confiese.

_____ 29 _____

El padre George Stinson se incorporó en su cama, avergonzado por el sueño que había tenido. El sueño llevaba repitiéndose ya varias noches seguidas y, a despecho de las minuciosas abluciones que realizara, se negaba a desaparecer. La mujer que veía en esos sueños, el ángel de cabellos castaños que flotaban a su alrededor como un halo angelical, se resistía a concederle solaz. En esa ocasión, al menos, un ruido en el mundo de la vigilia le había despertado antes de que el sueño llegara a su inevitable conclusión. Cuando volvió a escuchar ese ruido, Stinson lo reconoció. Alguien aporreaba la puerta de su dormitorio.

—¡Padre, abra la puerta! —atronó una voz, atropellando las palabras. Stinson no la reconoció, aunque sí que le parecía familiar. Se asemejaba a la voz de Jack Kennedy.

—Un momento, hijo —dijo Stinson, con calma. Había lidiado con numerosos adolescentes atolondrados en su parroquia durante el transcurso de sus muchos años como sacerdote. También le habían despertado muchas veces en plena noche. Sin embargo, por lo general, los parroquianos más desesperados acostumbraban a llamar primero.

—¡Ahora, padre! —gritó el hombre detrás de la puerta, golpeándola aún con más fuerza. Stinson oyó el traqueteo de las bisagras bajo la lluvia de golpes. El sacerdote compuso un plácido y sereno semblante que esperaba que resultara siquiera contagioso en parte, se embozó en un albornoz y abrió la puerta.

Antes de que pudiera abrirla del todo, el hombre del exterior acometió de nuevo y la estrelló de golpe contra la pared. Stinson

retrocedió de un salto sin proponérselo y el desconocido irrumpió como una exhalación, cerrando la puerta a su paso sin miramientos. Sostenía en la mano una cinta de vídeo rota y desenrollada.

–George –dijo el hombre, como si el sacerdote y él fueran viejos amigos–. Quiero que me expliques esto y quiero esa explicación ahora mismo.

–¿Quién se cree usted que es? –respondió Stinson, plantando cara al iracundo joven–. No se puede entrar por la fuerza en el dormitorio de nadie en pie...

Con un gruñido ronco en el fondo de la garganta, el joven agarró a Stinson y lo levantó por los aires sujetándole los brazos. Los restos de la cinta de vídeo le arañaron el brazo a través del albornoz de felpa.

–¿Quiere saber quién soy? –escupió el joven. Su aliento excedía el superlativo de halitoso. Y sus ojos... Los ojos de aquel joven eran de un verde reluciente y saludable, pero los vasos sanguíneos enrojecidos se ramificaban en todas direcciones, igual que las grietas en una ventana rota. Era evidente que el joven se había colocado con algo–. Soy alguien que confiaba en usted, joder. Soy alguien que le admiraba porque es un puto sacerdote. Creía que usted era mejor que los demás, pero no es así. ¡Usted no es mejor que nadie!

Stinson se sujetó con fuerza cuando el joven lo zarandeó como a un muñeco. La menuda constitución del hombre encubría la fuerza que debían de conferirle las drogas.

–Hijo, no sé quién eres, pero puedo ayudarte.

–Ah, no, ya me ha ayudado bastante. Acudía a usted cuando le necesitaba y ha resultado estar igual de podrido que todos nosotros. Y usted lo sabe, padre. Como hay Dios que sabe quién soy. Seguro que les habla de mí a las putas con las que se acuesta, ¿no es así?

Había algo en aquellos ojos que consiguió que el joven le resultara de veras familiar, siquiera por un instante.

–Estás cometiendo un error, hijo –dijo Stinson, procurando mantener la compostura–. No sé qué te ha ocurrido ni qué esperas conseguir con esto, pero estaría más dispuesto a sentarme y hablar contigo si te tranquilizaras.

Con un alarido de rabia, el hombre arrojó a Stinson sobre la cama. El sacerdote rebotó contra la pared de la cabecera y se desplomó, aturdido. Al instante, el joven se montó encima de él a horcajadas, inmovilizándole las rodillas y los hombros.

–Es usted el que ha cometido el puto error, padre –dijo el joven, con el rostro a escasos centímetros del de Stinson–. Lo cometió

cuando infringió sus votos. ¡Quiero una puta explicación *ahora MISMO!*

–Por favor --dijo Stinson, tratando de pensar con claridad. Se le habían agotado las reservas de serenidad cuando el hombre le hubo lanzado por los aires--. No sé de qué me hablas. ¿Quién eres?

–¿Quiere saberlo, padre? --El joven colocó el rostro y sus ojos verdes, ya casi empañados de rojo por completo, a un centímetro del semblante do Stinson--. Piense y se acordará. Recordará las veces que he venido a pedirle ayuda, todos los consejos que me dio, como si fuese una autoridad en moral. Recordará cómo le he dado las gracias antes de acostarle para que no tuviera que cargar con ello todo el día mientras yo dormía. Míreme a los ojos y piense, padre. Está todo aquí dentro.

Conforme el hombre... Elliot... hablaba, el padre Stinson se dio cuenta de que se acordaba más y más de las acciones de ese hombre. Recordó las llamadas de teléfono a horas intempestivas, las desquiciadas confesiones, cómo disfrutaba él escuchándolas, debido a su carácter inusitado. Recordó el desprecio de aquel hombre hacia todas las enseñanzas de la Biblia que no se ajustaran a su perversa concepción del cristianismo. Recordó los brillantes ojos de ese hombre, refulgiendo igual que luces espectrales sobre pantanos abisales. Recordó las confesiones en sí, dantescos relatos de derramamientos de sangre, sobornos, asesinatos a sangre fría y la muerte de uno de sus antiguos compañeros.

Pero, por encima de todo, recordó lo que le hacía ese hombre después de cada confesión. Recordó el dolor y el miedo cuando aquella criatura penetraba en él con sus aserrados colmillos, que desgarraban, magullaban y mancillaban su carne hasta que perdía el conocimiento a causa de la conmoción. De no ser por el hecho de que ese mismo hombre conseguía hacerle olvidar lo ocurrido en cada ocasión, George Stinson habría enloquecido hacía mucho tiempo.

–Suélteme --murmuró el sacerdote, incapaz de elevar la voz por encima de un graznido. El hombre, el monstruo, le mantuvo inmovilizado, arrojándole su pútrido aliento a la cara. Las vetas rojas comenzaban a ocupar todo el espacio que no fuera verde en los ojos del bostoniano--. Por favor, márchese. En el nombre de Dios, aléjese de mí.

Elliot, puesto que ése era el nombre que se daba el monstruo, vaciló ante la mención del Señor y tanto él como Stinson permanecieron inmóviles. No sucedió nada. Cuando parecía evidente

que no iba a ocurrir nada, Elliot zarandeó a Stinson sujetándolo por los huesudos hombros.

–Hace falta fe para expulsarnos, padre –siseó–. Si eso hubiera surtido efecto, tal vez hubiese cambiado de parecer. Pero se ha quedado sin dioses.

Stinson alzó las manos para intentar apartar de sí al monstruo, pero Elliot era demasiado fuerte. Tapó la boca del sacerdote con una mano y hundió los colmillos en el avellanado cuello del anciano. Aun inmovilizado y amordazado, Stinson logró oponer resistencia. Se debatió contra la presa de Elliot y consiguió gritar presa de un terrible dolor. La enconada resistencia no hizo sino acrecentar la furia de Elliot. Antes de darse cuenta, la marea roja que se alzaba detrás de sus ojos se lo había tragado por completo.

_____ 30 _____

Sonó el teléfono, arrancando a Lionel de su glorioso ensimismamiento. Apartó a un lado a la mujer asiáticamericana de la que estaba alimentándose y la dejó tendida de costado. La víctima puso los ojos en blanco lánguidamente y Lionel pasó la lengua por la fea herida que le había infligido en la cara del cuello. La mujer, extasiada, gimió y se arrojó en brazos del sueño. Irritado y aún algo hambriento, Lionel se incorporó en la cama y cogió el teléfono.

–Braughton –dijo, enjugándose los labios con el pañuelo que guardaba en un cajón junto a la cama.

–*Lionel* –dijo la voz nasal al otro lado de la línea–. *Te he llamado a todos los clubes. Necesito tu ayuda.*

–¿Qué? ¿Quién es?

–*Soy Elliot, Lionel. Jesús, hombre, estoy metido en un buen lío. ¿No puedes venir a Iron Rapids? ¿Esta noche?*

–¿Qué demonios...? –La muchacha se revolvió y Lionel cubrió el auricular con la mano libre–. Vete a casa, encanto –le dijo, con un guiño, fingiéndose somnoliento–. Te llamaré mañana. Duerme un poco.

La mujer sonrió y salió a trompicones y adormilada por la puerta trasera del club nocturno que comunicaba con los recibidores traseros. Cuando llegara al local, el camarero la detendría y le pediría un taxi. Lionel se lo había enseñado. Cuando la puerta se hubo cerrado tras

ella y se hubieron apagado los ruidos del exterior, Lionel volvió a destapar el teléfono.

–A ver, tranquilízate, Elliot. ¿Desde dónde llamas?

–*Estoy en la iglesia de San Cristóbal. La he cagado, Lionel. He perdido el control y acabo de...*

–Espera. –Comenzaba a contagiarse del pánico que brotaba del teléfono. Se pasó una mano por el pelo e intentó poner en orden sus ideas–. Mira, escucha un segundo. ¿No me llamas desde la oficina?

–*Joder, no. No puedo salir de aquí. Tengo que hacer algo. Oh, mierda, la he cagado, tío.*

–No estás utilizando una línea segura, imbécil –siseó Lionel–. Cierra el pico.

–*Mierda, tío* –dijo Elliot, casi para sí–. *Ayúdame, Lionel. Ven a sacarme de este embrollo. Adrock me va a joder por esto.*

Lionel exhaló un suspiro teatral y se levantó. A pesar de lo que sentía por Elliot, a pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos en Detroit, Elliot seguía formando parte de su grupo.

–De acuerdo. Ya sé dónde estás. No te vayas. Llegaré dentro de una hora.

–*Gracias tío* –se apresuró a responder Elliot, suspirando a su vez–. *De veras tío, gracias. No lo olvidaré. Pero date prisa. Date prisa, tío. Ya han entrado un par de personas. He tenido que...*

Lionel colgó. Caviló que a Elliot le estaría bien merecido encargarse de enmendar ese entuerto por sí solo. Tenía que aprender a apañárselas sin ayuda de nadie. Adrock y Ellsworth habían sido demasiado permisivos con su protegido.

No obstante, el quid de la cuestión era que no podía abandonar a Elliot a su suerte. No les sentaría bien ni a David Ellsworth ni al príncipe Adrock. Si llegaban a enterarse de que Elliot se había puesto en contacto con él y que había hecho oídos sordos a su llamada de auxilio, tal vez decidieran cargarle con las culpas. Si era cierto que Elliot había hecho algo verdaderamente malo, estaba claro que Lionel no quería tener nada que ver con ello.

–Kyle, ven aquí –aulló. No le cabía duda que el muchacho podría oírle. Era como un chicle que tuviera pegado a la suela del zapato. Antes de que hubieran transcurrido diez segundos, se abrió la puerta y Kyle asomó la cabeza en el cuarto.

–¿Sí, Lionel? –pió–. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Ya estás listo para otra chica? He pedido un taxi para la de antes. Charlie estaba empantanado en la barra, así que tomé cartas en el asunto y me

ocupé de todo.

–Tranquilo, chaval. Tengo trabajo para ti. ¿Crees que podrías hacerte cargo?

–Seguro, Lionel –dijo Kyle, ufano, hundiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta de su traje con gesto orgulloso. Aunque el corte y el patrón de la chaqueta habían sido hechos a medida para ajustarse a los hombros y la espalda de Kyle, el muchacho seguía pareciendo un crío jugando a los disfraces–. Lo que sea. ¿De qué se trata?

Kyle entró en la sala y se sentó en la mullida silla junto a la cama, observando expectante a Lionel. Este recogió su bufanda y su chaqueta y se las puso mientras hablaba.

–Acabo de recibir una llamada desde la catedral de San Cristóbal en Iron Rapids, Kyle. Acaba de ocurrir algo que podría interesar a la policía.

–¿Qué ha pasado?

–Eso da igual. Lo importante es que, si lo que ha ocurrido resulta ser algo que quiera investigar la policía, comprobarán las llamadas realizadas desde la catedral. En tal caso, encontrarán este número y empezarán a hacer preguntas delicadas acerca del motivo por el que se habrá puesto alguien en contacto con un club nocturno de Saginaw desde una iglesia católica de Iron Rapids, probablemente no mucho después de que ocurriera lo que sea que haya ocurrido. No quiero tener que preocuparme por eso.

–¿Qué quieres que haga, Lionel?

–Quiero que encuentres a Laurence y le digas que tenemos un problema. Dile que quiero esa llamada de San Cristóbal fuera de los registros telefónicos de la iglesia con la mayor brevedad. Dile que el príncipe Adrock y David Ellsworth sabrán apreciar ese gesto. Ya se lo explicaré más tarde, pero esto hay que hacerlo ahora.

–Vale, vale –dijo Kyle, con los ojos iluminados por la emoción–. ¿Dónde está? ¿Patrulla esta noche?

–Sí. –Lionel se dirigió a la puerta. Sacó unas cuantas pastillas de menta de una cajita metálica y se las metió en la boca, para masticarlas y escupir los pedazos en un pañuelo de papel–. No sé dónde estará exactamente. Encuéntrale y dile que tenemos un problema. Consigue que se ocupe de la llamada y dile que ya me pondré en contacto con él.

–Eso está hecho, Lionel –dijo Kyle, descolgando el teléfono–. Empezaré por los números de seguridad.

Lionel dejó solo a Kyle, distraído por lo decepcionante que había resultado el cambio de personalidad experimentado por el joven. El espíritu fogoso e indomable que había atisbado en el muchacho le había hecho parecer el candidato ideal para convertirse en su prole. Pese al fino lazo de sangre al que lo había sometido Lionel mientras Kyle no era más que un ghoul, la fuerza de voluntad y la fuerza del joven habían seguido siendo visibles. Ahora, por algún motivo, esa llama se había apagado. Claro que Kyle era aún un vampiro infante y llegaría a acostumbrarse a su nuevo estado, pero Lionel esperaba que el Abrazo del muchacho no hubiera sido un error.

Si no regresaba su antigua personalidad, la distracción que suponía podría causarle más quebraderos de cabeza de los que merecía la pena.

_____ 31 _____

Poco más de cuarenta y cinco minutos más tarde, Lionel franqueó las puertas de la catedral de San Cristóbal. Cerró la puerta al entrar y se encaminó en la dirección donde asumía que estarían los aposentos del sacristán. Las llamas de los cirios votivos oscilaron a su paso. Los faldones de su chaqueta y su bufanda ondeaban a su espalda. No había nadie en el santuario en esos momentos, lo que supuso que era una suerte. El sonido de sus pisadas rebotaba en el elevado techo, despertando solemnes ecos en aquel lugar de culto, silencioso por lo demás. Las imágenes de las vidrieras de colores que se alineaban en las paredes parecían mirarle recriminatorias por hacer tanto ruido.

Cuando hubo llegado a la mitad de la estancia, vio a Elliot espiando desde un recibidor que comunicaba con el santuario en la esquina delantera izquierda. Lionel aceleró el paso hasta llegar a él y dijo:

–¿Hay alguien más?

Elliot negó con la cabeza.

–No. No queda nadie más en el edificio. –Sus brillantes ojos verdes saltaban de un sitio a otro, como si esperara que apareciera alguien para contradecirle de un momento a otro.

–¿Qué ha ocurrido?

–Se me fue la cabeza --dijo Elliot, cabizbajo--. Me enteré de una cosa relativa al sacerdote. Había estado con una prostituta aquí

mismo, en la iglesia. Lo había grabado en vídeo. Me... me volví loco. Vine corriendo desde Lansing. Ni siquiera sé lo que hice. Vine y encontré...

–¿Qué? ¿Qué encontraste?

Los ojos de Elliot continuaban esquivando la mirada de Lionel. Retrocedió un paso y se quedó tartamudeando, incapaz de expresar sus ideas con palabras. Lionel lo prendió por las solapas del traje.

–¿Qué has hecho, Elliot?

–Está allí –dijo Elliot, señalando al otro lado del recibidor, en dirección a una puerta que estaba entreabierta–. Allí es donde aparecí... luego.

Lionel soltó a Elliot y se encaminó en esa dirección. Conforme avanzaba, un olor se estrelló como un puño contra su rostro. Olía a sangre y excrementos humanos, todo ello mezclado con la rancia fragancia del propio edificio. La oscuridad que imperaba en el vestíbulo no hacía sino intensificar el olor. Al abrir la puerta que había señalado Elliot, una vaharada aún más penetrante asaltó a Lionel, cuyos ojos intentaron lagrimear. Cuando se hubo despejado su visión, entró en la habitación. Elliot se le acercó por la espalda mientras contemplaba la escena.

–Esos dos llegaron más tarde. Me entró pánico.

"Esos dos" eran un joven y otro hombre de edad más avanzada, ambos ataviados con lo que Lionel supuso que debía de ser el atuendo nocturno de un par de monjes. Yacían formando un ovillo dentro del cuarto, hacia la derecha de la puerta, en un pegajoso charco de sangre coagulada. Al empujar a uno de ellos para que rodara de costado, Lionel vio que la sangre le empapaba la pechera, como si hubiera sido arrastrado de bruces por el charco. La parte izquierda del rostro del hombre se veía hundida y resplandeciente con el rojo oscuro de la sangre a la mínima luz de la habitación. También estaba hundido un lado de la cara del otro hombre. Al parecer, Elliot había estrellado la cabeza de uno contra la del otro.

–Oyeron los gritos y entraron corriendo, Lionel –dijo Elliot, encorvándose para tirar de los cuerpos más hacia el interior del cuarto–. Los detuve en la puerta, donde se habían quedado mirando. Fue lo único que se me ocurrió.

–¿Qué gritos? –preguntó Lionel. Rechinó los dientes a conciencia, procurando pasar por alto el olor. Tenía más hambre de lo que había pensada. Toda aquella sangre desparramada le dificultaba la concentración. Tenía que regresar de inmediato al vestíbulo, donde

el olor no era tan fuerte—. ¿Quién gritaba?

—Él --respondió Elliot, señalando a la cama que se veía en la otra esquina—. El sacerdote.

—¿Eso de ahí es Stinson? --preguntó Lionel, perplejo, cuando hubo mirado en la dirección que apuntaba Elliot—. ¿Tú le has hecho eso?

La cosa que yacía en la cama se parecía más a una momia disecada que al sacerdote sobre el que tanto había hablado Elliot al grupo. Unos brazos flacos como patas de araña se aferraban al colchón y a las sábanas igual que las raíces de un árbol centenario. Los calzoncillos largos y la mitad inferior de la camiseta, cubiertos de manchas oscuras, se adherían al cadáver, evidencia de los lugares por los que se había desangrado el hombre. Su cuello era un amasijo de jirones tal que parecía que la cabeza siguiera unida al cuerpo de puro milagro.

—Se lo merecía --dijo Elliot, enderezándose y chupándose los dedos—. En serio, tío. Siempre dándoselas de hombre recto y temeroso de Dios y no hacía más que grabarse en vídeo con vete a saber cuántas putas y zorras. Me ha estado engañando, Lionel. ¿Cómo pude escucharle durante tanto tiempo? Confiaba...

Lionel, incapaz de soportar por más tiempo el olor y el sonido de la voz de Elliot, giró en redondo, volvió a agarrar las solapas de su chaqueta, lo elevó por los aires y cruzó la estancia hasta estrellarlo contra la pared frente a la puerta. Elliot se quedó allí prendido, aturdido, antes de que una expresión dolida y sorprendida asomara a su rostro. Debido a la rapidez de los movimientos de Lionel, tardó un momento en percatarse de lo que había sucedido.

—Oye, ¿qué ha...?

—Cállate, Elliot --siseó Lionel. Su generación quedaba muy por debajo de la Elliot y no podía obligarle a obedecer meramente a fuerza de voluntad, por lo que volvió a golpear la pared con el Ventrue para subrayar sus palabras. El impacto estremeció los dientes de Elliot—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? No me hables de lo que se merecía. Has asesinado a tres personas. ¡Has matado aun cura en *su propia iglesia*! ¿Te has vuelto loco?

—No pude evitarlo --dijo Elliot, porfiando sin fuerzas por deshacer la presa de Lionel—. Ya te lo he dicho, se me fue. Ahora, coge y ayúdame. Podemos hacer que parezca algo entre bandas. O podemos prenderle fuego a todo, o algo. ¿Has venido en coche? A lo mejor si los sacamos a la calle...

Lionel estrelló a Elliot contra la pared una vez más, con la suficiente fuerza como para agrietar la escayola. Elliot era demasiado resistente como para que el golpe pudiera romperle ningún hueso, pero su cabeza rebotó contra el muro y lo desorientó.

–¿Pero tú te estás oyendo, Elliot? No podemos encubrir esto. ¡Has asesinado a tres sacerdotes!

–Los otros dos no son...

Lionel abofeteó a Elliot con una mano mientras seguía sujetándolo con la otra. El golpe podría haber desnucado a un humano, pero a Elliot sólo consiguió cerrarle la boca por unos segundos.

–Elliot, si dices otra palabra, juro que te romperé el cuello y te dejaré aquí con esos tres. Dudo que te encuentre alguien pero, cuando amanezca, sabrás lo que se siente al arder en la pira.

–No serías capaz –musitó Elliot. Por el modo en que se habían abierto sus ojos y cómo había dejado de debatirse, era evidente que no estaba muy convencido de lo que decía.

–No me tientes.

–¿Es que no sabes quién es mi sire? –dijo Elliot, desesperado. La ira trataba de abrirse camino hasta su voz, pero se imponía el miedo que sentía—. ¿Y el sire de mi sire? No puedes hablarme de este modo. ¿Acaso no sabes en qué jaleo puedes meterte?

–No tendría ni punto de comparación con éste en el que te has metido tú. –Lionel se acercó más a Elliot—. No he sido yo el que ha matado a tres personas en una iglesia del territorio de caza del príncipe Adrock. No he sido yo el que ha puesto en peligro la Mascarada en el territorio del sire de mi sire porque se me ha "ido la cabeza" y la he cagado hasta el punto de no saber por dónde empezar a limpiar.

Aquellas palabras devolvieron parte del terror aplacado a los ojos de Elliot, que cambió de tono de voz de inmediato.

–Lionel, oye –dijo, intentando esbozar una sonrisa halagüeña, colgando de la pared—. Marion no tiene por qué enterarse. Por eso te he llamado. Estamos en el mismo grupo. Me conoces. Si lo hacemos como es debido, nadie tiene por qué enterarse.

Lionel negó con la cabeza.

–Se va a enterar todo el mundo, Elliot. Cualquiera que te conozca estará al corriente de tus frecuentes visitas a este sacerdote. Cualquiera que te conozca sabrá que tú no permitirías que nadie matara a tu mascota y sabrán que ninguno de ellos ha tenido nada que ver en todo esto. Tal vez consiga ocultarlo a ojos de los humanos,

pero nadie sería capaz de ocultárselo al resto de nosotros. Se van a enterar todos.

–Me lo imagino –musitó Elliot, al borde de la histeria–. Vale, pero Adrock no, ¿eh? Vamos a procurar que él no se entere. Dios, Lionel, éste es su territorio. No podemos permitir que lo sepa. Por favor...

Lionel volvió a menear la cabeza.

–Ya sabes quién es mi sire, Elliot. Sabes que no puedo ocultarle este secreto.

–No, sí que puedes. Sólo éste. Estaré en deuda contigo.

–No, Elliot. Soy el suplente de Maxwell.

–Por favor, Lionel, sácame de ésta. Si no se entera nadie, no habré infringido la Mascarada, ¿verdad?

–No funciona de ese modo y tú lo sabes, Elliot. Tenemos que dar parte al alguacil de cualquier incidente. Incluso de los que encubrimos. Así son las normas. Son más antiguas que tú y que yo y no podemos quebrantarlas.

Cuando al fin le resultó evidente que Lionel no pensaba cambiar de parecer, el pánico se apoderó de Elliot. Renunció al diálogo y redobló sus esfuerzos por liberarse de la presa de Lionel. Lanzó patadas, puñetazos y mordiscos, lo que fuera con tal de escapar y salir corriendo. Sus denuedos adquirieron tal grado de violencia que tanto Lionel como él rodaron por el suelo. No obstante, Lionel era más veloz y más fuerte y se montó a horcadas sobre Elliot, inmovilizándole.

–Contrólate, Elliot –dijo, con toda la autoridad que le fue posible reunir sin tener que recurrir a alzar la voz–. Esto es patético. ¡Asume la responsabilidad, maldita sea!

–¡Suéltame! –gritó Elliot, sin dejar de debatirse–. ¡Quita de encima!

Incluso a través del filtro del pánico, Lionel sintió el pulso que libraba su voluntad con las palabras de Elliot. Tuvo que concentrar hasta el último ápice de voluntad para resistirse a la orden, pero lo consiguió. No había tenido las fuerzas suficientes para oponerse a Elliot en Detroit, cuando estuvo en juego la salvación de Darien Salway pero, ahora que era el propio futuro de Elliot el que pendía de un hilo, encontró el medio de conservar el control. Aquel pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca.

–Elliot –dijo, cerrando los ojos y reteniendo al Ventrue–. Sé que no es la primera vez que te enfrentas a una elección difícil, así que entenderás por qué tengo que hacer esto. Con el tiempo, me darás la razón.

Más rápido que la vista de Elliot, Lionel soltó los brazos del Ventrue y le agarró la cabeza. Giró el cuello de Elliot violentamente a la izquierda y luego a la derecha. Los ojos y la boca de Elliot se quedaron abiertos, sus vértebras crujieron y se astillaron igual que un roble alcanzado por un rayo. Sus brazos y piernas colgaron inertes y su espalda se arqueó de dolor y sorpresa. Su cabeza se ladeó hacia un lado y le temblaron los labios como si quisiera decir algo. Pataleó, presa de espasmos, igual que un pez arrojado a la orilla. Lionel se incorporó y se alisó las arrugas del traje.

—Sé que aún puedes oírme, Elliot —dijo, acucillándose junto al joven vampiro—, y sé que te queda sangre suficiente como para sobreponerte al daño que te he hecho. —Se puso de pie—. Voy a ver qué puedo hacer por enmendar este desaguisado. Mientras tanto, quiero que medites acerca de lo que significa la responsabilidad y en lo que vas a decirle al príncipe Adrock.

—¿Q-qué... di... ces? —consiguió grajear Elliot—. M-mi... ra... has... hecho... puta.

—Él lo comprenderá. —Lionel volvió la espalda a Elliot—. Estoy haciendo lo correcto. Ha de ser lo que ha de ser.

_____ 32 _____

Una semana después de su última reunión con Calvin, Michael regresó al edificio Gideon. Calvin y Richard le habían hecho llegar la noticia de que el príncipe Adrock había convocado una reunión para "debatir sobre los últimos acontecimiento acaecidos en el dominio de Michigan". No era la primera vez que oía esa forma de referirse a una asamblea y sabía lo que significaba. Alguien había transgredido las normas de Adrock y el príncipe deseaba que hubiera testigos cuando se enfrentara al infractor. El anuncio no especificaba quién había caído en desgracia ante los ojos del príncipe, como tampoco se había hecho público a todos los Vástagos del dominio. El mensaje había estado dirigido sólo a él. Eso implicaba que, o bien el príncipe requería que Michael ejerciera su habitual función pública, o bien que Calvin había llegado a formular la ultrajante acusación con que le amenazara y era Michael el que tendría que sentarse en el banquillo de los acusados. No obstante, parecía halagüeño el hecho de que Michael hubiera recibido una mera invitación y no una citación de manos de Laurence

Maxwell.

Cuando llegó al Elíseo, despidió a Richard y le encargó que no regresara hasta nueva orden. El ghoul se alejó en el coche sin hacer preguntas y Michael se giró para encararse con el edificio. El edificio Gideon no era ningún prodigio arquitectónico, pero seguía resultando imponente a su manera. Era el edificio más alto de Iron Rapids y las nubes tintadas a causa del alumbrado de la ciudad lo enmarcaban desde la perspectiva de Michael. La tonalidad rosa amarillenta del firmamento confería al edificio un aspecto siniestro que acrecentaba las reticencias de Michael a entrar. Al cabo, no obstante, se armó de valor y traspuso sus puertas.

Descubrió que habían remodelado el vestíbulo desde su última visita. En lugar de la disposición circular de las sillas y los sillones, la estancia recordaba ahora a un anfiteatro. Se habían agrupado los asientos mucho más cerca entre sí en una aglutinación semicircular encarada hacia la puerta de bronce y caoba que conducía al interior del edificio propiamente dicho. Asimismo, se habían retirado los incensarios. El único atisbo de informalidad que ofrecía aún la sala consistía en el hecho de que los asientos eran dispares entre sí. Incluso la iluminación, atenuada por lo general, se había aumentado a un crudo fulgor sobre las cabezas de la concurrencia.

Al mirar en rededor, Michael vio que debía de ser el último en llegar. Los miembros más antiguos de cada clan asentado en el dominio de Michigan se encontraban ya en la sala, a excepción de Jared, del clan Gangrel, y de Theodore, del clan Nosferatu. Michael no podía decir que su ausencia le sorprendiera ni entristeciera. Jared y su ralea habían desaparecido hacía meses. Más extraña resultaba la omisión de Theodore, aunque cabía dentro de lo posible que el horripilante vampiro estuviera allí y él no pudiera verle. Theodore tenía un talento excepcional para mantenerse en un segundo plano cuando la situación lo requería.

También faltaba David Ellsworth, representante habitual del clan Ventrue, pero Michael asumió que el príncipe Adrock desempeñaría las funciones que solían recaer sobre su congénere. A fin de cuentas, el único motivo por el que Adrock había convocado esa congregación de representantes era para que al menos un miembro de cada uno de los clanes de su dominio estuviera informado de los fastos oficiales que él mismo presidía. Dar una impresión favorable a toda la población de vampiros de Michigan al mismo tiempo era algo casi inconcebible, pero dar la misma impresión a una selecta

representación de los habitantes del dominio y dejar que se transmitiera de boca en boca hasta el resto de la Estirpe resultaba mucho más factible. En el caso de los Ventrue, descendientes todos ellos del propio príncipe, Marion Adrock podía darles la impresión que deseara.

Eran escasos los que no representaban a sus clanes y Michael intentó imaginarse el motivo por el que había sido convocado cada uno de ellos. Si bien Calvin era el Toreador más antiguo del dominio del príncipe Adrock, Marcus Villanova y el propio Michael se encontraban presentes esa noche. Ambos desempeñaban un papel oficial en ese tipo de asambleas, lo que explicaba su asistencia. Lionel se encontraba sentado junto a su sire, pero también era suplente del alguacil Maxwell, lo que podría ofrecerle la excusa para estar allí. No se veía por ninguna parte a las huestes de Theodore, como tampoco a Clare, pero Elliot Damascus estaba sentado cerca de la primera fila del aforo, cabizbajo y sombrío. La ira de Michael se avivó al ver a Elliot, pero la mantuvo a raya. Según Richard, Elliot había recibido el mensaje que le enviaran Clare y él y había salido corriendo de su despacho de Lansing para dirigirse al centro, a la catedral de San Cristóbal. A falta de cualquier otra opción, Michael se preguntó si el motivo de que todos ellos se encontraran allí reunidos esa noche sería lo que fuera que había ocurrido a continuación. Con una mueca complacida, caviló que eso sería algo digno de verse.

Después de enviar a Richard a visitar a Elliot con la cinta de vídeo que había preparado Clare, Michael no había sabido qué esperar de la reacción del Ventrue. Que asesinara al mensajero, tal vez, conociendo el temperamento y las inclinaciones de Elliot. En aquel momento, Michael no se había detenido a sopesar las ramificaciones. Ahora que había disfrutado de varias noches para pensar en ello, reconocía que había sido una acción arriesgada y deseaba haber dispuesto de más tiempo para planificar con más cuidado la entrega de la cinta. Tal vez dentro de unos cuantos años se le ocurriera algo más eficaz y meritorio. Sin duda, pasar tanto tiempo sin Darien contribuiría a añadir leña al fuego de sus pasiones y le proporcionaría la inspiración adecuada.

Tras elegir el asiento más próximo a la puerta por la que había entrado. Michael reparó en la dinámica general de los reunidos. Se dio cuenta de que nadie le dirigía la palabra a nadie. Lionel y Maxwell se encontraban sentados el uno al lado del otro, en silencio, sin hablar ni gesticular. Calvin estaba junto a Villanova, pero ni siquiera

intercambiaban miradas. Jeremey se había sentado a solas cerca de la primera fila de asientos, al igual que Elliot. Jeremey estaba inmóvil, con la espalda recta como una vela, indescifrable su aura. Elliot lanzaba petulantes miradas de soslayo a Lionel cuando éste no miraba, lo que resultaba curioso, y su aura exhibía una mezcla de nerviosismo y rabia diluida. El aura de Lionel delataba algún tipo de conflicto interno, aunque Michael no podía determinar el origen del mismo. De todos los Vástagos presentes, sólo Maxwell Laurence mostraba un aura de relajada confianza en esa situación. Incluso las auras de Calvin y Villanova se estremecían a causa de la tensión impuesta por el autocontrol. Ambos parecían inquietos, aunque se esforzaran por ofrecer una fachada de imperturbabilidad.

Llamaba la atención el hecho de que Calvin compartiera asiento con el resto en lugar de hacer de heraldo del príncipe Adrock. Parecía que le hubieran notificado que iba a celebrarse esa reunión igual que a los demás, en vez de ser él el encargado de repartir las invitaciones. También parecía que, fuera lo que fuera lo que quería discutir el príncipe Adrock esa velada, constituía el mismo misterio para Calvin que para el resto de los asistentes. Probablemente era eso lo que había propiciado el férreo autocontrol con el que Calvin sojuzgaba sus pensamientos y emociones. Adrock le había sorprendido y a Calvin no le gustaban las sorpresas.

Después de que Michael hubiera tomado asiento, transcurrieron varios minutos más, tensos y en silencio. La invitación no había especificado a qué hora pensaba dirigirse el príncipe a los reunidos. Michael se alegró de haber llegado antes de que diera comienzo la intervención del príncipe Adrock. Intentar camuflar su demora habría sido desastroso. Sobre todo si Calvin hubiera cumplido su amenaza de acusar a Michael de ser el informador secreto del Sabbat que al parecer Adrock temía que estuviera oculto en su dominio. En tal caso, su ausencia habría demostrado su culpabilidad, con independencia de otros factores, si de Calvin dependiera. Michael se estremeció.

Cuando se hubo abierto por fin la puerta interior del vestíbulo, todo el mundo se puso de pie y las auras de los presentes relumbraron de nerviosa expectación. El príncipe Adrock anduvo hasta el centro del espacio abierto de la sala, dejando que la puerta se cerrara sola a su paso. Llevaba puesto un traje negro de un corte que había pasado de moda durante la Segunda Guerra Mundial y observaba a los asistentes con una expresión de estólida indiferencia. La antigüedad de Adrock había desvanecido los colores de su aura hasta tal punto

que Michael casi no podía verlos, aunque había una franja de color que se imponía a los demás. Era una retorcida y aserrada línea negra que Michael no había visto nunca antes. Si se paraba a pensar, lo cierto era que nunca había visto ese color en el aura de ningún Vástago.

–Bienvenidos –dijo Adrock, flemático–. Sentaos. Todos.

Rara vez omitía la bienvenida formal el príncipe Adrock. El hecho de que hubiera decidido hacerlo ahora no consiguió más que agitar aún más a la concurrencia de Vástagos. A Michael se le ocurrió que sólo había visto al viejo Ventrue llevar a cabo esa ceremonia cuando todos los vampiros presentes se merecían su aprobación. Se preguntó si Adrock pasaría por alto las formalidades cuando hubiese alguien en la sala que no fuera bien recibido.

–Os he convocado –continuó el príncipe, con plácida voz de barítono– porque he recibido preocupantes noticias por labios de perspicaces agentes de mi dominio. Nos hemos reunido esta noche para procurar que se haga justicia en tres aspectos peliagudos. Marcus Villanova, ocupa tu puesto.

El príncipe señaló un lugar junto a la puerta y Villanova se puso de pie. La arpía se incorporó con demasiada presteza y anticipación en un intento por ocultar su nerviosismo. Se dirigió al lugar exacto que parecía señalar el príncipe y se giró para ver de frente al resto de los Vástagos allí reunidos. Su mirada no se posó en ninguno de ellos, pero sus ojos los contemplaron a todos. En caso de que cualquiera de ellos fuera llamado a declarar, Villanova gozaría de una posición inmejorable para escrutar sus auras en busca de la inconfundible difusión de sangre en el agua que eran los colores del engaño. Al parecer, las "preocupantes noticias" que había mencionado el príncipe no estaban relacionadas con él.

–Elliot Damascus –llamó Adrock, cuando Villanova hubo ocupado su puesto–, chiquillo de mi chiquillo, sangre de mi sangre. En pie.

Con los ojos muy abiertos, Elliot se irguió vacilante. A Michael no le hacía falta examinar el aura del Ventrue para ver el miedo que padecía. El joven vampiro mantuvo una mano apoyada en la silla para mantener la verticalidad. Osciló bajo la plácida e inescrutable mirada del príncipe.

–Has asesinado a alguien en mi territorio, Elliot Damascus. Has perdido el control, has abandonado tu territorio, has venido al mío y has matado a una persona. ¿Es correcto todo eso, Elliot Damascus?

–No, señor –dijo Elliot–. No todo es correcto. –Su labio inferior

comenzó a temblar y él empezó a tambalearse—. No ha sido sólo a una persona. Han sido... han sido tres personas.

—Tres personas --repitió Adrock, con calma—. En mi territorio. ¿En qué lugar exacto de mi territorio, Elliot Damascus?

—En la catedral de San Cristóbal, señor --respondió Elliot. El tono de su voz se había atiplado de forma considerable, como si algo le constriñera la garganta—. En los aposentos del padre George Stinson. E-estaba dormido, señor. El padre Stinson... dos de sus... oyeron los gritos...

Michael experimentó una trepidación inédita para él conforme hablaba Elliot. Había esperado que se enfadara al ver la cinta que había grabado Clare, pero aquello...

—¿Te había dado yo permiso para matar en mi territorio?

--continuó el príncipe. Su voz había adquirido una cadencia fatídica.

—No, señor.

—¿Tomaste algún tipo de precaución con anterioridad al acto para ocultar tus acciones?

Elliot se limitó a negar con la cabeza. Aquel leve movimiento pareció marearlo. Se apoyó en el respaldo de la silla, temblando a ojos vista.

—¿Sabes cuál es la Primera Tradición, Elliot Damascus?

—La Mas-mascarada --murmuró Elliot. Michael hubo de esforzarse por oírle.

—¿Has violado la Tradición de la Mascarada, Elliot Damascus?

Michael se recreaba contemplando el descenso a los infiernos de Elliot.

—Señor --dijo el Ventrue, tras una larga pausa--, creo que no.

El príncipe Adrock arqueó las cejas de modo casi imperceptible.

—Explícate.

También el ceño de Michael sufrió cambios. Cuanto más escuchaba, más estudiado y artificial le parecía que el diálogo entre Elliot y el príncipe. El aura de Elliot mostraba ya mucha más vergüenza que temor.

—Me preocupé de hacer algunos arreglos --dijo Elliot, acrecentándose su azoramiento y atenuándose su tartamudez—. Lo arreglé para que pareciera que las tres víctimas habían fallecido por causas naturales. Las metí en el coche de Stinson y conduje hasta un paso a nivel que se encuentra en las afueras de la ciudad y por el que sabía que pasaría pronto un tren. Lo dispuse de modo que diera la impresión de que el conductor se había quedado dormido al volante

antes del choque. Tanto el vehículo como los tres cuerpos quedaron destrozados. Conseguí que uno de mis contactos dentro del departamento de policía rellenara los informes.

Conforme Elliot desgranaba su relato, Michael se percató de que la cólera de Lionel arreciaba por momentos. El Brujah frunció el ceño hasta que su sire hubo de ponerle una mano en la pierna para indicarle que se tranquilizara. La expresión de Lionel se suavizó, pero las llamaradas de su aura se intensificaron. Michael, cada vez más resentido, se preguntó qué era lo que exasperaba a Lionel de ese modo.

—¿Quién atestiguará tu buena fe, Elliot Damascus? —preguntó el príncipe, cuando Elliot hubo guardado silencio.

—Yo, mi príncipe —dijo Villanova—. Dice la verdad. —Adrock miró de soslayo en dirección a Michael, que se había quedado demasiado asombrado como para apartar la vista de Villanova. Si bien todo lo que había dicho Elliot era cierto, le costaba creer que Adrock fuera a mostrarse tan condescendiente. Claro que Elliot era chiquillo del chiquillo del príncipe.

—Elliot Damascus —dijo Adrock, satisfecho con la corroboración—, no has violado la Primera Tradición. ¿Sabes cuál es la Segunda Tradición?

—El Dominio —respondió Elliot, tras pensárselo por un momento. Parecía que hubiera contestado con otra pregunta, a juzgar por el tono de su voz—. La Tradición del Dominio.

—Sí, Elliot Damascus. —Adrock se adelantó para mirarle directamente a los ojos—. ¿Has violado la Segunda Tradición?

—S-sí, señor —dijo Elliot, sosteniendo la mirada del sire de su sire con ojos de cordero degollado—. La he violado.

—Habrás de ser castigado en consecuencia, Elliot Damascus. Por la autoridad que se me confiere, te sentencio a ser marcado con un hierro al rojo durante el período de un mes por cada víctima que asesinaras en mi territorio. Dormirás al cuidado del alguacil Laurence Maxwell y la pena se ejecutará a medianoche todas las noches a partir de ésta y hasta que el castigo se salde en su integridad. Siéntate.

Elliot prácticamente se desplomó en su asiento. Su aura evidenciaba alivio y agradecimiento. La tensión que le atenazaba los hombros desapareció, así como las prominencias que le perfilaban la mandíbula. Había dejado de temblarle el labio e incluso mantenía la barbilla unos grados más elevada que cuando llegó Michael a la sala.

A medida que mejoraba el talante de Elliot, empero, la sensación

de triunfo y justicia abandonaba el cuerpo de Michael. Si el príncipe hubiera encontrado a Elliot culpable de haber quebrantado la Primera Tradición, el castigo habría sido la muerte a manos del propio Adrock y no la simple amonestación con hierro al rojo. Claro que la línea que separaba lo que constituía una mera amenaza para la Mascarada y lo que suponía una flagrante violación de la misma era difusa y estaba sujeta a interpretaciones subjetivas. Adrock, al parecer, había "interpretado" esa línea de modo que el chiquillo de su chiquillo aún permaneciera en la margen segura. De nuevo, el engreído neonato responsable de la muerte de Darien escaparía a su justo castigo tan sólo por ser quien era. Y quienes eran su sire y el sire de su sire. A Michael no le cabía duda de que, si él hubiera cometido la misma infracción, en esos momentos su sangre empaparía las manos de Adrock.

Adrock retomó su posición original y volvió a centrar su atención en el resto de la asamblea.

—La Segunda Tradición es el motivo de la reunión que he convocado esta noche. La Tradición del Dominio otorga a un príncipe la máxima autoridad en el territorio que le corresponda y exige que le muestren respeto y lealtad aquellos a los que dé la bienvenida y les permita compartir su dominio. Mi dominio ha sido violado por tres veces y Elliot Damascus, chiquillo de mi chiquillo, sangre de mi sangre, ha incurrido en la menor de estas violaciones. La forastera Lia Milliner ha perpetrado una infracción más seria de mi dominio. Lia Milliner era una vampira independiente de un linaje de usurpadores que osó desafiar la influencia de mi chiquillo en la ciudad, la influencia del chiquillo de mi chiquillo en el área del transporte y los mismísimos límites de mi propio territorio de caza. Aunque Lia Milliner ya ha sido juzgada y sentenciada por su crimen, confesó que no estaba sola en su intento por acumular poder en mi dominio. Alguien de este dominio se aprovechó de mis recursos para velar por la seguridad de esta intrusa.

Los ojos de Adrock se clavaron en los de su senescal. Michael vio cómo se envaraba Calvin y cómo los colores del aura de su sire eran cercados y subyugados por aceradas franjas de autocontrol.

—Calvin Bainbridge —continuó Adrock—, en pie.

Así lo hizo Calvin, con más gracia y aplomo del que habían mostrado Elliot y Villanova.

—Calvin Bainbridge, cuando me presenté ante ti esta noche para participarte mi preocupación, afirmaste estar en posesión de pruebas

relacionadas con esta flagrante violación de mi dominio. ¿Es eso correcto?

–Mi príncipe, lo es –respondió Calvin, con una voz galante y meliflua que rezumaba respeto–. Esas mismas pruebas confirman mis sospechas acerca de la identidad del Vástago responsable de la tercera violación de vuestro dominio, que vos aún no habéis mencionado.

Michael se quedó helado, procurando mantener un semblante lo más neutral posible.

–La tercera violación –dijo el príncipe, confirmando en parte el temor de Michael– es más seria que cualquiera de las dos anteriores. Quien incurra en ella atenta, no sólo contra mí, sino también contra la visión y los objetivos de toda nuestra secta. Si bien aún no he conseguido confirmar su identidad, estoy seguro de que el Sabbat ha introducido un espía en mi ciudad.

Michael se quedó petrificado, incapaz de reaccionar por temor a llamar la atención del príncipe en su dirección. De los ocho Vástagos presentes, sólo Elliot expresó en voz alta su desconcierto ante la afirmación del príncipe.

–No me jodas –susurró.

Se habían dado casos en que manadas errantes de vampiros del Sabbat y nómadas solitarios, partidarios del desdén y el menosprecio que sentía el Sabbat por las Seis Tradiciones, llegaban al territorio del príncipe Adrock procedentes de Detroit y las afueras de Michigan, pero nunca nadie había intentado algo como lo que apuntaba ahora el príncipe. La idea de que el Sabbat hubiera permanecido oculto entre ellos durante un período de tiempo indeterminado rebasaba lo imaginable.

–Calvin Bainbridge, ¿estás convencido de la veracidad de tus pruebas?

–Yo mismo las he obtenido, mi príncipe.

–¿Hacia quién señalan dichas pruebas?

–Mi príncipe –respondió Calvin–, apuntan a Jeremey Talbot, del clan Malkavian.

Las miradas de todos los presentes en la sala cayeron sobre Jeremey, no exentas de sorpresa. Marcus Villanova miró directamente a Jeremey, tal era su desconcierto, y el propio Jeremey se incorporó de un salto. A pesar del miedo que irradiaba de Jeremey en oleadas palpables, Michael no pudo menos de sentirse aliviado ante el hecho de que el dedo de su sire no le hubiera señalado a él.

–Jeremey Talbot --dijo Adrock, interponiendo su imponente envergadura entre Jeremey y la salida más próxima--, se te acusa de conspiración contra tu príncipe en su propio dominio y de deslealtad hacia tu secta. *No debes moverte ni hablar hasta que haya finalizado la presentación de pruebas en tu contra.*

La última frase arrastraba el peso de la edad y generación de Adrock, por lo que a Jeremey no le quedó otra opción sino obedecer.

–Alguacil Laurence Maxwell --dijo Adrock, mirando en dirección al sire de Lionel. Señaló hacia Jeremey y el alguacil abandonó su asiento para colocarse junto al acusado. Lionel, observó Michael, estaba paralizado por el desconcierto. Casi podía leer lo que pensaba en su aura y su expresión. Jeremey había invitado a Lionel a entrar a formar parte de su grupo. Jeremey había ayudado a organizar la incursión en Detroit. ¿Cómo podía ser responsable de los actos que se le imputaban?

–Calvin Bainbridge --dijo el príncipe, por encima del hombro, dirigiéndose a su senescal--, presenta tus pruebas.

–Sí, mi príncipe. No ha sido hasta hace poco que empecé a sospechar de la deslealtad del señor Talbot. Lamento no haberme percatado antes de su duplicidad. Como bien sabéis, mi príncipe, el señor Talbot comandó a un grupo de camaradas al territorio ocupado de Detroit hace no más de un mes. El lamentable resultado de aquella incursión en territorio enemigo se saldó con la pérdida de los contactos que teníamos allí establecidos hacía tiempo y con la muerte del chiquillo de mi propio chiquillo.

Michael dio un respingo al oír a Calvin mencionar aquella tragedia con tanta indiferencia.

–A su regreso, interrogamos a los integrantes del grupo al respecto de los sucesos acontecidos y los cuatro miembros restantes coincidieron en afirmar que parecía que el Sabbat había estado prevenido contra su llegada. La rapidez con la que el Sabbat reaccionó a la llegada de nuestros Vástagos me pareció sospechosa ya entonces.

Michael arqueó una ceja al escuchar aquellas palabras.

–En retrospectiva, he vuelto a examinar el papel desempeñado por el señor Talbot en aquel asunto. Cuando el grupo hubo llegado a Detroit. Jeremey Talbot se ocupó de la mayor parte del trabajo necesario para localizar a nuestros contactos de la Camarilla en la ciudad. Cuando los miembros del grupo tuvieron que abandonar su base de operaciones temporal para recabar información vital para la

investigación del señor Talbot. Jeremey se mantuvo en la retaguardia. Cuando el grupo sufrió una emboscada la noche que descubrieron que el primero de nuestros contactos había sido asesinado, Jeremey se encontraba en el piso franco. Si bien estos hechos pudieran parecer inocuos individualmente, examinados en su conjunto adquieren un cariz demasiado incriminador.

Michael observaba a Calvin mientras hablaba, incapaz de asimilar el discurso de su sire.

–He solicitado evidencias relativas a tu suposición de que había sido Jeremey Talbot quien incitara a Lia Milliner a pretender alzarse con el control de mi dominio, Calvin Bainbridge –dijo Adrock, impacientándose ante el alarde de oratoria de Calvin.

–Si me alejo tanto del particular de esa violación de vuestro dominio es porque las pruebas que sustentan mis acusaciones corroboran a su vez mi acusación relativa a este último y más serio asunto, mi príncipe.

Aquel acceso de verborrea le indicó a Michael que Calvin había recuperado su confianza. Por si no fuera suficiente con ello, también el aura de Calvin había comenzado a relumbrar de superioridad. Amén de presentar otro color diluido en toda su aura, igual que sangre en el agua.

–En tal caso, presenta las pruebas –dijo Adrock–, y deja que hablen por sí solas.

–Así lo haré, mi príncipe, en el acto. Antes de que pudiera haceros partícipe a vos o al alguacil Maxwell de mis crecientes sospechas, Jeremey Talbot vino a mí con un complot para usurpar el control de vuestro dominio.

»Intentó tentarme con la promesa de convertirme en el nuevo príncipe una vez vos hubierais sido derrocado. Con la esperanza de ganarme la confianza del señor Talbot y descubrir el verdadero alcance de su ambición, le seguí la corriente, a sabiendas de que él mismo se echaría la soga al cuello si le permitía seguir adelante con sus planes.

Desde su posición, Michael veía a Jeremey sólo de perfil. El Malkavian tenía la boca entreabierta y los ojos encendidos de rabia. Su aura se arremolinaba furiosa, como si pretendiera alejarse del cuerpo. El aura de Calvin, no obstante, era mucho más reveladora.

–El primer aspecto de su plan –prosiguió Calvin–, según me explicó Jeremey, consistía en reemplazar las bases del poder que habíais asentado vos y vuestros descendientes en esta ciudad,

príncipe Adrock. Supuse que pretendía atacar las posesiones del señor Damascus, a continuación las de vuestro chiquillo, el señor Ellsworth y, por último, las vuestras. Sin embargo, a la vista de los comentarios realizados por el señor Talbot, creo que subestimé la osadía de sus maquinaciones. Mi opinión actual, mi príncipe, es que Jeremey pretendía instalar a la señora Milliner en vuestro dominio con antelación a una invasión a gran escala por parte de vampiros del Sabbat. Creo que ingenió la expedición de su grupo a Detroit para eliminar a los contactos de la Camarilla allí desplegados a fin de que nadie pudiera avisarnos a tiempo de pertrechamos contra la invasión que planeaba. De no haber sido por la intervención del destino o la locura del señor Talbot, que le impulsó a buscar mi ayuda en sus planes, tal vez incluso hubiera conocido el éxito.

El cuerpo de Jeremey prácticamente vibraba, tal era su agitación, y Michael podía oír un tenue silbido que escapaba de los labios del orate. Talbot pugnaba con toda su alma por sobreponerse a la orden del príncipe de mantenerse inmóvil y guardar silencio.

Calvin, por su parte, se mostraba relajado y paciente, risueño incluso. Había pintado un astuto y convincente retrato en el que Jeremey aparecía como el villano que amenazaba el dominio del príncipe Adrock desde dentro.

—Jeremey Talbot —dijo el príncipe Adrock, girándose en dirección al Malkavian con un ceño que se había ido volviendo más pronunciado conforme Calvin desgranaba su relato—, se te acusa de crímenes contra tu príncipe y tu propia secta. Se te acusa de alojar a una vampira inoportuna en mi propio territorio de caza. Se te acusa de conspirar contra mí por el derecho de gobernar mi dominio. Se te acusa de poner en peligro a la Estirpe de este dominio al conspirar con los enemigos de nuestra secta. ¿Eres culpable de estos crímenes? Puedes hablar para responder.

Las palabras explotaron en la boca de Jeremey de inmediato.

—¡Mi príncipe, estas acusaciones son falsas! ¡Es Calvin el que vino a mí proponiéndome una conspiración! ¡Dijo que vuestro afán por tomar Detroit llevaría a este dominio a la ruina! ¡No he conspirado con el Sabbat! ¡El Sabbat sólo conoce el caos! ¡Soy leal! ¡Soy leal, mi príncipe!

—Si se me permite, mi príncipe —dijo Calvin, sereno, sobreponiéndose al torrente de palabras. Las aceradas vetas del autocontrol se reafirmaron en su aura—. Dispongo de pruebas físicas e irrefutables que demuestran la duplicidad del señor Talbot. Él mismo

pronunció las palabras que me confirmaron su culpabilidad cuando intentó convencer a la señora Milliner para que se sumara a su campaña. Le invité a mi despacho, en este mismo edificio, donde él mismo se condena al decir las frases que he grabado.

—Oigámoslas. —Adrock no apartaba los ojos de Jeremey. Maxwell, observó Michael, había avanzado un paso en dirección al Malkavian.

Calvin sacó de un bolsillo un ingenio de plástico no mayor que una pitillera. Apretó un botón y se escuchó la voz de Talbot, atenuada y empequeñecida, pero fácilmente reconocible.

"La ciudad está a punto de cambiar de manos. No querrás entrar a formar parte de la estructura de poder tan sólo para ser arrastrada por los nuevos vientos de cambio. Por independiente que seas, nuestra jerarquía no apreciaría el hecho de que hubieras decidido aliarte con nuestro enemigo".

Calvin accionó otro botón, adelantando la grabación hasta otro momento del discurso.

"El pero es que ya hay alguien ocupando el lugar que te ofrecemos. Se llama Elliot Damascus y es chiquillo del chiquillo del príncipe".

Calvin volvió a adelantar la cinta.

"Preferiríamos a una independiente antes que al nieto de nuestro actual príncipe. Pese al servicio que le presta al dominio, Elliot es impredecible. No siempre contribuye a la estabilidad de nuestro colectivo. Si tú entraras en juego y comenzaras a colaborar en el ejercicio del cargo que ocupa, probablemente se lo tomaría como un ataque. En ese caso, sería el caos".

Incluso Michael se sentía anonadado por el descaro con que hablaba Jeremey de aquellos temas, con independencia de los métodos que hubiera empleado Calvin para obtener la grabación. El príncipe Adrock, empero, no parecía sorprendido. Miraba la grabadora que sostenía Calvin en la mano como si de repente hubiera cobrado vida. Observaba el aparato y a Jeremey Talbot de hito en hito, con ira creciente. Sus labios se habían fruncido en el gesto de un gruñido, aunque todavía no enseñaba los colmillos.

Tras un momento de silencio, una voz femenina que Michael atribuyó a Lia Milliner dijo desde la grabadora:

"¿Príncipe actual...? Esto no tiene que ver sólo con Detroit, ¿no es así?".

"No, Lia", dijo Jeremey, interviniendo por última vez antes de que se detuviera la cinta. *"Me estoy refiriendo a algo mucho más local".*

Fue el propio Jeremey el que rompió el pálido silencio que sucedió al seco chasquido de la detención de la cinta.

—¿Lo grabaste? ¡Me has engañado! ¡Fuiste tú el que me invitó a esa reunión! ¡Me pediste que buscara a Milliner! ¡Lo has planeado todo desde el principio!

—¡Jeremey Talbot, silencio! —bramó el príncipe Adrock.

La orden reverberó en los huesos de Michael, que no se atrevió a moverse por miedo a que el príncipe lo considerara un insulto. Calvin parpadeó ante el arrebató de Adrock, sobrecogido por el espectáculo. Le temblaron los dedos al volver a guardarse la grabadora en el bolsillo, a punto de dejarla caer al suelo.

—Tus propias palabras te condenan, pese a tus protestas —continuó Adrock. Su voz descendió en volumen, pero la ferocidad seguía siendo la misma. Se tornó hacia Calvin y traspasó al Toreador con la mirada—. También a ti se te acusa de conspiración, Calvin Bainbridge. Jeremey Talbot proclama tu culpabilidad. También tú has llevado a cabo acciones clandestinas en contra de mis intereses en este dominio. ¿Eres culpable de estas acusaciones?

Calvin vaciló, tambaleante su confianza, mas no guardó silencio por mucho tiempo.

—Era un riesgo calculado, mi príncipe —dijo, con un hilo de voz—. Necesario para convencer a Jeremey de que gozaba de mi confianza. He conservado las grabaciones de todas las transacciones con la sola intención de devolveros las propiedades que os pertenecen una vez desvelada su culpabilidad.

La mentira explosionaba en el aura de Calvin con más fuerza que la luna llena en un claro de nubes. Michael, tan acostumbrado como estaba a leer las auras de los demás, se preguntó cómo era posible que quienes carecían de su habilidad no pudieran verlo.

—¿Quién atestigua tu buena fe? —preguntó el príncipe. Su propio autocontrol parecía pender de un hilo ahora que se encontraba tan cerca de poner al descubierto al traidor en su misma presencia. Encabezó la oleada de miradas expectantes que se volvieron en dirección a Villanova.

—Mi príncipe —dijo la arpía, despacio, con los ojos clavados en el torso de Adrock—, yo lo atestigo. Calvin dice la verdad.

Michael cayó en la cuenta de todo cuando, ante sus ojos, floreció la mentira en el aura de Villanova. La arpía y su sire, ahora lo sabía, eran los auténticos conspiradores. Calvin mentía acerca de Jeremey Talbot y Villanova lo protegía. Calvin había tendido una trampa a

Jeremey. El senescal había conseguido engatusar a Jeremey para que pronunciara aquellas palabras incriminadoras y así grabarlas con el fin de emplearlas en su contra si lo que probablemente era su plan llegase a salir a la luz. Al comprender todo aquello, Michael tomó una decisión.

En cuanto Villanova hubo terminado de hablar, la mirada del príncipe Adrock voló rauda hacia Michael. Fueron varios los que repararon en el rumbo de los ojos de Adrock y se giraron a su vez hacia Michael. De todos ellos, sólo el príncipe Adrock sabía que Michael poseía la misma capacidad que Villanova para ver las auras. Sólo el príncipe Adrock sabía que Michael era su segundo apoyo en los interrogatorios formales de ese tipo. Nadie más conocía el sencillo y silencioso código que habían desarrollado el príncipe y él para verificar la veracidad y buena fe de las declaraciones que formulaba Marcus Villanova de su cargo "oficial" durante las inquisiciones del príncipe Adrock. Si Michael coincidía con la impresión que le inspirara a Villanova el sujeto del interrogatorio, no apartaba los ojos de la arpa cuando Adrock miraba en su dirección. Si discrepaba, miraba al príncipe Adrock.

En esa situación, lo único que tenía que hacer para proteger a Jeremey era apartar la vista de Villanova por una fracción de segundo. Un simple vistazo bastaría para indicarle al príncipe que tanto Calvin como Villanova mentían y que Jeremey Talbot se merecía el indulto. Ese esfuerzo mínimo e insignificante salvaría al vampiro que se había quedado de brazos cruzados mientras Darien perecía a manos del Sabbat en Detroit.

Los ojos de Michael no perdieron de vista el brote de engaño que había arraigado en el centro del aura de Marcus Villanova.

—¡Michael! —gritó Jeremey, gracias a una proeza de fuerza de voluntad. El alarido trepanó los tímpanos de Michael—. ¡Sé que puedes ver la verdad! ¡Diles que Calvin está mintiendo! ¡Diles que Marcus está mintiendo! ¡Díselo, Michael, por favor!

—¡Prendedlo y lleváoslo! —gritó Adrock, por encima de las protestas de Jeremey—. ¡Es culpable! ¡Lleváoslo!

Maxwell redujo a Jeremey sin miramientos y empezó a tirar de él en dirección a la puerta interior del recibidor del Elíseo. De algún modo, Jeremey se zafó de la presa de Maxwell, renunciando a sendos trozos de carne y tela de cada codo, y corrió hasta encararse con Michael. Lo cogió por las solapas y lo puso de pie de un tirón, volcando la silla que ocupaba Michael.

–Por favor, Michael –imploró Jeremey. Un reguero escarlata manaba de la comisura de su ojo—. Tienes que decírselo. No seas igual que ellos. No seas igual que Calvin y Marcus, Michael, por favor, tienes que decírselo, por favor...

Con un rugido bestial que había estado germinándose en su interior desde que Darien partiera hacia Detroit, Michael se liberó de la presa de Jeremey y lo devolvió a brazos de Maxwell de un empujón. Toda la sala enmudeció.

Michael se quedó de pie, solo, en un lugar congelado en el tiempo. Todas las miradas recaían sobre él.

–Por lo que a mí respecta –dijo, en voz alta para que todos lo oyeran–, Calvin y Marcus pueden irse al diablo. Pero no por tu culpa.

Dicho lo cual, se giró, enderezó su silla y se encaminó hacia la puerta trasera del vestíbulo. Por encima del hombro escuchó cómo Jeremey se derrumbaba entre sollozos mientras Maxwell lo conducía en dirección contraria. También oyó cómo Adrock daba por concluida la sesión con sombría satisfacción. Si bien los acontecimientos no se habían desarrollado según tenía previsto, era innegable que se había hecho justicia.

_____ 33 _____

Bainbridge observó cómo abandonaba su chiquillo el Elíseo con una mezcla de orgullo y sorpresa que nunca antes había sentido por él. Ni siquiera había sospechado que Michael pudiera leer el aura, como Marcus. Ni se le había pasado por la cabeza que eso fuera posible. De haberlo sabido, se habría esforzado más por atraer a Michael hacia su bando, como hiciera con Villanova. Empero, sin ese empeño, Michael había seguido apoyándole pese a todos los indicios que apuntaban a que no habría hecho tal cosa si se lo hubiera pedido. El comportamiento de su chiquillo se tornaba más inexplicable a cada noche que pasaba.

Bainbridge, ansioso por comentar el giro de los acontecimientos con Marcus cuando ambos hubieran regresado al oeste, a Grand Rapids, se dispuso a marcharse. Antes de que pudiera alejarse, no obstante, el príncipe Adrock apoyó una mano en su hombro.

–Lionel Braughton –dijo Adrock–. Déjanos a solas. Quiero hablar en privado con ellos tres.

Al mirar por encima del hombro del príncipe, Bainbridge reparó en que lo respaldaban Elliot Damascus y Marcus.

–Sí, señor –dijo Lionel, incapaz de camuflar su confusión. Se puso la bufanda alrededor del cuello para protegerse de un frío que no podía sentir. Antes de salir del edificio, cogió una pastilla de menta de una cajita metálica y le redujo a polvo entre los dientes. Los dejó solos.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras el Brujah, Elliot fue el primero en hablar. Se mantuvo cabizbajo y se dirigió al príncipe en voz baja.

–¿Qué será de Jeremey, señor?

–¿Sabes cuál es la Sexta Tradición? –respondió Adrock–. Es el derecho por excelencia de un príncipe.

Las palabras del príncipe vinieron seguidas de silencio. Cuando hubo transcurrido un largo latido, habló Bainbridge.

–¿Sobre qué desea hablarnos, mi príncipe?

–Sobre asuntos muy serios –Adrock se giró para encararse con sus tres interlocutores al mismo tiempo–, y de vital importancia para este dominio.

–¿Qué asuntos, mi príncipe? –quiso saber Villanova.

–Asuntos de servicio. Servicio a mí, a mi dominio y a la propia Camarilla. Al poner al descubierto a Jeremey Talbot, ambos habéis llevado a cabo un importante servicio. Calvin Bainbridge, de no haber salido al paso cuando lo hiciste, nunca habría conocido la gravedad de la amenaza para mi seguridad que podía constituir un único Malkavian. Marcus Villanova, tu ayuda y sagacidad han resultado ser preciosas para la ejecución del plan de Calvin Bainbridge y desvelar al traidor. Vayan para ambos mis elogios por el trabajo que habéis llevado a cabo en el nombre de mi dominio.

Los ojos de Villanova detuvieron su constante vagabundeo y se clavaron en el centro del pecho de Adrock, demudado el semblante. Bainbridge no había mencionado en su "testimonio" nada acerca de la contribución de la arpía. Tampoco Talbot había hablado de ello.

–En agradecimiento a este inmenso servicio –continuó Adrock–, he pensado asignaros algo para lo que estáis más que cualificados. Y tú, Elliot Damascus, también formas parte de esta asignación.

–¿Yo? –dijo Elliot, con expresión impávida y aturrida. Empezaba a darse cuenta de que tanto Bainbridge como Villanova se habían quedado paralizados de repente.

–Sí, chiquillo de mi chiquillo, sangre de mi sangre. Tu credibilidad y respetabilidad se han visto mancilladas por las numerosas

indiscreciones cometidas desde tu Abrazo. Eres joven todavía y tu linaje te confiere más libertad que a la mayoría. No obstante, tu último y descuidado acto ha causado un problema en mi territorio que no pienso tolerar. Has de aprender el significado de la discreción y la sutileza y sería lo mejor para la reputación de nuestro clan que te mantuvieras alejado de los asuntos del dominio por una temporada. Acompañarás a Calvin Bainbridge y Marcus Villanova en su misión a fin de cumplir ambos objetivos.

—¿Cuál es la misión? —preguntó Elliot, con expresión compungida, pero más que feliz de disponer de una segunda oportunidad en lugar de ninguna. Sobre todo si eso significaba que no iban a marcarle a fuego cada noche durante tres meses seguidos.

—Detroit —dijo Bainbridge, abatido y derrotado—. El sire de tu sire quiere que vayamos a Detroit.

—En efecto —convino Adrock, permitiendo que una mustia sonrisa aflorara a sus labios—. Como ya sabéis, en estos momentos carecemos de contactos en la ciudad. Sin embargo, si vuestras suposiciones son correctas, Jeremey Talbot estaba ayudando a organizar una invasión de mi dominio por parte de fuerzas del Sabbat. En tal caso, necesitaré estar prevenido con antelación para organizar las medidas adecuadas. De lo contrario, aún me hará falta estimar el tamaño, la disposición y la magnitud de las fuerzas del Sabbat que ocupan Detroit para poder preparar un futuro avance sobre esa ciudad. Vosotros tres estableceréis refugios dentro de la ciudad, separados entre sí y capaces de actuar con absoluta independencia. Cuando esté listo para estudiar la información que hayáis reunido, enviaré a un grupo de Vástagos desde este dominio para que os recojan. Sólo os pondréis en contacto conmigo por cuenta propia en caso de invasión inminente. En ningún caso regresareis hasta que vayan a buscaros. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

—¿Y si nos capturan? —preguntó Elliot. Bainbridge y Marcus se apartaron de él cuando lo dijo—. ¿Y si el Sabbat nos obliga a hablar? ¿No os pondría eso en peligro? Tal vez no deberíamos...

—Ya he pensado en eso —dijo Adrock, sonriendo orgulloso al chiquillo de su chiquillo por haber realizado tan astuta observación—. Afortunadamente, como recordareis, nunca he comentado con ninguno de vosotros cuáles son mis planes y mis defensas en prevención de una incursión del Sabbat. No temáis. No os envío a las garras del enemigo con información de valor que pudiera dar al traste con nuestros esfuerzos. Para más seguridad, no obstante, he

dispuesto a agentes que se ocuparán de desempeñar vuestros cargos de distinta manera a la que estáis acostumbrados. Las costumbres cambiarán durante vuestra ausencia, por lo que no podréis ponernos en peligro ni siquiera accidentalmente. No temáis. Ahora, ¿alguien más quiere preguntar algo?

Nadie quería.

–Muy bien. –Adrock dejó que su escueta sonrisa adquiriera más vivacidad–. Buena suerte. Con vosotros tres desplegados en Detroit, sé que mi dominio nunca tendrá nada que temer.

____ EPÍLOGO ____

Michael se apoyó en la reja de seguridad que tenía delante para mantener el equilibrio. Por la acera no pasó nadie a su lado. Nadie se acercó a preguntar si se encontraba bien. Estaba solo, aferrado a los listones de acero que componían la barrera, con la cabeza agachada. Se quedó así durante algún tiempo, hasta que oyó un ronco y familiar estruendo en la calle, detrás de él. Se acercó un automóvil y estacionó, aún con el motor en marcha. Se abrió y se cerró una puerta. Se escucharon unos pasos. El vampiro a su espalda se detuvo a una respetuosa distancia y permaneció en silencio.

Michael se enderezó, enjugó el reguero escarlata que le bajaba por un lado de la nariz y se dio la vuelta.

–Supuse que serías tú –dijo Christopher Flynne, apoyado en el poste de una farola bajo la intermitente luz.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Michael–. Pensaba que ya te habrías ido de esta cloaca de dominio.

–Te estaba buscando. Darien trabajaba aquí, ¿verdad?

Michael asintió con la cabeza.

–Lleva cerrado desde su muerte. Creo que Calvin quiere vender el local.

–¿Te molesta?

–Aunque así fuera, daría lo mismo –dijo Michael, abatido–. No sé qué me esperaba. ¿Crees que Calvin iba a mantener este sitio por

tiempo indefinido, a modo de altar?

Flynn se cruzó de brazos y no se movió de su sitio. Por unos momentos, ninguno de los Vástagos cruzó una palabra.

—Me he enterado de lo que ha ocurrido en el Elíseo —rompió Flynn el silencio, al cabo—. Las arpías no hablan de otra cosa. ¿Ha servido de algo? ¿O lo que le has hecho a Elliot? ¿Te sientes mejor ahora?

—¿Tú qué crees? —repuso Michael, con amargura. Las noticias volaban—. ¿No fuiste tú el primero en decirme que no me molestara? Pues claro que no ha servido de nada. Nunca hubo nada que pudiera hacerle a Jeremey o a Elliot para compensar la muerte de Darien, ¿no te parece?

Flynn esbozó una sonrisa melancólica y miró hacia su coche de soslayo.

—Supongo que no pero, en cualquier caso, tenías que intentarlo. Forma parte de lo que sigue haciéndote humano. Todos nosotros pasamos por ello cuando somos jóvenes. Todos intentamos demostrarnos a nosotros mismos que tenemos nuestras vidas bajo control cuando se tuercen las cosas, que podemos enmendarlas de nuevo si nos lo proponemos. Poco importa que sea una sarta de mentiras hasta que no lo comprobamos por nosotros mismos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Michael, mirando fijamente al ojo sano del antiguo vampiro.

—Se aprende corriendo delante del Sabbat. Tras la muerte de Sean, intenté...

—No, eso no —dijo Michael, avanzando un paso hacia Flynn—. Me refiero a lo de Elliot. ¿Cómo sabes que he tenido algo que ver con lo que le ha ocurrido?

—¿A qué te refieres? —Flynn se enderezó—. Cuando hablamos tú y yo...

—Aún no había tomado ninguna decisión en esos momentos. Con seguridad, no. Sólo pensaba en ello. ¿Quién te ha contado que al final le he hecho algo a Elliot?

—Te pillaron —intervino una voz femenina—. No dejo de decirte que hablas demasiado, querido.

Michael se giró en dirección al coche de Flynn y vio a Clare emergiendo del asiento trasero del vehículo.

—¿Qué haces aquí?

—Eres una celebridad entre los Cainitas, Michael —respondió Clare, al tiempo que se colocaba junto a Flynn—. He sido yo la que le

ha contado a Chris lo de Elliot. También le he contado algunas cosas raras sobre ti que tengo entendidas de oídas. Me he pasado años a la expectativa.

–¿Por qué? –preguntó Michael. Aquello no tenía buena pinta.

–Porque eres importante –dijo Flynnne, con una sonrisa cauta y azorada.

–Tu naturaleza es rebelde y destructiva –añadió Clare--, y detestas toda la basura que vuelcan tus mayores sobre ti. Jeremey era una buena fuente de información, aunque él no lo supiera, pero contigo es bien distinto. Tienes la facultad de ver todas las mentiras y el nepotismo y sabes lo injusto que es el sistema. No es nada frecuente encontrar al chiquillo de un senescal que reúna esas características. Menos aún a alguien tan joven que haya descubierto la verdad acerca de sus mayores.

Michael dio un paso hacia atrás y Flynnne puso los brazos en jarras.

–¿De qué estáis hablando? –musitó Michael--. No sabéis nada de mí. ¿A qué viene todo esto?

–Te conocemos de sobra, Michael –dijo Flynnne--. Clare ha estado observándote. Diantre, todos hemos estado observándote. Hemos visto cómo reaccionas a las amenazas de tus mayores. Todo este asunto de Darien no es sino la última injusticia de una larga serie cometida contra ti por parte de Calvin y el resto. La gota que colma el vaso, que dirían algunos.

–Habéis estado espiándome –dijo Michael, sobrecogido por la revelación--. Los dos fingíais que os preocupaba por lo que yo estaba pasando. Dijisteis que queríais ayudarme.

–No es del todo mentira. –Flynnne avanzó un paso hacia Michael--. Vale, te hemos colado alguna que otra bola, pero no todo lo que te dije era falso.

–Me mentiste acerca de Darien –dijo Michael, caminando unos cuantos pasos de espaldas--. Me contaste que no pudiste ayudarlo en Detroit porque estabas malherido, que estabas tan débil que ni siquiera podías curarte a ti mismo. Ya me parecía mentira cuando me lo dijiste.

–Formaba parte de la función –dijo Flynnne, encogiéndose de hombros. Se palpó el parche con un dedo--. Igual que esto.

–La función –bisbisó Michael--. Todo era un montaje. –Miró a Clare, sin poder ocultar su desconcierto--. Y tú eres el topo que buscaba el príncipe. Los dos pertenecéis al Sabbat.

–Premio para el caballero –celebró Clare, aplaudiendo–. Por el amor del cielo, Michael, ¿acaso no te hemos dado bastantes pistas?

Michael se quedó helado, enmudecido por la turbación. Miró en rededor, en busca de un lugar al que correr.

–A ver, en serio –prosiguió Clare–. Llevamos meses empujándote a cometer flagrantes actos de rebeldía. Te apunté contra Elliot como quien empuña una pistola. ¿Nunca se te pasó siquiera por la cabeza que resultaba un poquitín sospechoso?

Michael negó con parsimoniosos cabeceos.

–Os he ayudado. Me he vuelto loco. He ayudado al Sabbat. Todo este tiempo, cuando lo único que queráis era...

–¿Qué? –preguntó Flynne, con una sonrisa sardónica–. ¿Robaros el alma a todos? ¿Usurpar vuestras propiedades y convertiros en esclavos? ¿Plagar la Tierra de monstruos sanguinarios? Todo eso que has oído no son más que embustes, Michael. Son historias de miedo que os cuentan los mayores para que hagáis lo que os piden. Son chorradas, mentiras. Estamos en guerra porque vuestros antiguos querían una guerra. Levantamos nuestros hogares en Detroit y nos atacaron. Intentábamos vivir en paz y lanzaron a sus soldados contra nosotros. Soldados jóvenes e inexpertos, como tus amigos. ¿Alguna vez has oído que hayamos atacado las ciudades de Michigan? ¿Por qué íbamos a hacerlo? Joder, Michael, estamos acogiendo a refugiados de la guerra que se libra en la costa, cansados de la lucha.

–Es cierto, Michael –dijo Clare, de pie junto a la farola–. No nos dedicamos a esclavizarnos los unos a los otros, como hacen vuestros mayores. Lo único que queremos es ser libres.

–¿Igual que liberasteis a Darien? –gritó Michael. Ya se había hartado. Dio media vuelta, dispuesto a correr.

–Michael, escúchame. –Flynne cogió a Michael por el cuello de la camisa y le giró de modo que ambos quedaron cara a cara. Michael ni siquiera le había oído moverse. Se agarró al codo de Flynne e intentó romper su presa. Flynne sujetó ambas muñecas de Michael con una mano y lo inmovilizó–. Tranquilízate, Michael. Vale, sé que no te he contado toda la verdad acerca de muchas cosas, pero también sé que puedes ver en mi corazón. Sabes cuándo te miente alguien. Mírame ahora y dime si te engaño: nosotros no matamos a Darien.

El aura de Flynne revelaba toda su agitación y frustración, pero no había subterfugio alguno diluido en ella. Michael se quedó quieto y dejó de debatirse.

–Bien. –Flynnne soltó a Michael y retrocedió un paso.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Michael—. ¿Darien sigue con vida? En tu relato nunca llegaste a mencionar su muerte, ¿no es así? Tampoco Lionel llegó a ver su cadáver. ¿Darien sigue en Detroit? Por eso habéis venido, ¿verdad?

Flynnne agachó la cabeza.

–No, Michael. –Clare acudió al lado de Flynnne, meneando la cabeza—. Intentamos asistirle, pero no dio resultado. No logró salir de aquella. Sus heridas eran demasiado graves. Lo siento.

–¡Pero me acabas de decir que no le matasteis! –gritó Michael, desesperado.

–El *Sabbat* no le mató –corrigió Flynnne—. A eso me refería. Lo herimos e intentamos utilizarlo para asustaros a los demás, pero no fuimos nosotros los que lo enviamos a Detroit.

–¿Qué?

–Adrock mató a Darien –dijo Flynnne—. Fue él quien organizó la avanzada. Envío al grupo de Talbot a nuestro territorio. Sabía lo inexpertos que eran Lionel, Jeremey, Elliot y Darien y le dio igual. Los envió a su muerte.

–Pero te tenía a ti –protestó Michael, rechazando las observaciones de Flynnne.

–Frío, frío –dijo Clare.

–Por buena que sea mi reputación, no hay forma de que pueda guiar a cuatro muchachos sin experiencia a través de territorio ocupado sin levantar sospechas. Nadie es así de bueno. Adrock lo sabía. Contaba con que el grupo de Talbot no regresara.

–¿Por qué iba a hacer algo así? –preguntó Michael, aferrándose al clavo ardiendo de su incredulidad.

–¿Por qué hacen lo que hacen? –repuso Clare—. Adrock se había vuelto paranoico. ¿No oíste lo que dijo acerca de una conspiración urdida contra él?

Michael asintió con la cabeza.

–Jeremey y Darien formaban parte de ella. Así que los tiró a los leones.

–¿Qué hay de Elliot y Lionel?

–Cabos sueltos –dijo Flynnne, sacudiendo la cabeza—. Estaban demasiado unidos a los otros dos, así que Adrock prefirió librarse también de ellos, por si acaso. Tiene sentido si te pones en la piel de un antiguo.

–Mentiras del *Sabbat* –protestó Michael, sin convicción.

--Es la verdad. --Flynnne volvió a apoyar las manos en los hombros de Michael. En esa ocasión, Michael no intentó esquivar su contacto--. Y lo sabes. Por eso te hemos estado observando. Por eso queremos que nos acompañes.

--¿A Detroit?

--Para unirme a nosotros --dijo Clare--. Podrías sernos de gran ayuda en Detroit. Sabes cómo funciona este dominio. Sabes quién está relacionado con quién. Podríamos aprovechar información de primera mano como ésta para defendernos si Adrock planea de verdad invadir nuestro territorio.

--¿Unirme al Sabbat? --musitó Michael. Le daba vueltas la cabeza.

--Aquí ya no te queda nada --dijo Flynnne--. Es tan sólo cuestión de tiempo que Adrock decida que estás demasiado vinculado a Calvin como para considerarte a tu vez un cabo suelto.

--Supongo que no me queda elección, ¿no es así? --Michael observó a la pareja con una expresión de resignada derrota.

--Siempre existen alternativas --respondió Flynnne--, pero, ahora mismo, ésta es la mejor.

--En ese caso, vámonos. No quiero volver a poner el pie en este lugar.

Clare y Flynnne cruzaron las miradas mientras la mujer abría la puerta trasera del coche.

--No tendrás motivos para ello --dijo Clare--. Te llevamos a casa.

FIN